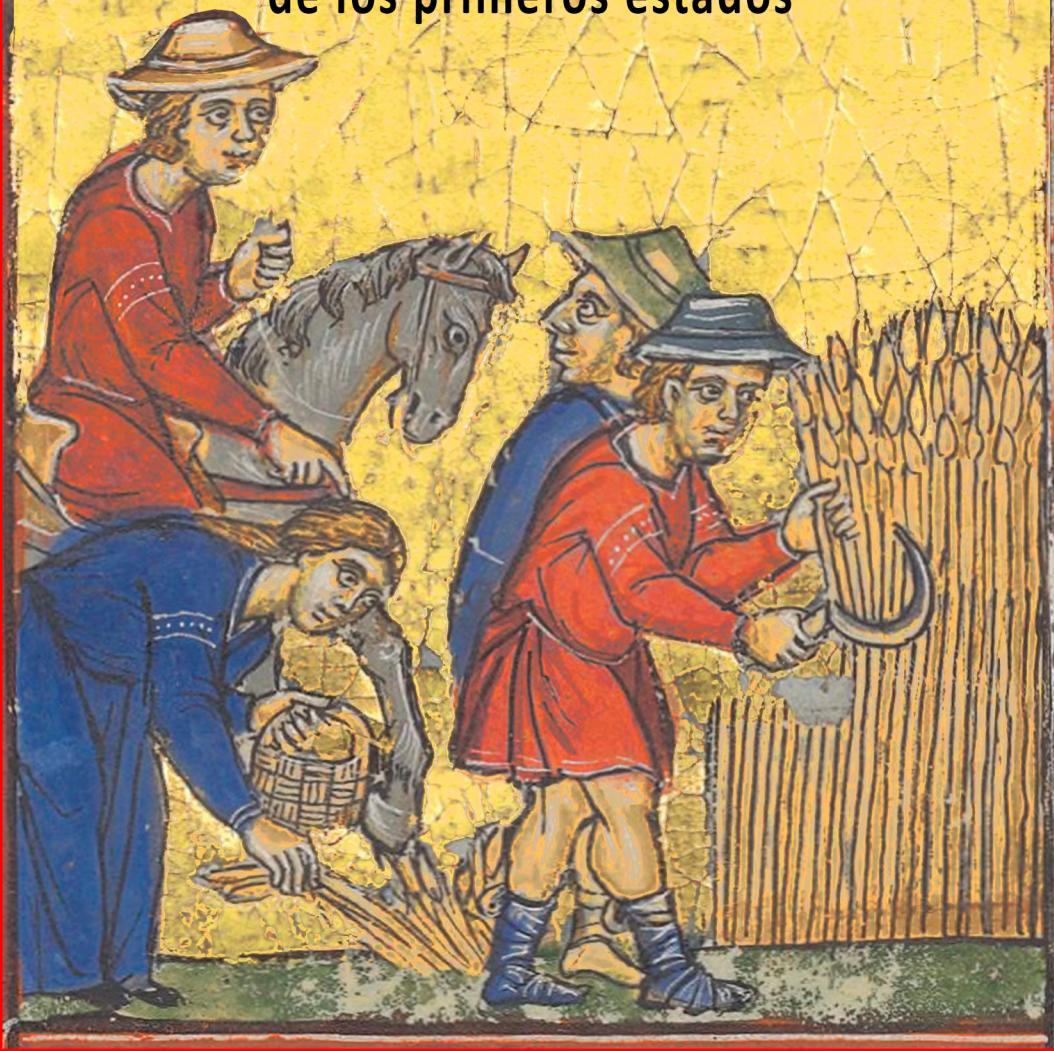


James C. Scott

CONTRA EL GRANO

Una historia profunda
de los primeros estados



Para este libro, cuyo título *Against the grain*, ha sido traducido comúnmente como “A contracorriente”, y que puede ser conseguido bajo ese título en Internet, hemos querido recuperar el título original: *Contra el grano*, habida cuenta que el cereal, en la agricultura primitiva, fue utilizado básicamente para instaurar estructuras sociales de dominación, los primitivos estados, lo que originó la consiguiente respuesta en las clases dominadas.

Publicado en agosto de 2017, el autor presenta nuevas evidencias sobre los orígenes de las civilizaciones más antiguas que contradicen la narrativa tradicional. Scott explora por qué evitamos el sedentarismo y la agricultura de arado; las ventajas de la subsistencia móvil; las epidemias imprevisibles derivadas del hacinamiento de plantas, animales y cereales; y por qué todos los estados primitivos se basan en el mijo, los cereales y la mano de obra no libre, es decir, esclavizada.

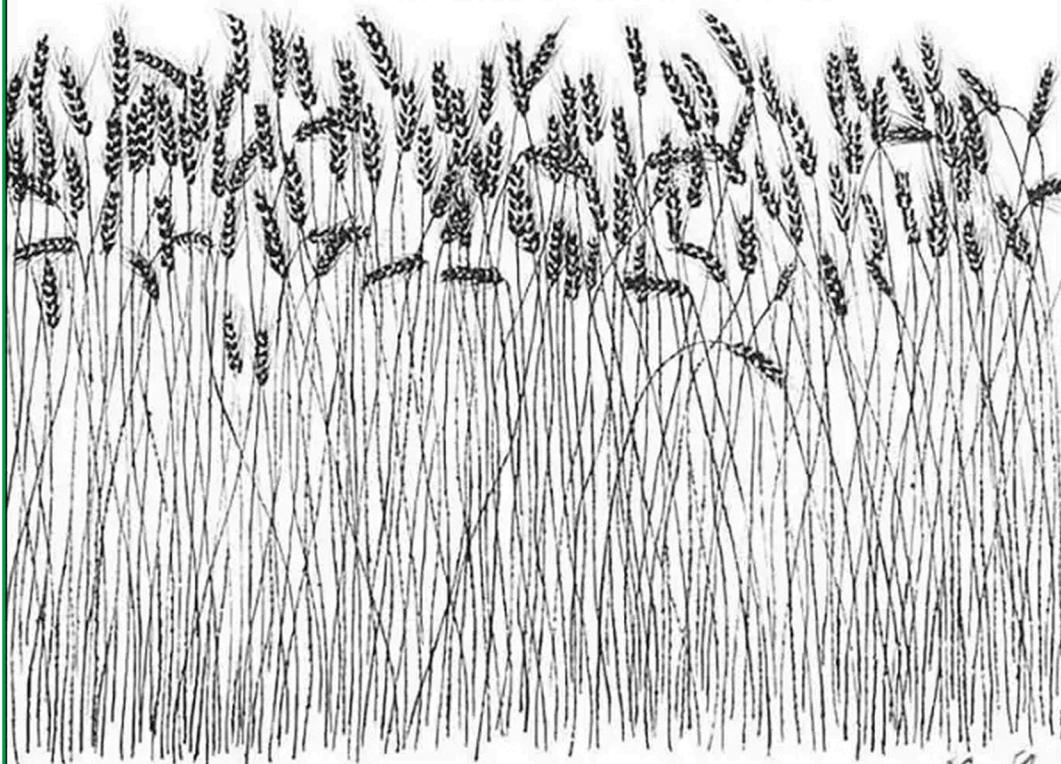
También analiza a los "bárbaros" que eludieron durante mucho tiempo el control estatal, como una forma de comprender la tensión continua entre los estados y los pueblos no sometidos.

James C. Scott

AUTHOR OF *SEEING LIKE A STATE*

Against the Grain

A DEEP HISTORY OF THE EARLIEST STATES



James C. Scott

CONTRA EL GRANO

Una historia profunda de los primeros estados

Título original: *Against the grain. A deep story of the earliest states*
(2017)



<https://theanarchistlibrary.org/library/james-c-scott-against-the-grain>

Traducción: Libértame

22 de julio, 2024

<https://libertamen.wordpress.com/2024/07/22/a-contracorriente-una-historia-profunda-de-los-primeros-estados-2017-james-c-scott/>

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Prefacio

Introducción: Una narración hecha jirones: Lo que no sabía

I. La domesticación del fuego, las plantas, los animales y... nosotros

II. Paisajeando el mundo: El complejo domus

III. Zoonosis: Una tormenta epidemiológica perfecta

IV. Agroecología del Estado primitivo

V. Control de la población: La esclavitud y la guerra

VI. Fragilidad del Estado primitivo: Colapso y desmembramiento

VII. La edad de oro de los bárbaros

Bibliografía

Acerca del autor

Claude Lévi-Strauss escribió así:

La escritura parece ser necesaria para que el Estado centralizado y estratificado se reproduzca... La escritura es algo extraño... El único fenómeno que la ha acompañado invariablemente es la formación de ciudades e imperios: la integración en un sistema político, es decir, de un número considerable de individuos... en una jerarquía de castas y clases... Parece favorecer más bien la explotación que la ilustración de la humanidad.

PREFACIO

Lo que encontrarás aquí es un informe de reconocimiento de un intruso. Me explico. Me pidieron que diera dos conferencias Tanner en Harvard en 2011. La petición era halagadora, pero, como acababa de terminar un arduo libro, estaba disfrutando de un bienvenido periodo de «lectura libre» sin ningún objetivo concreto en mente. ¿Qué podría hacer interesante en cuatro meses? Buscando un tema manejable, pensé en las dos conferencias de apertura que había tenido por costumbre dar en un curso de posgrado sobre sociedades agrarias durante las dos últimas décadas. Trataban de la historia de la domesticación y de la estructura agraria de los primeros estados. Aunque habían evolucionado gradualmente, era consciente de que estaban lamentablemente desfasadas. Tal vez, pensé, podría lanzarme a los trabajos más recientes sobre la domesticación y los primeros estados y, al menos, escribir

dos conferencias que reflejaran los conocimientos más recientes y fueran más dignas de mis exigentes alumnos.

¡Menuda sorpresa me esperaba! La preparación de la conferencia trastornó gran parte de lo que creía saber y me expuso a una serie de nuevos debates y descubrimientos que me di cuenta de que tendría que poner en práctica para hacer justicia al tema. Las conferencias, por tanto, sirvieron más para dejar constancia de mi asombro ante la cantidad de conocimientos recibidos que había que reexaminar a fondo que para intentar reexaminarlos en sí. Homi Bhabha, mi anfitrión, seleccionó a tres astutos comentaristas –Arthur Kleinman, Partha Chatterjee y Veena Das– que, en un seminario posterior a las conferencias, me convencieron de que mis argumentos no estaban ni remotamente preparados para el *prime time*. Sólo cinco años más tarde presenté un borrador que me pareció bien fundado y provocador.

Este libro refleja mi esfuerzo por profundizar. Sigue siendo en gran medida el trabajo de un aficionado. Aunque soy politólogo de profesión y antropólogo y ecologista por cortesía, esta empresa me ha exigido trabajar en la confluencia de la prehistoria, la arqueología, la historia antigua y la antropología. Al no ser experto en ninguno de estos campos, se me puede acusar con razón de arrogancia. Mi excusa –que tal vez no sea justificación– es triple. En primer lugar, tengo la ventaja de mi ingenuidad.

A diferencia de un especialista inmerso en los reñidos debates de sus campos, yo empecé con la mayoría de las mismas suposiciones no examinadas sobre la domesticación de plantas y animales, del sedentarismo, de los primeros núcleos de población y de los primeros estados que quienes no hemos prestado mucha atención a los nuevos conocimientos de las dos últimas décadas, más o menos, solemos haber dado por sentadas. En este sentido, mi ignorancia y mi posterior sorpresa al comprobar que mucho de lo que creía saber era erróneo puede ser una ventaja a la hora de escribir para un público que parte de las mismas ideas equivocadas. En segundo lugar, he hecho un esfuerzo concienzudo, como consumidor, por comprender los conocimientos y debates recientes en biología, epidemiología, arqueología, historia antigua, demografía e historia ambiental que inciden en estas cuestiones. Y, por último, aporto un bagaje de dos décadas intentando comprender la lógica del poder estatal moderno [*Seeing Like a State* (Viendo como un Estado)], así como las prácticas de los pueblos no estatales, especialmente en el Sudeste Asiático, que hasta hace poco han eludido la absorción por parte de los estados [*The Art of Not Being Governed* (El arte de no ser gobernado)].

Se trata, por tanto, de un proyecto conscientemente derivado. No crea nuevos conocimientos propios, sino que pretende, en su vertiente más ambiciosa, «unir los puntos»

del conocimiento existente de forma que pueda resultar esclarecedor o sugerente.

Los asombrosos avances en nuestros conocimientos de las últimas décadas han servido para revisar radicalmente o invertir totalmente lo que creíamos saber sobre las primeras «civilizaciones» del aluvión mesopotámico y de otros lugares. Creíamos (la mayoría, al menos) que la domesticación de plantas y animales conducía directamente al sedentarismo y a la agricultura de campos fijos. Resulta que el sedentarismo precedió durante mucho tiempo a la domesticación de plantas y animales, y que tanto el sedentarismo como la domesticación ya existían al menos cuatro milenios antes de que aparecieran aldeas agrícolas. Normalmente se consideraba que el sedentarismo y la aparición de las primeras ciudades eran el efecto de la irrigación y de los estados. Resulta que ambos son, en cambio, generalmente el producto de la abundancia de humedales. Pensábamos que el sedentarismo y el cultivo conducían directamente a la formación de estados, pero éstos sólo aparecen mucho después de que aparezca la agricultura de campos fijos. Se suponía que la agricultura era un gran paso adelante en el bienestar, la nutrición y el ocio humanos. Al principio ocurrió algo parecido a lo contrario. El Estado y las primeras civilizaciones se veían a menudo como atractivos imanes que atraían a la gente en virtud de su lujo, cultura y oportunidades. De hecho, los primeros estados tenían que capturar y retener a gran parte de su población

mediante formas de servidumbre y estaban plagados de epidemias de hacinamiento. Los primeros estados eran frágiles y propensos al colapso, sin embargo las «edades oscuras» subsiguientes pueden haber marcado a menudo una mejora real del bienestar humano.

Por último, hay razones de peso para afirmar que la vida fuera del Estado –la vida como «bárbaro»– puede haber sido a menudo materialmente más fácil, más libre y más saludable que la vida, al menos para los no elitistas, dentro de la civilización.

No me hago ilusiones de que lo que he escrito aquí sea la última palabra sobre la domesticación, sobre la formación de los primeros estados o sobre la relación entre los primeros estados y la población de sus tierras interiores. Mi objetivo es doble: en primer lugar, el más modesto de condensar los mejores conocimientos que tenemos sobre estas cuestiones y, a continuación, sugerir lo que implica para la formación del Estado y para las consecuencias humanas y ecológicas de la forma estatal. Se trata de una tarea difícil, y he intentado emular el nivel establecido para este género por autores como Charles Mann (1491) y Elizabeth Kolbert (*La sexta extinción*). Mi segundo objetivo, del que hay que culpar a mis rastreadores nativos, es extraer implicaciones más amplias y sugerentes que imagino que serían «buenas para pensar». Así, sugiero que la comprensión más amplia de la domesticación como control de la reproducción podría aplicarse no sólo al fuego, las

plantas y los animales, sino también a los esclavos, los súbditos del Estado y las mujeres de la familia patriarcal.

Propongo que los granos de cereal tienen características únicas tales que serían, prácticamente en todas partes, el principal bien fiscal esencial para la construcción del estado primitivo. Creo que es posible que hayamos subestimado enormemente la importancia de las enfermedades (infecciosas) de hacinamiento en la fragilidad demográfica del estado primitivo. A diferencia de muchos historiadores, me pregunto si el frecuente abandono de los primeros centros estatales pudo haber sido a menudo una bendición para la salud y la seguridad de sus poblaciones, en lugar de una «edad oscura» que señalaba el colapso de una civilización. Y, por último, me pregunto si las poblaciones que permanecieron fuera de los centros estatales durante milenios tras el establecimiento de los primeros estados no se quedaron allí (o huyeron) porque encontraron mejores condiciones. Todas estas implicaciones que extraigo de mi lectura de las pruebas pretenden ser provocaciones. Pretenden estimular la reflexión y la investigación. En los casos en los que me he quedado perplejo, intento indicarlo con franqueza. Cuando las pruebas son escasas y me desvío hacia la especulación, también intento señalarlo.

Unas palabras sobre geografía y períodos históricos. Me centro casi por completo en Mesopotamia y, en particular, en el «aluvión meridional» al sur de la actual Basora.

La razón de este enfoque es que esta zona entre el Tigris y el Éufrates (Sumer) fue el corazón de los primeros estados «prístinos» del mundo, aunque no fue el lugar del primer sedentarismo, la primera evidencia de cultivos domesticados, o incluso las primeras ciudades proto-urbanas. El periodo histórico que cubro (aparte de la profunda historia de la domesticación) abarca desde el Periodo Ubaid, que comienza aproximadamente en el 6.500 a.C., hasta el Antiguo Periodo Babilónico, que termina aproximadamente en el 1.600 a.C.. Las subdivisiones convencionales (algunas fechas anteriores son discutidas) son:

- Ubaid (6.500–3.800 a.C.)
- Uruk (4.000–3.100)
- Jemdet Nasr (3.100–2.900)
- Dinástico temprano (2.900–2.335)
- Acadio (2.334–2.193)
- Ur III (2.112–2.004)
- Antigua Babilonia (2.004–1.595 a.C.)

La mayor parte de las pruebas que aporto se refieren al periodo comprendido entre el 4.000 y el 2.000 a.C., ya que es el periodo clave de la formación del Estado y en el que se centra la mayor parte de los estudios existentes.

De vez en cuando, me refiero brevemente a otros estados primitivos, como las dinastías Qin y Han de China, el Egipto primitivo, la Grecia clásica, la República y el Imperio romanos, e incluso los inicios de la civilización maya en el Nuevo Mundo. El propósito de estas excursiones es triangular en los casos en los que las pruebas procedentes de Mesopotamia son escasas o discutibles, con el fin de hacer algunas conjeturas sobre los modelos a partir de las comparaciones.

Este es especialmente el caso del papel del trabajo no libre en los primeros estados, la importancia de la enfermedad en el colapso estatal, las consecuencias del colapso y, por último, la relación entre los estados y sus «bárbaros».

Para explicar las sorpresas que me aguardaban y que, imagino, aguardan también a mis lectores, he recurrido a un gran número de «rastreadores nativos» de confianza en territorios disciplinarios con los que no estoy íntimamente familiarizado. La cuestión no es si estoy cazando furtivamente; ¡tengo intención de hacerlo! La cuestión es más bien si he robado a los rastreadores nativos más experimentados, cuidadosos, viajados y fiables. Nombraré aquí a algunos de mis guías más importantes porque deseo implicarlos en esta empresa en la medida en que su sabiduría me ha ayudado a encontrar mi camino. Encabezan la lista los arqueólogos y especialistas en el aluvión mesopotámico que han sido excepcionalmente generosos con su tiempo y sus consejos críticos: Jennifer Pournelle,

Norman Yoffee, David Wengrow y Seth Richardson. Otras personas cuyo trabajo me ha inspirado son, sin ningún orden en particular: John McNeill, Edward Melillo, Melinda Zeder, Hans Nissen, Les Groube, Guillermo Algaze, Ann Porter, Susan Pollock, Dorian Q. Fuller, Andrea Seri, Tate Paulette, Robert Mc. Adams, Michael Dietler, Gordon Hillman, Karl Jacoby, Helen Leach, Peter Perdue, Christopher Beckwith, Cyprian Broodbank, Owen Lattimore, Thomas Barfield, Ian Hodder, Richard Manning, K. Sivaramakrishnan, Edward Friedman, Douglas Storm, James Prosek, Aniket Aga, Sarah Osterhoudt, Padriac Kenney, Gardiner Bovingdon, Timothy Pechora, Stuart Schwartz, Anna Tsing, David Graeber, Magnus Fiskesjo, Victor Lieberman, Wang Haicheng, Helen Siu, Bennet Bronson, Alex Lichtenstein, Cathy Shufro, Jeffrey Isaac y Adam T. Smith. Estoy especialmente agradecido a Joe Manning, que anticipó buena parte de mis argumentos sobre los cereales y los estados, y cuya generosidad intelectual me permitió utilizar su título, *Against the Grain*, como primer elemento del mío.

Aunque no me intimidaba demasiado la perspectiva, probé mis argumentos ante un público de arqueólogos y especialistas en historia antigua. Quiero agradecerles su paciencia y sus útiles críticas. Uno de los primeros públicos a los que infligí las primeras revisiones incluyó a muchos de mis excolegas de la Universidad de Wisconsin, donde impartí la conferencia Hilldale en 2013. También quiero dar las gracias a Clifford Ando y sus colegas por invitarme a una

conferencia sobre «*Infrastructural and Despotic Power in Ancient States*» (Poder infraestructural y despótico en los estados antiguos) en la Universidad de Chicago en 2014, y a David Wengrow y Sue Hamilton por la oportunidad de dar la Gordon Childe Lecture en el Instituto de Arqueología de Londres en 2016.

Algunas partes de mi argumentación se han presentado (y diseccionado!) en la Universidad de Utah (la O. Meredith Wilson Lecture), la Escuela de Estudios Orientales y Africanos de la Universidad de Londres (Centennial Lecture), la Universidad de Indiana (Patten Lectures), la Universidad de Connecticut, la Universidad Northwestern, la Universidad de Fráncfort del Meno, la Universidad Libre de Berlín, el Taller de Teoría Jurídica de la Universidad de Columbia y la Universidad de Aarhus, que también me permitió el lujo de disfrutar de un permiso retribuido para seguir investigando y escribiendo. Estoy especialmente agradecido a mis colegas daneses Nils Bubandt, Mikael Gravers, Christian Lund, Niels Brimnes, Preben Kaarlsholm y Bodil Frederickson por su generosidad intelectual y por las ideas que han contribuido a mi formación.

No creo que nadie, en ningún lugar, haya tenido nunca una ayudante de investigación más valiosa e intelectualmente feroz que la que tuve en Annikki Herranan, ahora lanzada en su carrera como antropóloga. Annikki preparaba, semana tras semana, un «menú degustación» intelectual de suntuosas proporciones con una guía infalible de los

bocados más jugosos. Faizah Zakariah se encargó de conseguir los permisos para las imágenes que aparecen aquí, y Bill Nelson elaboró hábilmente los mapas, gráficos e «histogramas» destinados a orientar al lector. Por último, mi editora en Yale University Press, Jean Thomson Black, explica mi lealtad, y la de muchos otros autores, a la editorial; ella es el estándar de calidad, atención y eficiencia que todos desearíamos que no fuera tan escaso.

Cuando se trataba de asegurarse de que el manuscrito final estuviera tan libre de errores, infelicidades y contradicciones como fuera posible, el «ejecutor» era Dan Heaton. Su insistencia en la perfección se hizo más amena gracias a su buen humor. Los lectores deben saber que se hizo todo lo posible para garantizar que los fallos restantes fueran irremediablemente míos.

INTRODUCCIÓN: UNA NARRACIÓN HECHA JIRONES

LO QUE NO SABÍA

¿Cómo llegó el Homo Sapiens Sapiens, tan recientemente en la historia de su especie, a vivir en comunidades hacinadas y sedentarias, repletas de ganado domesticado y un puñado de cereales, gobernadas por los antepasados de lo que hoy llamamos estados? Este novedoso complejo ecológico y social se convirtió en el modelo de prácticamente toda la historia de nuestra especie. Ampliado enormemente por el crecimiento demográfico, el agua y la fuerza de tiro, los veleros y el comercio a larga distancia, este modelo prevaleció durante más de seis milenios hasta el uso de combustibles fósiles. El relato que sigue está animado por la curiosidad sobre el origen, la estructura y las

consecuencias de este complejo fundamentalmente agrario y ecológico.

La narración de este proceso se ha contado normalmente como una historia de progreso, de civilización y orden público, y de aumento de la salud y el ocio. A la vista de lo que ahora sabemos, gran parte de este relato es erróneo o gravemente engañoso.

El propósito de este libro es poner en tela de juicio esa narrativa a partir de mi lectura de los avances de la investigación arqueológica e histórica de las dos últimas décadas.

La fundación de las primeras sociedades y estados agrarios en Mesopotamia se produjo en el último cinco por ciento de nuestra historia como especie en el planeta. Y según esa métrica, la era de los combustibles fósiles, que comenzó a finales del siglo XVIII, representa sólo el último cuarto de la historia de nuestra especie. Por razones alarmantemente obvias, cada vez nos preocupa más nuestra huella en el medio ambiente terrestre en esta última era. La magnitud de ese impacto se refleja en el animado debate en torno al término «Antropoceno», acuñado para denominar una nueva época geológica en la que las actividades humanas

han sido decisivas para afectar a los ecosistemas y la atmósfera¹.

Aunque no cabe duda del decisivo impacto contemporáneo de la actividad humana en la ecosfera, la cuestión de cuándo se hizo decisiva es objeto de controversia. Algunos proponen datarlo a partir de las primeras pruebas nucleares, que depositaron una capa permanente y detectable de radiactividad en todo el mundo. Otros proponen iniciar el reloj del Antropoceno con la Revolución Industrial y el uso masivo de combustibles fósiles.

También se podría argumentar a favor de iniciar el reloj cuando la sociedad industrial adquirió las herramientas –por ejemplo, dinamita, excavadoras, hormigón armado (especialmente para presas)– para alterar radicalmente el paisaje. De estos tres candidatos, la Revolución Industrial sólo tiene dos siglos de antigüedad y los otros dos aún están prácticamente en la memoria viva. Por lo tanto, el Antropoceno comenzó hace tan sólo unos minutos, si lo comparamos con los 200.000 años de nuestra especie.

Propongo un punto de partida alternativo mucho más profundo desde el punto de vista histórico. Aceptando la premisa del Antropoceno como un salto cualitativo y

¹ El término fue acuñado por primera vez por el climatólogo holandés Paul Crutzen en 2001.

cuantitativo en nuestro impacto medioambiental, sugiero que empecemos con el uso del fuego, la primera gran herramienta de los homínidos para el paisajismo –o, más bien, la construcción de nichos. Las pruebas del uso del fuego datan de hace al menos 400.000 años y quizá de mucho antes, mucho antes de la aparición del *Homo sapiens*². El asentamiento permanente, la agricultura y el pastoreo, que aparecieron hace unos 12.000 años, marcan otro salto en nuestra transformación del paisaje. Si lo que nos preocupa es la huella histórica de los homínidos, bien podríamos identificar un Antropoceno «delgado» mucho antes del Antropoceno «grueso», más explosivo y reciente; «delgado» en gran medida porque había muy pocos homínidos que manejaran estas herramientas paisajísticas. Hacia el año 10.000 a.C. éramos apenas entre dos y cuatro millones en todo el mundo, mucho menos de una milésima parte de nuestra población actual.

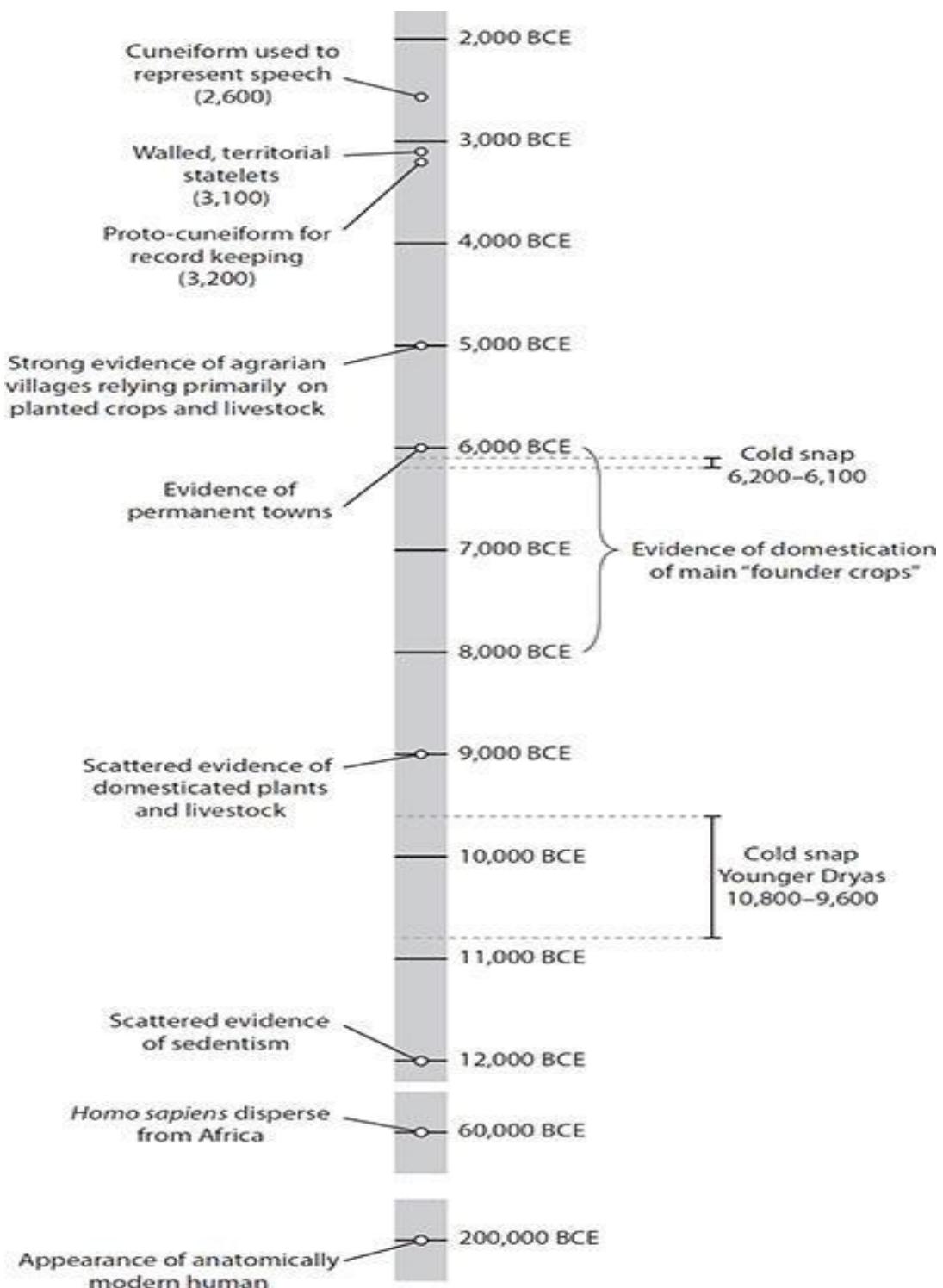
El otro invento premoderno decisivo fue institucional: el Estado. Los primeros estados del aluvión mesopotámico no aparecieron antes de hace unos 6.000 años, varios milenios después de las primeras evidencias de agricultura y sedentarismo en la región. Ninguna institución ha hecho más por movilizar en su beneficio las tecnologías de modificación del paisaje que el Estado.

2 Para la datación, comunicación personal, David Wengrow.

Para entender cómo llegamos a ser sedentarios, cultivadores de cereales y ganaderos, gobernados por la nueva institución que hoy llamamos Estado, es necesario adentrarse en la historia profunda. En mi opinión, lo mejor de la Historia es que es la disciplina más subversiva, en la medida en que puede decírnos cómo llegaron a ser las cosas que probablemente damos por sentadas. El atractivo de la historia profunda radica en que, al revelar las múltiples contingencias que confluyeron para dar forma, por ejemplo, a la Revolución Industrial, el Último Máximo Glacial o la Dinastía Qin, responde al llamamiento de una generación anterior de historiadores franceses de la Escuela de los Annales en favor de una historia de los procesos a largo plazo (*la longue durée*) en lugar de una crónica de los acontecimientos públicos. Pero el llamamiento contemporáneo a la «historia profunda» va más allá de la Escuela de los Annales al reclamar lo que a menudo equivale a una historia de las especies. Este es el *zeitgeist*³ en el que me encuentro, un *zeitgeist* que sin duda ilustra la máxima de que «El búho de Minerva sólo vuela al atardecer»⁴.

3 *Zeitgeist* es una palabra en alemán que puede traducirse al español como «espíritu del tiempo», «espíritu del momento» o «espíritu de la época». Hace referencia al clima, ambiente o atmósfera intelectual y cultural de una determinada era. [N. e. d.]

4 Es difícil evitar preguntarse: «¿En qué nos hemos equivocado para acabar aquí?». Esa pregunta es demasiado ambiciosa para que yo la aborde. Sin embargo, hay algo que salta a la vista, y es que nuestros problemas son, en gran medida, obra nuestra. Esto, a su vez, sugiere una analogía médica. Se afirma que más de dos tercios de las hospitalizaciones en los países

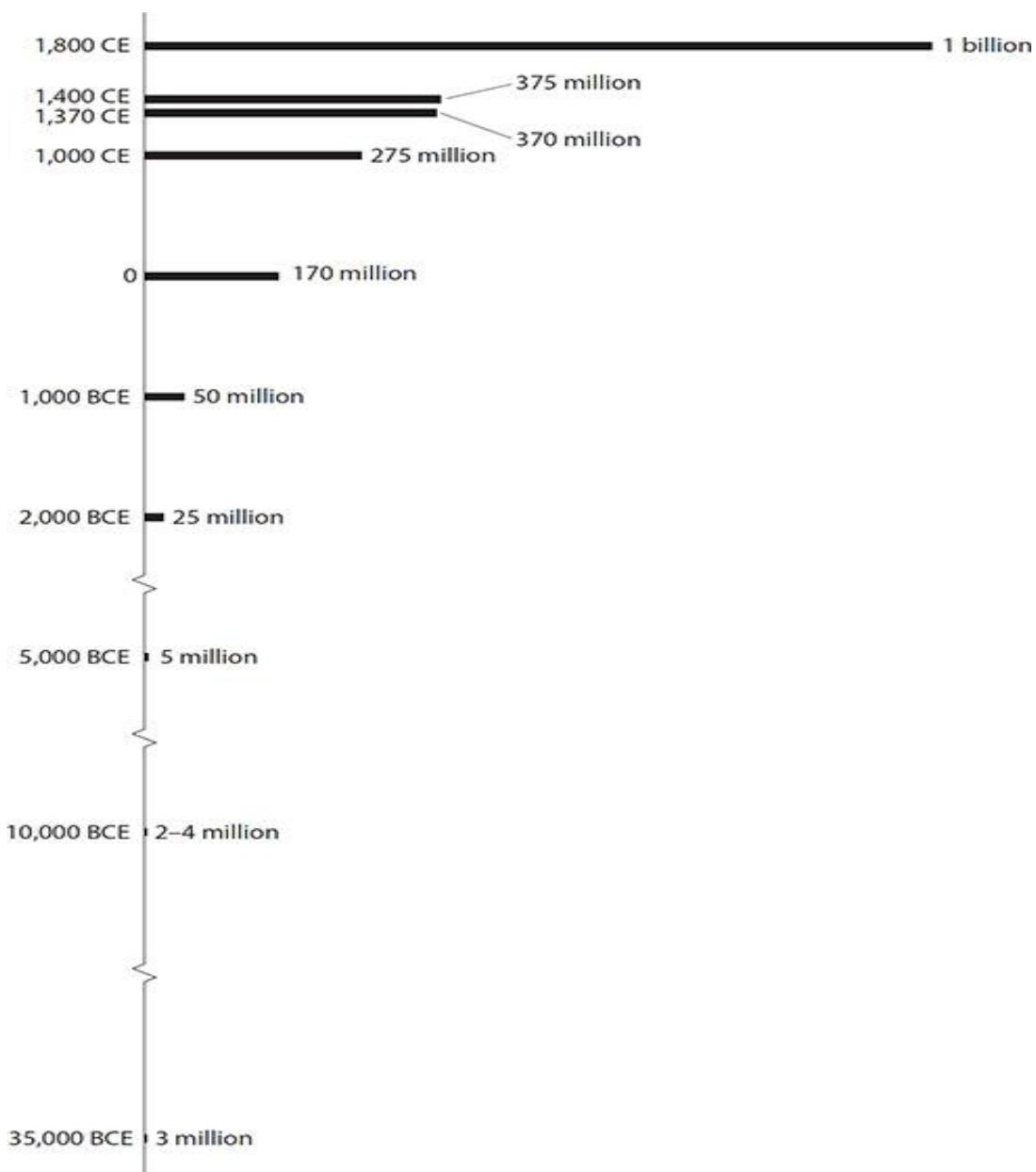


industrializados son por enfermedades iatrogénicas: afecciones médicas derivadas de intervenciones y terapias médicas previas. Podría decirse que nuestros males medioambientales actuales son en gran medida iatrogénicos. Si es así, quizá el primer paso sea hacer una larga y profunda historia médica que nos ayude a rastrear los orígenes de nuestras dolencias actuales.

Paradojas de los relatos sobre el estado y la civilización

Una cuestión fundamental que subyace a la formación del Estado es cómo nosotros (*Homo sapiens sapiens*) llegamos a vivir en medio de las concentraciones sin precedentes de plantas, animales y personas domesticadas que caracterizan a los estados. Desde este punto de vista, la forma del Estado es cualquier cosa menos natural o dada. El *Homo sapiens* apareció como subespecie hace unos 200.000 años y se encuentra fuera de África y Oriente no hace más de 60.000 años. Los primeros indicios de plantas cultivadas y de comunidades sedentarias aparecen hace unos 12.000 años. Hasta entonces –es decir, durante el noventa y cinco por ciento de la experiencia humana en la Tierra– vivíamos en pequeñas bandas móviles, dispersas, relativamente igualitarias y dedicadas a la caza y la recolección. Para quienes se interesan por la forma de Estado, resulta aún más sorprendente que los primeros estados pequeños, estratificados, amurallados y con recaudación de impuestos no aparecieran en el valle del Tigris y el Éufrates hasta alrededor del año 3.100 a.C., más de cuatro milenios después de la domesticación de los primeros cultivos y el sedentarismo. Este enorme retraso es un problema para los teóricos que naturalizan la forma de Estado y suponen que una vez establecidos los cultivos y el sedentarismo, los requisitos tecnológicos y demográficos, respectivamente, para la formación de un Estado, los estados/imperios

surgirían inmediatamente como las unidades lógicas y más eficientes del orden político⁵.



5 En el primer milenio a. C. –más tarde que el periodo en el que me centro–, cuando el pastoreo nómada se combina con la cría de caballos, se hace posible un nuevo tipo de imperio no sedentario de pastizales, ejemplificado por los mongoles y, mucho más tarde en el Nuevo Mundo, por los comanches. Pekka Hämäläinen, «What's in a Concept? The Kinetic Empire of the Comanches», *History and Theory* 52, nº 1 (2013): 81–90, y Mitchell, *Horse Nations*.

Estos hechos en bruto perturban la versión de la prehistoria humana que la mayoría de nosotros (me incluyo aquí) hemos heredado irreflexivamente. La humanidad histórica ha quedado hipnotizada por la narrativa del progreso y la civilización codificada por los primeros grandes reinos agrarios. Como sociedades nuevas y poderosas, estaban decididas a distinguirse lo más nítidamente posible de las poblaciones de las que surgieron y que aún llamaban y amenazaban en sus márgenes. En esencia, se trataba de la historia de la «ascensión del hombre». La agricultura sustituyó al mundo salvaje, salvaje, primitivo, agresivo y violento de cazadores-recolectores y nómadas. Los cultivos en campos fijos, por otra parte, eran el origen y la garantía de la vida sedentaria, de la religión formal, de la sociedad y del gobierno por leyes. Quienes se negaron a dedicarse a la agricultura lo hicieron por ignorancia o por rechazo a adaptarse. En casi todos los entornos agrícolas primitivos, la superioridad de la agricultura estaba avalada por una elaborada mitología que relataba cómo un poderoso dios o diosa confiaba el grano sagrado a un pueblo elegido.

Una vez que se cuestiona el supuesto básico de la superioridad y el atractivo de la agricultura en campos fijos sobre todas las formas anteriores de subsistencia, queda claro que este supuesto se basa en otro más profundo y arraigado que prácticamente nunca se cuestiona.

Y ese supuesto es que la vida sedentaria en sí es superior y más atractiva que las formas móviles de subsistencia. El

lugar de la *domus*⁶ y de la residencia fija en la narrativa civilizatoria es tan profundo que resulta invisible; ¡los peces no hablan del agua! Simplemente se supone que el cansado *Homo sapiens* no podía esperar a establecerse definitivamente, no podía esperar a poner fin a cientos de milenios de movilidad y desplazamientos estacionales. Sin embargo, hay pruebas masivas de la resistencia decidida de los pueblos móviles de todo el mundo al asentamiento permanente, incluso en circunstancias relativamente favorables. Los pastores y las poblaciones cazadoras y recolectoras han luchado contra el asentamiento permanente, asociándolo, a menudo correctamente, con las enfermedades y el control estatal. Muchos pueblos nativos americanos se vieron confinados en reservas tras sufrir una derrota militar. Otros aprovecharon las oportunidades históricas que les brindó el contacto con Europa para aumentar su movilidad: los sioux y los comanches se convirtieron en cazadores a caballo, comerciantes e incursores, y los navajos en pastores de ovejas.

La mayoría de los pueblos que practican formas móviles de subsistencia –el pastoreo, la búsqueda de alimentos, la caza, la recolección marina e incluso los cultivos itinerantes–,

6 El término *domus* es muy antiguo, de etimología indoeuropea (**dom-*), que designaba a la familia de tres generaciones y tiene su origen en la raíz **dem-*, construir. A su vez, *Domus* es la palabra latina con la que se conoce a un tipo de casa. Las *domus* eran las viviendas de las familias de un cierto nivel económico, cuyo cabeza de familia (paterfamilias) llevaba el título de *dominus*. [N. e. d.]

aunque se han adaptado con presteza al comercio moderno, han luchado encarnizadamente contra el asentamiento permanente. Como mínimo, no tenemos ninguna justificación para suponer que el sedentarismo de la vida moderna pueda leerse en la historia de la humanidad como una aspiración universal⁷.

El relato básico del sedentarismo y la agricultura ha sobrevivido durante mucho tiempo a la mitología que originalmente le dio carta de naturaleza. De Thomas Hobbes a John Locke, de Giambattista Vico a Lewis Henry Morgan, de Friedrich Engels a Herbert Spencer, de Oswald Spengler a los relatos darwinistas de la evolución social en general, la secuencia del progreso de la caza y la recolección al nomadismo y a la agricultura (y de la banda a la aldea, al pueblo y a la ciudad) era doctrina establecida. Estas visiones casi imitaban el esquema evolutivo de Julio César de los hogares a los linajes, a las tribus, a los pueblos y al Estado (un pueblo que vive bajo leyes), en el que Roma era la cúspide, con los celtas y los germanos detrás. Aunque varían en los detalles, esos relatos registran la marcha de la civilización transmitida por la mayoría de las rutinas pedagógicas e impresa en los cerebros de escolares y

7 La única exploración sensible de este tema que conozco es el excelente libro de Bruce Chatwin escrito sobre Australia, *The Songlines* (Londres: Cape, 1987). Los romaníes, también conocidos como gitanos, son un ejemplo moderno de movilidad decidida, hasta el punto de que el famoso diplomático noruego Fridtjof Nansen propuso, tras la Segunda Guerra Mundial, expedirles lo que habrían sido los primeros pasaportes «europeos».

colegiales de todo el mundo. El paso de un modo de subsistencia al siguiente se considera nítido y definitivo.

Nadie, una vez mostradas las técnicas de la agricultura, soñaría con seguir siendo nómada o forrajeador. Se supone que cada paso representa un salto que marca una época en el bienestar de la humanidad: más ocio, mejor nutrición, mayor esperanza de vida y, por fin, una vida sedentaria que promueve las artes domésticas y el desarrollo de la civilización. Desalojar esta narrativa de la imaginación del mundo es casi imposible; el programa de recuperación de doce pasos necesario para lograrlo roza la imaginación. No obstante, hago un pequeño intento.

Resulta que la mayor parte de lo que podríamos llamar la narrativa estándar ha tenido que ser abandonada una vez confrontada con la acumulación de pruebas arqueológicas. Contrariamente a lo que se creía, los cazadores y recolectores –incluso hoy en día, en los refugios marginales que habitan– no se parecen en nada a los desesperados famélicos de un día sin morir de hambre del folclore. De hecho, los cazadores y recolectores nunca han gozado de tan buena salud, dieta y tiempo libre. Los agricultores, por el contrario, nunca han estado tan mal, ni en su dieta, ni en su salud, ni en su tiempo libre⁸.

8 Las poblaciones urbanas, antes de la revolución sanitaria de mediados del siglo XIX (alcantarillado y agua potable) y antes de la vacunación y los

La moda actual de las dietas «paleolíticas» refleja la filtración de estos conocimientos arqueológicos a la cultura popular. El paso de la caza y el forrajeo a la agricultura –un cambio lento, largo, reversible y a veces incompleto– tuvo al menos tantos costes como beneficios. Así, aunque la plantación de cultivos ha parecido, en la narrativa estándar, un paso crucial hacia un presente utópico, no puede haber parecido así a quienes lo experimentaron por primera vez: un hecho que algunos estudiosos ven reflejado en la historia bíblica de la expulsión de Adán y Eva del Jardín del Edén.

Las heridas que ha sufrido la narración estándar a manos de la investigación reciente son, en mi opinión, mortales. Por ejemplo, se ha asumido que la residencia fija –el sedentarismo– era consecuencia de la agricultura de cultivos. Los cultivos permitieron que las poblaciones se concentraran y asentaran, proporcionando una condición necesaria para la formación de estados. Inconvenientemente para la narrativa, el sedentarismo es en realidad bastante común en entornos preagrícolas ecológicamente ricos y variados, especialmente en los humedales que bordean las rutas migratorias estacionales de peces, aves y animales de caza mayor. Allí, en la antigua Mesopotamia meridional (que en griego significa «entre los ríos»), se encuentran poblaciones sedentarias, incluso ciudades, de hasta cinco mil habitantes con poca o ninguna

antibióticos, solían tener tasas de mortalidad tan elevadas que sólo crecían gracias a la inmigración a gran escala desde el campo.

agricultura. También se encuentra la anomalía opuesta: la plantación de cultivos asociada a la movilidad y la dispersión, salvo durante un breve periodo de cosecha.

Esta última paradoja nos alerta de nuevo sobre el hecho de que la suposición implícita de la narrativa estándar –a saber, que la gente no podía esperar a abandonar por completo la movilidad y «asentarse»– también puede ser errónea.

Quizá lo más inquietante de todo sea que el acto civilizatorio central de toda la narrativa: la domesticación, resulta ser obstinadamente elusivo. Al fin y al cabo, los homínidos han moldeado el mundo vegetal –en gran medida con fuego– desde antes del *Homo sapiens*. ¿Cuál es el Rubicón de la domesticación? ¿Cuidar las plantas silvestres, escardarlas, trasladarlas a un nuevo lugar, esparcir un puñado de semillas en un limo rico, depositar una o dos semillas en una depresión hecha con un palito, o arar? No parece haber ningún «*jajá!*» ni ninguna «*bombilla de Edison*». Incluso hoy en día existen grandes extensiones de trigo silvestre en Anatolia de las que, como demostró Jack Harlan, se podía recoger suficiente grano con una hoz de sílex en tres semanas para alimentar a una familia durante un año. Mucho antes de la siembra deliberada de semillas en campos arados, los recolectores habían desarrollado todas las herramientas de cosecha, cestas de aventar, piedras de moler y morteros y majaderas para procesar

granos y legumbres silvestres⁹. Para el profano, dejar caer las semillas en una zanja o agujero preparado parece decisivo. ¿Acaso cuenta el hecho de tirar los huesos de una fruta comestible en una parcela de abono vegetal cerca del campamento, sabiendo que muchos brotarán y prosperarán?

Para los arqueobotánicos, las pruebas de la domesticación de los cereales dependían de encontrar granos con raquis no quebradizos (favorecidos intencionadamente por los primeros plantadores porque las cabezas de las semillas no se rompían sino que «esperaban al cosechador») y semillas más grandes. Ahora resulta que estos cambios morfológicos parecen haberse producido mucho después de que se cultivaran los cereales. También se ha cuestionado lo que hasta ahora parecían pruebas esqueléticas inequívocas de ovejas y cabras totalmente domesticadas. El resultado de estas ambigüedades es doble. En primer lugar, hace que la identificación de un único acontecimiento de domesticación sea arbitraria e inútil. En segundo lugar, refuerza los argumentos a favor de un periodo muy, muy largo de lo que algunos han denominado «producción alimentaria de bajo

9 De hecho, parece que esos lugares de rodales silvestres y/o granos cultivados pero no domesticados y las reuniones periódicas para cosechar los granos y almacenarlos eran lo suficientemente comunes como para que se les interpretara erróneamente como comunidades sedentarias permanentes que cultivaban cosechas totalmente domesticadas. Véase a este respecto el cuidadoso argumento de Asouti y Fuller, «Emergence of Agriculture in Southwest Asia».

nivel» de plantas no totalmente silvestres y, sin embargo, tampoco totalmente domesticadas. Los mejores análisis de la domesticación de las plantas eliminan la noción de un acontecimiento de domesticación singular y defienden, basándose en sólidas pruebas genéticas y arqueológicas, la existencia de procesos de cultivo que duraron hasta tres milenios en muchas zonas y que condujeron a domesticaciones múltiples y dispersas de la mayoría de los principales cultivos (trigo, cebada, arroz, garbanzos, lentejas)¹⁰.

Aunque estos hallazgos arqueológicos hacen trizas la narrativa civilizatoria estándar, quizá se pueda ver este periodo temprano como parte de un largo proceso, que aún continúa, en el que los humanos hemos intervenido para obtener un mayor control sobre las funciones reproductivas de las plantas y los animales que nos interesan.

Los criamos, protegemos y explotamos selectivamente. Cabría extender este argumento a los primeros estados agrarios y su control patriarcal sobre la reproducción de mujeres, cautivos y esclavos. Guillermo Algaze plantea la cuestión de forma aún más atrevida: «Las primeras aldeas del Próximo Oriente domesticaron plantas y animales. Las

10 Para quizás los mejores y más detallados resúmenes del estado actual de los conocimientos, véanse Fuller et al. , «Cultivation and Domestication Has Multiple Origins,» y Asouti y Fuller, «Emergence of Agriculture in Southwest Asia. »

instituciones urbanas de Uruk, a su vez, domesticaron a los humanos»¹¹.

Poner al Estado en su lugar

Cualquier investigación sobre la formación del Estado como ésta corre el riesgo, por definición, de otorgar al Estado un lugar de privilegio mayor del que podría merecer en un relato más equilibrado de los asuntos humanos. Quiero evitarlo. Los hechos, tal y como yo los entiendo, son que una historia equilibrada de las especies otorgaría al Estado un papel mucho más modesto del que normalmente se le concede.

Que los estados hayan llegado a dominar el registro arqueológico e histórico no es ningún misterio. Para nosotros –es decir, para los *Homo sapiens*–, acostumbrados a pensar en unidades de una o unas pocas vidas, la permanencia del Estado y de su espacio administrado parece una constante ineludible de nuestra condición. Aparte de la absoluta hegemonía de la forma estatal en la actualidad, gran parte de la arqueología y la historia de todo el mundo están patrocinadas por el Estado y a menudo

11 Algaze, «Initial Social Complexity in Southwestern Asia».

equivalen a un ejercicio narcisista de autorretrato. A este sesgo institucional se suma la tradición arqueológica, hasta hace bien poco, de excavación y análisis de las grandes ruinas históricas.

Así, si construías monumentalmente en piedra y dejabas tus escombros convenientemente en un solo lugar, era probable que te «descubrieran» y dominaras las páginas de la historia antigua. Si, por el contrario, construías con madera, bambú o cañas, era mucho menos probable que aparecieras en los registros arqueológicos. Y si se trataba de cazadores-recolectores o nómadas, por numerosos que fueran, que esparcían su basura biodegradable por todo el paisaje, era probable que desaparecieran por completo de los registros arqueológicos.

Una vez que los documentos escritos –por ejemplo, jeroglíficos o cuneiformes– aparecen en el registro histórico, el sesgo se hace aún más pronunciado. Se trata invariablemente de textos centrados en el Estado: impuestos, unidades de trabajo, listas de tributos, genealogías reales, mitos fundacionales, leyes. No hay voces que se opongan, y los esfuerzos por leer esos textos a contracorriente son heroicos y excepcionalmente difíciles¹².

12 Muchos pueblos nómadas disponían de escritura (a menudo tomada de pueblos sedentarios), pero normalmente escribían sobre materiales perecederos (corteza, hojas de bambú, cañas) y con fines no estatales (como memorizar hechizos y poesías de amor). Las pesadas tablillas de arcilla del

Cuanto más grandes son los archivos estatales que quedan, en general, más páginas se dedican a ese reino histórico y a su autorretrato.

Sin embargo, los primeros estados que aparecieron en el limo aluvial y eólico del sur de Mesopotamia, Egipto y el río Amarillo eran minúsculos tanto demográfica como geográficamente. Eran una mera mancha en el mapa del mundo antiguo y no mucho más que un error de redondeo en una población mundial total estimada en unos veinticinco millones de habitantes en el año 2.000 a.C.

Eran minúsculos nodos de poder rodeados de un vasto paisaje habitado por pueblos no estatales, también llamados «bárbaros». A pesar de Sumer, Akkad, Egipto, Micenas, Olmeca/Maya, Harrapan y Qin China, la mayor parte de la población mundial siguió viviendo fuera del alcance inmediato de los estados y sus impuestos durante mucho tiempo. Cuándo, precisamente, el paisaje político pasa a estar definitivamente dominado por el Estado es difícil de decir y bastante arbitrario. En una lectura generosa, hasta los últimos cuatrocientos años, un tercio del planeta seguía estando ocupado por cazadores-recolectores, cultivadores itinerantes, pastores y horticultores independientes, mientras que los estados, al ser esencialmente agrarios, estaban confinados en gran medida a esa pequeña porción

aluvión meridional de Mesopotamia son sin duda la tecnología de escritura de un pueblo sedentario, y por eso sobreviven tantas de ellas.

del globo apta para el cultivo. Es posible que gran parte de la población mundial nunca haya conocido a ese distintivo del Estado: un recaudador de impuestos. Muchos, tal vez la mayoría, podían entrar y salir del espacio estatal y cambiar de modo de subsistencia; tenían muchas posibilidades de eludir la pesada mano del Estado. Si, por tanto, situamos la era de la hegemonía definitiva del Estado en torno al 1600 d.C., puede decirse que el Estado sólo domina las dos últimas décimas partes del uno por ciento de la vida política de nuestra especie.

Al centrar nuestra atención en los lugares excepcionales donde aparecieron los primeros estados, corremos el riesgo de pasar por alto el hecho clave de que en gran parte del mundo no hubo Estado alguno hasta hace bien poco.

Los estados clásicos del sudeste asiático son aproximadamente contemporáneos del reinado de Carlomagno, más de seis mil años después de la «invención» de la agricultura. Los del Nuevo Mundo, con la excepción del Imperio Maya, son creaciones aún más recientes. También eran territorialmente bastante pequeños. Fuera de su alcance había grandes conglomerados de pueblos «no administrados» reunidos en lo que los historiadores podrían llamar tribus, jefaturas y bandas. Habitaban zonas sin soberanía o con una soberanía nominal cada vez más débil.

Los estados en cuestión sólo en contadas ocasiones y de forma muy breve eran los formidables Leviatanes que la

descripción de su reinado más poderoso tiende a transmitir. En la mayoría de los casos, el interregno, la fragmentación y las «edades oscuras» fueron más comunes que un gobierno consolidado y efectivo. También en este caso, nosotros –y también los historiadores– solemos quedar hipnotizados por los registros de la fundación de una dinastía o de su periodo clásico, mientras que los periodos de desintegración y desorden dejan pocos o ningún registro. La «Edad Oscura» de Grecia, que duró cuatro siglos y en la que aparentemente se perdió la alfabetización, es casi una página en blanco en comparación con la vasta literatura sobre las obras de teatro y la filosofía de la Edad Clásica.

Esto es totalmente comprensible si el propósito de una historia es examinar los logros culturales que veneramos, aunque pase por alto la fragilidad y debilidad de las formas de Estado. En buena parte del mundo, el Estado, incluso cuando era robusto, era una institución estacional. Hasta hace muy poco, durante las lluvias monzónicas anuales en el sudeste asiático, la capacidad del Estado para proyectar su poder se reducía prácticamente a los muros de su palacio. A pesar de la imagen que el Estado tiene de sí mismo y de su centralidad en la mayoría de las historias habituales, es importante reconocer que, durante miles de años después de su primera aparición, no fue una constante sino una variable, y muy inestable por cierto, en la vida de gran parte de la humanidad.

Ésta es una historia no estatal en otro sentido. Llama nuestra atención sobre todos aquellos aspectos de la creación y el colapso de los estados que están ausentes o sólo dejan débiles huellas. A pesar de los enormes avances en la documentación del cambio climático, los cambios demográficos, la calidad del suelo y los hábitos alimentarios, hay muchos aspectos de los primeros estados que es poco probable encontrar descritos en los restos físicos o en los primeros textos porque son procesos insidiosos y lentos, quizá simbólicamente amenazadores e incluso indignos de mención. Por ejemplo, parece que la huida de los primeros dominios estatales a la periferia era bastante común, pero, como contradice la narrativa del Estado como benefactor civilizador de sus súbditos, queda relegada a oscuros códigos legales. Yo y otros estamos prácticamente seguros de que la enfermedad fue un factor importante en la fragilidad de los primeros estados. Sus efectos, sin embargo, son difíciles de documentar, ya que fueron tan repentinos y tan poco comprendidos, y porque muchas enfermedades epidémicas no dejaron ninguna huella ósea evidente. Del mismo modo, el alcance de la esclavitud, la servidumbre y el reasentamiento forzoso es difícil de documentar, ya que, en ausencia de grilletes, los restos de esclavos y súbditos libres son indistinguibles. Todos los estados estaban rodeados de pueblos no estatales, pero debido a su dispersión, sabemos muy poco sobre sus idas y venidas, su cambiante relación con los estados y sus estructuras políticas. Cuando una ciudad se quema hasta los cimientos, a menudo es difícil

saber si fue un incendio accidental como el que asoló todas las ciudades antiguas construidas con materiales combustibles, una guerra civil o un levantamiento, o una incursión desde el exterior.

En la medida de lo posible, he tratado de apartar mi mirada del resplandor de la autorrepresentación estatal y he sondeado fuerzas históricas sistemáticamente pasadas por alto por las historias dinásticas y escritas y resistentes a las técnicas arqueológicas estándar.

Itinerario en miniatura

El tema del primer capítulo gira en torno a la domesticación del fuego, las plantas y los animales y la concentración de alimentos y población que dicha domesticación hace posible. Antes de que pudiéramos convertirnos en objeto de la construcción del Estado, era necesario que nos reuniéramos –o que nos reunieran– en cantidades considerables con una expectativa razonable de no morir de hambre inmediatamente. Cada una de estas domesticaciones reorganizó el mundo natural de forma que redujo enormemente el radio de una comida. El fuego, que debemos a nuestro pariente más antiguo, el *Homo erectus*, ha sido nuestra gran baza, ya que nos ha permitido

remodelar el paisaje para fomentar las plantas alimenticias –árboles frutales, arbustos de bayas– y crear un ramoneo que atrajera a las presas deseadas. Al cocinar, el fuego hizo más sabrosas y nutritivas muchas plantas antes indigestas. Se afirma que debemos nuestro cerebro relativamente grande y nuestro intestino relativamente pequeño (en comparación con otros mamíferos, incluidos los primates) a la ayuda predigestiva externa que nos proporciona la cocción.

La domesticación de cereales –especialmente trigo y cebada, en este caso– y legumbres favorece el proceso de concentración.

En coevolución con el hombre, los cultivares se seleccionaron especialmente por sus grandes frutos (semillas), por su maduración determinada y por su trillabilidad (cualidad de no romperse). Pueden plantarse anualmente alrededor de la domus (la granja y sus alrededores) y proporcionan una fuente bastante fiable de calorías y proteínas, ya sea como reserva en un mal año o como alimento básico. Los animales domésticos –especialmente ovejas y cabras, en este caso– pueden considerarse de la misma manera. Son nuestros dedicados buscadores de alimentos cuadrúpedos (o, en el caso de los pollos, patos y gansos, bípedos). Gracias a sus bacterias intestinales, pueden digerir plantas que nosotros no podemos encontrar y/o descomponer y nos las devuelven, por así decirlo, «cocinadas» en forma de grasa y proteína,

que tanto ansiamos y podemos digerir. Criamos estos animales domésticos de forma selectiva para obtener las cualidades que deseamos: reproducción rápida, tolerancia al confinamiento, docilidad, producción de carne, leche y lana.

Como he señalado, la domesticación de plantas y animales no era estrictamente necesaria para el sedentarismo, pero sí creó las condiciones para un nivel sin precedentes de concentración de alimentos y población, especialmente en los entornos agroecológicos más favorables: ricas llanuras aluviales o suelos de loess y agua perenne.

Por eso he decidido llamar a estos lugares campamentos de reasentamiento multiespecífico del Neolítico tardío. Resulta que, aunque ofrece las condiciones ideales para la creación de un Estado, el campamento de reasentamiento multiespecífico del Neolítico tardío implicaba mucho más trabajo que la caza y la recolección, y no era nada bueno para la salud. Resulta difícil comprender por qué alguien que no estuviera impulsado por el hambre, el peligro o la coacción abandonaría voluntariamente la caza y la recolección o el pastoreo por la agricultura a tiempo completo.

El término «domesticar» suele entenderse como un verbo activo que toma un objeto directo, como en «El homo sapiens domesticó el arroz... domesticó las ovejas», etcétera. Esto pasa por alto la agencia activa de los domesticados. No está tan claro, por ejemplo, hasta qué

punto nosotros domesticamos al perro o el perro nos domesticó a nosotros. Y qué decir de los «comensales» (gorriones, ratones, gorgojos, garrapatas, chinches) que no fueron invitados al campo de reasentamiento pero que se colaron de todos modos, ya que la compañía y la comida les resultaron agradables. ¿Y qué hay de los «domesticadores en jefe», los *Homo sapiens*? ¿No fueron domesticados a su vez, atados a la ronda de arar, plantar, escardar, segar, trillar, moler, todo en nombre de sus granos favoritos y atendiendo a las necesidades diarias de su ganado? Es casi una cuestión metafísica quién es siervo de quién, al menos hasta que llega la hora de comer.

En el capítulo 2 se analiza el significado de la domesticación para las plantas, el hombre y los animales. Sostengo, como otros, que la domesticación debe entenderse de forma amplia, como el esfuerzo continuo del *Homo sapiens* por moldear todo el entorno a su gusto. Dados nuestros frágiles conocimientos sobre el funcionamiento del mundo natural, podría decirse que el esfuerzo ha abundado más en consecuencias imprevistas que en efectos buscados. Mientras que algunos consideran que el Antropoceno grueso comenzó con el depósito mundial de radiactividad tras el lanzamiento de la primera bomba atómica, existe lo que yo he denominado un Antropoceno «delgado» que data del uso del fuego por el *Homo erectus* hace aproximadamente medio millón de años y se extiende hasta los desmontes para la agricultura y el

pastoreo y la consiguiente deforestación y sedimentación. El impacto y el ritmo de este Antropoceno temprano crecen a medida que la población mundial aumenta hasta alcanzar aproximadamente los veinticinco millones de habitantes en el año 2.000 a.C. No hay ninguna razón en particular para insistir en la etiqueta «Antropoceno» –un término en boga y muy discutido mientras escribo–, pero hay muchas razones para insistir en el impacto medioambiental global de la domesticación del fuego, las plantas y los animales de pastoreo.

La «domesticación» cambió la composición genética y la morfología tanto de los cultivos como de los animales alrededor de la *domus*. La reunión de plantas, animales y seres humanos en asentamientos agrícolas creó un entorno nuevo y en gran medida artificial en el que la presión de la selección darwiniana trabajó para promover nuevas adaptaciones.

Los nuevos cultivos se convirtieron en «cestos», que no podían sobrevivir sin nuestras atenciones y protección constantes. Lo mismo ocurrió con las ovejas y cabras domesticadas, que se hicieron más pequeñas, más plácidas, menos conscientes de su entorno y menos dimórficas sexualmente. En este contexto, me pregunto si es probable que un proceso similar nos afectara a nosotros. ¿Cómo nos domesticó también la *domus*, nuestro confinamiento, el hacinamiento, nuestras diferentes pautas de actividad física y organización social? Por último, al comparar el mundo de

la agricultura –ligado como está al metrónomo de un gran cereal– con el de los cazadores–recolectores, sostengo que la vida de los agricultores es comparativamente mucho más estrecha desde el punto de vista de la experiencia y, tanto en un sentido cultural como ritual, más empobrecida.

Las cargas de la vida para los no elitistas en los primeros estados, tema del capítulo 3, eran considerables. La primera, como ya se ha señalado, era el trabajo penoso. No cabe duda de que, con la posible excepción de la agricultura de recesión por inundación (dérue), la agricultura era mucho más onerosa que la caza y la recolección. Como han observado Ester Boserup y otros, en la mayoría de los entornos no hay motivo para que un recolector se dedique a la agricultura, a menos que se vea obligado a ello por la presión demográfica o por algún tipo de coacción.

Una segunda carga importante e imprevista de la agricultura era el efecto epidemiológico directo de la concentración, no sólo de personas, sino también de ganado, cultivos y el amplio conjunto de parásitos que los seguían hasta la domus o se desarrollaban allí. Enfermedades con las que ahora estamos familiarizados – sarampión, paperas, difteria y otras infecciones adquiridas en la comunidad– aparecieron por primera vez en los primeros estados. Parece casi seguro que muchos de los primeros estados se derrumbaron como resultado de epidemias análogas a la peste antonina y la peste de Justiniano en el primer milenio de la era cristiana o la peste

negra del siglo XIV en Europa. Luego hubo otra plaga: la plaga estatal de los impuestos en forma de grano, mano de obra y servicio militar obligatorio por encima del oneroso trabajo agrícola. ¿Cómo, en tales circunstancias, consiguió el Estado primitivo reunir, mantener y aumentar su población sometida? Algunos han llegado a afirmar que la formación de un Estado sólo era posible en contextos en los que la población estaba rodeada de desierto, montañas o una periferia hostil¹³.

El capítulo 4 está dedicado a lo que podría denominarse la hipótesis del grano. Resulta sin duda sorprendente que prácticamente todos los estados clásicos se basaran en el cereal, incluido el mijo. La historia no registra estados de yuca, sagú, ñame, taro, plátano, árbol del pan o batata. («Las repúblicas bananeras» no cumplen los requisitos).

Mi opinión es que sólo los cereales son los más adecuados para la producción concentrada, la tasación fiscal, la apropiación, los levantamientos catastrales, el almacenamiento y el racionamiento. En suelos adecuados, el trigo proporciona la agroecología necesaria para concentraciones densas de seres humanos.

En cambio, el tubérculo yuca crece bajo tierra, requiere pocos cuidados, es fácil de ocultar, madura en un año y, lo que es más importante, puede dejarse en el suelo y seguir

13 Carneiro, “A Theory of the Origin of the State.”

siendo comestible durante dos años más. Si el Estado quiere tu yuca, tendrá que venir a desenterrar los tubérculos uno a uno, y luego tiene una carga de poco valor y gran peso si se transporta. Si evaluáramos los cultivos desde la perspectiva del «recaudador de impuestos» premoderno, los cereales principales (sobre todo, el arroz de regadío) estarían entre los más preferidos, y las raíces y tubérculos entre los menos preferidos.

De ello se deduce, en mi opinión, que la formación del Estado sólo es posible cuando existen pocas alternativas a una dieta dominada por los cereales domesticados. Mientras la subsistencia se extienda a través de varias redes alimentarias, como ocurre con los cazadores-recolectores, los cultivadores de tierras pantanosas, los recolectores marinos, etc., es improbable que surja un Estado, en la medida en que no exista un alimento básico fácilmente evaluable y accesible que sirva de base para la apropiación.

Se podría imaginar que las antiguas legumbres domesticadas, como los guisantes, la soja, los cacahuetes o las lentejas, todas ellas nutritivas y que se pueden secar para almacenar, podrían servir como cultivo fiscal.

El obstáculo en este caso es que la mayoría de las leguminosas son cultivos indeterminados que pueden recogerse mientras crecen; no tienen una cosecha determinada, algo que exige el fisco.

Algunos entornos agroecológicos pueden considerarse «preadaptados» para concentrar campos de cereales y población, debido a la abundancia de limo y agua, y estas zonas son a su vez posibles lugares para la creación de estados.

Es posible que estos entornos sean necesarios para la creación de un Estado en una época temprana, pero no suficientes. Se podría decir que el Estado tiene una afinidad electiva por estos lugares. En contra de algunas suposiciones anteriores, el Estado no inventó el regadío como forma de concentrar población, ni mucho menos la domesticación de cultivos; ambos fueron logros de pueblos anteriores al Estado.

Sin embargo, lo que el Estado ha hecho a menudo, una vez establecido, es mantener, ampliar y expandir el entorno agroecológico que es la base de su poder mediante lo que podríamos llamar paisajismo estatal. Esto ha incluido la reparación de canales atascados, la excavación de nuevos canales de alimentación, el asentamiento de cautivos de guerra en tierras cultivables, la penalización de los súbditos que no cultivan, la limpieza de nuevos campos, la prohibición de actividades de subsistencia no imponibles, como la enjambrazón y el forrajeo, y el intento de impedir la huida de sus súbditos.

Creo que hay algo parecido a un módulo agroeconómico que caracteriza a la mayoría de los primeros estados. Ya se

trate de trigo, cebada, arroz o maíz –los cuatro cultivos que representan, incluso hoy en día, más de la mitad del consumo calórico mundial–, los patrones muestran un parecido familiar.

El estado primitivo se esfuerza por crear un paisaje legible, medido y bastante uniforme de cultivos de cereales imponibles y por mantener en esta tierra una gran población disponible para el trabajo de corvée¹⁴, el servicio militar obligatorio y, por supuesto, la producción de cereales. Por docenas de razones, ecológicas, epidemiológicas y políticas, el Estado a menudo no logra este objetivo, pero éste es, por así decirlo, el brillo constante de sus ojos.

Llegados a este punto, un lector atento podría preguntarse: ¿qué es un Estado? Creo que los sistemas de gobierno de la Mesopotamia primitiva se fueron convirtiendo gradualmente en estados. Es decir, la «estatalidad», en mi opinión, es un continuo institucional, menos una proposición de lo uno o lo otro que un juicio de más o menos. Un sistema de gobierno con un rey, personal administrativo especializado, jerarquía social, un centro

14 La corvea consistía en la obligación de trabajar gratuitamente en las tierras del noble o señor feudal y era impuesta a los siervos; era una prestación personal servil. La corvea es institución mundial; en el sur de América los incas y estados predecesores le llamaron mita. En la China, la administración imperial eximía a algunos pueblos bárbaros conquistados de la habitual corvea. Entre los años 2900 y 2334 a. C. , toda la población sumeria estaba sujeta a la corveas estacionales en los campos agrícolas del templo; era un «"impuesto" en trabajo sobre toda la población. » [N. e. d.]

monumental, murallas y recaudación y distribución de impuestos es sin duda un «Estado» en el sentido estricto del término.

La existencia de este tipo de estados se remonta a los últimos siglos del cuarto milenio a.C. y parece estar bien atestiguada, como muy tarde, por el fuerte sistema de gobierno territorial de Ur III, en el sur de Mesopotamia, en torno al año 2.100 a.C.

Antes de eso existían ciudades con una población considerable, comercio, artesanos y, al parecer, asambleas urbanas, pero se podría discutir hasta qué punto estas características satisfarían una definición estricta de Estado.

Como ya puede resultar obvio, el aluvión del sur de Mesopotamia ocupa el centro de mi atención geográfica por la sencilla razón de que fue aquí donde surgieron los primeros pequeños estados. «Prístinos» es el adjetivo que normalmente se utiliza para describirlos.

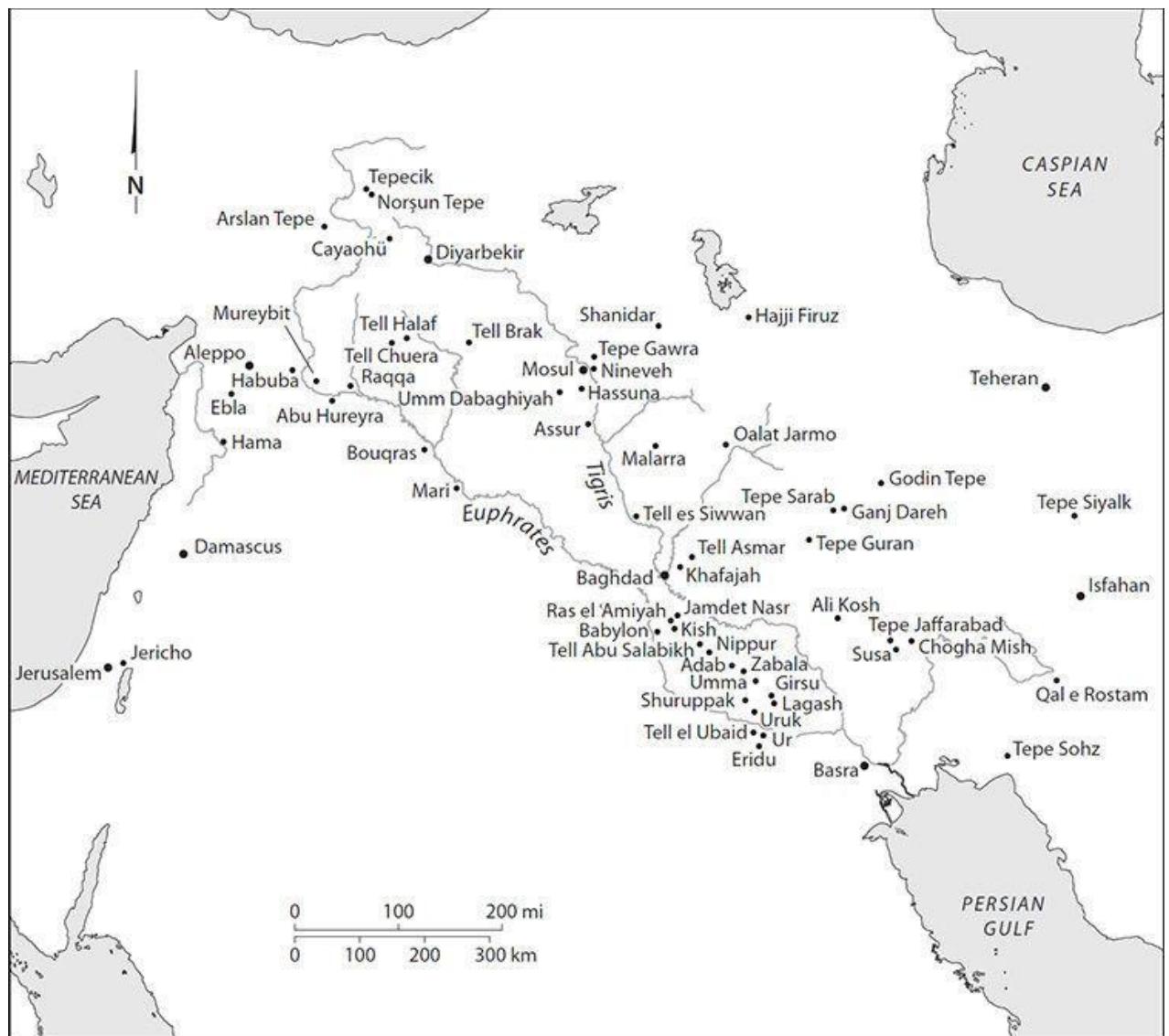
Aunque se pueden encontrar asentamientos fijos y granos domesticados antes en otros lugares (por ejemplo, en Jericó, el Oriente y los «flancos montañosos» al este del aluvión), no dieron lugar a estados. Las formas estatales mesopotámicas, a su vez, influyeron en las prácticas posteriores de creación de estados en Egipto, en el norte de Mesopotamia e incluso en el valle del Indo. Por este motivo, y con la ayuda de las tablillas cuneiformes de arcilla que se

conservan y de los prodigiosos estudios sobre la zona, me concentraré en los estados mesopotámicos. Cuando los paralelismos o contrastes resultan llamativos y apropiados, me refiero ocasionalmente a los primeros estados del norte de China, Creta, Grecia, Roma y los mayas.

Se podría caer en la tentación de decir que los estados surgen, cuando lo hacen, en zonas ecológicamente ricas. Esto sería un malentendido. Lo que se necesita es riqueza en forma de un cultivo de cereales apropiable, mensurable y dominante, y una población que lo cultive que pueda administrarse y movilizarse fácilmente.

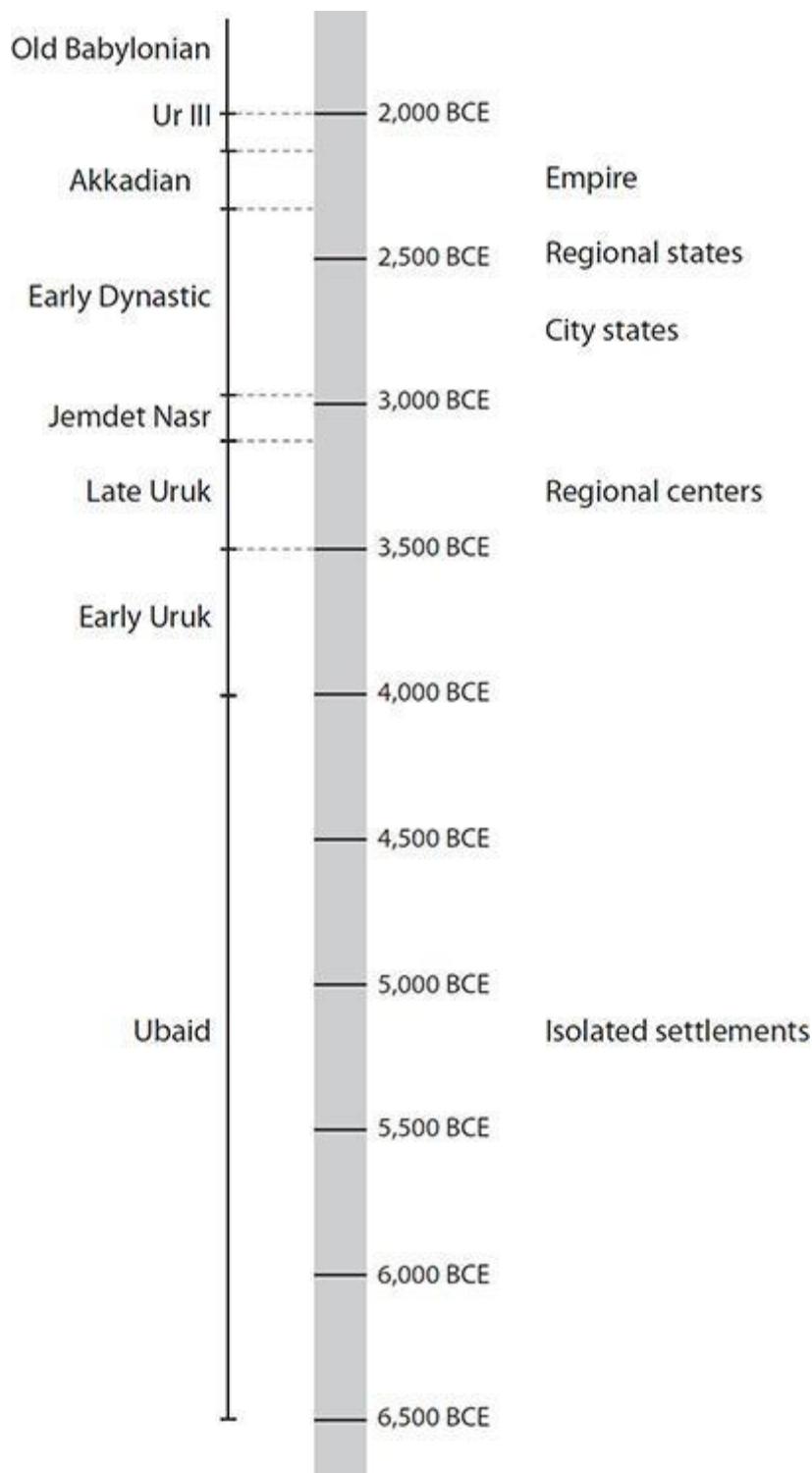
Las zonas de gran abundancia pero diversa, como los humedales, que ofrecen docenas de opciones de subsistencia a una población móvil, debido a su propia ilegibilidad y diversidad fugitiva, no son zonas de creación estatal exitosa.

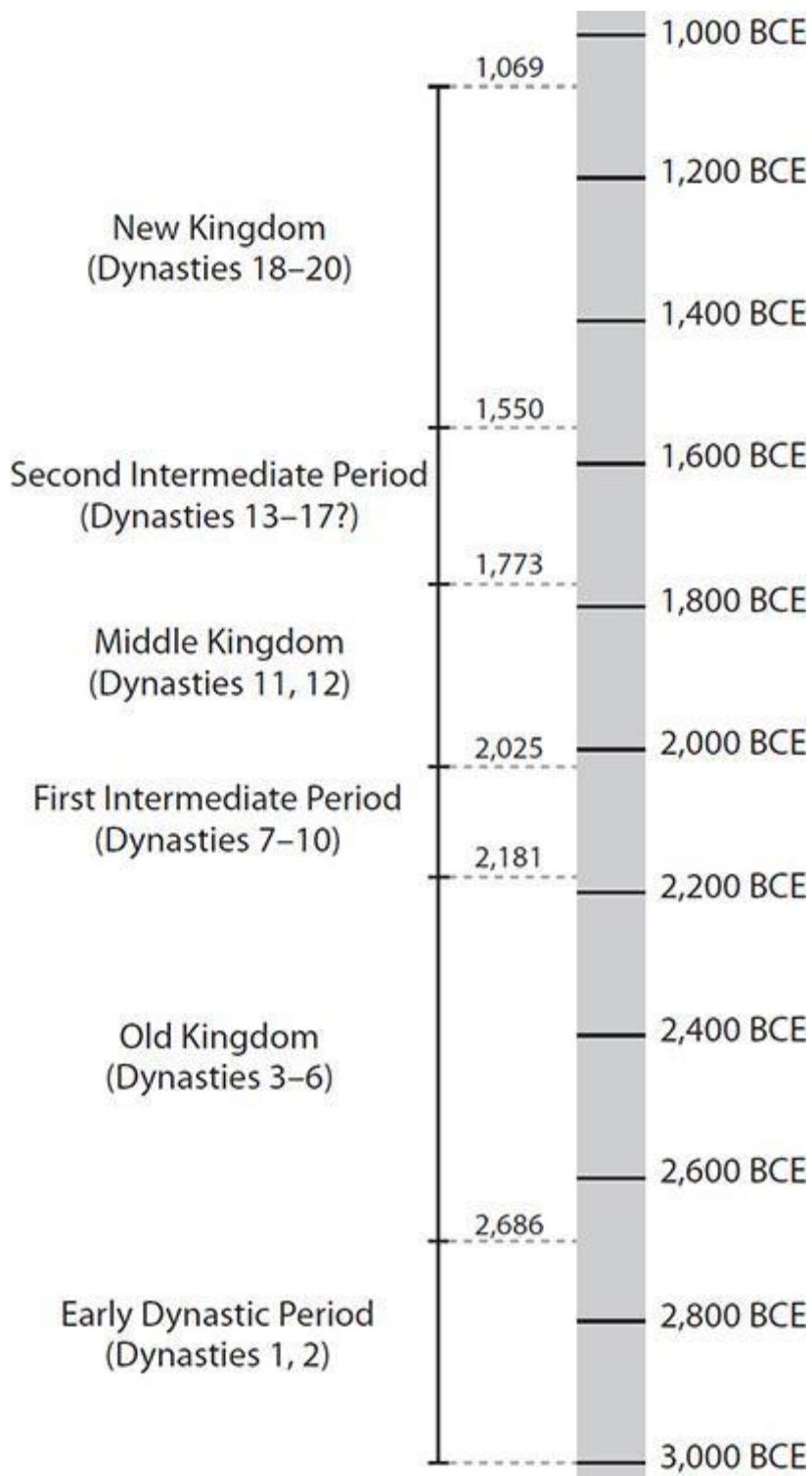
La lógica de los cultivos y las personas evaluables y accesibles se aplica también a los esfuerzos de control y legibilidad a menor escala que se encuentran en las reducciones españolas del Nuevo Mundo, en muchos asentamientos misioneros y en ese dechado de legibilidad que es la plantación de monocultivos con la mano de obra en los barracones.



La cuestión más amplia, la que abordo en el capítulo 5, es importante porque tiene que ver con el papel de la coerción en el establecimiento y mantenimiento del Estado antiguo. Aunque es objeto de acalorados debates, la cuestión afecta directamente al núcleo de la narrativa tradicional del progreso de la civilización. Si se demostrara que la formación de los primeros estados fue en gran medida una empresa coercitiva, habría que reexaminar la visión del Estado, tan apreciada por teóricos del contrato social como Hobbes y

Locke, como un imán de paz civil, orden social y ausencia de miedo, que atrae a la gente por su carisma.

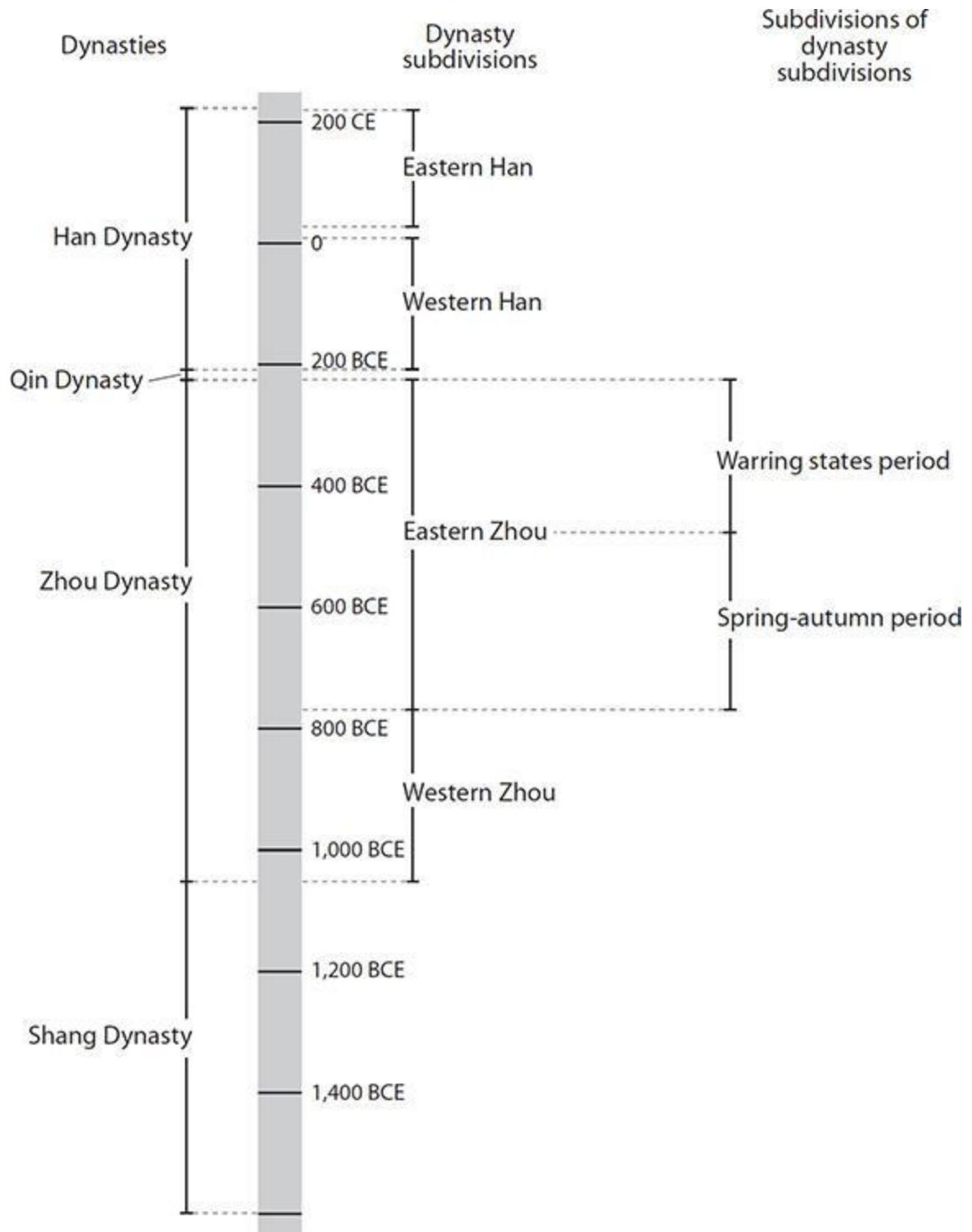




El Estado primitivo, de hecho, como veremos, a menudo no lograba retener a su población; era excepcionalmente frágil epidemiológica, ecológica y políticamente y propenso al colapso o a la fragmentación. Sin embargo, si el Estado se

desintegró con frecuencia, no fue por falta de ejercicio de los poderes coercitivos que podía reunir. Las pruebas del uso extensivo de mano de obra no gratuita –cautivos de guerra, servidumbre por contrato, esclavitud en templos, mercados de esclavos, reasentamiento forzoso en colonias de trabajo, trabajo de convictos y esclavitud comunal (por ejemplo, los helotes de Esparta)– son abrumadoras. La mano de obra no libre era especialmente importante en la construcción de murallas y carreteras, la excavación de canales, la minería, las canteras, la explotación forestal, la construcción monumental, el tejido de lana y, por supuesto, las labores agrícolas. Es evidente la atención que se prestaba a la «zootecnia» de la población sujeta, incluidas las mujeres, como una forma de riqueza, al igual que el ganado, en la que se fomentaban la fertilidad y las altas tasas de reproducción. El mundo antiguo compartía claramente el juicio de Aristóteles de que el esclavo era, como un animal de arado, una «herramienta de trabajo».

Incluso antes de encontrar términos para los esclavos en los primeros registros escritos, el registro arqueológico lo dice todo con sus representaciones en bajorrelieve de esclavos cautivos harapientos que son conducidos de vuelta del campo de la victoria y, en Mesopotamia, miles de pequeños cuencos biselados idénticos utilizados, con toda probabilidad, para las raciones de cebada o cerveza para el trabajo en cuadrilla.



La esclavitud formal en el mundo antiguo alcanza su apoteosis en la Grecia clásica y la Roma imperial temprana, que eran estados esclavistas en el pleno sentido que se aplica al Sur antebellum de estados Unidos. La esclavitud en

este orden de cosas, aunque no ausente en Mesopotamia y el Egipto primitivo, era menos dominante que otras formas de trabajo no libre, como los miles de mujeres que trabajaban en los grandes talleres de Ur fabricando tejidos para la exportación. Las rebeliones de esclavos en la Italia y Sicilia romanas, las ofertas de libertad en tiempos de guerra –por parte de Esparta a los esclavos atenienses y por parte de los atenienses a los esclavos de Esparta– y las frecuentes referencias a poblaciones que huían y se fugaban en Mesopotamia demuestran que una buena parte de la población de Grecia y la Italia romana estaba retenida contra su voluntad. En este contexto, uno recuerda la advertencia de Owen Lattimore de que las grandes murallas de China se construyeron tanto para mantener a los contribuyentes chinos dentro como para mantener a los bárbaros fuera. Variable a lo largo del tiempo y difícil de cuantificar, la servidumbre parece haber sido una condición para la supervivencia del Estado antiguo. Sin duda, los primeros estados no inventaron la institución de la esclavitud, pero sí la codificaron y organizaron como proyecto estatal.

Los primeros estados eran instituciones históricamente novedosas; no existían manuales de arte de gobernar ni Maquiavelo que los gobernantes pudieran consultar, por lo que no es de extrañar que a menudo fueran efímeros. La dinastía Qin de China, famosa por sus numerosas innovaciones de gobierno fuerte, duró apenas quince años.

La agroecología favorable a la creación de estados es relativamente estacionaria, mientras que los estados que aparecen ocasionalmente en estos lugares parpadean como semáforos erráticos. Las razones de esta fragilidad y la forma de entender su significado más amplio constituyen el tema del capítulo 6.

Se ha derramado mucha tinta arqueológica tratando de explicar, por ejemplo, el «colapso» maya, el «Primer Periodo Intermedio» egipcio y la «Edad Oscura» griega. Con frecuencia, las pruebas de que disponemos no proporcionan ninguna pista concluyente. Las causas suelen ser múltiples y resulta arbitrario señalar una como decisiva. Al igual que ocurre con un paciente que sufre muchas enfermedades subyacentes, es difícil especificar la causa de la muerte. Y cuando, por ejemplo, una sequía conduce al hambre y luego a la resistencia y la huida de la que, a su vez, un reino vecino se aprovecha invadiendo, saqueando el reino y llevándose a su población, ¿cuál de estas causas debemos preferir? El escaso registro escrito rara vez ayuda. Cuando un reino es destruido por invasiones, incursiones, guerras civiles o rebeliones, los escribas depuestos rara vez permanecen en sus puestos el tiempo suficiente para dejar constancia de la debacle. Ocasionalmente hay pruebas de que un complejo palaciego ha sido incendiado, pero rara vez está claro quién lo hizo y por qué motivo.

En este sentido, hago especial hincapié en las causas de fragilidad intrínsecas a la agroecología de los primeros

estados. Las causas extrínsecas –por ejemplo, la sequía o el cambio climático (que está claramente implicado en varios «colapsos» simultáneos en toda la región)– pueden ser de hecho más importantes en general en el colapso de los estados, pero las causas intrínsecas nos dicen más sobre los aspectos autolimitantes de los primeros estados. Para ello, especulamos sobre tres líneas de falla que son subproductos de la propia formación del Estado. La primera son los efectos patógenos de las concentraciones sin precedentes de cultivos, personas y ganado, junto con los parásitos y patógenos que los acompañan. Me imagino, como otros, que las epidemias de uno u otro tipo, incluidas las enfermedades de los cultivos, fueron responsables de bastantes colapsos repentinos. Sin embargo, es difícil encontrar pruebas. Más insidiosos son los efectos ecológicos del urbanismo y la agricultura intensiva de regadío. El primero provocó una deforestación constante de la cuenca aguas arriba de los estados ribereños y la consiguiente sedimentación e inundaciones. La segunda provocó una salinización del suelo bien documentada, menores rendimientos y el abandono final de las tierras cultivables.

Por último, quiero cuestionar, como han hecho otros, el uso del término «colapso» para describir muchos de estos acontecimientos¹⁵.

15 See McAnany and Yoffee, *Questioning Collapse*.

En un uso irreflexivo, «colapso» denota la tragedia civilizacional de un gran reino primitivo que cae junto con sus logros culturales. Deberíamos hacer una pausa antes de adoptar este uso. Muchos reinos eran, de hecho, confederaciones de asentamientos más pequeños, y «colapso» podría no significar más que, una vez más, se han fragmentado en sus partes constituyentes, tal vez para volver a reunirse más tarde. En el caso de la reducción de las precipitaciones y el rendimiento de los cultivos, «colapso» podría significar una dispersión bastante rutinaria para hacer frente a las variaciones climáticas periódicas. Incluso en el caso de, por ejemplo, la huida o la rebelión contra los impuestos, el trabajo forzado o la conscripción, ¿no podríamos celebrar –o al menos no deplorar– la destrucción de un orden social opresivo? Por último, en caso de que sean los llamados bárbaros los que estén a las puertas, no debemos olvidar que a menudo adoptan la cultura y la lengua de los gobernantes a los que deponen. Las civilizaciones no deben confundirse nunca con los estados a los que suelen sobrevivir, ni debemos preferir irreflexivamente unidades mayores de orden político a unidades menores.

¿Y qué hay de esos bárbaros que, en la época de los primeros estados, son masivamente más numerosos que los súbditos estatales y, aunque dispersos, ocupan la mayor parte de la superficie habitable de la Tierra?

El término «bárbaro», como sabemos, fue aplicado originalmente por los griegos a todos los que no hablaban griego: esclavos capturados y vecinos bastante «civilizados» como los egipcios, los persas y los fenicios. «Ba–ba» pretendía ser una parodia del sonido del habla no griega. De una forma u otra, el término fue reinventado por todos los estados primitivos para distinguirse de los de fuera del Estado. Por tanto, resulta apropiado que mi séptimo y último capítulo esté dedicado a los «bárbaros», que no eran más que la inmensa población no sujeta al control estatal. Seguiré utilizando el término «bárbaro» –con la lengua bien plantada en la mejilla– en parte porque quiero argumentar que la era de los primeros y frágiles estados fue una época en la que era bueno ser un bárbaro. La duración de este periodo varió de un lugar a otro en función de la fortaleza del Estado y de la tecnología militar; mientras duró podría denominarse la edad de oro de los bárbaros. La zona bárbara, por así decirlo, es esencialmente la imagen espectral de la agroecología del Estado. Es una zona de caza, cultivo de roza y quema, recolección de marisco, búsqueda de comida, pastoreo, raíces y tubérculos, y pocos o ningún cultivo de grano en pie. Es una zona de movilidad física, de estrategias de subsistencia mixtas y cambiantes: en una palabra, de producción «ilegible».

Si el reino bárbaro es un reino de diversidad y complejidad, el reino estatal es, agroeconómicamente hablando, un reino de relativa simplicidad. Los bárbaros no son esencialmente

una categoría cultural; son una categoría política para designar poblaciones no administradas (¿todavía?) por el Estado. La línea fronteriza donde comienzan los bárbaros es aquella donde terminan los impuestos y el grano. Los chinos utilizaban los términos «crudos» y «cocidos» para distinguir a los bárbaros. Entre los grupos con la misma lengua, cultura y sistemas de parentesco, el segmento «cocinado» o más «evolucionado» comprendía a aquellos cuyos hogares habían sido registrados y que eran, aunque fuera nominalmente, gobernados por magistrados chinos. Se decía que «habían entrado en el mapa».

Como comunidades sedentarias, los primeros estados eran vulnerables a los pueblos no estatales más móviles. Si pensamos en los cazadores y recolectores como especialistas en localizar y explotar fuentes de alimentos, las agrupaciones estáticas de personas, grano, ganado, textiles y artículos metálicos de las comunidades sedentarias representaban una presa relativamente fácil. Para qué tomarse la molestia de cultivar una cosecha si, al igual que el Estado, uno puede simplemente confiscarla del granero (!). Como atestigua elocuentemente el dicho bereber: «El saqueo es nuestra agricultura». El crecimiento de los asentamientos agrícolas sedentarios que en todas partes constituyeron la base de los primeros estados puede verse como un nuevo y muy lucrativo lugar de forrajeo para los pueblos no estatales: un lugar de compras, por así decirlo.

Como comprendieron los nativos americanos, la vaca europea domesticada era más fácil de «cazar» que el ciervo de cola blanca. Las consecuencias para los primeros estados fueron considerables. O bien invertía fuertemente en defensas contra los asaltos o bien pagaba tributos –dinero para protección– a los posibles asaltantes a cambio de que no saquearan. En cualquiera de los dos casos, la carga fiscal del Estado primitivo y, por tanto, su fragilidad, aumentaban considerablemente.

Aunque la espectacularidad de las incursiones tiende a dominar los relatos sobre la relación de los primeros estados con los bárbaros, lo cierto es que eran mucho menos importantes que el comercio. Los primeros estados, situados en su mayor parte en ricas tierras bajas aluviales, eran socios comerciales naturales de los bárbaros cercanos. Los bárbaros, que se extendían por un entorno mucho más diverso, eran los únicos que podían satisfacer las necesidades sin las cuales los estados primitivos no podrían sobrevivir mucho tiempo: minerales metálicos, madera, pieles, obsidiana, miel, plantas medicinales y aromáticas. A largo plazo, el reino de las tierras bajas era más valioso como depósito comercial que como lugar de saqueo. Representaba un mercado amplio, nuevo y lucrativo para los productos del interior que podían intercambiarse por productos de las tierras bajas, como grano, tejidos, dátiles y pescado seco. Una vez que el desarrollo de la navegación

costera permitió un mayor comercio a larga distancia, el volumen de este comercio se disparó.

Para imaginar el efecto basta pensar en el impacto que tuvo el mercado de pieles de castor en Europa sobre la caza de los nativos americanos. Tanto la búsqueda de alimento como la caza se convirtieron, con la expansión del comercio, más en una empresa comercial y empresarial que en una actividad de pura subsistencia.

El resultado de esta simbiosis fue una hibridez cultural mucho mayor de lo que permitiría la típica dicotomía «civilizado–bárbaro». Se ha argumentado de forma convincente que el Estado o imperio primitivo solía estar a la sombra de un «gemelo bárbaro», que se alzaba con él y compartía su destino cuando caía¹⁶. Los oppida¹⁷ comerciales celtas al margen del Imperio romano ofrecen un ejemplo de esta dependencia.

Así pues, la larga era de los estados agrarios relativamente débiles y los numerosos pueblos montados no estatales fue una especie de edad de oro para los bárbaros: disfrutaban

16 Ver Thomas J. Barfield, *The Perilous Frontier: Nomadic Empires and China* (Oxford: Blackwell, 1992).

17 Un oppidum (plural en latín: oppida) es un término genérico en latín que designa un lugar elevado, una colina o meseta, cuyas defensas naturales se han visto reforzadas por la intervención del ser humano. Los oppida se establecían, generalmente, para el dominio de tierras aptas para el cultivo o como refugio fortificado que podía tener partes habitables. [N. e. d.]

de un comercio rentable con los primeros estados, incrementado con tributos e incursiones cuando era necesario; evitaban los inconvenientes de los impuestos y el trabajo agrícola; disfrutaban de una dieta más nutritiva y variada y de una mayor movilidad física.

Sin embargo, dos aspectos de este comercio fueron melancólicos y fatídicos. Tal vez la principal mercancía con la que comerciaban los primeros estados era el esclavo, normalmente procedente de los bárbaros. Los antiguos estados reponían su población mediante guerras de captura y comprando esclavos a gran escala a los bárbaros especializados en el comercio. Además, era raro el Estado primitivo que no contrataba mercenarios bárbaros para su defensa. Los bárbaros, que vendían tanto a sus compañeros bárbaros como su servicio marcial a los primeros estados, contribuyeron poderosamente al declive de su breve edad de oro.

I. LA DOMESTICACIÓN DEL FUEGO, LAS PLANTAS, LOS ANIMALES Y... NOSOTROS

Fuego

Qué significó el fuego para los homínidos y, en última instancia, para el resto del mundo natural, lo presagia vívidamente la excavación de una cueva en Sudáfrica¹⁸.

En los estratos más profundos y, por tanto, más antiguos, no hay depósitos de carbono y, por tanto, tampoco hay fuego. Aquí se encuentran restos óseos completos de grandes felinos y fragmentos de huesos –con marcas de dientes– de mucha fauna, entre la que se encuentra el *Homo*

18C. K. Brain, *The Hunters or the Hunted? An Introduction to African Cave Taphonomy* (Chicago: University of Chicago Press, 1981), cited in Goudsblom, *Fire and Civilization*.

erectus. En un estrato superior, más tardío, se encuentran depósitos de carbono que significan fuego. Aquí hay restos óseos completos de *Homo erectus* y fragmentos de huesos de diversos mamíferos, reptiles y aves, entre ellos algunos huesos roídos de grandes felinos. El cambio en la «propiedad» de las cuevas y la inversión de quién se comía aparentemente a quién atestiguan elocuentemente el poder del fuego para las especies que aprendieron a utilizarlo por primera vez. Como mínimo, el fuego proporcionaba calor, luz y una relativa seguridad frente a los depredadores nocturnos, además de ser un precursor de la domus u hogar.

Los argumentos a favor de que el uso del fuego fue la transformación decisiva en la fortuna de los homínidos son convincentes. Ha sido la mayor y más antigua herramienta de la humanidad para remodelar el mundo natural. Sin embargo, «herramienta» no es exactamente la palabra adecuada; a diferencia de un cuchillo inanimado, el fuego tiene vida propia. Es, en el mejor de los casos, un «semidomesticado», que aparece de improviso y, si no se vigila con cuidado, escapa de sus ataduras para convertirse en un peligroso animal salvaje.

El uso del fuego por parte de los homínidos es históricamente profundo y generalizado. Las pruebas de incendios humanos tienen al menos 400.000 años de antigüedad, mucho antes de que nuestra especie apareciera en escena. Gracias a los homínidos, gran parte de la flora y fauna del planeta está formada por especies adaptadas al

fuego (pirófitas) que se han visto favorecidas por las quemas. Los efectos del fuego antropogénico son tan masivos que podrían considerarse, en un análisis ecuánime del impacto humano sobre el mundo natural, superiores a la domesticación de cultivos y ganado. La razón por la que el fuego humano como arquitecto del paisaje no se registra como debería en nuestros relatos históricos es quizás que sus efectos se extendieron durante cientos de milenios y fueron realizados por pueblos «precivilizados» también conocidos como «salvajes». En nuestra era de dinamita y excavadoras, fue un tipo de paisajismo medioambiental a cámara lenta. Pero sus efectos agregados fueron trascendentales.

Nuestros antepasados no podían pasar por alto cómo los incendios naturales transformaban el paisaje: cómo eliminaban la vegetación vieja y fomentaban la aparición de hierbas y arbustos de rápida colonización, muchos de ellos portadores de semillas, bayas, frutos y nueces. Tampoco podían pasar por alto que el fuego apartaba de su camino a los animales que huían, dejaba al descubierto madrigueras y nidos ocultos de caza menor y, lo que es más importante, estimulaba el ramoneo y las setas que atraían a las presas.

Los nativos norteamericanos utilizaron el fuego para esculpir los paisajes preferidos por alces, ciervos, castores, liebres, puercoespines, urogallos, pavos y codornices, que cazaban. La presa que cazaban representaba una especie de recolección de animales que habían reunido

deliberadamente creando cuidadosamente un hábitat que les resultara atractivo¹⁹. Aparte de ser los diseñadores de los cotos de caza –verdaderos parques de caza–, los humanos primitivos utilizaban el fuego para cazar animales de caza mayor. Las pruebas sugieren que mucho antes de que aparecieran el arco y la flecha, hace unos veinte mil años, los homínidos utilizaban el fuego para despeñar a los animales de rebaño por precipicios y para conducir a los elefantes a ciénagas donde, inmovilizados, podían matarlos más fácilmente.

El fuego era la clave del creciente dominio de la humanidad sobre el mundo natural, un monopolio de las especies y una carta de triunfo en todo el mundo. La selva amazónica presenta huellas indelebles del uso del fuego para despejar el terreno y abrir el dosel; el paisaje de eucaliptos de Australia es, en gran medida, efecto del fuego humano.

El volumen de este tipo de paisaje en Norteamérica era tal que cuando cesó bruscamente, debido a las devastadoras epidemias que llegaron con los europeos, el nuevo crecimiento descontrolado de la cubierta forestal creó la ilusión entre los colonos blancos de que Norteamérica era un bosque primigenio prácticamente intacto. Según algunos climatólogos, la ola de frío conocida como la Pequeña Edad de Hielo, de 1500 a 1850 aproximadamente, bien pudo deberse a la reducción de CO₂ –un gas de efecto

19 Cronon, Changes in the Land.

invernadero– provocada por la extinción de los criadores del fuego autóctonos de Norteamérica²⁰.

Desde nuestra perspectiva, lo que esta ingeniería del paisaje a cámara lenta consigue con el tiempo es concentrar más recursos de subsistencia en un área cada vez más pequeña. Reorganiza, mediante una forma de horticultura aplicada asistida por el fuego, la flora y fauna deseables en un anillo más estrecho alrededor del campamento o campamentos y facilita la caza y la forja. Se podría decir que el radio de una comida se reduce. Los recursos de subsistencia están más cerca, son más abundantes y más predecibles. Dondequiera que el hombre y el fuego han esculpido el paisaje para facilitar la caza y la recolección, se han desarrollado pocos bosques «clímax» pobres en nutrientes. No estamos ni mucho menos cerca de los bueyes, el arado y el ganado domesticado de la domus, pero estamos ante una intensificación sistemática de la gestión del paisaje y de los recursos de proporciones masivas que precede en cientos de milenios al cultivo de plantas totalmente domesticadas y al pastoreo.

20 Sobre esta afirmación, aún controvertida, véase William Ruddiman, «The Anthropogenic Greenhouse Era Began Thousands of Years Ago», *Climatic Change* 16 (2003): 261–293, y R. J. Neale et al. , «Ecological–Hydrological Effects of Reduced Biomass Burning in the Neo–Tropics After AD 1600», *Geological Society of America Meeting*, Minneapolis, 11 de octubre de 2011, resumen.

A diferencia de la teoría del forrajeo óptimo, que da por sentada la disposición del mundo natural y se pregunta cómo distribuiría un actor racional sus esfuerzos para procurarse alimentos, lo que tenemos aquí es una ecología de perturbación deliberada en la que los homínidos crean, con el tiempo, un mosaico de biodiversidad y una distribución de recursos más deseables a su gusto. Los biólogos evolutivos denominan esta actividad, que combina localización, reposicionamiento de recursos y seguridad física, construcción de nichos: piense en el «castor». Desde este punto de vista, la concentración de recursos sitúa los hitos de la civilización clásica –la domesticación de plantas y animales– bajo una nueva luz, como elementos de un largo proceso de construcción de nichos cada vez más elaborados²¹.

El fuego concentra poderosamente a la gente de otra forma: cocinando.

Es prácticamente imposible exagerar la importancia de la cocina en la evolución humana. La aplicación del fuego a los alimentos crudos externaliza el proceso digestivo, gelatiniza el almidón y desnaturaliza las proteínas. El desensamblaje

21 Zeder, «La revolución de amplio espectro a los 40». Aunque aquí me centro en el fuego como herramienta para la modificación del paisaje, la caza y la cocina, el fuego se utilizaba como herramienta para endurecer herramientas de madera, para partir piedras, para dar forma a las armas y para asaltar colmenas mucho antes de la revolución neolítica. Véase Pyne, *World Fire*.

químico de los alimentos crudos, que en un chimpancé requiere un intestino aproximadamente tres veces mayor que el nuestro, permite al *Homo sapiens* ingerir mucha menos cantidad de alimentos y gastar muchas menos calorías para extraer sus nutrientes.

Los efectos son enormes. Permitieron al hombre primitivo recolectar y comer una gama de alimentos mucho más amplia que antes: las plantas con espinas, pieles gruesas y cortezas podían abrirse, pelarse y desintoxicarse mediante la cocción; las semillas duras y los alimentos fibrosos que no habrían compensado el coste calórico de digerirlos se volvieron apetecibles; la carne y las vísceras de aves y roedores pequeños podían esterilizarse. Incluso antes de la llegada de la cocina, el *Homo sapiens* era un omnívoro de amplio espectro que machacaba, trituraba, hacía puré, fermentaba y encurtía carne y plantas crudas, pero con el fuego, la gama de alimentos que podía digerir se amplió exponencialmente. Como prueba de ello, un yacimiento arqueológico del valle del Rift fechado hace veintitrés mil años muestra una dieta que abarcaba cuatro redes alimentarias (agua, bosques, praderas y zonas áridas), con al menos 20 animales grandes y pequeños, 16 familias de aves y 140 tipos de frutas, frutos secos, semillas y legumbres, por no mencionar las plantas medicinales y artesanales (cestas, tejidos, trampas, presas)²².

El fuego para cocinar era al menos tan importante como el fuego como arquitecto del paisaje para la concentración de la población. Este último ponía al alcance de la mano los alimentos más deseables, mientras que el primero hacía que toda una serie de alimentos hasta entonces indigestos fueran ahora nutritivos y apetecibles. El radio de una comida se redujo mucho más. No sólo eso, sino que los alimentos cocinados más blandos, como forma de premasticación externa, permitían un destete más fácil y la alimentación de ancianos y desdentados.

Armado con fuego para esculpir el entorno y capaz de comer mucho más de él, el hombre primitivo podía permanecer más cerca del hogar y, al mismo tiempo, establecer nuevos hogares en entornos antes prohibitivos. Un ejemplo de ello es la colonización neandertal del norte de Europa, que habría sido inconcebible sin el fuego para calentarse, cazar y cocinar.

Los efectos genéticos y fisiológicos de al menos medio millón de años de cocina han sido enormes. En comparación con nuestros primos primates, tenemos un intestino de menos de la mitad de tamaño y dientes mucho más pequeños, y gastamos muchas menos calorías masticando y digiriendo. Según Richard Wrangham, el aumento de la eficiencia nutricional explica en gran medida que nuestro

cerebro sea tres veces mayor de lo que cabría esperar, a juzgar por el de otros mamíferos²³.

En el registro arqueológico, el aumento del tamaño del cerebro coincide con los hogares y los restos de comidas. Se sabe que en otros animales se producen cambios morfológicos de esta magnitud en tan sólo veinte mil años tras un cambio drástico en la dieta y el nicho ecológico.

Al igual que algunos árboles, plantas y hongos, somos una especie adaptada al fuego: los pirófitos²⁴.

Hemos adaptado nuestros hábitos, nuestra dieta y nuestro cuerpo a las características del fuego y, al hacerlo, estamos encadenados, por así decirlo, a su cuidado y alimentación. Si la prueba de fuego de la domesticación de una planta o un

23 Wrangham, *Catching Fire*, 40–53.

24 Llegados a este punto, el lector podría preguntarse por qué el *Homo sapiens* tuvo más éxito como invasor que el *Homo neanderthalensis*, que, después de todo, también tenía fuego y cocina. Pat Shipman propone una respuesta distinta a la de la mayor fertilidad. Sugiere que la diferencia decisiva reside en otra herramienta, el lobo domesticado, que permitió al *Homo sapiens* convertirse en un cazador mucho más eficaz de caza mayor, en lugar de un carroñero. Argumenta de forma convincente que los «perros-lobo» fueron domesticados –o se unieron al *Homo sapiens*– hace más de treinta y seis mil años, cuando ambos homínidos vivían muy cerca. Afirma que en esa época la mayoría de los animales de caza mayor, debido al uso de perros para cazar por parte de los *Homo sapiens*, estaban en franca decadencia o extinción. Gran parte de su argumentación se basa en el controvertido solapamiento temporal y espacial de las dos subespecies y los cotos de caza que se disputaban. Por qué el *Homo neanderthalensis* no domesticó también al lobo es un misterio para mí. Véase Los invasores.

animal es que no puede propagarse sin nuestra ayuda, entonces, por la misma razón, nos hemos adaptado tan masivamente al fuego que nuestra especie no tendría futuro sin él. Incluso pasando por alto todos los oficios dependientes del fuego que se desarrollaron posteriormente –alfarero, herrero, panadero, ladrillero, vidriero, metalúrgico, orfebre, cervecero, carbonero, ahumador de alimentos, yesero– no es exagerado decir que dependemos totalmente del fuego. En cierto sentido, nos ha domesticado. Una prueba pequeña pero reveladora es que los partidarios de la comida cruda que insisten en no cocinar nada pierden peso invariablemente²⁵.

Concentración y sedentarismo: La tesis de los humedales

Lo que podría haber sido una tendencia anterior hacia el crecimiento de la población y el asentamiento en el Creciente Fértil debido a las condiciones más cálidas y húmedas terminó abruptamente alrededor del 10.800 a.C.. Algunos creen que la ola de frío que siguió durante un milenio fue causada por una enorme oleada de deshielo

25 Sobre el fuego y la cocina, véase Goudsblom, *Fire and Civilization*, y Wrangham, *Catching Fire*.

glaciar procedente de Norteamérica (lago Agassiz), que de repente drenó hacia el este, hacia el Atlántico, a través de lo que hoy llamamos río San Lorenzo²⁶. La población retrocedió, el resto se retiró de las tierras altas marginales a refugios donde el clima, y por tanto la flora y la fauna, eran más favorables.

Después, hacia el año 9.600 a.C., se rompió la ola de frío y volvió a ser más cálido y húmedo, y rápidamente. La temperatura media puede haber aumentado hasta siete grados centígrados en una sola década. Los árboles, mamíferos y aves salieron de los refugios para colonizar un paisaje repentinamente más hospitalario, y con ellos, por supuesto, su especie compañera, el *Homo sapiens*.

Aproximadamente al mismo tiempo, los arqueólogos hallan pruebas dispersas de la ocupación de muchos yacimientos durante un año: el Periodo Natufiense en el sur de Oriente y la etapa «prepotérica» en los poblados neolíticos de Siria, Turquía central e Irán occidental. Por lo general se encuentran en zonas ricas en agua y subsisten principalmente de la caza y la recolección, aunque existen

26 Anders E. Carlson, «What Caused the Younger Dryas Cold Event», *Geology* 38, no. 4 (2010): 383–384,

<http://geology.gsapubs.org/content/38/4/383.short?rss=1&ssource=mfr> Aunque la datación del comienzo del Younger Dryas y el giro del lago Agassiz hacia el este desde el drenaje del Mississippi no coinciden del todo, parece probable que algún pulso de deshielo glaciar fuera el responsable de la ola de frío.

pruebas –discutibles– de horticultura de cereales y cría de ganado. No se discute, sin embargo, que entre el 8.000 y el 6.000 a.C. se plantan todos los llamados «cultivos fundadores» –los cereales y las leguminosas: lentejas, guisantes, garbanzos, veza amarga y lino (para telas)–, aunque generalmente a escala modesta. En el mismo lapso de dos milenios –la cronología con respecto a los cereales no está clara– aparecen las cabras, ovejas, cerdos y bovinos domesticados. Con este conjunto de animales domesticados se completa el «paquete neolítico», considerado como la revolución agrícola decisiva que marca el inicio de la civilización, incluidas las primeras pequeñas aglomeraciones urbanas.

Los asentamientos protourbanos permanentes surgen en los humedales del aluvión meridional, cerca del Golfo Pérsico, en torno al 6.500 a.C. El aluvión meridional no es el primer lugar de asentamientos durante todo el año, ni tampoco el lugar donde aparecen las primeras pruebas de cereales domesticados. En estos aspectos, es un lugar tardío. En este libro me centro en estos últimos yacimientos por dos razones importantes. En primer lugar, estas aglomeraciones urbanas en la desembocadura del Éufrates –por ejemplo, Eridu, Ur, Umma y Uruk– se convertirían, mucho más tarde, en los primeros «estados» del mundo. En segundo lugar, aunque otras sociedades antiguas como Egipto, el Oriente, el valle del Indo, el valle del río Amarillo y los mayas del Nuevo Mundo tienen sus propias variantes de la revolución

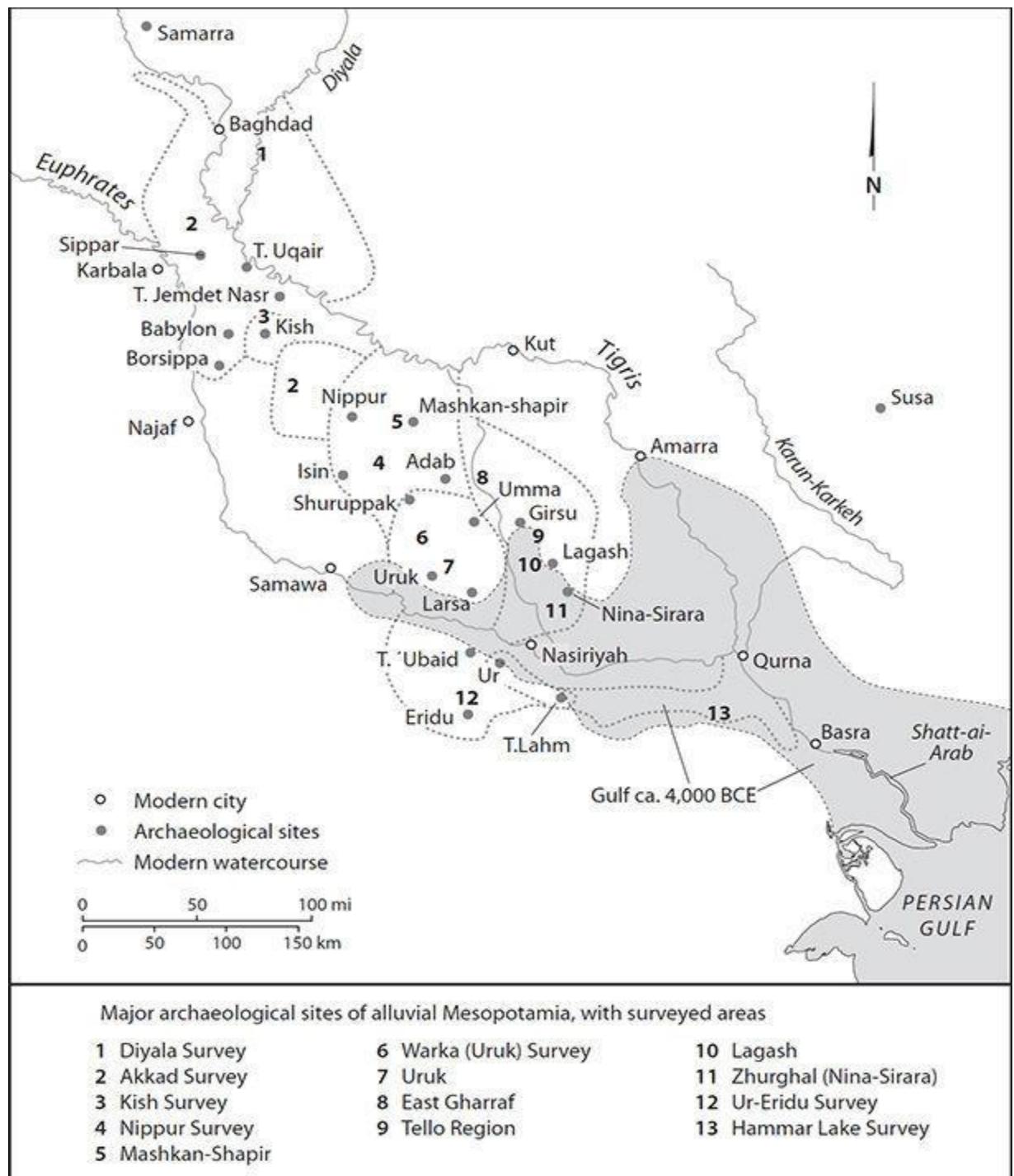
neolítica, el sur de Mesopotamia no sólo fue el lugar del primer sistema estatal, sino que también influyó directamente en la posterior creación de estados en otras partes de Oriente Próximo, así como en Egipto y la India.

Incluso sobre la base de esta cronología aproximada – mucha de la cual sigue siendo objeto de controversia–, se puede ver cómo gran parte de ella está obstinadamente en desacuerdo con lo que he llamado la narrativa civilizacional estándar. Esta narrativa giraba en torno a la domesticación del grano como condición previa básica de la vida sedentaria permanente y, por tanto, de los pueblos, las ciudades y la civilización. La presunción, aún común, era que la caza y la búsqueda de alimentos requerían tal movilidad y dispersión que el sedentarismo quedaba descartado.

Sin embargo, el sedentarismo es muy anterior a la domesticación de los cereales y el ganado, y a menudo persiste en entornos en los que el cultivo de cereales es escaso o nulo. Lo que también está absolutamente claro es que los cereales y el ganado domesticados se conocen mucho antes de que aparezca algo parecido a un Estado agrario, mucho más de lo que se imaginaba hasta ahora. Según las pruebas más recientes, se calcula que la distancia entre estas dos domesticaciones clave y las primeras economías agrarias basadas en ellas es de 4.000 años²⁷. Es evidente que nuestros antepasados no se precipitaron a la

27 Zeder, “The Origins of Agriculture.”

revolución neolítica ni se lanzaron a los brazos de los primeros estados.



Aluvión mesopotámico: Yacimientos arqueológicos

Quienes elaboraron el relato más antiguo se equivocaron radicalmente en otro aspecto. Tomando como punto de partida las condiciones excepcionalmente áridas que han prevalecido en el valle del Tigris y el Éufrates en la historia reciente, proyectaron razonablemente esta aridez hasta los albores de la agricultura. Confinada en limitados oasis y valles fluviales, se suponía que una población creciente se había visto obligada a intensificar sus prácticas de subsistencia para extraer más de las limitadas tierras cultivables. La única estrategia de intensificación viable era el regadío, del que existían pruebas arqueológicas. Sólo el regadío podía garantizar las abundantes cosechas allí donde las precipitaciones eran tan lamentablemente insuficientes.

A su vez, un proyecto tan gigantesco de modificación del paisaje requería la movilización de mano de obra para excavar y mantener los canales, lo que implicaba la existencia de una autoridad pública capaz de reunir y disciplinar a esa mano de obra. Las obras de regadío propiciaban una densa economía agropastoril que, suponían, fomentaba la formación del Estado como condición de su existencia.

Humedales y sedentarismo

Sin embargo, la opinión predominante de que «hacer florecer el desierto» mediante la agricultura de regadío fue

la base de las primeras comunidades sedentarias importantes resulta ser errónea en casi todos los aspectos. Como veremos, los primeros grandes asentamientos fijos surgieron en humedales, no en zonas áridas; su subsistencia dependía principalmente de los recursos de los humedales, no del grano, y no necesitaban regadío en el sentido general del término. En la medida en que se necesitara algún tipo de paisajismo humano en este entorno, era mucho más probable que se tratara de drenaje que de irrigación. La opinión clásica de que la antigua Sumeria era un milagro de irrigación organizado por el Estado en un paisaje árido resulta ser totalmente errónea. Debemos el caso revisionista más completo y documentado en este sentido al estudio pionero de Jennifer Pournelle sobre el aluvión del sur de Mesopotamia durante los milenios VII y VI a.C.²⁸.

En aquella época, el sur de Mesopotamia no era árido en absoluto, sino más bien un paraíso de humedales para los forrajeadores. Debido a la considerable subida del nivel del mar y a la llanura del delta del Tigris y el Éufrates, se produjo una «transgresión» marina masiva en zonas que ahora son

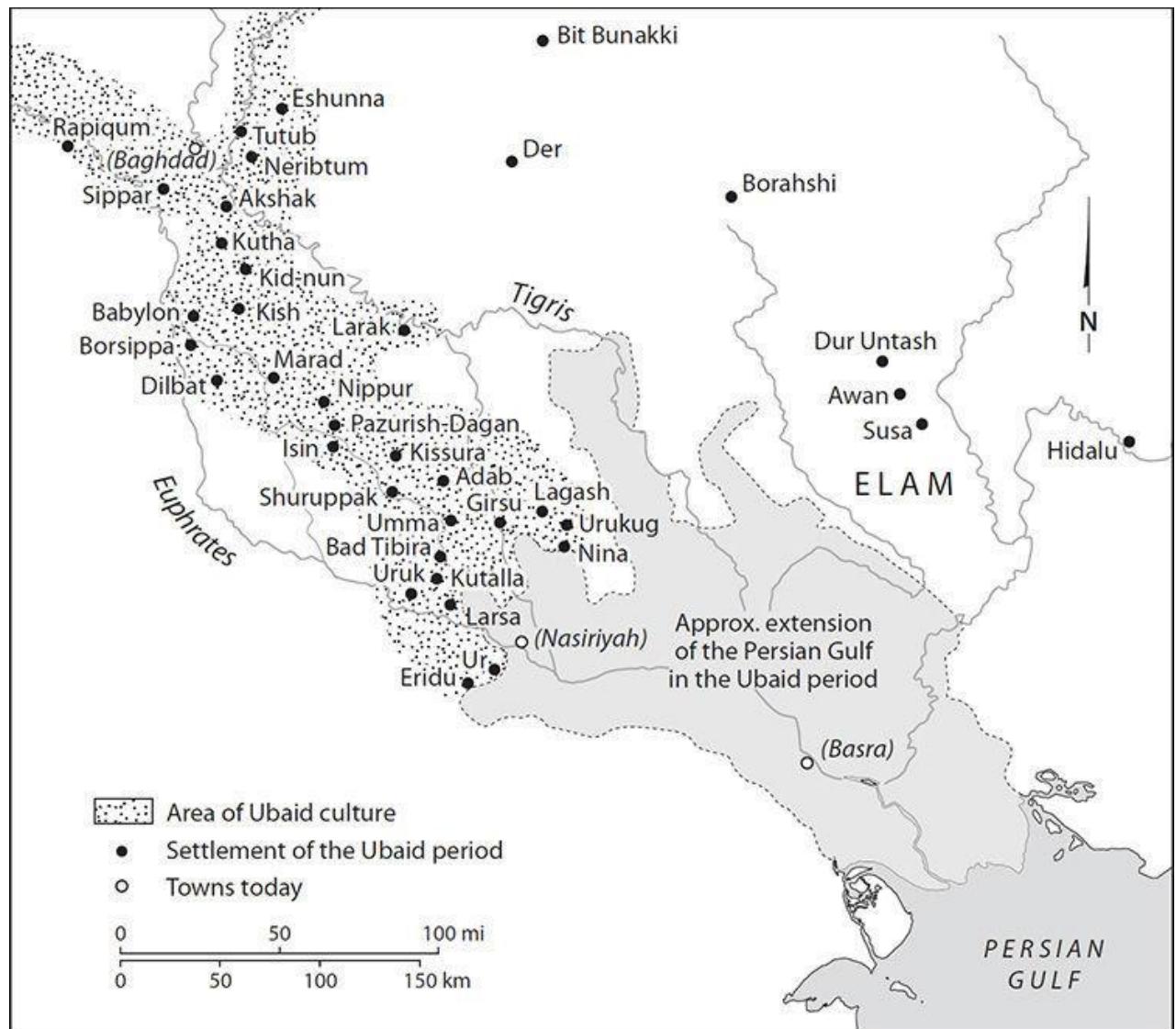
28 Pournelle, «Marshland of Cities». Para versiones posteriores, aunque más truncadas, de sus conclusiones, véanse Pournelle, Darweesh y Hritz, «Resilient Landscapes»; Hritz y Pournelle, «Feeding History». La tesis de Pournelle es prefigurada –pero con pruebas mucho menos contundentes– por otros, por ejemplo, Pollock, Ancient Mesopotamia, 65–66; Matthews, The Archaeology of Mesopotamia, 86. Para una visión histórica y geológica más profunda, así como una refundición de la «teoría de los oasis de la civilización» de Gordon Childe, véase Rose, «New Light on Human Prehistory».

áridas. Pournelle reconstruye esta vasta zona húmeda deltaica basándose en la teledetección, los estudios aéreos anteriores, la historia hidrológica, las lecturas de sedimentos y cursos de agua antiguos, la historia climática y los restos arqueológicos. El error de la mayoría (no de todos) de los observadores anteriores no sólo había sido proyectar la aridez general de la región diez mil años atrás, sino también ignorar el hecho de que el aluvión estaba entonces –antes de las deposiciones anuales de sedimentos– más de diez metros por debajo de su nivel actual. Las aguas del Golfo Pérsico, en esas condiciones anteriores, bañaban la puerta de la antigua Ur, ahora bastante tierra adentro, y las mareas de agua salada se extendían hacia el norte hasta Nasiriyah y Amara.

Una breve descripción de cómo pudieron surgir importantes poblaciones que dependían en gran medida de los recursos vegetales y marinos silvestres y de vida libre sin el beneficio del riego de importantes cultivos de cereales arrojará luz sobre dos cuestiones de interés analítico. En primer lugar, demuestra la estabilidad y riqueza de una subsistencia basada en varias redes alimentarias diversas.

Gran parte de la dieta durante el Periodo Ubaid (6.500–3.800 a.C., llamado así por un estilo de cerámica muy extendido) procedía de peces, aves y tortugas que pululaban por los humedales. En segundo lugar, más adelante servirá para demostrar cómo la propia amplitud de una red de subsistencia –caza, pesca, búsqueda de alimentos y

recolección en diversos entornos ecológicos— plantea obstáculos insuperables a la imposición de una autoridad política única.



Aluvión mesopotámico: Extensión del Golfo Pérsico, hacia el 6.500 a.C.
Cortesía de Jennifer Pournelle

En lugar de ser una zona árida entre dos ríos, como lo es hoy en día, el aluvión meridional era un intrincado humedal deltaico atravesado por cientos de distribuidores que se

unían o se separaban en cada estación de crecida. El aluvión funcionaba como una gran esponja que absorbía el caudal anual de las crecidas, elevaba el nivel freático y lo liberaba lentamente en los meses secos, a partir de mayo. La llanura de inundación del bajo Éufrates es extremadamente llana: la pendiente varía de veinte a treinta centímetros por kilómetro en el norte a apenas dos o tres centímetros por kilómetro en el sur, lo que hace que el curso histórico del río sea muy errático²⁹. En el punto álgido de la crecida anual, los cursos de agua superaban regularmente sus crestas o diques naturales, creados por la deposición anual de sus sedimentos más gruesos, y se derramaban por la ladera posterior, inundando las tierras bajas y depresiones adyacentes.

Como el lecho de muchos cursos de agua estaba por encima de la tierra circundante, una simple brecha en el dique durante la crecida cumplía el mismo propósito – podríamos llamar a esta última técnica «irrigación natural asistida»³⁰.

29 Ver entre otros Pollock, *Ancient Mesopotamia*, 32–37.

30 Azzam Awash describe maravillosamente el proceso de la siguiente manera: «No fue casualidad que la agricultura se desarrollara primero en la fertilidad natural renovable de las praderas que rodeaban las marismas. Lo que hicieron los sumerios fue inventar un ingenioso sistema de irrigación que sus herederos árabes de las marismas siguieron utilizando. Tras el punto álgido de las inundaciones, esparcían semillas en las tierras más altas que empezaban a emerger cuando las aguas se retiraban. Estas tierras altas se cubren dos veces al día como resultado de la acción de las mareas del Golfo,

Los granos de semilla podían esparcirse en el campo preparado de forma natural. El aluvión rico en nutrientes, al secarse lentamente, también producía abundante forraje para los herbívoros salvajes, así como para las cabras, ovejas y cerdos domesticados.

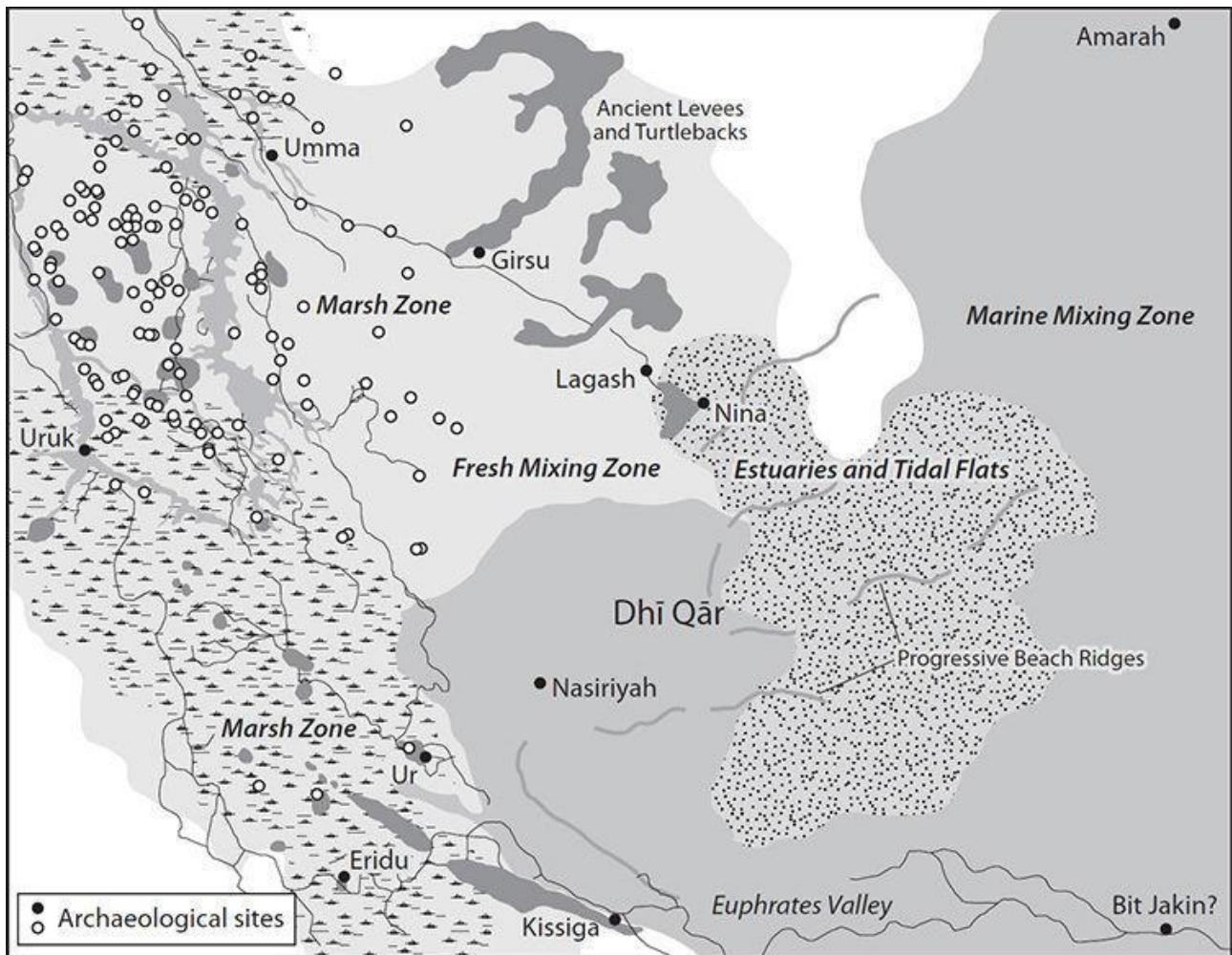
Los habitantes de estas marismas vivían en lo que se denomina «lomos de tortuga», pequeñas parcelas de terreno ligeramente elevado, comparables a los cheniers del delta del Misisipi, a menudo no más de un metro por encima de la marca de pleamar. Los habitantes explotaban prácticamente todos los recursos de los humedales que tenían a su alcance: juncos y juncias para construir y alimentarse, una gran variedad de plantas comestibles (juncos, espadañas, nenúfares, eneas), tortugas, peces, moluscos, crustáceos, aves, aves acuáticas, pequeños mamíferos y gacelas migratorias que constituían una importante fuente de proteínas.

que frenan el caudal del Tigris y el Éufrates, provocando una «reserva» de agua. Así, las semillas se riegan automáticamente sin tener que abrir canales ni bombear agua. Sin embargo, a medida que las plántulas crecen, el agua retrocede demasiado para permitir el riego, por lo que las plántulas se trasplantan de las tierras altas a los campos/pastizales bajos. El sistema de riego sigue suministrando agua dos veces al día hasta bien entrado el verano. Cuando las aguas de la inundación se han retirado, las raíces de los plantones ya aprovechan las aguas subterráneas y no necesitan el duro trabajo del riego.» «Las marismas de Mesopotamia: A Personal Recollection», en Crawford, The Sumerian World, 640.

La combinación de ricos suelos aluviales con el estuario de dos grandes ríos repletos de nutrientes, vivos y muertos, creó una vida ribereña excepcionalmente rica que a su vez atrajo a un gran número de peces, tortugas, aves y mamíferos, por no hablar de los humanos, que se alimentaban de criaturas de niveles inferiores de la cadena trófica.

En las condiciones cálidas y húmedas que prevalecían en los milenios VII y VI a.C., los recursos silvestres de subsistencia eran diversos, abundantes, estables y resistentes: prácticamente ideales para un cazador-recolector-pastoralista.

La densidad y diversidad de los recursos que se encuentran más abajo en la cadena alimentaria, en particular, hacen que el sedentarismo sea más factible. En comparación, por ejemplo, con los cazadores-recolectores que pueden seguir la caza mayor (focas, bisontes, caribúes), los que toman la mayor parte de su dieta de los niveles tróficos inferiores, como plantas, mariscos, frutas, frutos secos y peces pequeños que son, en igualdad de condiciones, más densos y menos móviles que los mamíferos y peces más grandes, pueden ser mucho menos migratorios. La cornucopia de recursos de subsistencia de los niveles tróficos inferiores en los humedales de Mesopotamia fue quizá excepcionalmente favorable para la creación temprana de comunidades sedentarias sustanciales.



Aluvión del sur de Mesopotamia: Antiguos cursos de agua, diques y lomos de tortuga, alrededor del 4.500 a.C. Cortesía de Jennifer Pournelle

Las primeras aldeas fijas del aluvión meridional no se encontraban simplemente en una zona de humedales productivos, sino que estaban situadas en la confluencia de varias zonas ecológicas diferentes, lo que permitía a los aldeanos cosechar en todas ellas y protegerse del riesgo de depender exclusivamente de alguna. Vivían en la frontera entre el medio acuático marino de la costa y el estuario, con sus recursos, y la ecología de agua dulce, muy diferente, del medio fluvial río arriba.

De hecho, la línea divisoria entre agua dulce y salobre era una frontera móvil que iba y venía con las mareas, las cuales, en un terreno tan llano, se desplazaban grandes distancias. Así, para un gran número de comunidades, las dos zonas ecológicas se desplazaban por el paisaje mientras ellas permanecían inmóviles, sustentándose de ambas. Lo mismo, con más énfasis aún, podía decirse de las estaciones de inundación y desecación y de los recursos propios de cada una. La transición entre los recursos acuáticos de la estación húmeda y los recursos terrestres de la estación seca era el gran pulso anual de la región. En lugar de que la población del aluvión tuviera que cambiar de campamento de una zona ecológica a otra, podía permanecer en el mismo lugar mientras, por así decirlo, los diferentes hábitats llegaban a ellos³¹. Un nicho de subsistencia en los humedales del sur de Mesopotamia era, en comparación con los riesgos de la agricultura, más estable, más resistente y renovable con poco trabajo anual.

Una ubicación propicia y el sentido de la oportunidad son cruciales para los cazadores–recolectores en otro sentido. La «cosecha» de los cazadores y recolectores no es tanto un acierto o un error cotidiano como un esfuerzo cuidadosamente calculado para interceptar la migración

31 Los especialistas latinoamericanos reconocerán las similitudes entre este patrón de zonas ecológicas adyacentes y la seguridad de subsistencia con el concepto de «archipiélago vertical» de zonas ecológicas en el Estado andino que hizo famoso John V. Murra. Véase, por ejemplo, Rowe y Murra, «An Interview with John V. Murra».

masiva, aproximadamente predecible (finales de abril y mayo), de animales de caza como las enormes manadas de gacelas y asnos salvajes en el aluvión. La caza se preparaba cuidadosamente con antelación.

Se preparaban largos y estrechos caminos para conducir a los rebaños a un campo de exterminio, donde podían ser sacrificados y conservados mediante secado y salazón. Para los cazadores, como para los cazadores de otros lugares, una parte crucial de su suministro anual de proteínas animales procedía de una semana de intensos esfuerzos, las 24 horas del día, para cazar la mayor cantidad posible de presas migratorias. Dependiendo del lugar, las presas migratorias pueden ser grandes mamíferos (caribúes, gacelas), aves acuáticas (patos, gansos), otras aves migratorias en sus lugares de descanso o descanso, o peces migratorios (salmones, anguilas, alcas, arenques, sábalos, eperlanos). En muchos casos, el factor que limitaba la «cosecha de proteínas» no era la escasez de presas, sino la escasez de mano de obra para procesarlas antes de que se estropearan. La cuestión es que el ritmo de la mayoría de los cazadores se rige por el pulso natural de las migraciones que representan gran parte de su máspreciado suministro de alimentos. Algunas de estas migraciones masivas de presas bien pueden ser una respuesta a la depredación humana, como sugirió Herman Melville para el cachalote, pero no cabe duda de que confieren un tempo radicalmente distinto a la vida de los pueblos cazadores y pescadores en contraste con

los agricultores, un ritmo que los agricultores suelen interpretar como indolencia.

La ruta más común de muchas de estas migraciones ha sido a través de los humedales, estuarios y valles fluviales de las principales vías fluviales, debido a la densidad de recursos nutricionales que ofrecen.

Las rutas migratorias de las aves favorecen las marismas y los valles fluviales, al igual que, de forma más evidente, el desplazamiento del salmón anádromo y su imagen espectral, la anguila catádroma, por mencionar sólo dos de las numerosas especies de peces migratorios.

Cualquier curso de agua es en sí mismo un abrevadero de nutrientes con sus propias llanuras de inundación, pantanos traseros y abanicos aluviales. La vida acuática a lo largo de él no depende de su cauce, sino de la invasión periódica de su llanura de inundación (el «pulso» de inundación) para desovar y crecer, lo que, a su vez, lo hace atractivo para las migraciones de aves. Así pues, para una población situada en un rico humedal al borde de varios ecosistemas, en un periodo climático favorable y junto a las intersecciones de las rutas migratorias de caza de presas favoritas, su florecimiento en el aluvión estaba quizá sobredeterminado.

Un buen número de explicaciones sobre el sedentarismo primitivo en otros lugares también han hecho hincapié en la

importancia de los recursos acuáticos como proveedores de las condiciones más favorables para una subsistencia fiable.

El énfasis exclusivo en la superabundancia de marismas y entornos fluviales pasa por alto otra ventaja crucial de las ubicaciones costeras y fluviales: el transporte. Los humedales pueden haber sido una condición necesaria para el sedentarismo primitivo, pero el desarrollo posterior de grandes reinos y centros comerciales dependía de un posicionamiento ventajoso para el comercio fluvial³². La ventaja del transporte fluvial en comparación con los viajes por tierra en carro o burro es casi imposible de exagerar.

Un edicto de Diocleciano especificaba que el precio de una carreta cargada de trigo se duplicaba tras recorrer cincuenta millas. Como reduce drásticamente la fricción, el transporte por agua es exponencialmente más eficiente³³. Por poner el ejemplo de la leña, diversas fuentes (antes de que existieran los ferrocarriles y las carreteras para todo tipo de clima) aconsejan que una carga de leña no puede venderse de forma rentable a una distancia superior a unos quince kilómetros –en terreno accidentado, incluso menos–. La importancia del carbón vegetal, aunque supone un enorme desperdicio de madera, se debe exclusivamente a su mayor transportabilidad; su valor calorífico por unidad de peso y volumen es muy superior al de la leña «bruta». En la era

32 Sherratt, “Reviving the Grand Narrative,” 13.

33 Heather, *The Fall of the Roman Empire*, 111.

premoderna, ninguna mercancía a granel –madera, minerales metálicos, sal, grano, juncos, cerámica– podía transportarse a distancias apreciables si no era por agua.

El aluvión meridional, también en este aspecto, era singularmente favorecido. Durante la mitad del año era un mundo acuático donde el transporte en barcas de juncos era fácil y, al estar situado río abajo de las fuentes de muchos de los materiales que necesitaba la población de los humedales, podían aprovechar la corriente. No hay que imaginar estos primeros pueblos sedentarios como economías autárquicas, que sólo consumían lo que producían. Ni siquiera sus antepasados cazadores–recolectores estaban aislados: comerciaban con obsidiana y bienes de prestigio a grandes distancias. La facilidad del comercio fluvial en gran parte del aluvión amplificó estos intercambios mucho más de lo que habría sido posible en un entorno sin salida al mar.

¿Por qué ignorado?

Ya sea en la antigua China, en los Países Bajos, en los pantanos de Inglaterra, en las marismas pontinas finalmente sometidas por Mussolini, o en los pantanos del sur de Irak que aún quedan drenados por Sadam Husein, el Estado se

ha esforzado por convertir los humedales ingobernables en campos de cereales imponibles mediante la reingeniería del paisaje.

El papel absolutamente central de la abundancia de humedales, merece ser señalado de pasada, no ha sido ignorado sólo en el caso de Mesopotamia. Las primeras comunidades sedentarias cerca de Jericó, los primeros asentamientos en el bajo Nilo, se basaban en los humedales y dependían sólo marginalmente, si es que dependían en absoluto, de los cereales plantados. Lo mismo podría decirse de la bahía de Hangzhou, donde se asentó la cultura Hemudu del Neolítico temprano en la zona más acuática de la costa oriental de China a mediados del quinto milenio a.C., rica en arroz no domesticado, una planta acuática. Los primeros asentamientos del río Indo, Harrapan y Haripunjaya, se ajustan a esta descripción, al igual que la mayoría de los importantes yacimientos hoabinhianos del sudeste asiático. Incluso los yacimientos de sedentarismo antiguo situados a mayor altitud –por ejemplo, los primeros de Teotihuacán, cerca de Ciudad de México, o el lago Titicaca, en Perú– se asentaban en extensos humedales que ofrecían abundantes cosechas de peces, aves, mariscos y pequeños mamíferos de los ambientes de borde de varias ecologías.

Los orígenes de los asentamientos de población en los humedales han permanecido relativamente invisibles también por otras razones. Al fin y al cabo, se trata de

culturas en gran medida orales que no dejaron registros escritos que podamos consultar.

Su relativa oscuridad se ve a menudo magnificada por la naturaleza perecedera de sus materiales de construcción: juncos, juncias, bambú, madera, ratán. Incluso las pequeñas sociedades posteriores de las que sabemos por los comentarios escritos de vecinos alfabetizados, como Srivijaya en Sumatra, han sido casi imposibles de localizar, ya que sus restos han sido reclamados por el agua, el suelo y el tiempo.

Una última razón, más especulativa, de la oscuridad de las sociedades de los humedales es que eran, y siguieron siendo, medioambientalmente resistentes a la centralización y al control desde arriba. Se basaban en lo que ahora se denomina «recursos de propiedad común»: plantas, animales y criaturas acuáticas de vida libre a los que tenía acceso toda la comunidad. No había ningún recurso dominante que pudiera ser monopolizado o controlado desde el centro, y mucho menos gravado con impuestos. La subsistencia en estas zonas era tan diversa, variable y dependiente de tal multitud de tempos que desafiaba cualquier contabilidad central simple. A diferencia de los primeros estados que examinaremos más adelante, ninguna autoridad central podía monopolizar –y por tanto racionar– el acceso a la tierra cultivable, el grano o el agua de riego. Por lo tanto, había pocos indicios de jerarquía en esas

comunidades (medida normalmente por la diferencia de bienes funerarios).

En esas zonas podría desarrollarse una cultura, pero era poco probable que una red tan intrincada de asentamientos relativamente igualitarios diera lugar a grandes jefes o reinos, por no hablar de dinastías. Un Estado –incluso un pequeño protoEstado– requiere un entorno de subsistencia mucho más simple que las ecologías de humedales que hemos examinado.

Cómo salvar la distancia

La impresionante brecha de cuatro milenios entre la primera aparición de granos y animales domesticados y la formación de las sociedades agropastoriles que hemos asociado con la civilización temprana llama nuestra atención. La anomalía de semejante lapso histórico, en el que se dan todos los elementos básicos de una sociedad agraria clásica pero no llegan a cuajar, exige una explicación. Un supuesto implícito de la narrativa estándar del «progreso de la civilización» es que una vez que se dispusiera de cereales y ganado domesticados, se generaría, de forma más o menos automática y rápida, una sociedad agraria plenamente formada. Como ocurre con cualquier técnica

nueva, cabría prever cierta vacilación a medida que se adaptan las nuevas rutinas de subsistencia –quizá incluso un milenio–, pero cuatro mil años, o aproximadamente 160 generaciones, es mucho más que un período de adaptación.

Un arqueólogo ha caracterizado este largo periodo como de «producción alimentaria de bajo nivel»³⁴.

Sin embargo, tal término parece singularmente inapropiado, ya que su énfasis en la «producción» implica una sociedad que está «atascada» en algún equilibrio inferior e insatisfactorio. Melinda Zeder, una destacada teórica de la domesticación, ha evitado esta teleología de un modo que implica por contraste que las poblaciones que evitaban depender totalmente de los cultivos de cereales en campos fijos para la mayor parte de sus necesidades calóricas podrían haber sabido realmente lo que hacían:

«Las economías de subsistencia estables y altamente sostenibles basadas en una mezcla de recursos de vida libre, gestionados y totalmente domesticados parecen haber persistido durante 4.000 años o más antes de la cristalización de las economías agrícolas basadas principalmente en cultivos domésticos y ganado en Oriente Próximo»³⁵.

34 Smith, “Low Level Food Production.”

35 Zeder, “The Origins of Agriculture,” S230–S231.

En opinión de Zeder, Oriente Próximo no era en absoluto único en este sentido. Citando trabajos sobre Asia, Mesoamérica y el este de Norteamérica, afirma que «los cultígenos y los animales domésticos se incorporaron a la ronda general de estrategias de subsistencia, a veces durante miles de años, sin apenas alterar el modo de vida tradicional de los cazadores-recolectores»³⁶.

En cambio, sirvieron como alimentos adicionales –y a menudo no muy importantes– que «se diferenciaban de los recursos silvestres sólo en que requerían propagación en lugar de caza o recolección para conseguirlos...

Así pues, ni la presencia de recursos domesticados o domesticables ni la difusión de tecnologías de producción de alimentos bastan para inducir la adopción de la producción de alimentos como principio rector de la economía de subsistencia.

La primera y más prudente suposición sobre los actores históricos es que, dados sus recursos y lo que saben, actúan razonablemente para asegurar sus intereses inmediatos. Con este espíritu, y dado que en este caso no pueden hablar directamente por sí mismos, lo más sensato es verlos como navegantes ágiles y astutos de un entorno diverso pero también cambiante y potencialmente peligroso. Al igual que los primeros sedentarios fueron cazadores y recolectores

36 Zeder, “After the Revolution,” 99.

que aprovecharon las múltiples opciones de subsistencia que les ofrecía la diversidad de los humedales, podemos considerar este largo periodo como un periodo de experimentación y gestión continuas de este entorno. En lugar de depender únicamente de una pequeña gama de recursos alimentarios, parecen haber sido generalistas oportunistas con una amplia cartera de opciones de subsistencia repartidas en varias redes alimentarias.

El aluvión mesopotámico, junto con el Oriente, se caracteriza por mayores variaciones en las precipitaciones y la vegetación en distancias más cortas que casi cualquier otro lugar del mundo. La variación estacional de las precipitaciones también era excepcionalmente alta. Aunque esta diversidad ponía los diferentes recursos bastante a mano, también requería un amplio repertorio de estrategias de subsistencia que pudieran desplegarse para hacer frente a las variaciones. También estaban los acontecimientos macroclimáticos mucho mayores que, a lo largo de varios milenios, antes de que surgieran los primeros reinos agrarios en torno al 3.500 a.C., pueden haber dejado su impronta en la memoria popular de una «gran inundación». El periodo más cálido y húmedo que va del 12.700 al 10.800 a.C. (con muchas oscilaciones) dio paso al periodo extremadamente frío (Younger Dryas) del 10.800 al 9.600 a.C., durante el cual se abandonaron los asentamientos y la población restante se retiró a refugios en las tierras bajas más cálidas y en las costas. Aunque las condiciones posteriores al Younger Dryas

fueron en general favorables para la expansión de los cazadores-recolectores, hubo contratiempos climáticos, como un período de un siglo de tiempo frío y seco (que comenzó alrededor del 6.200 a.C.) más severo que la Pequeña Edad de Hielo de 1550–1850 conocida por los historiadores de la Europa moderna temprana. Los arqueólogos de los cinco milenios posteriores al 10.000 a.C. están de acuerdo en que hubo muchos períodos de crecimiento de la población y de sedentarismo: períodos fríos y secos en los que el sedentarismo podría haber sido el resultado de la aglomeración en los refugios disponibles, y períodos cálidos y húmedos de crecimiento y dispersión de la población. Dada la variación y los riesgos, no habría sentido que las primeras poblaciones dependieran de una banda estrecha de recursos de subsistencia.

Hasta ahora sólo hemos considerado los factores climatológicos y ecológicos y su efecto sobre la distribución de la población y el sedentarismo. Es perfectamente posible que parte o incluso la mayor parte de esta variación tuviera causas ampliamente humanas: enfermedades, epidemias, rápido crecimiento de la población, agotamiento de los recursos locales y de la caza, conflictos sociales y violencia, no todos los cuales dejan huellas inequívocas en el registro arqueológico.

Seguramente hemos subestimado el grado de agilidad y adaptabilidad de nuestros antepasados prehistóricos. Esta infravaloración está integrada en la narrativa civilizatoria

que representa a los cazadores-recolectores, los cultivadores itinerantes y los pastores prácticamente como subespecies del *Homo sapiens*, marcando cada una de ellas una etapa del progreso humano. Sin embargo, las pruebas históricas demuestran que los pueblos se movían con bastante facilidad entre estos modos distintivos de subsistencia y, de hecho, los combinaban en cualquier número de híbridos inventivos en el Creciente Fértil y en otros lugares.

Hay pruebas, por ejemplo, de que las poblaciones casi sedentarias del aluvión mesopotámico durante la ola de frío del Younger Dryas adoptaron estrategias de subsistencia más móviles a medida que disminuía la abundancia de forraje de subsistencia local, del mismo modo que, mucho más tarde, los agricultores que emigraron de Taiwán al Sudeste Asiático (hace unos cinco mil años) abandonaron a menudo la siembra para buscar comida y cazar en su nuevo y pródigo asentamiento forestal³⁷.

A principios del siglo XX, uno de los principales exponentes de la perspectiva geográfica de la historia rechazó cualquier distinción categórica entre cazadores-recolectores, pastores y agricultores, subrayando que, por razones de seguridad, la mayoría de los pueblos han preferido ocupar al

37 Endicott, “Introduction: Southeast Asia,” 275. Endicott and Geoffrey Benjamin term this shift “respecialization.”

menos dos de estos nichos de subsistencia, «manteniendo dos cuerdas en su arco en caso de necesidad»³⁸.

Por tanto, debemos mantenernos militanteamente agnósticos sobre los términos básicos que han animado los relatos históricos sobre el surgimiento de las civilizaciones y de los estados. Tanto el escepticismo intelectual como las pruebas recientes apuntan en esta dirección. La mayoría de los debates sobre la domesticación de plantas y los asentamientos permanentes, por ejemplo, asumen sin más que los pueblos primitivos no podían esperar a establecerse en un lugar. Tal suposición es una lectura injustificada de los discursos estándar de los estados agrarios que estigmatizan a las poblaciones móviles como primitivas. La «voluntad social de sedentarismo» no debe darse por sentada³⁹. Tampoco deben darse por sentados los términos «pastoralista», «agricultor», «cazador» o «forrajeador», al menos en sus significados esencialistas. Es mejor entenderlos como la definición de un espectro de actividades de subsistencia, no de pueblos separados, en el antiguo Oriente Próximo. Los grupos familiares y las aldeas

38 Febvre, *A Geographical Introduction to History*, 241.

39 El término es utilizado por Ian Hodder en *The Domestication of Europe*. Aunque considero que el concepto de «*domus*» de Hodder es útil para reflexionar, el difunto Andrew Sherratt estaba en lo cierto al observar que la «voluntad de sedentarismo» no podía postularse como una fuerza causal en los asuntos humanos. Véase Sherratt, «*Reviving the Grand Narrative*», 9–10.

podían tener segmentos de pastoreo, caza y cultivo de cereales como parte de una economía unificada.

Una familia o un pueblo cuyos cultivos habían fracasado podía dedicarse total o parcialmente al pastoreo; los pastores que habían perdido sus rebaños podían dedicarse a la siembra. Durante un periodo de sequía o de lluvias, zonas enteras pueden cambiar radicalmente su estrategia de subsistencia. Tratar a quienes se dedican a estas actividades diferentes como pueblos esencialmente distintos que habitan mundos vitales diferentes es, una vez más, retrotraer la estigmatización mucho más tardía de los pastores por parte de los estados agrarios a una época en la que carece de sentido. En las primeras versiones, Enkidu, el compañero del alma de Gilgamesh, es un mero pastor, emblema de una sociedad fusionada de plantadores y pastores. En las versiones de un milenio más tarde, se le representa como infrahumano, criado entre bestias y que requiere relaciones sexuales con una mujer para humanizarse. En otras palabras, Enkidu se convierte en un peligroso bárbaro que no conoce el grano, las casas ni las ciudades, ni sabe «doblar la rodilla». El Enkidu «tardío» es, como veremos, el producto de la ideología de un Estado agrario maduro.

Habiendo domesticado ya algunos cereales y legumbres, así como cabras y ovejas, los pueblos del aluvión mesopotámico eran ya agricultores y pastores, además de cazadores-recolectores.

Mientras hubiera abundantes reservas de alimentos silvestres que pudieran recolectar y migraciones anuales de aves acuáticas y gacelas que pudieran cazar, no había ninguna razón terrenal por la que se arriesgaran a depender principalmente, y mucho menos exclusivamente, de la agricultura y la ganadería, que exigían mucho trabajo. Precisamente el rico mosaico de recursos que les rodeaba y, por tanto, su capacidad para evitar especializarse en una sola técnica o fuente de alimentos, era la mejor garantía de su seguridad y relativa prosperidad.

¿Por qué plantar?

Sin embargo, un buen número de yacimientos del Neolítico temprano contienen pruebas inequívocas del cultivo de cereales silvestres y pruebas (discutibles) de cierta domesticación de plantas. A la vista de la presencia en la región de densos rodales silvestres de cereales y otros recursos, la cuestión no es tanto por qué nuestros antepasados no se lanzaron de cabeza a la agricultura, sino por qué se molestaron en plantar. Una respuesta común ha sido que los granos de cereal pueden cosecharse, trillarse y almacenarse en un granero durante varios años y representan una densa reserva de almidones y proteínas si, por casualidad, se produce una repentina escasez de

recursos silvestres. A pesar de su coste en mano de obra, según este argumento, representaba algo así como una póliza de seguro de subsistencia para los cazadores-recolectores que también sabían plantar. Esta explicación, en sus formas más burdas, no resiste el escrutinio. Supone, implícitamente, que la cosecha de un cultivo plantado es más fiable que el rendimiento de las plantaciones silvestres. En todo caso, es más probable que ocurra lo contrario, ya que, por definición, las semillas silvestres sólo se encuentran en lugares donde prosperan. En segundo lugar, esta perspectiva pasa por alto los riesgos de subsistencia que conlleva el sedentarismo asociado a tener que plantar, cuidar y custodiar un cultivo.

Históricamente, la seguridad de subsistencia de los cazadores y recolectores residía precisamente en su movilidad y en la diversidad de fuentes de alimentos que podían reclamar. Al fin y al cabo, sólo la rara proximidad de tantos recursos ecológicamente variados –en otros lugares mucho más dispersos temporal y espacialmente– en el aluvión mesopotámico permitió el sedentarismo primitivo. Si la agricultura restringía aún más los movimientos potenciales de los cazadores-recolectores sedentarios, su incapacidad para responder con prontitud a, por ejemplo, una migración temprana de aves o peces, bien podría haber disminuido en lugar de mejorar su seguridad alimentaria. Las evidencias periódicas a lo largo de este largo periodo del abandono de los asentamientos en favor del pastoreo y de

la búsqueda migratoria de alimentos atestiguan que el sedentarismo era una estrategia más que la ideología en la que se convertiría más tarde. Las versiones más burdas de la «hipótesis del almacenamiento de alimentos» también son singularmente miopes en cuanto a la gran variedad de técnicas de almacenamiento de alimentos que se practicaban simultáneamente en el aluvión y en otros lugares⁴⁰.

El almacenamiento «sobre la pezuña» en forma de ganado es el más obvio. El dicho de que «la vaca es el granero de los hausa» lo capta perfectamente. Tener a mano un suministro de grasa y proteína cuando se necesitaba podía hacer que los pequeños experimentos con la siembra parecieran menos arriesgados y, de hecho, algunos teóricos de la agricultura primitiva especulan con que fue la relativa ausencia de ganado domesticado lo que ayuda a explicar por qué la siembra de cultivos se extendió tanto más tarde; simplemente era demasiado arriesgado sin un recurso fiable. Otros alimentos también podían conservarse fácilmente durante períodos más o menos largos: el pescado y la carne podían salarse, secarse y ahumarse, las legumbres como los garbanzos y las lentejas podían secarse y almacenarse, las frutas y los cereales podían fermentarse y destilarse. Al parecer, un cuenco de cerveza de cebada

40 La cuestión del «almacenamiento», incluido el «almacenamiento social» y la reciprocidad como medio para hacer frente a un entorno variable, se examina desde muchos ángulos en Halstead y O’Shea, *Bad Year Economics*.

fermentada era la ración diaria de los trabajadores del templo de Uruk. Desde una perspectiva más amplia, uno podría ver el paisaje como probablemente lo viera un recolector: como un almacén masivo, diverso y vivo de peces, moluscos, aves, frutos secos, frutas, raíces, tubérculos, juncos y juncias comestibles, anfibios, pequeños mamíferos y caza mayor. Si una fuente fallaba en un año determinado, otra podía ser abundante. La estabilidad de este complejo de almacenamiento viviente radicaba en su diversidad y en su variabilidad temporal.

Más allá de estas actividades de captura masiva más espectaculares, los cazadores y recolectores, como hemos visto, llevan mucho tiempo esculpiendo el paisaje: fomentando las plantas que darán alimentos y materias primas más adelante, quemando para crear forraje y atraer a la caza, desherbando los rodales naturales de cereales y tubérculos deseables. Exceptuando el acto de labrar y sembrar, realizan todas las demás operaciones con las masas silvestres de cereales que los agricultores hacen con sus cultivos.

Ni el «almacenamiento de alimentos» ni el «retraso en el retorno» son razones remotamente plausibles para el uso limitado de cereales domesticados que encontramos en el registro histórico. Propongo una explicación bastante diferente para la siembra de cultivos basada en una sencilla analogía entre el fuego y la inundación. El problema general de la agricultura –especialmente de la agricultura de arado–

es que implica mucho trabajo intensivo. Sin embargo, una forma de agricultura elimina la mayor parte de este trabajo: La agricultura de «inundación–recuperación» (también conocida como *decrue* o recesión). En este tipo de agricultura, las semillas suelen esparcirse sobre el limo fértil depositado por una crecida fluvial anual. El limo fértil en cuestión es, por supuesto, una «transferencia por erosión» de nutrientes río arriba. Esta forma de cultivo fue casi con toda seguridad la primera forma de agricultura en la llanura aluvial del Tigris y el Éufrates, por no hablar del valle del Nilo. Todavía hoy se practica ampliamente y se ha demostrado que es la forma de agricultura que más trabajo ahorra, independientemente del cultivo que se plante⁴¹.

A nuestros efectos, se puede considerar que la inundación en este caso consigue esculpir el paisaje de la misma manera que el fuego utilizado por los cazadores–recolectores o los agricultores de tala y quema. Una inundación despeja un «campo» arrastrando y ahogando toda la vegetación competitiva y, en el proceso, deposita una capa de limo blando, fácil de trabajar y nutritivo a medida que retrocede. El resultado, en buenas condiciones, suele ser un campo casi perfectamente rastrillado y fertilizado, listo para la siembra sin coste alguno de mano de obra. Al igual que nuestros antepasados observaron cómo un incendio despejaba el terreno para una nueva sucesión natural de especies de rápida colonización (las llamadas plantas r), debieron de

41 Park, “Early Trends Toward Class Stratification.”

observar una sucesión muy parecida con las inundaciones⁴². Y puesto que los primeros cereales son gramíneas (plantas r), habrían prosperado y aventajado a las malas hierbas competidoras si se hubieran sembrado en este limo. Tampoco es difícil, como ya se ha dicho, imaginar una pequeña brecha en un dique natural para provocar una pequeña inundación y la agricultura de recesión que ésta haría posible. Una forma de agricultura que podría adoptar un cazador-recolector inteligente y reacio al trabajo.

42 Como ocurre con muchas ideas, ¡descubrí que ésta tampoco era original mía!

II. PAISAJEANDO EN EL MUNDO: EL COMPLEJO DOMUS

A diferencia de la narrativa tradicional, no existe un momento mágico en el que el *Homo sapiens* cruza la fatídica línea que separa la caza y el forrajeo de la agricultura, de la prehistoria a la historia, del salvajismo a la civilización. El momento en que una semilla o un tubérculo se depositan en el suelo preparado se considera más bien como un acontecimiento –y no muy significativo en sí mismo para quienes lo hacen– dentro de una larga e históricamente muy profunda madeja de modificación del paisaje que comienza con el *Homo erectus* y el fuego.

Por supuesto, no somos la única especie que modifica el medio ambiente en nuestro beneficio. Aunque los castores son quizá el ejemplo más conspicuo, los elefantes, los perros de las praderas, los osos –de hecho, prácticamente todos los mamíferos– participan en la «construcción de nichos», que

modifica las propiedades físicas del paisaje y la distribución de otras especies de flora, fauna y vida microbiana a su alrededor. Lo mismo hacen los insectos, sobre todo los «sociales» (hormigas, termitas, abejas).

Desde una perspectiva histórica más amplia y profunda, las plantas participan activamente en la modificación masiva del paisaje. Así, el «cinturón de robles» en expansión tras la última glaciación creó, con el tiempo, su propio suelo, sombra, plantas compañeras de viaje y un suministro de bellotas que fue una bendición para docenas de mamíferos, entre ellos las ardillas y el *Homo sapiens*.

Mucho antes de lo que muchos considerarían una agricultura «propiamente dicha», el *Homo sapiens* había reorganizado deliberadamente el mundo biótico a su alrededor, con consecuencias tanto intencionadas como no intencionadas.

Gracias en gran parte al fuego, esta horticultura de baja intensidad practicada durante muchos milenios tuvo un impacto sustancial en el mundo natural. Hace ya once o doce mil años, hay pruebas fehacientes de que las poblaciones del Creciente Fértil intervenían para modificar en su beneficio las comunidades vegetales «silvestres» locales, muchos miles de años antes de que aparecieran en el registro arqueológico pruebas morfológicas claras de granos

domesticados⁴³. Podemos datar la aparición de los granos domesticados por el revelador complejo de especies de maleza características del laboreo activo y el cuidado de los campos cultivados que aparece simultáneamente, al igual que el aparente declive de la flora autóctona menos adaptada a este entorno controlado⁴⁴.

En ningún otro lugar han tenido tanto impacto las pruebas de la escultura del paisaje como en nuestra comprensión del poblamiento temprano de los bosques de la llanura aluvial amazónica. Ahora parece que la cuenca estaba bien poblada y era habitable en gran parte gracias a la gestión del paisaje de palmeras, árboles frutales, nueces de Brasil y bambúes que gradualmente crearon bosques culturalmente antropogénicos. Este tipo de «jardinería» forestal a cámara

43 Zeder, «Introducción», 8. Zeder afirma que existen pruebas de que los humanos «cultivaban y cuidaban activamente los rodales silvestres de einkorn y centeno tanto en Abu Hureyra como en la cercana Mureybet durante el epi-Paleolítico tardío, 15. 000–13. 000 a. C. ». Para una visión documentada y esclarecedora de la transición de la caza y la recolección al cultivo en campos fijos, véase Moore, Hillman y Legge, *Village on the Euphrates*.

44 Moore, Hillman y Legge, *Village on the Euphrates*, 387. Los autores señalan las «malas hierbas ahora dominantes del cultivo de cereales de secano» –tréboles, medicks y parientes silvestres del fenogreco, una cebada de muro, gramíneas de semilla pequeña, twitches y gromwell (familia de las bugloss)– que aparecen en cantidad en Oriente Próximo en antiguos restos de semillas, lo que califican de signo seguro de cultivo.

lenta puede crear los suelos, la flora y la fauna que representan un abundante nicho de subsistencia⁴⁵.

Plantar una semilla o un tubérculo es, en este contexto, sólo una de los cientos de técnicas diseñadas para aumentar la productividad, densidad y salud de plantas deseables pero morfológicamente silvestres.

Algunas de estas técnicas son la quema de la flora indeseable, el desbroce de las masas silvestres de plantas y árboles favorecidos para eliminar a los competidores, la poda, el aclareo, la tala selectiva, el recorte, el trasplante, el acolchado, la reubicación de insectos protectores, el descortezado, la tala de árboles, el riego y la fertilización⁴⁶. En el caso de los animales, a falta de una domesticación completa, los cazadores llevan mucho tiempo fomentando la búsqueda de presas, ahorrando hembras en edad reproductiva, sacrificando, cazando en función de los ciclos vitales y la población, pescando selectivamente, gestionando los arroyos y otras aguas para promover el desove y los criaderos de moluscos, trasplantando los

45 Para que no se piense que tales proezas se limitan al *Homo sapiens*, la pequeña alca piscívora consiguió, al colonizar en gran número el norte de Groenlandia, crear con sus desechos suficiente suelo como para crear un hábitat atractivo para pequeños mamíferos cuya presencia, a su vez, atrajo a depredadores mayores, entre ellos el oso polar.

46 Véase Catherine Fowler, «Ecological/Cosmological Knowledge and Land Management Among Hunter–Gatherers», en Lee y Daly, *The Cambridge Encyclopedia of Hunters and Gatherers*, 419–425.

huevos y las crías de aves y peces, manipulando el hábitat y, ocasionalmente, criando juveniles.

La domesticación, a la luz de la profunda historia y los efectos masivos de estas prácticas, debe considerarse de forma mucho más amplia que la mera plantación y el pastoreo. Desde los albores de la especie, el *Homo sapiens* ha domesticado entornos enteros, no sólo especies. Antes de la Revolución Industrial, la principal herramienta para ello no era el arado, sino el fuego. A su vez, la domesticación de entornos enteros hizo posible la otra ventaja adaptativa de nuestra especie, a saber, las altas tasas de reproducción, lo que nos convierte en el mamífero invasor más exitoso del mundo (de lo que hablaremos más adelante).

Ya sea que queramos llamarlo construcción de nichos, domesticación del medio ambiente, modificación del paisaje o gestión humana de los ecosistemas, está claro a largo plazo que gran parte del mundo fue moldeado por la actividad humana (antropogénica) mucho antes de que aparecieran en Mesopotamia las primeras sociedades basadas en trigo, cebada, cabras y ovejas totalmente domesticados. Por eso, finalmente, las «subespecies» convencionales de modos de subsistencia –caza, forrajeo, pastoreo y agricultura– tienen tan poco sentido histórico. El mismo pueblo ha practicado las cuatro, a veces durante una misma vida; las actividades pueden combinarse y se han combinado durante miles de años, y cada una de ellas se funde imperceptiblemente con la siguiente a lo largo de un

vasto continuo de reorganizaciones humanas del mundo natural.

De la plantación neolítica al zoo floral: Consecuencias del cultivo

Aunque la búsqueda de un momento decisivo en la domesticación de los primeros cereales sea un esfuerzo inútil, no cabe la menor duda de que hacia el 5.000 a.C. había cientos de aldeas en el Creciente Fértil que cultivaban cereales totalmente domesticados como su principal alimento básico. Por qué fue así es un enigma en torno al cual aún se debate. Hasta hace poco, la explicación dominante era lo que podría denominarse la teoría de la agricultura de arado «de espaldas a la pared», asociada a la gran economista danesa Ester Boserup⁴⁷.

Partiendo de la premisa irrefutable de que el cultivo del arado exigía normalmente mucho más trabajo por las calorías que reportaba que la caza y la recolección, razonó que el cultivo pleno se adoptaba no como una oportunidad sino como un último recurso cuando no había otra alternativa posible. Alguna combinación de crecimiento

47 Boserup, *The Conditions of Agricultural Growth*.

demográfico, disminución de las proteínas silvestres para cazar y de la flora silvestre nutritiva para recolectar, o coacción, debió de obligar a la gente, a regañadientes, a trabajar más para extraer más calorías de la tierra a la que tenían acceso. Muchos han interpretado esta transición demográfica a la monotonía como una metáfora de la historia bíblica de Adán y Eva expulsados del Edén a un mundo de trabajo duro.

A pesar de su aparente lógica económica, la tesis de la espalda contra la pared, al menos en Mesopotamia y el Creciente Fértil, no concuerda con las pruebas disponibles. Cabría esperar que el cultivo se adoptara primero en las zonas donde los forrajeadores, sometidos a una dura presión, habían alcanzado la capacidad de carga de su entorno inmediato. En cambio, parece haber surgido en zonas caracterizadas más por la abundancia que por la escasez. Si, como ya se ha dicho, practicaban la agricultura de inundación, entonces la premisa central del argumento boserupiano de que el cultivo exigía un gran esfuerzo podría no ser válida. Por último, no parece haber pruebas sólidas que asocien los primeros cultivos con la desaparición de los animales de caza o del forraje.

La teoría de la agricultura de espaldas a la pared está en ruinas (al menos para Oriente Próximo), pero no ha sido

sustituida por una explicación alternativa satisfactoria de la difusión del cultivo⁴⁸.

La domus como módulo de evolución

La cuestión en sí puede ser menos importante de lo que se supone. En la medida en que no requiriera un trabajo terriblemente intensivo, el cultivo puede haber sido una de las muchas técnicas de ingeniería ambiental de las primeras comunidades sedentarias. Lo que parece más importante que la razón por la que los cultivos de siembra y labranza se hicieron más comunes son las consecuencias de largo alcance de la domesticación de granos y animales una vez lograda: un tema al que nos referiremos ahora.

Cualesquiera que fueran las razones de la creciente dependencia de los cereales y animales domesticados para la subsistencia, ésta representó un cambio cualitativo en la modificación del paisaje. Se transformaron los cultivos; se transformó el ganado; se transformaron los suelos y los forrajes de los que dependían; y, no menos importante, se transformó el *Homo sapiens*. En este caso, el término

48 Para el estudio más notable y brillantemente ilustrado de los orígenes de la agricultura con énfasis en el comercio, véase Sherratt, “The Origins of Farming in South-West Asia”.

«domesticación» –de «domus», hogar– debe tomarse al pie de la letra. La domus era una concentración única y sin precedentes de campos labrados, almacenes de semillas y grano, personas y animales domésticos, todo ello coevolucionando con consecuencias que nadie podría haber previsto. Igualmente importante era el hecho de que la domus, como módulo de evolución, resultaba irresistiblemente atractiva para miles de parásitos no invitados que prosperaban en su pequeño ecosistema.

En la cima se encontraban los llamados comensales: gorriones, ratones, ratas, cuervos y (casi invitados) perros, cerdos y gatos, para los que esta nueva Arca era un auténtico corral de engorde. Cada uno de estos comensales traía consigo su propia serie de microparásitos –pulgas, garrapatas, sanguijuelas, mosquitos, piojos y ácaros–, así como sus depredadores; los perros y los gatos estaban allí en gran parte por los ratones, las ratas y los gorriones. Ni una sola criatura salió indemne de su estancia en el campamento de reasentamiento multiespecífico del Neolítico tardío.

Los arqueobotánicos han prestado especial atención a los cambios morfológicos y genéticos de los principales cereales: el trigo y la cebada. Podría decirse que los primeros trigos –einkorn y, sobre todo, emmer–, junto con la cebada y la mayoría de las legumbres «fundadoras» –lentejas, guisantes, garbanzos, veza amarga e incluso lino– pertenecen en general a la familia de los «cereales», ya que son plantas anuales autopolinizantes y no se cruzan

fácilmente con sus progenitores silvestres (a diferencia del centeno). Muchas plantas son bastante quisquilloosas a la hora de decidir dónde y cuándo crecerán. Las más aptas para la domesticación eran, aparte de su valor alimentario, las «generalistas» que podían prosperar en suelos alterados (el campo labrado), crecer en rodales densos y almacenarse fácilmente. El problema para el aspirante a agricultor era que la presión de selección natural de las plantas silvestres fomenta características diseñadas para derrotar al agricultor. Así, los granos silvestres suelen ser pequeños y se rompen con facilidad, por lo que se siembran solos. Maduran de forma desigual; sus semillas pueden permanecer latentes durante mucho tiempo pero germinar; tienen muchos apéndices, briznas, glumas y gruesas cubiertas de semillas, todo lo cual disuade a los herbívoros y a los pájaros. Todas estas características son seleccionadas en la naturaleza y rechazadas por el agricultor. El diagnóstico es que las principales malas hierbas que asolan el trigo y la cebada –se puede pensar en ellas como comensales asilvestrados– tienen precisamente estas características. Les gusta el campo labrado, pero escapan tanto al cosechador como al herbívoro. Al parecer, la avena empezó su carrera agrícola como mala hierba (una plaga obligada que se mimetiza con el cultivo) en el campo labrado y acabó convirtiéndose en un cultivo secundario.

El campo labrado, sembrado y con malas hierbas es un terreno de selección totalmente distinto. El agricultor quiere

espigas que no se rompan (indehiscentes) y que puedan recogerse intactas, así como un crecimiento y una madurez determinados. Muchas de las características de un grano doméstico son simplemente los efectos a largo plazo de la siembra y la cosecha. Así, las plantas que producen más semillas y semillas más grandes, con una capa fina (lo que les permite germinar rápidamente y superar a sus competidoras cuando se siembran), que maduran uniformemente, se trillan con facilidad, germinan de forma fiable y tienen menos glumas y apéndices contribuirán probablemente de forma desproporcionada a la cosecha y, por tanto, su descendencia se verá favorecida en la siembra del año siguiente.

Las diferencias morfológicas entre el cultivar continuamente seleccionado y plantado y su progenitor silvestre se hacen masivas con el paso del tiempo. En los trigos, la diferencia entre las variedades silvestres y las domesticadas es fácilmente aparente, pero no tan llamativa como el contraste entre el maíz y su antepasado primitivo, el teosinte, del que es difícil imaginar que pertenezca a la misma especie.

El campo agrícola primitivo estaba mucho más simplificado y «cultivado» que el mundo exterior. Al mismo tiempo, era mucho más complejo que la agricultura industrial, con sus híbridos estériles y clones cultivados principalmente por su rendimiento. La agricultura primitiva era una especie de cartera de cultivares y razas autóctonas que se cultivaban

para más de un fin y se elegían deliberadamente no tanto por su rendimiento medio como por su resistencia a diversas tensiones, enfermedades y parásitos y su fiabilidad para satisfacer las necesidades de subsistencia. La diversidad de cultivos y subespecies era mayor en los entornos naturales de mayor diversidad ecológica y climática y menor en las tierras bajas aluviales con agua y condiciones de cultivo más fiables.

La finalidad del campo cultivado y del huerto es precisamente eliminar la mayor parte de las variables que competirían contra el cultígeno.

En este entorno creado y defendido por el hombre –otra flora, extermiñada durante un tiempo por el fuego, las inundaciones, el arado y la azada, arrancada de raíz; pájaros, roedores y buscadores ahuyentados o cercados– creamos un mundo casi ideal en el que nuestras favoritas, tal vez cuidadosamente regadas y fertilizadas, florecerán. Poco a poco, a base de mimos, creamos una planta totalmente domesticada. «Totalmente domesticada» significa simplemente que es, en efecto, nuestra creación; ya no puede prosperar sin nuestras atenciones. En términos evolutivos, una planta totalmente domesticada se ha convertido en un «caso perdido» floral superespecializado, y su futuro depende totalmente del nuestro.

Algunas plantas y animales domésticos (avena, plátanos, narcisos, lirios de día, perros y cerdos) han resistido, como

sabemos, a la domesticación total y son capaces, en diversos grados, de sobrevivir y reproducirse fuera de la domus.

De presa de cazador a corral de granjero

Sin duda podemos entender cómo los perros, los gatos e incluso los cerdos se han sentido atraídos por los cazadores y las domus por la comida, el calor y la concentración de presas disponibles que prometían. En cualquier caso, algunos de ellos se presentaban en las domus más como voluntarios que como reclutas. Lo mismo puede decirse del ratón doméstico y del gorrión común, que, aunque quizás menos bienvenidos, llegaron eludiendo la domesticación total.

Sin embargo, el caso de la oveja y la cabra, los primeros animales domésticos no comensales de Oriente Próximo, constituye una profunda revolución en el mundo de los mamíferos. Al fin y al cabo, se trataba de animales que durante muchos miles de años fueron presa del *Homo sapiens* cazador. En lugar de limitarse a matarlos, los aldeanos neolíticos los capturaban, los acorralaban, los protegían de otros depredadores, los alimentaban cuando era necesario, los criaban para aumentar su progenie, aprovechaban la leche, la lana y la sangre del animal vivo y

luego utilizaban el cadáver del animal sacrificado como lo haría un cazador. La transición de presa a especie «protegida» o «cultivada» estuvo cargada de enormes consecuencias para ambas partes de la transacción. Si el *Homo sapiens* es considerado la especie invasora más exitosa y numerosa de la historia, este dudoso logro se ha debido a los batallones aliados de plantas y ganado domesticados que ha llevado consigo a prácticamente todos los rincones del planeta.

No todos los animales de presa eran candidatos adecuados. En este punto, los biólogos evolucionistas y los historiadores de la naturaleza subrayan que ciertas especies estaban «preadaptadas», pues poseían características en estado salvaje que las predisponían a la vida en la *domus*.

Entre las características propuestas se encuentran, sobre todo, el comportamiento de rebaño y la jerarquía social que lo acompaña⁴⁹, la capacidad de tolerar diferentes condiciones ambientales, una dieta de amplio espectro, la adaptabilidad al hacinamiento y a las enfermedades, la capacidad de criar en confinamiento y, por último, una respuesta de miedo y huida relativamente atenuada ante estímulos externos. Si bien es cierto que la mayoría de los principales animales domesticados (ovejas, cabras, vacas y cerdos) son animales de rebaño, al igual que la mayoría de los animales de tiro domesticados (caballos, camellos,

49 Diamond, *Guns, Germs, and Steel*, 172–174.

burros, búfalos de agua y renos), el comportamiento de rebaño no garantiza la domesticación. La gacela, por ejemplo, fue con diferencia el animal más cazado durante varios milenios. En el norte de Mesopotamia se encuentran largos muros en forma de embudo (llamados milanos del desierto), diseñados para interceptar sus rebaños migratorios anuales. Sin embargo, a diferencia de las ovejas, las cabras y el ganado vacuno, esta fuente de proteína deseable no sobrevive a la domesticación.

Sin embargo, los animales domesticados entraron en un mundo completamente nuevo y se enfrentaron a presiones evolutivas radicalmente distintas de las que habían experimentado como presas en libertad. En primer lugar, los primeros domesticados más comunes, ovejas, cabras y cerdos, no eran libres de ir donde quisieran. Como especie cautiva, su dieta estaba restringida, al igual que su movilidad, y a menudo vivían encerrados en recintos, ramblas y cuevas en un grado sin precedentes en su historia evolutiva.

El encierro tuvo, como veremos, consecuencias para su salud y su organización social. Uno de los principales objetivos de sus captores era maximizar su reproducción. Esto se conseguía, al igual que en los rebaños modernos, sacrificando tanto a los machos jóvenes como a las hembras que superaban la edad reproductiva, con el fin de maximizar el número de hembras fértiles y su descendencia. Cuando los arqueólogos desean saber si un gran hallazgo de huesos

de oveja o cabra procede de un rebaño salvaje o domesticado, la distribución por edad y sexo de los restos constituye la prueba más fehaciente de una gestión y selección humanas activas. Al estar custodiados y cuidados por sus amos humanos, los domesticados, como las plantas en el campo, se libraron de muchas de las presiones selectivas (depredadores, competencia por la comida, batallas por las parejas) de la naturaleza salvaje, pero estuvieron sujetos a una nueva presión de selección, tanto deliberada como involuntaria, impuesta por sus «dueños»⁵⁰.

El nuevo terreno de selección no puede limitarse a los designios del *Homo sapiens*, sino que se aplica más ampliamente a la microecología y el microclima de todo el complejo de la *domus*: sus campos, sus cultivos, sus refugios y la enorme cabalgata de animales, aves, insectos y parásitos, hasta la vida bacteriana, que se reunían allí como comensales.

Una prueba del efecto independiente del complejo *domus*, independiente de la gestión humana directa, es que comensales no invitados como ratones, gorriones e incluso cerdos (que también podrían haber venido por su cuenta a buscar comida en las ricas cosechas del asentamiento

50 De los primeros cuadrúpedos domesticados, el cerdo y la cabra pueden y han pasado fácilmente de la esfera doméstica a la «ferocidad» con notable éxito.

humano) muestran algunos de los mismos cambios físicos que los domesticados de pleno derecho⁵¹.

Sometidos a nuevas presiones radicales en la domus, los principales domesticados se convirtieron en animales diferentes, tanto fisiológica como conductualmente. Estos cambios, además, se produjeron en lo que, en términos evolutivos, fue un abrir y cerrar de ojos. Lo sabemos en parte por la comparación de restos óseos de animales domesticados en Mesopotamia con los restos de sus primos y progenitores salvajes, así como por experimentos más contemporáneos de domesticación. El ahora famoso experimento ruso de domesticación de zorros plateados es un ejemplo sorprendente. Seleccionando a los menos agresivos (más dóciles) de entre 130 zorros plateados y cruzándolos entre sí repetidamente, los experimentadores produjeron, en sólo diez generaciones, un 18% de progenie que mostraba un comportamiento extremadamente dócil: lloriqueaba, movía la cola y respondía favorablemente a las caricias y a la manipulación como lo haría un perro doméstico. Tras veinte generaciones de cría, el porcentaje de zorros extremadamente mansos casi se duplicó, hasta el 35%⁵². La transformación del comportamiento vino acompañada de cambios físicos, como orejas caídas,

51 Para un desarrollo más amplio de la domus en el contexto de Europa, véase Hodder, *The Domestication of Europe*.

52 Para los experimentos de Berlaev, véase Trut, “Early Canine Domestication”.

piebaldismo y cola levantada, que algunos consideran relacionados genéticamente con la disminución de la producción de adrenalina.

La principal diferencia de comportamiento entre los animales domesticados y sus congéneres salvajes es un umbral de reacción más bajo a los estímulos externos y una menor cautela general hacia otras especies, incluido el *Homo sapiens*⁵³. La probabilidad de que estos rasgos sean en parte un «efecto domus» y no se deban enteramente a la selección humana consciente viene sugerida, una vez más, por el hecho de que los comensales no invitados, como las palomas mensajeras, las ratas, los ratones y los gorriones, muestran la misma cautela y reactividad reducidas. La selección, por ejemplo, ha favorecido a ratas y ratones más pequeños y menos molestos, mejor adaptados a vivir de los desechos humanos y a evitar ser detectados y capturados. Como criador de ovejas desde hace más de veinte años, siempre me he sentido personalmente ofendido cuando las ovejas se utilizan como sinónimo de comportamiento cobarde y de falta de individualidad. Durante los últimos ocho mil años, hemos estado seleccionando ovejas por su manejabilidad, matando primero a las agresivas que se salían del corral. ¿Cómo nos atrevemos a calumniar a una especie que combina el comportamiento normal de un rebaño con las características que hemos seleccionado?

53 Zeder, “Pathways to Animal Domestication.”

Asociados a este proceso de cambio de comportamiento hay una serie de cambios físicos. Suelen incluir una reducción de las diferencias entre machos y hembras (dimorfismo sexual). Los cuernos de las ovejas macho, por ejemplo, disminuyen o desaparecen por completo porque ya no se seleccionan para protegerse de los depredadores o para competir por las parejas reproductoras.

Los domesticados son mucho más fértiles que sus primos salvajes. Otro cambio morfológico común y llamativo entre los domesticados se conoce como neotánica: la llegada relativamente temprana a la edad adulta de muchos domesticados y la conservación, en la edad adulta, de gran parte de la morfología juvenil –especialmente el cráneo– y los comportamientos juveniles de sus antepasados que viven en libertad. El acortamiento de la cara y la mandíbula se traduce en molares más cortos y, por así decirlo, un cráneo más apretado.

La reducción del tamaño del cerebro y, de forma algo más especulativa, sus consecuencias, parecen decisivas para el conjunto de lo que podríamos llamar «mansedumbre» entre los animales domésticos en general. En comparación con sus antepasados salvajes, las ovejas han sufrido una reducción del tamaño del cerebro del 24% a lo largo de los diez mil años de historia de su domesticación; los hurones (domesticados mucho más recientemente) tienen cerebros un 30% más pequeños que los de los turones salvajes; y los cerdos (sus scrofa) tienen cerebros más de un tercio más pequeños que

los de sus antepasados⁵⁴. En la nueva frontera de la domesticación, la acuicultura, incluso las truchas arco iris criadas en cautividad tienen cerebros más pequeños que las truchas salvajes.

Más diagnóstico que la reducción general del tamaño del cerebro son las zonas del cerebro que parecen estar desproporcionadamente afectadas. En el caso de perros, ovejas y cerdos, la parte del cerebro más afectada es el sistema límbico (hipocampo, hipotálamo, hipófisis y amígdala), responsable de activar las hormonas y las reacciones del sistema nervioso ante amenazas y estímulos externos.

La contracción del sistema límbico está asociada a la elevación del umbral que desencadenaría la agresión, la huida y el miedo. A su vez, esto ayuda a explicar las características diagnósticas de prácticamente todas las especies domesticadas: a saber, la reducción general de la reactividad emocional. Esa amortiguación emocional puede verse como una condición para la vida en el domus hacinado y bajo supervisión humana, donde la reacción instantánea ante el depredador y la presa ya no son presiones poderosas de la selección natural. Con una protección física y una alimentación más seguras, el animal domesticado puede

54 Zeder et al. , “Documenting Domestication,” and Zeder, “Pathways to Animal Domestication.”

estar menos atento a su entorno inmediato que sus primos salvajes.

Al igual que el sedentarismo humano representa una reducción de la movilidad y un mayor hacinamiento en la aldea y la domus, el confinamiento y el hacinamiento relativos de los animales domésticos tienen consecuencias inmediatas para la salud. El estrés y el trauma físico del confinamiento, junto con una dieta de espectro más reducido y la facilidad con que las infecciones pueden propagarse entre individuos de la misma especie hacinados, propician diversas patologías. Las patologías óseas debidas a infecciones repetidas, inactividad relativa y una dieta más pobre son especialmente comunes. Al analizar los restos de animales domésticos arcaicos, los arqueólogos han llegado a esperar casos de artritis crónica, evidencias de enfermedades de las encías y signos óseos de confinamiento.

El resultado es también una tasa de mortalidad mucho más elevada entre los recién nacidos domesticados. Entre las llamas confinadas, por ejemplo, la tasa de mortalidad de los recién nacidos se acerca al 50%, muy superior a la de las llamas salvajes (guanacos). La diferencia puede atribuirse en gran medida a los efectos del confinamiento: corrales fangosos y ricos en heces en los que proliferan, entre otras, las virulentas bacterias clostridium que, al igual que otros parásitos, encuentran un abundante suministro de huéspedes a su alcance.

Las elevadas tasas de mortalidad de los animales domésticos recién nacidos parecen contradecir el propósito de la gestión humana, que consiste en gran medida en maximizar la reproducción de la proteína animal al igual que se maximiza la cosecha de grano. Sin embargo, parece que las tasas de fertilidad pueden aumentar tanto que compensen con creces las pérdidas por mortalidad. Las razones no están del todo claras, pero los animales domesticados suelen alcanzar antes la edad reproductiva, ovulan y conciben con más frecuencia y tienen vidas reproductivas más largas. Los zorros plateados domesticados del experimento ruso entraban en celo dos veces al año, frente a una vez al año en el caso de los zorros no domesticados. El patrón de las ratas es más llamativo, aunque como comensales incluso en estado salvaje, sólo permiten inferencias especulativas con otros domesticados.

Las ratas salvajes capturadas tienen tasas de fecundidad bastante bajas, pero tras sólo ocho (¡cortas!) generaciones de cautividad, su tasa de fecundidad pasó del 64% al 94% y, en la vigesimoquinta generación, la vida reproductiva de las ratas cautivas era el doble de larga que la de las «no cautivas»⁵⁵. La paradoja de la relativa mala salud y la elevada mortalidad de los recién nacidos, por un lado, junto con un aumento de la fertilidad más que compensatorio, por otro,

55 R. J. Berry, “The Genetical Implications of Domestication in Animals,” in Ucko and Dimbleby, *The Domestication and Exploitation of Plants and Animals*, 207–217.

es algo a lo que volveremos, ya que tiene que ver directamente con la explosión demográfica de los pueblos agrícolas a expensas de los cazadores y recolectores.

Especulaciones sobre los paralelismos humanos

¿Hasta qué punto es plausible buscar cambios análogos en la morfología y el comportamiento a medida que el Homo sapiens se adaptó al sedentarismo, el hacinamiento y una dieta cada vez más dominada por los cereales? Esta vía de investigación es tan especulativa como intrigante. Pero creo que es fructífera precisamente porque contempla la idea de que somos producto de la autodomesticación, tanto de forma intencionada como no intencionada, al igual que otras especies de la domus son producto de nuestra domesticación.

Una forma de determinar si una mujer que murió hace nueve mil años vivía en una comunidad sedentaria dedicada al cultivo de cereales, en comparación con una banda dedicada a la búsqueda de comida, consistía simplemente en examinar los huesos de su espalda, los dedos de los pies y las rodillas.

Las mujeres de las aldeas cerealistas tenían los dedos de los pies doblados hacia abajo y las rodillas deformadas debido a las largas horas que pasaban arrodilladas y balanceándose de un lado a otro moliendo grano. Era una forma pequeña pero elocuente de que las nuevas rutinas de subsistencia –lo que hoy se llamaría lesión por esfuerzo repetitivo– moldearan nuestros cuerpos para nuevos fines, del mismo modo que los animales de trabajo domesticados más tarde –ganado, caballos y burros– dejaron la huella esquelética de sus rutinas de trabajo⁵⁶.

Las analogías pueden ser de gran alcance. Se podría argumentar que la expansión del sedentarismo transformó al *Homo sapiens* en un animal mucho más gregario que antes. Las concentraciones sin precedentes de personas, como en otros rebaños, proporcionaron las condiciones ideales para las epidemias y el intercambio de parásitos. Pero esta agregación no era un rebaño de una sola especie, sino una agregación de muchos rebaños de mamíferos que compartían patógenos y generaban enfermedades zoonóticas totalmente nuevas por el mero hecho de reunirse en torno a la *domus* por primera vez. De ahí el término «campamento de reasentamiento multiespecífico del Neolítico tardío». Podríamos decir que todos estábamos hacinados en la misma arca, compartiendo su microentorno,

56 See T. I. Molleson, “The People of Abu Hureyra” in Moore, Hillman, and Legge, *Village on the Euphrates*, 301–324.

compartiendo nuestros gérmenes y parásitos, respirando su aire.

No es de extrañar, pues, que los indicios arqueológicos de una vida vivida en gran parte en la *domus* sean sorprendentemente similares para el hombre y la bestia. Las ovejas «domesticadas», por ejemplo, suelen ser más pequeñas que sus antepasadas salvajes; presentan signos reveladores de la vida domesticada: patologías óseas típicas del hacinamiento y una dieta estrecha con carencias distintivas.

Los huesos de los *Homo sapiens* «domiciliados» también se distinguen de los de los cazadores–recolectores: son más pequeños; los huesos y los dientes llevan a menudo la firma de problemas nutricionales, en particular, una anemia ferropénica marcada sobre todo en las mujeres en edad reproductiva cuya dieta consiste cada vez más en cereales.

El paralelismo, por supuesto, surge de un entorno común de movilidad más restringida, el hacinamiento y las oportunidades de infección cruzada que presenta, una dieta más estrecha (menos variedad para los herbívoros, menos variedad y menos proteínas para los omnívoros como el *Homo sapiens*), y la relajación de algunas de las presiones de selección de los depredadores que acechan fuera de la *domus*. En el caso del *Homo sapiens*, sin embargo, el proceso de autodomesticación había comenzado mucho antes (en parte incluso antes del «*sapiens*») con el uso del fuego, la

cocina y la domesticación del grano. Así pues, la disminución del tamaño de los dientes, el acortamiento facial, la reducción de la estatura y la robustez del esqueleto y el menor dimorfismo sexual fueron efectos evolutivos que tuvieron una historia mucho más larga que el Neolítico por sí solo. No obstante, el sedentarismo, el hacinamiento y una dieta cada vez más dominada por los cereales fueron cambios revolucionarios que dejaron una huella inmediata y legible en el registro arqueológico.

La posibilidad de que la domesticación en el sentido más amplio sea un proceso análogo al que podemos ver en funcionamiento entre los humanos y sus domesticados ha sido planteada de forma más contundente y elocuente por Helen Leach⁵⁷.

Señala las tendencias similares desde el Pleistoceno en cuanto a tamaño, estatura (las dietas a base de cereales se asocian normalmente a una estatura más baja), reducción del tamaño de los dientes y acortamiento de la cara y las mandíbulas, y se pregunta concretamente si podría existir un «síndrome distintivo» de domesticación derivado del entorno cada vez más común que comparten. Por «entorno común» no sólo entiende el sedentarismo y el cereal, sino todo el conjunto de la domus. Podríamos considerarlo como

57 Leach, “Human Domestication Reconsidered.”

un «módulo domus» que acabaría colonizando gran parte del mundo⁵⁸.

Si consideramos la domesticación en su sentido más amplio, como la aclimatación a la vida en un hogar, y ampliamos ese concepto para incorporar la casa y las dependencias, patios, jardines y huertos, podemos considerar algunos de los criterios de la domesticación como cambios biológicos provocados por la vida en el entorno artificial y culturalmente modificado que llamamos domus.

El complejo de casas y patios protegía a todos los habitantes del asentamiento en los meses de invierno, incluidos los comensales invitados y no invitados. Los perros y, más tarde en el Neolítico, los cerdos que se criaban en los recintos domésticos, recibían alimentos preparados a partir de partes de plantas machacadas y molidas. Una dieta compartida entre humanos, perros y cerdos –de consistencia cada vez más blanda– podría explicar en parte la gracilización [pérdida de masa ósea debida a la evolución] y la reducción cráneo–facial y dental compartidas en estas especies⁵⁹.

58 El principal teórico de la domus como unidad social clave de la sociedad agraria es Ian Hodder. El papel central que asigna a la domus en el proceso de domesticación en *The Domestication of Europe* está prefigurado por Peter J. Wilson en *The Domestication of the Human Species*.

59 Leach, “Human Domestication Reconsidered,” 359.

Más allá de las consecuencias morfológicas y fisiológicas de la domesticación para el hombre y la bestia, existen cambios en el comportamiento y la sensibilidad que son más difíciles de codificar. Los ámbitos físico y cultural están estrechamente relacionados. ¿Se da el caso, por ejemplo, de que, al igual que sus domesticados, las personas sedentarias, que cultivan cereales y se refugian en domus han experimentado una disminución comparable de la reactividad emocional y están menos atentas a su entorno inmediato? Si es así, ¿está relacionado, como en los animales domésticos, con cambios en el sistema límbico, que gobierna las respuestas de miedo, agresión y huida? No conozco ninguna prueba que se refiera directamente a esta cuestión, ni es fácil imaginar cómo podría abordarse de forma objetiva.

En cuanto a los cambios biológicos asociados a la propia agricultura, debemos ser doblemente cautos. La selección funciona por variación y herencia, y sólo han transcurrido 240 generaciones humanas desde la primera adopción de la agricultura y quizá no más de 160 generaciones desde que se generalizó. Por lo tanto, difícilmente estamos en condiciones de llegar a conclusiones generales⁶⁰. Aunque es

60 Dos candidatos comunes para las adaptaciones son la aparición del rasgo drepanocítico como protección contra la malaria, que se había vuelto epidémica debido a los cambios humanos en los paisajes cultivados, y el aumento de la tolerancia a la lactosa, especialmente entre los pastores nómadas. Más controvertidas son las interpretaciones sobre cuándo se desarrollaron los grupos sanguíneos A, B y AB y contra qué enfermedades

possible que cuestiones de esta envergadura estén más allá de nuestra capacidad de resolución, quizá podamos decir algo más sobre cómo el sedentarismo, la domesticación de animales y plantas y una dieta basada principalmente en cereales han moldeado nuestro comportamiento, nuestras rutinas y nuestra salud.

Nuestra domesticación

Como especie, tendemos a vernos a nosotros mismos como el «agente» en los relatos de domesticación. «Nosotros» domesticamos el trigo, el arroz, la oveja, el cerdo, la cabra. Pero si miramos el asunto desde un ángulo ligeramente diferente, se podría argumentar que somos nosotros los que hemos sido domesticados. Michael Pollan lo ve de este modo en su súbito y memorable *aperçu* (avance) mientras cultivaba su huerto⁶¹. Mientras escardaba y aporcaba alrededor de sus prósperas plantas de patata, cayó en la cuenta de que, sin darse cuenta, se había convertido en el esclavo de la patata. Aquí está, de rodillas y con las manos en la masa, día tras día, escardando,

epidémicas parecen ofrecer cierta protección. Véase, en general, Boyden, *El impacto de la civilización en la biología del hombre*.

61 Pollan, *The Botany of Desire*, XI–XIV.

abonando, desenredando, protegiendo y, en general, remodelando el entorno inmediato según las utópicas expectativas de sus plantas de patata. Desde este punto de vista, la cuestión de quién cumple las órdenes de quién se convierte casi en un problema metafísico. Si nuestras plantas domesticadas no pueden prosperar sin nuestra ayuda, no es menos cierto que nuestra supervivencia como especie también ha pasado a depender de un puñado de cultivares domesticados.

La domesticación de los animales es prácticamente idéntica. Quién sirve a quién no es una cuestión sencilla mientras se cría ganado, se le lleva a pastar, se le da forraje y se le protege. Evans-Pritchard, en su famosa monografía sobre el pueblo ganadero por excelencia, los nuer, tenía una visión de los nuer y su ganado muy parecida a la que Pollan tenía de sus patatas.

Se ha dicho que los nuer son parásitos de las vacas.

Pero podría decirse con la misma fuerza que la vaca es un parásito de los nuer, que gastan sus vidas en asegurar su bienestar: construyen establos, encienden fuegos y limpian kraals para su comodidad, se trasladan de las aldeas a los campamentos, de los campamentos a las aldeas por su salud, desafían a las bestias salvajes para su protección y

crean ornamentos para su adorno. Vive su vida apacible, indolente y perezosa gracias a la devoción de los nuer⁶².

Se podría objetar a esta línea de razonamiento observando que, en última instancia, Pollan se come su patata y los nuer se comen (comercian, trocan y curten la piel de) su ganado. La disposición final no está en duda. Pero esto pasa por alto el hecho de que, mientras viven, la patata y la vaca son objeto de una rutina exigente y solícita que vela por su bienestar y seguridad.

Así pues, aunque todavía no se pueden determinar cuestiones más amplias sobre cómo nuestros cerebros y sistemas límbicos han sido moldeados por la domesticación, sí podemos decir algo sobre cómo la vida en el Neolítico tardío ha sido moldeada por nuestra relación con nuestros domesticados en la domus.

En primer lugar, comparemos, a grandes rasgos, el mundo vital del cazador-recolector con el del agricultor, con o sin ganado. A quienes observan de cerca la vida de los cazadores-recolectores les llama la atención cómo está salpicada de intensos estallidos de actividad en cortos períodos de tiempo. La actividad en sí es enormemente variada –caza y recolección, pesca, recolección, fabricación de trampas y presas– y está diseñada de un modo u otro para aprovechar al máximo el tiempo natural de la

62 Evans-Pritchard, *The Nuer*, 36.

disponibilidad de alimentos. Creo que «ritmo» es la palabra clave. La vida de los cazadores-recolectores está orquestada por una serie de ritmos naturales de los que deben ser buenos observadores: el movimiento de las manadas de animales de caza (ciervos, gacelas, antílopes, cerdos); las migraciones estacionales de las aves, especialmente las acuáticas, que pueden ser interceptadas y atrapadas con redes en sus lugares de descanso o anidamiento; las subidas o bajadas de los peces deseados; los ciclos de maduración de los frutos y las nueces, que deben recolectarse antes de que lleguen otros competidores o antes de que se estropeen; y, de forma menos predecible, la aparición de animales de caza, peces, tortugas y setas, que deben explotarse rápidamente. La lista podría ampliarse casi indefinidamente, pero destacan varios aspectos de esta actividad. En primer lugar, cada actividad requiere un «kit de herramientas» y unas técnicas de captura o recolección diferentes que hay que dominar. En segundo lugar, no hay que olvidar que los recolectores llevaban mucho tiempo recogiendo granos de las plantaciones naturales de cereales y que, para ello, ya habían desarrollado prácticamente todas las herramientas que asociamos con el utilaje neolítico: hoces, esteras y cestos de trilla, bandejas de aventar, morteros de machacar y piedras de moler, y similares.

En tercer lugar, cada una de estas actividades representa un problema distinto de coordinación, de modo que el grupo cooperativo y la división del trabajo para cada una de ellas

son diferentes. Por último, las actividades, como las de la aldea más primitiva del aluvión mesopotámico, abarcan varias redes alimentarias –humedales, bosques, sabanas y zonas áridas–, cada una de las cuales tiene su propia estacionalidad. Aunque los cazadores–recolectores dependen vitalmente de estos ritmos, son, al mismo tiempo, generalistas y oportunistas, siempre alerta para aprovechar la generosidad dispersa y episódica que la naturaleza puede ofrecerles.

Los botánicos y naturalistas no dejan de sorprenderse por el grado y la amplitud de los conocimientos que los cazadores–recolectores tienen del mundo natural que les rodea. Sus taxonomías de las plantas no se clasifican en categorías linneanas, pero son más prácticas (buenas para comer, curan heridas, producen tintes azules) e igual de elaboradas⁶³. En América, en cambio, las codificaciones de los conocimientos agrícolas han adoptado tradicionalmente la forma del Almanaque del Agricultor, que sugiere, entre otras cosas, cuándo debe plantarse el maíz. En este contexto, podríamos pensar que los cazadores y recolectores disponían de toda una biblioteca de almanaques: uno para las plantaciones naturales de cereales, subdividido en trigo, cebada y avena; otro para los frutos del bosque, subdividido en bellotas, hayucos y

63 Ver Conklin, *Hanunòo Agriculture*, and Lévi–Strauss, *La Pensée sauvage*.

diversas bayas; otro para la pesca, subdividido en mariscos, anguilas, arenques y sábalos; y así sucesivamente.

Lo que quizá resulte igual de asombroso es que esta auténtica enciclopedia del conocimiento, incluida su profundidad histórica de experiencias pasadas, se conserve íntegramente en la memoria colectiva y la tradición oral de la banda.

Volviendo al concepto de tempo, cabe pensar que los cazadores y recolectores están atentos al metrónomo diferenciado de una gran diversidad de ritmos naturales. Los agricultores, sobre todo los que se dedican a la producción de cereales en campos fijos, se limitan en gran medida a una única red alimentaria, y sus rutinas se adaptan a su tempo particular. Llevar a buen término la cosecha de un puñado de cultivos es, sin duda, una actividad exigente y compleja, pero suele estar dominada por los requisitos de una planta de almidón dominante. No es exagerado decir que la caza y la búsqueda de comida son, en términos de complejidad, tan diferentes de la agricultura de cereales como ésta lo es, a su vez, del trabajo repetitivo en una cadena de montaje moderna. Cada paso representa una reducción sustancial del enfoque y una simplificación de las tareas⁶⁴.

64 Owen Lattimore, comparando al pastor mongol con el agricultor Han, expone el asunto con más fuerza de la que yo lo haría, habiendo comprendido, como agricultor mediocre, lo complejo que es dominarlo. «De hecho, el mongol, entrenado desde la infancia para ser independiente y hacer

La domesticación de las plantas, representada en última instancia por la agricultura en campos fijos, nos enredó en un conjunto anual de rutinas que organizaban nuestra vida laboral, nuestros patrones de asentamiento, nuestra estructura social, el entorno construido de la domus y gran parte de nuestra vida ritual. Desde la limpieza del campo (con fuego, arado, grada), pasando por la siembra, la escarda, el riego y la vigilancia constante de la maduración de la cosecha, el cultivar dominante organiza gran parte de nuestro calendario.

La propia cosecha pone en marcha otra secuencia de rutinas: en el caso de los cultivos de cereales, cortar, atar, trillar, espigar, separar la paja, aventar la paja, cribar, secar, clasificar, la mayoría de las cuales han sido codificadas históricamente como trabajo femenino. A continuación, la preparación diaria de los cereales para el consumo (moler, hacer fuego, cocinar y hornear durante todo el año) marcaba el ritmo de la domus.

Estas rutinas anuales y diarias, meticulosas, exigentes, entrelazadas y obligatorias, ocuparían, en mi opinión, un

todo tipo de cosas diferentes por sí mismo, para trabajar el cuero y el fieltro, para conducir un carro y manejar una caravana, para estar fuera en todo tiempo y encontrar su camino a través de grandes distancias y, sobre todo, para tomar sus propias decisiones por sí mismo, en cualquier circunstancia, debería competir con el campesino colono que ha vivido toda su vida en una choza de barro, sometido sin ninguna iniciativa a una rutina invariable de siembra y cosecha, con las decisiones que toman por él el terrateniente y el calendario. » «Sobre la maldad de ser nómadas», cita del 422.

lugar central en cualquier relato exhaustivo del «proceso civilizador». Atan a los agricultores a una rutina minuciosamente coreografiada de pasos de baile; moldean sus cuerpos físicos, moldean la arquitectura y la disposición de la domus; insisten, por así decirlo, en un cierto patrón de cooperación y coordinación. En ese sentido, por seguir con la metáfora, son el ritmo musical de fondo de la domus. Una vez que el *Homo sapiens* dio ese fatídico paso hacia la agricultura, nuestra especie entró en un austero monasterio cuyo maestro de ceremonias consiste principalmente en el exigente mecanismo de relojería genética de unas pocas plantas y, en Mesopotamia en particular, el trigo o la cebada.

Norbert Elias escribió convincentemente sobre las crecientes cadenas de dependencia entre poblaciones cada vez más densas en la Europa medieval, que propiciaron el acomodo y la moderación mutuos que él denominó «proceso civilizador»⁶⁵.

Pero literalmente miles de años antes de los cambios sociales que describe Elias –y al margen de cualquier hipotético cambio en nuestro sistema límbico– gran parte de nuestra especie ya estaba disciplinada y subordinada al metrónomo de nuestros propios cultivos.

Una vez que los cereales se establecieron como alimento básico en los primeros tiempos de Oriente Próximo, resulta

65 Elias, *The Civilizing Process*.

sorprendente cómo el calendario agrícola llegó a determinar gran parte de la vida ritual pública: el arado ceremonial de sacerdotes y reyes, los ritos y celebraciones de la cosecha, las oraciones y sacrificios por una cosecha abundante, los dioses para determinados granos. Las metáforas con las que la gente razonaba estaban cada vez más dominadas por los cereales y los animales domesticados: «un tiempo para sembrar y un tiempo para cosechar», ser «un buen pastor». Apenas hay un pasaje en el Antiguo Testamento que no haga uso de tales imágenes. Esta codificación de la subsistencia y la vida ritual en torno a la *domus* era una prueba fehaciente de que, con la domesticación, el *Homo sapiens* había cambiado un amplio espectro de flora silvestre por un puñado de cereales y un amplio espectro de fauna silvestre por un puñado de ganado.

Estoy tentado de ver la revolución del Neolítico tardío, a pesar de todas sus contribuciones a las sociedades a gran escala, como una especie de descualificación. El ejemplo emblemático de Adam Smith de las ganancias de productividad que se podían obtener mediante la división del trabajo era la fábrica de alfileres, en la que cada paso minucioso de la fabricación de alfileres se dividía en una tarea realizada por un trabajador diferente.

Alexis de Tocqueville leyó *La riqueza de las naciones* con simpatía, pero se preguntó: «¿Qué se puede esperar de un

hombre que ha pasado veinte años de su vida poniendo cabezas en alfileres?»⁶⁶.

Si ésta es una visión demasiado sombría de un avance al que se atribuye el mérito de haber hecho posible la civilización, digamos al menos que representó una contracción de la atención y el conocimiento práctico del mundo natural por parte de nuestra especie, una contracción de la dieta, una contracción del espacio y quizá también una contracción de la amplitud de la vida ritual.

66 Tocqueville, *Democracy in America*, 2: 1067.

III. ZOONOSIS: UNA TORMENTA EPIDEMIOLÓGICA PERFECTA

El trabajo pesado y su historia

El agro-pastoralismo –campos labrados y animales domésticos– llega a dominar gran parte de Mesopotamia y el Creciente Fértil mucho antes de la aparición de los estados. Con la excepción de las zonas favorecidas por la agricultura de inundación, este hecho representa una paradoja que, en mi opinión, aún no se ha explicado satisfactoriamente.

¿Por qué iban a elegir los recolectores, en su sano juicio, el enorme aumento de trabajo que suponen la agricultura y la ganadería en campos fijos, a menos que tuvieran, por así decirlo, una pistola en su sien colectiva?

Sabemos que incluso los cazadores-recolectores contemporáneos, reducidos a vivir en entornos con pocos recursos, dedican sólo la mitad de su tiempo a lo que podríamos llamar trabajo de subsistencia. Como dicen los estudiosos de un raro yacimiento arqueológico de Mesopotamia (Abu Hureyra), donde se puede rastrear toda la transición de la caza y la recolección a la agricultura propiamente dicha:

*«Es probable que ningún cazador-recolector que ocupe una localidad productiva con una gama de alimentos silvestres capaz de abastecer todas las estaciones haya empezado a cultivar voluntariamente sus alimentos calóricos básicos. La inversión energética por unidad de rendimiento energético habría sido demasiado elevada»*⁶⁷.

Su conclusión fue que la «pistola en la sien» en este caso fue la ola de frío del Younger Dryas (10.500–9.600 a.C.), que redujo la abundancia de plantas silvestres, junto con poblaciones adyacentes hostiles, lo que restringió su movilidad. Esta explicación, como ya se ha dicho, es muy discutida, tanto desde el punto de vista de las pruebas como de la lógica.

67 Moore, Hillman y Legge, *Village on the Euphrates*, 393. Se trata de un estudio asombrosamente completo y valioso del yacimiento más rico de Mesopotamia.

No estoy en condiciones de arbitrar, y mucho menos de resolver, la controversia sobre lo que llevó a la gente durante varios milenios a la agricultura como modo dominante de subsistencia. La explicación aceptada durante mucho tiempo, prácticamente una ortodoxia, era una narración intelectualmente satisfactoria de la intensificación de la subsistencia que abarcaba un periodo de hasta seis mil años. El primer impulso de intensificación se denominó «revolución de amplio espectro», en referencia a la explotación de recursos de subsistencia más variados en los niveles tróficos inferiores. La transición se produjo en el Creciente Fértil debido a la creciente escasez (¿por caza excesiva?) de las fuentes de proteínas silvestres procedentes de la caza mayor: uros, onagro, ciervo, tortuga marina, gacela... la «fruta madura», de la caza primitiva. El resultado, quizás impulsado también por la presión demográfica, obligó a la gente a explotar recursos que, aunque abundantes, requerían más trabajo y eran quizás menos deseables y/o nutritivos.

Las pruebas de esta revolución de amplio espectro son omnipresentes en el registro arqueológico a medida que disminuyen los huesos de grandes animales salvajes y empieza a predominar el volumen de materia vegetal más almidonada, mariscos, pequeñas aves y mamíferos, caracoles y mejillones. Para los fundadores de esta ortodoxia, la lógica de la revolución de amplio espectro y de la adopción de la agricultura era idéntica y, además,

mundial. El aumento global de la población, sobre todo a partir del 9.600 a.C., cuando mejoró el clima, junto con la disminución de la caza mayor (claramente documentada en Oriente Próximo y el Nuevo Mundo), obligó a cazadores y recolectores a intensificar su búsqueda de alimentos.

Cada vez más presionados por la capacidad de carga de los recursos de su entorno, se vieron obligados a trabajar más para subsistir. Así pues, la revolución de amplio espectro fue, según este punto de vista, el primer paso de un largo aumento de la monotonía que más tarde alcanzó su conclusión lógica en el trabajo aún más incesante de la agricultura de arado y la cría de ganado. En la mayoría de las versiones de esta narrativa, la revolución de amplio espectro y la agricultura también fueron perjudiciales desde el punto de vista nutricional, lo que provocó un empeoramiento de la salud y un aumento de la mortalidad.

Como explicación de la revolución de amplio espectro, la presión demográfica sobre la capacidad de carga parece entrar en conflicto en muchos lugares con las pruebas disponibles.

La «revolución» se produce en entornos en los que parece haber poca presión demográfica sobre los recursos. También es posible que las condiciones más húmedas y cálidas posteriores al 9.600 a.C. propiciaran una abundancia mucho mayor de vida vegetal, como en el aluvión mesopotámico, que podía recolectarse fácilmente, aunque

esto no explicaría las deficiencias nutricionales observadas en el registro arqueológico. No cabe duda de la realidad de la revolución de amplio espectro, pero el jurado aún no ha llegado a comprender ni sus causas ni sus consecuencias.

En cuanto al desarrollo de la agricultura propiamente dicha, unos tres o cuatro milenios más tarde, el jurado sí está deliberando. La presión demográfica era cada vez mayor; a los cazadores y recolectores sedentarios les resultaba más difícil desplazarse y se veían obligados a extraer más de su entorno, con un mayor coste de mano de obra, y la mayor parte de la caza mayor estaba disminuyendo o había desaparecido.

No se trata, pues, de una historia whiggish⁶⁸ de invención y progreso humanos. Las técnicas de plantación se conocían desde hacía tiempo y se utilizaban ocasionalmente; las plantas silvestres se recolectaban de forma rutinaria y sus semillas se almacenaban; se disponía de todas las herramientas para procesar el grano, e incluso se podían tener en reserva uno o dos animales cautivos. Sin embargo, la siembra y la cría de ganado como prácticas dominantes de

68 Un caballero muy respetable, muy liberal en sus opiniones. El whiggismo es una filosofía política que surgió de la facción parlamentaria en las Guerras de los Tres Reinos (1639-1651) y fue formulada concretamente por Lord Shaftesbury durante la Restauración inglesa. Su nombre proviene del partido político Whig. Los whigs defendían la supremacía del Parlamento (en oposición a la del rey), la centralización del gobierno y la anglicización coercitiva a través del sistema educativo. [N. e. d.]

subsistencia se evitaron durante el mayor tiempo posible debido al trabajo que requerían.

Y la mayor parte del trabajo surgió de la necesidad de defender un paisaje simplificado y artificial del resurgimiento de la naturaleza excluida de él: otras plantas (malas hierbas), pájaros, animales de pastoreo, roedores, insectos y la roya y las infecciones fúngicas que amenazaban un campo de monocultivo. El campo agrícola labrado no sólo requería mucho trabajo, sino que era frágil y vulnerable.

El campo de repoblación multiespecie del Neolítico tardío: una tormenta epidemiológica perfecta

La población mundial en el año 10.000 a.C., según una estimación prudente, era de unos 4 millones de habitantes. Cinco mil años más tarde, en el 5.000 a.C., sólo había aumentado a 5 millones. Esto apenas representa una explosión demográfica, a pesar de los logros civilizatorios de la revolución neolítica: el sedentarismo y la agricultura. En los cinco mil años siguientes, en cambio, la población mundial se multiplicaría por veinte, hasta superar los 100 millones. La transición neolítica de cinco mil años fue, pues, una especie de cuello de botella demográfico, reflejo de un nivel de reproducción casi estático. Suponiendo incluso una

tasa de crecimiento de la población apenas por encima de los niveles de reemplazo (por ejemplo, el 0,015%), la población total se habría más que duplicado a lo largo de esos cinco milenios. Una explicación probable de esta paradoja de aparente progreso humano en las técnicas de subsistencia junto con un largo periodo de estancamiento demográfico es que, epidemiológicamente, éste fue quizá el periodo más letal de la historia humana.

En el caso de Mesopotamia, se afirma que, debido precisamente a los efectos de la revolución neolítica, se convirtió en el foco de enfermedades infecciosas crónicas y agudas que devastaron a la población una y otra vez⁶⁹.

Es difícil encontrar pruebas en los registros arqueológicos, ya que estas enfermedades, a diferencia de la malnutrición, rara vez dejan huellas en los huesos humanos. Las enfermedades epidémicas son, en mi opinión, el silencio más «ruidoso» en el registro arqueológico del Neolítico. La arqueología sólo puede evaluar lo que puede recuperar y, en este caso, debemos especular más allá de las pruebas fehacientes. No obstante, hay buenas razones para suponer que muchos de los repentinos colapsos de los primeros

69 Burke y Pomeranz, *The Environment and World History*, 91, citando a Peter Christensen, *The Decline of Iranshahr*. El periodo al que se refiere Christensen es posterior, pero él data el origen de tales enfermedades en la propia transición neolítica. Véase el capítulo 7 y las páginas 75 y siguientes.

núcleos de población se debieron a devastadoras enfermedades epidémicas⁷⁰.

Una y otra vez hay pruebas de un repentino e inexplicable abandono de lugares anteriormente bien poblados. En el caso de un cambio climático adverso o de la salinización del suelo también cabría esperar una despoblación, pero en consonancia con su causa sería más probable que se produjera en toda la región y de forma bastante más gradual. Otras explicaciones para la evacuación repentina o la desaparición de un lugar poblado son, por supuesto, posibles: guerra civil, conquista, inundaciones. Sin embargo, la enfermedad epidémica, dado el hacinamiento totalmente novedoso que hizo posible la revolución neolítica, es el sospechoso más probable, a juzgar por los efectos masivos de la enfermedad que aparecen en los registros escritos una vez que están disponibles.

El significado de enfermedad epidémica en este contexto no se limita únicamente al *Homo sapiens*. Las epidemias afectaban a los animales domésticos y a los cultivos que también se concentraban en el campo de repoblación multiespecie del Neolítico tardío. Una población podía verse tan fácilmente devastada por una enfermedad que arrasara

70 Es muy posible que los avances en la recuperación de material genético proporcionen pronto pruebas más sólidas de tales sospechas.

sus rebaños o sus campos de cereales como por una plaga que la amenazara directamente.

Sin embargo, una vez que se dispone de registros escritos, tenemos abundantes pruebas de epidemias mortales que, con precaución, pueden remontarse a épocas anteriores. La Eopeya de Gilgamesh es tal vez la prueba más contundente cuando su héroe afirma que su fama sobrevivirá a la muerte mientras describe una escena de cadáveres abatidos, probablemente por la peste, flotando por el Éufrates. Al parecer, los mesopotámicos vivían bajo la sombra siempre amenazadora de epidemias mortales. Tenían amuletos, oraciones especiales, muñecas profilácticas, diosas «sanadoras» y templos –el más famoso de los cuales estaba en Nippur– diseñados para evitar las enfermedades masivas. Por supuesto, en aquella época no se comprendían bien estos fenómenos. Se consideraban «la devoración» de un dios y un castigo por alguna transgresión que requería un ritual compensatorio que incluía el sacrificio de chivos expiatorios⁷¹.

71 Véase, entre otros, Porter, *Mobile Pastoralism*, 253–254; Radner, «Fressen und gefressen werden»; Karen Radner, «The Assyrian King and His Scholars: The Syrio–Anatolian and Egyptian Schools», en W. Lukic y R. Mattila, editores, *Of Gods, Trees, Kings, and Scholars: Neo Assyrian and Related Studies in Honour of Simo Parpola*, *Studia Orientalia* 106 (Helsinki, 2009), 221–233; Walter Farber, «How to Marry a Disease: Epidemics, Contagion, and a Magic Ritual Against the ‘Hand of the Ghost’», en H. F. J. Horstmannhoff y M. Stol, eds. , *Magic and Rationality in Ancient Near Eastern and Graeco–Roman Medicine* (Leiden: Brill, 2004), 117–132.

Las primeras fuentes escritas también dejan claro que las primeras poblaciones mesopotámicas comprendían el principio de «contagio» que propagaba las enfermedades epidémicas.

En la medida de lo posible, tomaron medidas para poner en cuarentena a los primeros casos discernibles, confinándolos en sus cuarteles, sin dejar salir ni entrar a nadie. Comprendían que los viajeros de larga distancia, los comerciantes y los soldados podían ser portadores de enfermedades. Sus prácticas de aislamiento y evitación prefiguraban los procedimientos de cuarentena de los lazaretos de los puertos renacentistas. La comprensión del contagio estaba implícita no sólo en el hecho de evitar a las personas infectadas, sino también sus tazas, platos, ropas y sábanas⁷². Los soldados que regresaban de una campaña y eran sospechosos de portar la enfermedad estaban obligados a quemar sus ropas y escudos antes de entrar en la ciudad. Cuando el aislamiento y la cuarentena fracasaban, los que podían huían de la ciudad, dejando atrás a los moribundos y difuntos, y regresando, si acaso, mucho después de que la epidemia hubiera pasado.

Al hacerlo, con frecuencia llevaron la epidemia a las zonas periféricas, provocando una nueva ronda de cuarentenas y

72 Farber, «Health Care and Epidemics in Antiquity». Las pruebas aquí proceden en gran medida de Mari en el Éufrates de Uruk hacia principios del segundo milenio AEC.

huidas. No me cabe la menor duda de que muchos de los abandonos de zonas pobladas que se produjeron en épocas anteriores se debieron más a la enfermedad que a la política.

Las pruebas del papel de los patógenos en las enfermedades de los humanos, los animales domésticos y los cultivos domesticados antes de mediados del cuarto milenio a.C. son necesariamente especulativas. Sin embargo, a medida que proliferan los registros escritos, las pruebas de epidemias aumentan en proporción; los textos hacen referencia, según afirma Karen Rhea Nemet-Nejat, a la tuberculosis, el tifus, la peste bubónica y la viruela⁷³. Uno de los primeros y más ampliamente atestiguados es una epidemia devastadora en Mari, en el Éufrates, en 1.800 a.C. La lista de otras es larga, aunque la naturaleza de la enfermedad suele ser oscura. La epidemia que destruyó el ejército de Senaquerrib, hijo de Sargón II y rey asirio en el 701 a.C., que también figura en la letanía de plagas del Antiguo Testamento, se atribuye ahora al tifus o al cólera, los azotes tradicionales de los ejércitos en campaña. Más tarde, la aplastante plaga de Atenas en el 430 a.C., descrita de forma memorable por Tucídides, y las plagas de Antonino y Justiniano en Roma desempeñan un papel decisivo en lo que viene a ser la historia «imperial» temprana. Dada la mayor población y el creciente comercio a larga distancia de esta última época, no cabe duda de que las epidemias afectaron a más personas y zonas que antes. No obstante, la

73 Nemet-Nejat, *Daily Life in Ancient Mesopotamia*, 80.

Mesopotamia de finales del cuarto milenio a.C. era un entorno históricamente novedoso para las epidemias. Hacia el 3.200 a.C., Uruk era la ciudad más grande del mundo, con entre veinticinco mil y cincuenta mil habitantes, junto con su ganado y sus cultivos, empequeñeciendo las concentraciones del anterior periodo Ubaid.

Al ser la zona con mayor concentración demográfica, el aluvión meridional era especialmente vulnerable a las epidemias; la palabra *acadia* para enfermedad epidémica «significaba literalmente ‘muerte segura’ y podía aplicarse tanto a epidemias animales como humanas»⁷⁴.

Esa concentración y un flujo comercial sin precedentes crearon, como ahora explicaremos, una vulnerabilidad singularmente nueva a las enfermedades de la aglomeración.

El sedentarismo por sí solo, mucho antes de la generalización de los cultivos domesticados, creó unas condiciones de hacinamiento que eran «cebaderos» ideales para los patógenos. El crecimiento de grandes aldeas y pequeñas ciudades en el aluvión mesopotámico representó un aumento de la densidad de población de diez a veinte veces superior a todo lo que el *Homo sapiens* había experimentado anteriormente. La lógica de la aglomeración

74 Ibid. , 146. Nemet-Rejat adds, “An omen reported plague gods marching with the troops, most likely a reference to typhus. ”

y la transmisión de enfermedades es sencilla. Imaginemos, por ejemplo, un recinto con diez gallinas, una de las cuales está infectada por un parásito que se propaga a través de los excrementos. Al cabo de un tiempo –dependiendo en parte del tamaño del recinto, la actividad de las aves y la facilidad de transmisión–, otro pollo se infectará. Ahora, en lugar de diez gallinas, imaginemos quinientas gallinas en el mismo recinto y las posibilidades se multiplican al menos por cincuenta de que otra ave se infecte rápidamente, y así exponencialmente. Dos aves excretan ahora el parásito, lo que duplica la probabilidad de una nueva infección.

Recordemos que hemos multiplicado por cincuenta no sólo las aves de corral, sino también sus excrementos, de modo que pronto, cuanto más pequeño sea el recinto, la probabilidad de que otras aves eviten el contacto con el agente patógeno se vuelve insignificante.

Por el momento, estamos aplicando la lógica de la aglomeración y las enfermedades al *Homo sapiens*, pero, como en el ejemplo anterior, se aplica igualmente a la aglomeración de cualquier organismo propenso a las enfermedades, flora o fauna. Es un fenómeno de hacinamiento que se aplica por igual a los rebaños de aves y ovejas, a los bancos de peces, a los rebaños de renos o gacelas y a los campos de cereales. Cuanto mayor es la similitud genética –menor es la variación–, mayor es la probabilidad de que todos sean vulnerables al mismo patógeno. Antes de los grandes desplazamientos humanos,

las aves migratorias que anidaban juntas combinaban los viajes de larga distancia con el hacinamiento para constituir, tal vez, el principal vector de propagación de enfermedades a distancia. La asociación de la infección con la aglomeración era conocida y utilizada mucho antes de que se conocieran los verdaderos vectores de transmisión de enfermedades. Los cazadores y recolectores sabían lo suficiente como para mantenerse alejados de los grandes asentamientos, y la dispersión se consideró durante mucho tiempo una forma de evitar contraer una enfermedad epidémica. A finales de la Edad Media, Oxford y Cambridge mantenían casas de la peste en el campo, a las que se enviaba a los estudiantes al primer síntoma de la enfermedad. La concentración podía ser letal.

Así, las trincheras, los campos de desmovilización y los barcos de tropas al final de la Primera Guerra Mundial proporcionaron las condiciones ideales para la pandemia de gripe masiva y letal de 1918. Los lugares de aglomeración social –ferias, campamentos militares, escuelas, prisiones, barrios marginales, peregrinaciones religiosas, como el hajj a La Meca– han sido históricamente lugares donde se han contraído enfermedades infecciosas y desde donde se han dispersado posteriormente.

La importancia del sedentarismo y el hacinamiento que permitía difícilmente puede sobreestimarse. Significa que prácticamente todas las enfermedades infecciosas debidas a microorganismos específicamente adaptados al Homo

sapiens surgieron sólo en los últimos diez mil años, muchas de ellas quizá sólo en los últimos cinco mil. Fueron, en el sentido fuerte, un «efecto civilizatorio». Estas enfermedades históricamente novedosas –cólera, viruela, paperas, sarampión, gripe, varicela y, tal vez, malaria– surgieron sólo como resultado de los inicios del urbanismo y, como veremos, de la agricultura. Hasta hace muy poco representaban colectivamente la principal causa global de mortalidad humana. No es que las poblaciones presedentarias no tuvieran sus propios parásitos y enfermedades, pero tales enfermedades no habrían sido las enfermedades de la aglomeración, sino enfermedades caracterizadas por una larga latencia y/o un reservorio no humano: tifus, disentería amebiana, herpes, tracoma, lepra, esquistosomiasis, filariasis⁷⁵.

Las enfermedades de aglomeración también se denominan enfermedades dependientes de la densidad o, en la jerga actual de la salud pública, infecciones agudas de la comunidad. Para muchas enfermedades víricas que han llegado a depender de un huésped humano, es posible, conociendo el modo de transmisión, la duración de la infecciosidad y la duración de la inmunidad adquirida tras la infección, deducir la población mínima necesaria para evitar que la infección se extinga por falta de nuevos huéspedes. A

75 Ver Groube, “The Impact of Diseases”; Burnet and White, *The Natural History of Infectious Disease*, especially chapters 4–6; and McNeill, *Plagues and People*.

los epidemiólogos les gusta citar el ejemplo del sarampión en las aisladas Islas Feroe en los siglos XVIII y XIX. Una epidemia traída por los marineros devastó las islas en 1781 y, dada la inmunidad de por vida conferida a los supervivientes, las islas estuvieron libres de sarampión durante sesenta y cinco años, hasta 1846, cuando volvió, infectando a todos menos a los ancianos que habían sobrevivido a la epidemia anterior. Treinta años más tarde, otra epidemia infectó únicamente a los menores de treinta años. En el caso concreto del sarampión, los epidemiólogos han calculado que se necesitarían al menos 3.000 nuevos huéspedes susceptibles al año para mantener una infección permanente y que sólo una población de unos 300.000 habitantes podría proporcionar esta cantidad de huéspedes. Al tener una población muy inferior a este umbral, las Islas Feroe tenían que «importar» de nuevo su sarampión para cada epidemia.

Por la misma razón, por supuesto, esto significa que ninguna de estas enfermedades podría haber existido antes de las poblaciones del Neolítico. También explica la buena salud general de las poblaciones del Nuevo Mundo, así como su posterior vulnerabilidad a los patógenos del Viejo Mundo. Los grupos que cruzaron el estrecho de Bering en varias oleadas alrededor del año 13.000 a.C., llegaron antes de que aparecieran la mayoría de estas enfermedades y, en cualquier caso, en grupos demasiado pequeños como para sufrir ninguna de las enfermedades de aglomeración.

Ninguna descripción de la epidemiología del Neolítico está completa sin señalar el papel clave de los animales domésticos: el ganado, los comensales y los cereales y legumbres cultivados. El principio clave del hacinamiento vuelve a ser operativo. El Neolítico no sólo supuso una concentración sin precedentes de personas, sino también de ovejas, cabras, vacas, cerdos, perros, gatos, gallinas, patos y gansos. En la medida en que ya eran animales de «rebaño» o «manada», habrían sido portadores de algunos agentes patógenos de hacinamiento específicos de su especie.

Reunidos por primera vez en torno a la *domus*, en contacto estrecho y continuo, llegaron a compartir rápidamente una amplia gama de organismos infecciosos. Las estimaciones varían, pero de los mil cuatrocientos organismos patógenos humanos conocidos, entre ochocientos y novecientos son enfermedades zoonóticas, originadas en huéspedes no humanos. Para la mayoría de estos patógenos, el *Homo sapiens* es un huésped final «sin salida»: los humanos no lo transmiten más a otro huésped no humano.

El campo de reasentamiento multiespecífico no sólo era un conjunto histórico de mamíferos en número y proximidad nunca antes conocidos, sino también un conjunto de todas las bacterias, protozoos, helmintos y virus que se alimentaban de ellos. Los vencedores, por así decirlo, en esta carrera de plagas eran aquellos patógenos que podían adaptarse rápidamente a nuevos huéspedes en la *domus* y multiplicarse. Lo que estaba ocurriendo era la primera

oleada masiva de patógenos a través de la barrera de las especies, estableciendo un orden epidemiológico completamente nuevo. La narración de esta brecha se cuenta naturalmente desde la perspectiva (horrorizada) del *Homo sapiens*. No puede haber sido menos melancólico desde la perspectiva de, por ejemplo, la cabra o la oveja que, después de todo, no se ofreció voluntaria para entrar en la *domus*. Dejo al lector que imagine cómo una cabra precoz y omnisciente podría narrar la historia de la transmisión de enfermedades en el Neolítico.

La lista de enfermedades compartidas con domesticados y comensales en la *domus* es cuantitativamente sorprendente. En una lista obsoleta; ahora seguramente aún más larga, los humanos compartimos veintiséis enfermedades con las aves de corral, treinta y dos con las ratas y los ratones, treinta y cinco con los caballos, cuarenta y dos con los cerdos, cuarenta y seis con las ovejas y las cabras, cincuenta con el ganado vacuno y sesenta y cinco con nuestro domesticado más antiguo y estudiado, el perro⁷⁶.

Se sospecha que el sarampión surgió de un virus de la peste bovina entre ovejas y cabras, la viruela de la domesticación de camellos y de un antepasado roedor portador de viruela bovina, y la gripe de la domesticación de aves acuáticas hace unos cuarenta y cinco siglos. La

76 McNeill, *Plagues and People*, 51.

generación de nuevas zoonosis que saltan de una especie a otra creció a medida que aumentaban las poblaciones humanas y animales y se hacía más frecuente el contacto a mayores distancias. Y continúa hoy en día. No es de extrañar, pues, que el sureste de China, concretamente Guangdong, probablemente la mayor, más poblada e históricamente más profunda concentración de *Homo sapiens*, cerdos, pollos, gansos, patos y mercados de animales salvajes del mundo, haya sido una importante placa de Petri mundial para la incubación de nuevas cepas de gripe aviar y porcina.

La ecología de las enfermedades de finales del Neolítico no era simplemente el resultado de la aglomeración de personas y sus animales domésticos en asentamientos fijos. Era más bien un efecto de todo el complejo *domus* como módulo ecológico. El desbroce de la tierra para la agricultura y el pastoreo de los nuevos animales domésticos crearon un paisaje y un nicho ecológico totalmente nuevos, con más luz solar y suelos más expuestos, a los que se trasladaron nuevos conjuntos de flora, fauna, insectos y microorganismos a medida que se alteraba el patrón ecológico anterior. Parte de la transformación se produjo por diseño, como en el caso de los cultivos, pero mucho más representó los efectos colaterales de segundo y tercer orden de la invención de la *domus*. Emblemático de este efecto colateral fue la concentración de desechos animales y humanos: en particular, las heces. La relativa inmovilidad de los humanos sedentarios y del ganado y sus desechos

permite la infección repetida con las mismas variedades de parásitos. Los mosquitos y artrópodos, a menudo vectores de enfermedades, encuentran en los desechos lugares ideales para reproducirse y alimentarse. En cambio, los grupos móviles de cazadores–recolectores suelen dejar atrás a sus parásitos al trasladarse a un nuevo entorno donde no pueden reproducirse. Una vez estacionaria, la domus, con sus seres humanos, ganado, grano, heces y residuos vegetales, se convierte en un atractivo comedero para muchos comensales, desde ratas y golondrinas hasta pulgas y piojos, bacterias y protozoos, pasando por la cadena de depredación. Los pioneros que crearon esta ecología históricamente novedosa no podían saber los vectores de enfermedades que estaban desencadenando sin darse cuenta. De hecho, no fue hasta los descubrimientos de finales del siglo XIX de los fundadores de la microbiología, Robert Koch y Louis Pasteur, cuando se hizo evidente el alto precio en infecciones crónicas y letales que el *Homo sapiens* estaba pagando por la ausencia de agua limpia, saneamiento y eliminación de aguas residuales. A medida que nuevas enfermedades devastadoras dejaban a los humanos sin saber qué les había golpeado, proliferaron las teorías y remedios populares. Sólo una de ellas, la «dispersión», identificaba implícitamente la aglomeración como causa fundamental.

Las enfermedades dependientes de la densidad que aquejaban a las poblaciones del campamento de

reasentamiento multiespecífico de finales del Neolítico representaban una nueva y rigurosa presión de selección de patógenos nunca experimentada por sus antepasados. Cabe imaginar que no pocas de las primeras concentraciones de pueblos sedentarios fueron prácticamente exterminadas por enfermedades a las que prácticamente no tenían resistencia. En el caso de las pequeñas sociedades prealfabetizadas es casi imposible saber con certeza el papel de las epidemias en la mortalidad, y muchas de las pruebas de los primeros cementerios no son concluyentes. Sin embargo, es bastante probable que las enfermedades de hacinamiento, incluidas especialmente las zoonosis, fueran en gran medida responsables del cuello de botella demográfico de principios del Neolítico. Con el tiempo – cuánto tiempo es incierto y varía según el patógeno– las poblaciones hacinadas desarrollaron cierto grado de inmunidad frente a muchos patógenos, que a su vez se hicieron endémicos, lo que significaba una relación patógeno–huésped estable y menos letal. Al fin y al cabo, sólo los que sobreviven llegan a tener hijos.

Algunas enfermedades –la tos ferina y la meningitis, por ejemplo– aún podían poner en peligro a los más jóvenes, mientras que otras, si las contraía una persona joven, eran relativamente inofensivas y conferían inmunidad: la

poliomielitis, la viruela, el sarampión, las paperas y la hepatitis infecciosa⁷⁷.

Una vez que una enfermedad se vuelve endémica en una población sedentaria, es mucho menos letal y suele circular en gran medida de forma subclínica para la mayoría de los portadores.

En este punto, es probable que las poblaciones no expuestas que tengan poca o ninguna inmunidad contra este patógeno sean especialmente vulnerables cuando entren en contacto con una población en la que sea endémico. Así, los cautivos de guerra, los esclavos y los emigrantes procedentes de aldeas lejanas o aisladas, anteriormente fuera del círculo de inmunidad de la multitud, tienen menos defensas y es probable que sucumban a enfermedades a las que las grandes poblaciones sedentarias se han vuelto, con el tiempo, en gran medida inmunes. Por esta razón, por supuesto, el encuentro entre el Viejo y el Nuevo Mundo resultó tan cataclísmico para los nativos americanos, inmunológicamente sencillos, aislados durante más de diez milenios de los patógenos del Viejo Mundo.

77 La polio es un ejemplo de epidemia relacionada con un exceso de higiene. En una gran ciudad del sur global como Bombay, por ejemplo, un porcentaje abrumador de los niños menores de cinco años tendrán anticuerpos de la polio en su organismo, lo que demuestra que han estado expuestos a la enfermedad, que se propaga por las heces y rara vez es mortal para los lactantes. Sin embargo, para los que no han estado expuestos a una edad temprana, la enfermedad contraída más tarde en la vida es mucho más grave.

Las enfermedades del sedentarismo y el hacinamiento de finales del Neolítico se vieron agravadas por una dieta cada vez más agrícola, deficiente en muchos nutrientes esenciales. Las posibilidades de sobrevivir a una enfermedad epidémica, en igualdad de condiciones, especialmente siendo un bebé o una mujer embarazada, dependían en gran medida de su estado nutricional. Las altísimas tasas de mortalidad infantil (40–50%) entre la mayoría de los primeros agricultores eran el resultado de la coyuntura de una dieta que debilitaba a los vulnerables con nuevas enfermedades infecciosas que se los llevaban por delante.

Las pruebas de la relativa restricción y empobrecimiento de la dieta de los primeros agricultores proceden en gran medida de la comparación de restos óseos de agricultores con los de cazadores–recolectores que vivían cerca en la misma época.

Los cazadores–recolectores eran varios centímetros más altos de media. Es de suponer que esto reflejaba su dieta más variada y abundante. Como hemos explicado, sería difícil exagerar esa variedad. No sólo podía abarcar varias redes alimentarias –marina, de humedales, forestal, de sabana, árida–, cada una con su variación estacional, sino que incluso cuando se trataba de alimentos vegetales, la diversidad era, para los estándares agrícolas, asombrosa. En el yacimiento arqueológico de Abu Hureyra, por ejemplo, en su fase de cazadores–recolectores, se encontraron restos de 192 plantas diferentes, de las que se pudieron identificar

142, y de las que se sabe que 118 eran consumidas por los cazadores-recolectores contemporáneos⁷⁸.

Un simposio dedicado a evaluar el impacto de la revolución neolítica en la salud humana en todo el mundo concluyó, basándose en datos paleopatológicos:

El estrés [nutricional]... no parece haberse hecho común y generalizado hasta después del desarrollo de altos grados de sedentarismo, densidad de población y dependencia de la agricultura. En esta etapa... la incidencia del estrés fisiológico aumenta enormemente y las tasas medias de mortalidad aumentan apreciablemente⁷⁹.

Incluso la carne de los animales domésticos con los que ocasionalmente se daban un festín contenía muchos menos ácidos grasos vitales que la caza salvaje. Se pueden documentar enfermedades atribuibles a la dieta neolítica que tienen signatura ósea, como el raquitismo; las que afectan a los tejidos blandos son mucho más difíciles de documentar (salvo en alguna momia bien conservada). No obstante, sobre la base del conocimiento de la dieta y de los primeros relatos escritos de enfermedades que probablemente se puede suponer, también sobre la base del conocimiento de la dieta, que existían antes, las siguientes enfermedades relacionadas con la nutrición se han atribuido

78 Moore, Hillman, and Legge, *Village on the Euphrates*, 369.

79 Roosevelt, “Population, Health, and the Evolution of Subsistence.”

a la alimentación neolítica: beriberi, pelagra, deficiencia de riboflavina y kwashiorkor.

¿Y los cultivos? También ellos fueron sometidos a una especie de «sedentarismo» en campos fijos y condiciones de hacinamiento, así como a un nuevo proceso de selección impulsado por el hombre que redujo su diversidad genética para fomentar las características deseadas. También ellos, como cualquier organismo, estaban sujetos a sus propias enfermedades dependientes de la densidad, como veremos. Dado que «tanto el pastoreo como la agricultura se ven frecuentemente afectados por epidemias, malas cosechas u otras desgracias», Nissen y Heine afirman que los primeros agricultores preferían, cuando era posible, recurrir a la caza, la pesca y la recolección⁸⁰.

También en este caso el registro arqueológico no es muy útil. Es posible demostrar, por ejemplo, que una zona anteriormente poblada fue abandonada de repente; sin embargo, antes de los registros escritos, saber por qué quedó desierta es otra cuestión.

Un hongo de la cosecha, una roya, una plaga de insectos o incluso una tormenta que destruye una cosecha madura, al igual que las enfermedades de los tejidos blandos, dejan poco o ningún rastro. Los registros escritos, cuando existen, se limitan más a dejar constancia de un «fracaso de la

80 Nissen and Heine, *From Mesopotamia to Iraq*.

cosecha» o de una hambruna que a especificar la causa, que, en muchos casos, no es comprendida por las propias víctimas.

Los cultivos representaban su propia tormenta epidemiológica «floral» perfecta. Considerense como un patógeno o un insecto los atractivos del paisaje agrícola neolítico. No sólo estaba abarrotado sino que, en comparación con los pastizales silvestres, se dedicaba en gran parte a sólo dos cereales principales: el trigo y la cebada. Además, se trataba de campos fijos que se cultivaban de forma más o menos continua, en comparación, por ejemplo, con el cultivo de campos de fuego (también conocido como «swidden» o «tala y quema»), en el que un campo se plantaba durante uno o dos años y luego se dejaba en barbecho durante una década o más. El cultivo anual repetido proporcionaba, de hecho, un cebadero permanente para las plagas de insectos y las enfermedades de las plantas –por no hablar de las malas hierbas obligadas–, que alcanzaban niveles de población que no podrían haber existido antes del monocultivo en campos fijos.

Las grandes comunidades sedentarias implicaban necesariamente la existencia de muchos campos de cultivo en las proximidades, en los que se cultivaba una variedad similar de cosechas; esto promovía una acumulación proporcional de poblaciones de plagas. Al igual que ocurre con la epidemiología de la aglomeración humana, parece

lógico suponer que muchas de las enfermedades de los cultivos que acosaban a los plantadores neolíticos eran nuevos patógenos que evolucionaron para aprovechar una agroecología tan nutritiva. El significado literal de «parásito», de la raíz griega original, es «junto al grano».

Los cultivos no sólo se ven amenazados, al igual que los humanos, por enfermedades bacterianas, fúngicas y víricas, sino que se enfrentan a un sinfín de depredadores grandes y pequeños: caracoles, babosas, insectos, aves, roedores y otros mamíferos, así como a una gran variedad de malas hierbas en evolución que compiten con el cultivar por la nutrición, el agua, la luz y el espacio⁸¹.

La semilla en el suelo es atacada por larvas de insectos, roedores y aves. Durante el crecimiento y el desarrollo del grano siguen activas las mismas plagas, así como pulgones que chupan la savia y transmiten enfermedades. En esta fase son especialmente devastadoras las enfermedades fúngicas, como el mildiu, el tizón, el carbón parcial, las royas y el cornezuelo (famoso como fuego de San Antonio cuando lo ingiere el ser humano). La parte del cultivo que no sucumbe a estos depredadores debe competir con un sinfín de malas hierbas que han llegado a especializarse en suelos arados y a mimetizarse con determinados cultivos. Y una vez que la

81 Dark and Gent, “Pests and Diseases of Prehistoric Crops. ”

cosecha está en el granero, sigue estando sujeta a gorgojos, roedores y hongos.

En el Oriente Medio contemporáneo es bastante habitual que se pierdan varias cosechas seguidas a causa de insectos, pájaros o enfermedades. En un experimento realizado en el norte de Europa, una cosecha de cebada moderna, fertilizada pero no protegida con herbicidas o pesticidas modernos, se redujo a la mitad: un 20% debido a enfermedades de los cultivos, un 12% a los animales y un 18% a las malas hierbas⁸².

Amenazados por las enfermedades de la aglomeración y el monocultivo, los cultivos domesticados deben ser defendidos constantemente por sus custodios humanos si quieren producir una cosecha. En gran medida por esta razón, la agricultura primitiva requería una enorme cantidad de mano de obra. Se idearon varias técnicas para reducir la mano de obra y mejorar los rendimientos. Los campos se dispersaban para que fueran menos contiguos; se practicaba el barbecho y la rotación de cultivos; y las semillas se obtenían a distancia para reducir la uniformidad genética. Las cosechas maduras eran vigiladas de cerca por los agricultores, sus familias y espantapájaros. Pero, dada la agroecología propensa a las enfermedades de los cultivos domesticados, era una incógnita si la cosecha sobreviviría a

82 Ibid. , 60.

todos los depredadores para alimentar a su último guardián y depredador: el agricultor.

La antigua narrativa del progreso de la civilización es, en un aspecto básico, indudablemente correcta. La domesticación de plantas y animales hizo posible un cierto grado de sedentarismo que constituyó la base de las primeras civilizaciones y estados y de sus logros culturales.

Sin embargo, descansaba sobre una base genética extremadamente delgada y frágil: un puñado de cultivos, unas pocas especies de ganado y un paisaje radicalmente simplificado que había que defender constantemente contra una reconquista por parte de la naturaleza excluida. Al mismo tiempo, la domus nunca fue ni remotamente autosuficiente. Requería un subsidio constante, por así decirlo, de esa naturaleza excluida: madera para combustible y construcción, pescado, moluscos, pastos en los bosques, caza menor, verduras silvestres, frutas y frutos secos. En caso de hambruna, los agricultores recurrían a todos los recursos extradomus de los que dependían los cazadores-recolectores.

La domus era al mismo tiempo un verdadero festín y un lugar de peregrinación para comensales no invitados y plagas grandes y pequeñas, hasta los virus más pequeños. Su concentración y simplicidad la hacían especialmente vulnerable al colapso. La agricultura del Neolítico tardío fue el primero de muchos pasos en el desarrollo de técnicas

especiales para maximizar la producción de un pequeño número de especies vegetales y animales preferidas. Una enfermedad –de los cultivos, el ganado o las personas–, una sequía, unas lluvias excesivas, una plaga de langostas, ratas o pájaros, podía derrumbar todo el edificio en un abrir y cerrar de ojos.

Basada en una estrecha red alimentaria, la agricultura neolítica era mucho más productiva, de forma concentrada, pero también mucho más frágil que la caza y la recolección o incluso que el cultivo itinerante, que combinaba la movilidad con la dependencia de una diversidad de alimentos. Cómo, a pesar de su fragilidad, el módulo domus de la agricultura de campos fijos se convirtió en una apisonadora hegemónica, agroecológica y demográfica que transformó gran parte del mundo a su imagen y semejanza es algo así como un milagro.

Sobre fertilidad y población

El dominio definitivo del complejo cerealista neolítico apenas se ve prefigurado por la epidemiología de la domus. Un lector atento no sólo podría sentirse perplejo por el auge de la civilización agraria, sino que podría preguntarse cómo, a la luz de los agentes patógenos a los que se enfrentaban

los cultivadores neolíticos, esta nueva forma de vida agraria consiguió sobrevivir, por no hablar de prosperar.

En mi opinión, la respuesta es el sedentarismo. A pesar de la mala salud general y la elevada mortalidad infantil y materna frente a los cazadores y recolectores, resulta que los agricultores sedentarios también tenían unas tasas de reproducción sin precedentes, suficientes para compensar con creces las también sin precedentes altas tasas de mortalidad. El efecto de la transición al sedentarismo sobre la fertilidad ha sido documentado de forma convincente en estudios contemporáneos realizados por Richard Lee, en los que se comparaba a las mujeres bosquimanas recién asentadas con las aún móviles !Kung, así como en otros estudios en los que se realizaban comparaciones más exhaustivas de la fertilidad entre agricultores y recolectores⁸³.

Las poblaciones no sedentarias suelen limitar deliberadamente su reproducción. La logística de trasladar el campamento con regularidad hace que sea gravoso, si no imposible, tener dos hijos que deban llevarse a cuestas al mismo tiempo. Como resultado, el espaciamiento de los hijos de los cazadores-recolectores es del orden de cuatro años, un espaciamiento que se consigue mediante el destete retrasado, los abortivos y el abandono o el infanticidio. Además, una combinación de ejercicio extenuante con una

83 Ver Lee, “Population Growth and the Beginnings of Sedentary Life.”

dieta magra y rica en proteínas hacía que la pubertad llegara más tarde, la ovulación fuera menos regular y la menopausia llegara antes. Entre los agricultores sedentarios, por el contrario, la carga de un espaciamiento mucho más corto de los hijos que experimentan los recolectores móviles es mucho menor y, como veremos, se potencia el mayor valor de los hijos como fuerza de trabajo en la agricultura. En virtud del sedentarismo, la menarquia es más temprana; con una dieta a base de cereales, los bebés pueden ser destetados antes con alimentos blandos; y en virtud de una dieta rica en carbohidratos, se favorece la ovulación y se prolonga la vida reproductiva de la mujer.

Dada la carga de enfermedad de la sociedad agraria y su fragilidad, la «ventaja» demográfica de los agricultores sobre los cazadores-recolectores podría haber sido bastante pequeña. Pero lo que hay que recordar en este contexto es que a lo largo de un periodo de cinco mil años – como el «milagro» del interés compuesto – la diferencia final se hizo masiva. Por ejemplo, si se calculan los tiempos de duplicación para diferentes tasas de reproducción, resulta que una tasa anual del 0,014% duplica la población en cinco mil años, mientras que una tasa del 0,028%, todavía minúscula, duplica la población en la mitad de ese tiempo (dos mil quinientos años) y, por supuesto, vuelve a duplicarse hasta un total cuatro veces mayor al cabo de

cinco mil años. Dado el tiempo suficiente, la pequeña ventaja reproductiva de los agricultores era abrumadora⁸⁴.

La expansión demográfica (si el burdo orden de magnitud que utilizamos es realista) de la población mundial de cuatro millones a cinco millones en cinco mil años parece realmente insignificante. Dado que la proporción de agricultores neolíticos respecto a los cazadores-recolectores era mucho mayor en el año 5.000 a.C. que en el 10.000 a.C., es bastante probable que, incluso en este periodo de cuello de botella, los agricultores de cereales del mundo estuvieran superando demográficamente a los cazadores-recolectores. Las otras dos posibilidades son que muchos cazadores-recolectores estuvieran adoptando la agricultura por elección o por la fuerza, o que los patógenos agrarios que se habían hecho endémicos y menos letales para los agricultores estuvieran devastando a los cazadores-recolectores aún inmunológicamente ingenuos con los que entraban en contacto, de forma parecida a como los patógenos europeos mataron a una gran mayoría de la población del Nuevo Mundo⁸⁵. No hay pruebas claras que confirmen o rechacen

84 Véase Redman, *Human Impact on Ancient Environments*, 79 y 169, donde señala que un pequeño cambio en la edad de la primera concepción o una reducción de tres o cuatro meses en el intervalo entre concepciones puede, con el tiempo, suponer una enorme diferencia en las tasas de crecimiento de la población. Una hipotética franja de cien personas que creciera a un ritmo del 1,4% –es decir, que se duplicara cada 50 años– contaría, en apenas 850 años, con trece millones de habitantes.

85 En la propia Europa, parece que sólo entre el 20% y el 28% del ADN de los primeros agricultores puede atribuirse a la migración desde las cunas

estas posibilidades. De un modo u otro, sin embargo, las comunidades agrícolas neolíticas de Oriente, Egipto y China se expandían y extendían por las tierras bajas aluviales, aparentemente a expensas de los pueblos no sedentarios. La escritura, aunque débil, estaba en la pared.

agrícolas de Oriente Próximo. Esto implica, por tanto, que la gran mayoría de los primeros agricultores eran descendientes de cazadores–recolectores indígenas. Véase Morris, *Why the West Rules—for Now*, 112.

IV. AGROECOLOGÍA DEL ESTADO PRIMITIVO

Quien tenga plata, quien tenga joyas, quien tenga ganado, quien tenga ovejas, tomará asiento a la puerta de quien tenga grano, y pasará allí su tiempo.

Texto sumerio: *Debate entre las ovejas y el grano*

En última instancia, los hombres se inclinan ante el hombre, o grupo de hombres, que puede y se atreve a apoderarse del tesoro, del almacén de pan, de las riquezas, para distribuirlas de nuevo entre el pueblo.

D. H. Lawrence

Si se juzga que la civilización es un logro del Estado, y si

civilización arcaica significa sedentarismo, agricultura, domus, irrigación y ciudades, entonces hay algo radicalmente erróneo en el orden histórico.

Todos estos logros humanos del Neolítico existían mucho antes de que encontráramos algo parecido a un Estado en Mesopotamia. Todo lo contrario. Sobre la base de lo que ahora sabemos, el Estado embrionario surge aprovechando el módulo de grano y mano de obra del Neolítico tardío como base de control y apropiación. El módulo era, como veremos, el único andamiaje posible disponible para el diseño de un Estado.

Las poblaciones asentadas que cultivaban cereales domesticados, y las pequeñas ciudades de mil o más habitantes que facilitaban el comercio, eran un logro autónomo del Neolítico, ya que existían casi dos milenios antes de la aparición de los primeros estados, alrededor del 3.300 a.C.⁸⁶

Estas primeras ciudades son, nos recuerda Jennifer Pournelle,

«mejor imaginadas como islas incrustadas en una llanura pantanosa, situadas en los límites y en el corazón de vastas marismas deltaicas». «Sus vías fluviales servían

86 Pournelle, “Marshland of Cities,” 255.

menos como canales de riego que como rutas de transporte»⁸⁷.

Aunque hubo asentamientos protourbanos anteriores en otros lugares de la región fuera del aluvión meridional, parece claro que el urbanismo, gracias a la abundancia de humedales, fue más persistente, duradero y resistente en el aluvión que en ningún otro lugar⁸⁸.

Este complejo, sin embargo, representaba una nueva concentración única de mano de obra, tierra cultivable y nutrición que, si se «capturaba» –«parasitaba» no sería una palabra demasiado fuerte–, podía convertirse en un poderoso nodo de poder político y privilegio. El agrocomplejo neolítico era una base necesaria pero no suficiente para la formación del Estado; hacía que la formación del Estado fuera posible pero no segura. En términos weberianos, estamos tratando aquí con algo parecido a la «afinidad electiva» más que con la causa y el efecto. Así pues, era posible y no infrecuente en aquella época la existencia de poblaciones agrícolas sedentarias en suelos aluviales que practicaban el regadío sin que existiera ningún Estado⁸⁹, pero no existía ningún Estado que no

87 Pournelle, “Physical Geography,” 28.

88 Pournelle and Algaze, “Travels in Edin,” 7–9.

89 En la actualidad se considera que el riego sumerio, allí donde se practicaba, estaba mucho menos centralizado de lo que se pensaba, ya que las comunidades locales organizaban fácilmente las obras de canalización

descansara sobre una población aluvial y agricultora de cereales.

¿Qué constituye un Estado en este contexto? ¿Cómo reconoceríamos el primer Estado prístino cuando lo viéramos?

La respuesta no es sencilla; me inclino a considerar la «estatalidad» como una proposición de más o menos, y no estrictamente de uno u otro. Hay muchos atributos plausibles de la condición de Estado, y cuantos más posea una determinada entidad política, más probable será que la llamemos Estado. Las pequeñas ciudades embrionarias de sedentarios, agricultores y pastores que gestionan sus asuntos colectivos y comercian con el mundo exterior no son, *ipso facto*, estados. El criterio estándar weberiano de una unidad política territorial que monopoliza la aplicación de la fuerza coercitiva tampoco es del todo adecuado, ya que da por sentadas muchas otras características de los estados. Pensamos en los estados como instituciones que cuentan con estratos de funcionarios especializados en la tasación y recaudación de impuestos –ya sea en grano, trabajo o especies– y que son responsables ante un gobernante o gobernantes. Pensamos que los estados ejercen el poder ejecutivo en una sociedad bastante compleja, estratificada y jerarquizada, con una apreciable división del trabajo

más cortas. Véase Wilkinson, «*Hydraulic Landscapes and Irrigation Systems*», 48. Al parecer, lo mismo ocurría también en Egipto.

(tejedores, artesanos, sacerdotes, metalúrgicos, oficinistas, soldados, cultivadores). Algunos aplicaban criterios más estrictos: un Estado debía tener un ejército, murallas defensivas, un centro ritual monumental o un palacio, y tal vez un rey o una reina⁹⁰.

Señalar el nacimiento del Estado primitivo, teniendo en cuenta estos atributos, es un ejercicio relativamente arbitrario que se ve aún más limitado por los pocos yacimientos de los que disponemos de pruebas arqueológicas e históricas convincentes.

Entre estas características, propongo privilegiar las que apuntan a la territorialidad y a un aparato estatal especializado: murallas, recaudación de impuestos y funcionarios. Según estos criterios, no hay duda de que el «Estado» de Uruk está firmemente establecido en el 3.200 a.C. Nissen denomina al periodo comprendido entre el 3.200 y el 2.800 a.C. la «era de la alta civilización» en Oriente Próximo, durante la cual «Babilonia fue, sin lugar a dudas, la

90 La cuestión de qué constituye exactamente un ejército no es sencilla. En la Mesopotamia primitiva hay representaciones de batallas, armas, armaduras y, por supuesto, botines y prisioneros de las campañas. Los textos dejan claro que existía tanto el servicio militar obligatorio como esfuerzos generalizados por evitarlo. Sin embargo, la primera referencia textual clara a un ejército permanente aparece más tarde, bajo la dinastía acadia de Sargón (2. 334–2. 279 a. C.); Nemet-Rejat, *La vida cotidiana en la antigua Mesopotamia*, 231.

región que produjo los órdenes económicos, políticos y sociales más complejos»⁹¹.

No por casualidad, el acto fundacional icónico del establecimiento de un sistema de gobierno sumerio fue la construcción de una muralla. De hecho, se construyó una muralla en Uruk entre el 3.300 y el 3.000 a.C., época en la que algunos creen que reinaba Gilgamesh. Uruk fue la pionera de la forma de Estado que se reproduciría en todo el aluvión mesopotámico en unas veinte ciudades-Estado competidoras o «ciudades pares». Estas ciudades-Estado eran tan pequeñas que se podía caminar desde el centro de la mayoría de ellas hasta el límite exterior en un día.

La ciudad sumeria de Uruk, a finales del cuarto milenio a.C., cumplía los criterios de una ciudad-Estado, ya que dominaba política y económicamente una modesta zona agrícola interior y disponía de un gobierno urbano estructurado. En principio, era única por su tamaño y poder. Sin embargo, tenemos pruebas suficientes para demostrar que, a más tardar en la primera mitad del tercer milenio,

91 Nissen, The Early History of the Ancient Near East, 127. Las evidencias arqueológicas definitivas de enterramientos de élite aparecen más tarde, hacia el 2. 700 a. C. , y las de reyes y ejércitos permanentes, hacia el 2. 500 a. C. . Como hay pocos enterramientos documentados antes del 2. 700 a. C. , se aplica el adagio «la ausencia de pruebas no es prueba de ausencia».

ciudades importantes como Kish, Nippur, Isin, Lagash, Eridu y Ur pertenecían a la misma categoría que Uruk⁹².

Si Uruk ocupa un lugar destacado en este y otros análisis de la creación de los primeros estados, no es simplemente porque parezca ser el primer Estado, sino porque es, al mismo tiempo, el más documentado arqueológicamente. En comparación con Uruk, nuestro conocimiento de otros centros estatales primitivos de Mesopotamia es fragmentario. Para su época, era casi con toda seguridad la ciudad más grande del mundo tanto en extensión física como en población. Las estimaciones de su población oscilan entre los veinticinco mil y los cincuenta mil habitantes; el número de habitantes se triplicó en doscientos años, un aumento poco probable debido al crecimiento natural de la población, dadas las altas tasas de mortalidad. Como los topónimos de Ur, Uruk y Eridu no parecen ser de origen sumerio, esto sugiere una inmigración que desplazó o absorbió a los habitantes anteriores. Los bajorrelieves que representan a prisioneros de guerra con grilletes en el cuello sugieren otra forma de aumentar la población.

Las murallas de Uruk parecen haber encerrado un área de 250 hectáreas, el doble del tamaño de la Atenas clásica casi tres milenios después.

92 Nissen and Heine, *From Mesopotamia to Iraq*, 42.

Dado el cálculo de Postgate de que otra ciudad sumeria, Abu Salabikh, con su hipotética población de unos diez mil habitantes, habría tenido que dominar un hinterland rural de diez kilómetros a la redonda, uno se imagina que el hinterland de Uruk habría sido al menos dos o tres veces mayor⁹³.

Hay, además, abundantes pruebas de importantes cuadrillas de trabajo movilizadas para tareas agrícolas y no agrícolas por los templos, así como miles de cuencos estandarizados utilizados, para distribuir raciones de comida o cerveza. Otros rasgos de estatalidad son una clase de escribas especializados, soldados (¿a tiempo completo?) con armadura y esfuerzos por estandarizar pesos y medidas. Por lo tanto, la mayor parte de mi discusión sobre el Estado primitivo, a menos que se indique lo contrario, se basa en la extensa literatura sobre Uruk, con referencias ocasionales a la cercana, bien documentada pero efímera Tercera Dinastía de Ur (Ur III), un milenio más tarde.

Si la formación del Estado depende del control, mantenimiento y expansión de las concentraciones de grano y mano de obra en el aluvión, surge la pregunta de cómo pudo el Estado primitivo llegar a dominar estos módulos de población y grano. Después de todo, los posibles súbditos de este hipotético Estado tenían acceso directo y sin intermediarios al agua y a la agricultura de inundación, así

93 Postgate, “A Sumerian City,” 83.

como a una variedad de opciones de subsistencia más allá del cultivo. Una explicación convincente de cómo esta población cultivadora podría haberse convertido en súbditos del Estado es el cambio climático. Nissen muestra que el periodo comprendido entre, al menos, el 3.500 y el 2.500 a.C. estuvo marcado por un pronunciado descenso del nivel del mar y una disminución del volumen de agua del Éufrates. La creciente aridez hizo que los ríos se replegaran en sus cauces principales y que la población se agrupara cada vez más en torno a los cursos de agua restantes, mientras que la salinización del suelo de las zonas privadas de agua redujo drásticamente la cantidad de tierra cultivable. En el proceso, la población se volvió sorprendentemente más concentrada, más «urbana». El riego se hizo más importante y más intensivo en mano de obra –ahora a menudo era necesario elevar el agua– y el acceso a los canales excavados se hizo vital. Las ciudades-Estado (por ejemplo, Umma y Lagash) se disputaban las tierras cultivables y el acceso al agua para regarlas. Con el tiempo se desarrolló un sistema de canales más reticulado, excavado con mano de obra esclava. Si se acepta la hipótesis de Nissen sobre la aridez y su consecuencia demográfica de concentración, ambas basadas en pruebas sólidas, se obtiene una explicación plausible de la formación del Estado. La escasez de agua de riego confinó a la población cada vez más a lugares bien regados y eliminó o disminuyó muchas de las formas alternativas de subsistencia, como la búsqueda de alimentos y la caza. Como lo describe Nissen,

«ya hemos visto que esto ocurría en el período anterior, en el que empezó a surgir la tendencia a que los asentamientos se concentraran en torno a los cursos de los ríos más grandes, mientras que la zona entre los ríos quedaba cada vez más vacía»⁹⁴.

El cambio climático, por tanto, al forzar un tipo de urbanización en la que el 90% de la población vivía en asentamientos de treinta hectáreas o más, intensificó los módulos de grano y mano de obra ideales para la formación del Estado. La aridez demostró ser la doncella indispensable de la formación del Estado al proporcionar, por así decirlo, una población reunida y granos de cereal concentrados en un espacio estatal embrionario que, en aquella época, no podría haberse reunido por ningún otro medio.

No sólo en Mesopotamia, sino prácticamente en todas partes, parece que el Estado primitivo se aferra a esta nueva fuente de sustento. La densa concentración de grano y mano de obra en los únicos suelos capaces de sustentarlos en tal número –suelos aluviales o de loess– maximizaba las posibilidades de apropiación, estratificación y desigualdad. La forma estatal coloniza este núcleo como su base productiva, lo escala, lo intensifica y ocasionalmente añade infraestructura –como canales para el transporte y la

94 Nissen, *The Early History of the Ancient Near East*, 130.

irrigación– en aras de engordar y proteger a la gallina de los huevos de oro.

En términos utilizados anteriormente, se puede pensar en estas formas de intensificación como una construcción de nichos por parte de las élites: modificar el paisaje y la ecología para enriquecer la productividad de su hábitat. Por supuesto, sólo en un contexto de suelos ricos y agua disponible era posible la capacidad ecológica para una mayor intensificación de la agricultura y el crecimiento de la población y, por tanto, sólo en tales entornos era probable que surgieran los primeros estados burocráticos.

El desarrollo del Estado mesopotámico no fue ni remotamente lineal. Los estados del aluvión tenían, al igual que sus habitantes, una esperanza de vida muy corta. Los interregna eran más comunes que los regna, y los largos episodios de colapso y desintegración eran habituales. Como hemos visto, el complejo protourbano del Neolítico tardío era un asunto de «toque y váyase» en el mejor de los casos. Se veía amenazado por la variabilidad de las precipitaciones, las inundaciones, los ataques de plagas y un sinfín de enfermedades de los cultivos, el ganado y los seres humanos que podían acabar con un asentamiento o, lo que es más probable, obligar a sus habitantes a dispersarse como cazadores, recolectores y pastores para poder subsistir.

A los peligros ya considerables del abarrotado complejo neolítico, la superposición del Estado añadía una capa

adicional de fragilidad e inseguridad. Los impuestos y la guerra pueden servir para ilustrar la fragilidad añadida.

Los impuestos en especie (grano o ganado) o en trabajo significaban obviamente que el agricultor no sólo producía para la *domus*, sino que tenía que suministrar un fondo de renta que las élites se apropiaban para su propia subsistencia y exhibición, aunque las mismas élites podían desembolsar ocasionalmente el grano almacenado en una hambruna para mantener intacta a su población. Es difícil determinar hasta qué punto era gravoso este impuesto y, en cualquier caso, variaba a lo largo del tiempo y entre los distintos estados. A juzgar por la historia agraria en general, es poco probable que el impuesto sobre el grano fuera inferior a una quinta parte de la cosecha. Los cultivadores caminaban, en efecto, más cerca del precipicio de la subsistencia: una mala cosecha que, sin impuestos, podría significar el hambre podía, después de que el Estado cobrara sus impuestos, significar la ruina total.

En el aluvión meridional abundan las pruebas de guerras frecuentes entre estados rivales. Es difícil determinar con exactitud su intensidad, pero dado el valor de la población para todos los primeros estados, las guerras eran probablemente más destructivas que sangrientas. Un relato de las guerras entre los pueblos homólogos del aluvión afirma que la población vivía al nivel de subsistencia,

excepto cuando un ejército victorioso regresaba con botines y tributos⁹⁵.

Las ganancias del vencedor se compensaban con las pérdidas del vencido. La guerra en sí significaba la quema de cosechas, la incautación de graneros, la confiscación de ganado y enseres domésticos: era tan probable que el propio ejército fuera una amenaza para la subsistencia como el del enemigo.

El Estado primitivo, al igual que el clima, era más a menudo una amenaza añadida para la subsistencia que un benefactor.

La agrogeografía del Estado

Los estados arcaicos, en los términos materiales más crudos, eran todos agrarios y requerían un excedente apropiable de productos agro–pastorales para alimentar a los no productores: oficinistas, artesanos, soldados, sacerdotes, aristócratas. Dada la logística del transporte en el mundo antiguo, esto significaba la concentración de tanta

95 Nemet-Rejat, Daily Life in Ancient Mesopotamia, 100.

tierra cultivable y tanta gente para trabajarla como fuera posible en el radio más pequeño.

El campamento de reasentamiento de finales del Neolítico situado en un rico suelo aluvial era el núcleo ya existente de personas y grano a partir del cual se podía elaborar un Estado.

Podemos ser más específicos sobre las condiciones geográficas para la construcción de un Estado. Sólo los suelos más ricos eran lo suficientemente productivos por hectárea como para sostener a una gran población en un área compacta y producir un excedente imponible. En la práctica, esto significaba suelos de loess (depositados por el viento) o aluviales (depositados por las inundaciones). Los aluviones, el regalo histórico de las inundaciones anuales del Tigris y el Éufrates y sus afluentes, fueron los lugares de creación del Estado en Mesopotamia: sin aluvión, no hay Estado⁹⁶. Si las inundaciones fiables y no catastróficas lo permitían, se podía practicar la agricultura de retirada de las inundaciones en el limo fácil de trabajar y nutritivo (también

96 A medida que el comercio se desarrollaba durante el segundo milenio a. C. , los puntos de estrangulamiento estratégicos en las rutas comerciales terrestres y fluviales –lugares sin un hinterland rural– podían servir como lugares de creación de estados. Mucho más tarde, con el transporte marítimo de mercancías a granel, la construcción del Estado en nodos privilegiados del comercio (Venecia, Génova, Ámsterdam) podría dar lugar al nacimiento de estados marítimos que recibían gran parte de su suministro de alimentos mediante el transporte fluvial desde distancias considerables.

en Egipto a lo largo del Nilo), en cuyo caso la densidad de población podía ser aún mayor.

Lo mismo puede decirse de los primeros centros estatales de China (dinastías Qin y Han), en los suelos de loess a lo largo del río Amarillo, donde la densidad de población alcanzó niveles poco comunes en las sociedades preindustriales. Seguir el progreso del Estado chino es seguir la agroecología que lo hizo posible. Como señaló Owen Lattimore,

*«el regadío fue espectacularmente provechoso en el núcleo de loess de la antigua China, suelo blando y fácil de trabajar, sin piedras, un clima que permitía muchos cultivos diferentes: el complejo se extendía cada vez más lejos siempre que la tierra fuera adecuada»*⁹⁷.

El agua, por supuesto, era vital. Su abundancia en los humedales proporcionó, como hemos visto, la base para algunas de las primeras comunidades sedentarias sustanciales. Sólo un aluvión bien regado, ya fuera por lluvias fiables o por agua de regadío cercana, era un lugar posible para la creación de un Estado. Pero el agua también era vital en otros aspectos. Situados en una llanura aluvial o cerca de ella y especializados en la agricultura de cereales, ninguno de los primeros centros estatales de Mesopotamia era ni remotamente autosuficiente desde el punto de vista

97 Owen Lattimore, “The Frontier in History,” 475.

económico. Necesitaban una serie de productos procedentes de otras zonas ecológicas: madera, leña, cuero, obsidiana, cobre, estaño, oro, plata y miel. A cambio, los pequeños estados podían comerciar con cerámica, telas, grano y productos artesanales⁹⁸.

La mayoría de estas mercancías tenían que circular por agua en lugar de por tierra. Estoy tentado de decir «sin transporte por agua, no hay Estado» –sólo una ligera exageración⁹⁹.

Ya hemos subrayado antes cómo el transporte por barco o pequeña barcaza es exponencialmente más económico que el envío en burro o carro. Ilustra el contraste el hecho sorprendente de que en 1800 (antes del barco de vapor o el ferrocarril) era tan rápido ir de Southampton, Inglaterra, al Cabo de Buena Esperanza en barco como ir en diligencia de Londres a Edimburgo¹⁰⁰.

98 El cobre y el estaño habrían sido semiprocesados, ya que el aluvión carecía del combustible de alta calidad necesario para la fundición.

99 Las excepciones obvias serían los «puntos de estrangulamiento» naturales de las rutas comerciales terrestres, como los pasos y vados de montaña y los oasis desérticos. El estrecho de Melaka, un importante nudo de formación de estados en el Sudeste Asiático, es un ejemplo clásico tanto de ruta de transporte fluvial como de punto de estrangulamiento, en este caso al mando de la primitiva ruta comercial marítima India–China.

100 Esta afirmación, que recuerdo claramente haber leído en los párrafos iniciales de una historia de la Gran Bretaña del siglo XIX, fue cuestionada por uno de mis lectores como un posible «mito urbano». Aunque no he podido recuperar la cita original, puedo documentar la afirmación de forma

Y, por supuesto, el barco podía transportar mucha más carga. El milagro de eliminar tantas fricciones mediante el transporte por agua hizo que fuera muy raro el Estado primitivo que no dependiera de las vías navegables cercanas –costeras o fluviales– para comerciar con sus necesidades. Al estar situados cerca del fondo de la cuenca del Tigris y el Éufrates, los primeros estados aluviales también podían aprovechar la corriente para hacer flotar productos a granel, como la madera, con un gasto mínimo de mano de obra. Quizá no sea una coincidencia que en los pasajes centrales de la Epopéya de Gilgamesh se narre cómo se hace flotar por

más sustancial. Es probable que una diligencia relativamente rápida (¡antes del macadán!) recorriera una media de 32 kilómetros al día. La distancia de Londres a Edimburgo es de unas 400 millas, por lo que el viaje duraría unos veinte días. En 1800, un veloz clíper podía recorrer hasta 460 millas en un solo día. La distancia de Southampton a Ciudad del Cabo es de unas 6. 000 millas, por lo que el viaje, con vientos favorables, duraría algo más de trece días. Un clíper más lento, con una media de 300 millas diarias, tardaría veinte días. En términos más generales, una autoridad estimó que los costes del transporte fluvial en la Europa preindustrial eran la vigésima parte de los del transporte terrestre. Por ejemplo, un envío de carbón por tierra en el siglo XVI perdía un 10% de su valor por milla, lo que hacía que los envíos de carbón de más de 10 millas no fueran rentables. Los envíos de cereales, que tenían más valor por unidad de peso y volumen, sólo perdían el 0,4% de su valor por milla recorrida, lo que permitía el envío de hasta 250 millas antes de que se convirtieran en una propuesta perdedora. Por supuesto, la amenaza de la depredación (salteadores de caminos, bandoleros, piratas) y, por tanto, el coste de las escoltas armadas, reduciría sensiblemente estos cálculos económéticos abstractos. Véase Meir Kohn, «The Cost of Transportation in Pre-industrial Europe», capítulo 5 de The Origins of Western Economic Success: Commerce, Finance, and Government in Pre-industrial Europe, enero de 2001, <http://www.dartmouth.edu/~mkohn/orgins.html>, 50–51.

el río una balsa de cedro –que se convertirá en la puerta principal de la ciudad recién fundada– tras matar al gigante que custodiaba el gran bosque.

Evitar las fricciones en general es importante para hacer Estado.

Por lo general, es esencial que las aguas sean navegables y tranquilas durante gran parte del año. También ayuda que el terreno sea llano. Una llanura aluvial es básicamente llana por definición, mientras que un terreno accidentado aumenta exponencialmente el coste del transporte.

Al comprender la ecología implícita en la formación del Estado, Ibn Jaldún señaló que los árabes podían conquistar tierras llanas, pero que las montañas y los barrancos eran un obstáculo¹⁰¹.

101 Las barreras geográficas son importantes en otro aspecto. En la medida en que el Estado necesita una población abundante –cultivadores, trabajadores, soldados, contribuyentes–, resulta útil que no tengan ningún lugar al que huir si se sienten insatisfechos. Como argumentaba Robert Carneiro para Mesopotamia, la población estaba encerrada, o en su término circunscrita –también podría decirse atrapada–, por una frontera de marismas, mar, tierras áridas y montañas, de modo que no había forma fácil de que los granjeros se alejaran del Estado. En su opinión, los aspirantes a gobernantes tenían una población casi cautiva. Argumentaba lo mismo sobre los estados egipcios y los primeros estados del río Amarillo, rodeados de desiertos, en comparación, por ejemplo, con la cuenca amazónica o los bosques orientales de Norteamérica. Aunque históricamente hay abundantes pruebas de que la población pasó de la agricultura al pastoreo, a los enjambres, a los medios de vida marítimos e incluso a la caza y la

Especificar las condiciones de la formación elemental del Estado nos ayuda a apreciar el reverso: las condiciones en las que la formación del Estado es improbable o incluso imposible. Así como la concentración de población facilita la formación de estados, la dispersión la frustra. Dado que son los aluviones ricos y bien regados los que permiten tal concentración, se deduce que las ecologías que no son de aluvión tienen pocas probabilidades de ser lugares de estados primitivos. Los desiertos áridos y las zonas montañosas (salvo las fértiles cuencas intermontanas) requieren prácticamente estrategias de subsistencia dispersas y difícilmente pueden servir como núcleo de un Estado. Estos «espacios no estatales», debido a sus diferentes pautas de subsistencia y organización social – pastoreo, búsqueda de alimentos y cultivos de roza y quema–, suelen ser estigmatizados y calificados de «bárbaros» por los discursos estatales.

El «módulo» estatal requiere mano de obra concentrada, concretamente mano de obra agrícola que practique principalmente el cultivo en campos fijos. La concentración por sí sola no basta. La ecología de los humedales de la parte

recolección, la existencia de barreras tanto geográficas como ecológicas y quizá de pueblos hostiles facilita que los estados prístinos mantengan a su población en el aluvión. El problema para el caso mesopotámico es que era relativamente fácil para los agricultores pasar al pastoreo cuando era deseable y, para el caso, desplazarse hacia el norte en el aluvión a lo largo de los valles del Tigris y/o del Éufrates. Carneiro, «Una teoría del origen del Estado».

meridional del aluvión mesopotámico, donde surgió por primera vez un sedentarismo sustancial en Oriente Próximo, es un buen ejemplo de ello¹⁰²: estaba muy poblada y, aunque se cultivaban algunas cosechas, sus primeras ciudades no presentan restos de los campos arados regulares que dejan una huella inconfundible en el registro arqueológico.

Los medios de subsistencia aquí, como se ha descrito anteriormente, eran excepcionalmente diversos: búsqueda de alimentos en los humedales y caza, recolección de juncos y juncias silvestres, pastoreo recesivo de ovejas, cabras y ganado. A pesar de una población densa y acomodada, no se trataba de una población agrícola.

«En lugar de apoyar un modelo de transformación social impulsado por los cultivos de cereales de regadío, este corazón de ciudades revisualizado sugiere una

102 Una vez más, no me refiero aquí al primer sedentarismo, sino a los primeros asentamientos poblados duraderos que más tarde dieron lugar a los primeros estados. El primer sedentarismo en el aluvión fue, aquí como en otros lugares, un sedentarismo no agrícola basado en la búsqueda de alimentos y la caza en los filones de los ecosistemas adyacentes con abundantes recursos. Tal vez las primeras comunidades sedentarias del mundo pertenecieron a la cultura costera Jōmon del noreste de Japón, que fue, en el 12. 000 a. C. , contemporánea y probablemente anterior al periodo natufiano en el Creciente Fértil. Al igual que el ecosistema descrito por Pournelle, el rico entorno marino y boscoso en el que se alimentaban los Jōmon estaba, como el de los nativos americanos del noroeste del Pacífico, al alcance de la mano.

progresión de asentamiento que comienza con... la dependencia oportunista de la biomasa litoral»¹⁰³.

Los humedales produjeron riqueza y ciudades, pero no estados hasta más de un milenio después. A diferencia de un paisaje de agricultura de arado, la exuberante diversidad de medios de subsistencia en los humedales no favorecía la creación de estados. Como para confirmar la sospecha de que los grandes deltas fluviales no son propicios para la construcción de los primeros estados, el delta del Nilo parece ofrecer un caso comparable. Los primeros estados egipcios surgieron río arriba del Delta, que, aunque también estaba bien poblado y era rico en recursos de subsistencia, no era la base de un Estado. Al contrario, se consideraba una zona de hostilidad y resistencia al Estado.

Al igual que los habitantes de los humedales de Mesopotamia, la población del delta del Nilo; pescaba, recolectaba juncos, comía marisco y practicaba poco o nada la agricultura; no formaban parte del Egipto dinástico.

Del mismo modo, el corazón de los primeros estados a lo largo del río Amarillo se encontraba río arriba y no en la turbulenta y siempre cambiante zona del delta.

103 Pournelle, “Marshland of Cities,” 202.

El cultivo, aunque fuera de mijo, era tan vital para el núcleo de construcción del Estado en China como el trigo y la cebada lo eran para los estados mesopotámicos.

El proyecto chino de construcción del Estado saltaba, por así decirlo, de un rico lugar de loess cultivable a otro, dejando de lado tanto los bloques de tierra accidentados (bárbaros «interiores») entre ellos como el complejo y diverso delta del río Amarillo.

Los cereales crean estados

Las bases de subsistencia de los principales estados agrarios de la antigüedad –Mesopotamia, Egipto, Valle del Indo, Río Amarillo– guardan entre sí un notable parecido. Todos son estados cerealistas: trigo, cebada y, en el caso del río Amarillo, mijo. Los primeros estados posteriores siguen el mismo patrón, aunque el arroz de regadío y, en el Nuevo Mundo, el maíz se añaden a la lista de cultivos básicos. Una excepción parcial a esta regla podría ser el Estado Inca, que dependía del maíz y la patata, aunque el maíz parece haber

predominado como cultivo tributario¹⁰⁴. En un Estado cerealista, uno o dos granos de cereal proporcionaban el principal almidón alimenticio, la unidad de tributación en especie y la base de un calendario agrario hegémónico.

Dichos estados se limitaban a los nichos ecológicos en los que los suelos aluviales y el agua disponible los hacían posibles. En este caso, hay que volver a hacer hincapié en el concepto de «posibilismo» de Lucien Febvre; dicho nicho era necesario para la formación del Estado (y podía ampliarse mediante la gestión del paisaje, como los canales y el aterrazamiento), pero no era suficiente¹⁰⁵. Y en este caso, hay que distinguir la concentración de población de la formación del Estado; la abundancia de humedales, como hemos visto, podía dar lugar a un urbanismo y un comercio incipientes, pero no conducía a la formación del Estado sin el cultivo de cereales a gran escala¹⁰⁶.

Sin embargo, ¿por qué iban a desempeñar los cereales un papel tan importante en los primeros estados? Al fin y al cabo, en Oriente Próximo se habían domesticado otros

104 Los cultivos andinos de amaranto y quinua, pertenecientes a la misma familia de pseudocereales, no parecen haber figurado como cultivos fiscales importantes, quizás porque sus semillas maduran de forma irregular durante un largo período. Comunicación personal con Alder Keleman, septiembre de 2015.

105 Febvre, *A Geographical Introduction to History*, part III, 171–200.

106 Véase el argumento paralelo de Manning, *Against the Grain*, chapters 1 and 2.

cultivos, en particular legumbres como las lentejas, los garbanzos y los guisantes, y en China, el taro y la soja. ¿Por qué no fueron la base de la formación del Estado?

En términos más generales, ¿por qué no han aparecido en los registros históricos «estados lenteja», «estados garbanzo», «estados taro», «estados sagú», «estados árbol del pan», «estados ñame», «estados yuca», «estados patata», «estados cacahuete» o «estados plátano»? Muchos de estos cultivos aportan más calorías por unidad de tierra que el trigo y la cebada, algunos requieren menos mano de obra y, por separado o combinados, proporcionarían una nutrición básica comparable. En otras palabras, muchos de ellos cumplen las condiciones agrodemográficas de densidad de población y valor alimentario tan bien como los cereales.

Sólo el arroz de regadío los supera en términos de pura concentración de valor calórico por unidad de tierra¹⁰⁷.

La clave del nexo entre los cereales y los estados reside, en mi opinión, en el hecho de que sólo los cereales pueden servir de base para los impuestos: visibles, divisibles, evaluables, almacenables, transportables y «racionables». Otros cultivos –leguminosas, tubérculos y plantas

107 Dado que la mayor parte de los nutrientes vegetales del arroz de regadío proceden del agua de riego y no del suelo, el cultivo de arroz requiere menos barbecho o abono animal que, por ejemplo, el cultivo de trigo o maíz para ser sostenible durante largos períodos.

amiláceas— poseen algunas de estas cualidades deseables adaptadas al Estado, pero ninguno tiene todas estas ventajas. Para apreciar las ventajas únicas de los granos de cereal, ayuda ponerse en las sandalias de un antiguo funcionario recaudador de impuestos interesado, sobre todo, en la facilidad y eficiencia de la apropiación.

El hecho de que los cereales crezcan en la superficie y maduren más o menos al mismo tiempo facilita el trabajo de cualquier recaudador de impuestos. Si el ejército o los funcionarios de Hacienda llegan en el momento oportuno, pueden cortar, trillar y confiscar toda la cosecha en una sola operación. Para un ejército hostil, los granos de cereal hacen que la política de tierra quemada sea mucho más sencilla: pueden quemar los campos de grano listos para la cosecha y reducir a los cultivadores a la huida o al hambre. Mejor aún, un recaudador de impuestos o un enemigo puede simplemente esperar hasta que la cosecha haya sido trillada y almacenada y confiscar todo el contenido del granero. En la práctica, en el caso del diezmo medieval, se esperaba que el cultivador reuniera el grano sin trillar en gavillas en el campo, de las que el recaudador del diezmo tomaría una de cada diez gavillas.

Comparemos esta situación con la de los agricultores cuyos cultivos básicos son tubérculos como la patata o la mandioca. Estos cultivos maduran en un año, pero pueden dejarse en el suelo uno o dos años más.

Se pueden desenterrar cuando sea necesario y almacenar el resto donde crecieron, bajo tierra. Si un ejército o los recaudadores de impuestos quieren tus tubérculos, tendrán que desenterrarlos tubérculo a tubérculo, como hace el agricultor, y entonces tendrán un carro cargado de patatas que es mucho menos valioso (calóricamente o en el mercado) que un carro cargado de trigo, y también es más probable que se eche a perder rápidamente¹⁰⁸.

108 Este argumento sobre las implicaciones políticas del cultivo de tubérculos y raíces, por un lado, y del cultivo de cereales, por otro, lo desarrollé ampliamente en *El arte de no ser gobernado*, 64–97, 178–219. En él distinguía entre cultivos «estatales» como el arroz, el trigo y el maíz. Allí distinguía entre cultivos «estatales», como el arroz, y cultivos «que evaden al Estado», como la mandioca y la patata. Sostuve que los estados dependían de los cultivos de cereales en campos fijos y que las poblaciones que deseaban eludir los impuestos y el control estatal adoptaban estrategias de subsistencia como los cultivos de raíces, la agricultura itinerante, la caza y la búsqueda de alimentos para situarse fuera del control estatal. Más recientemente, J. Mayshar et al, «Cereals, Appropriability, and Hierarchy», han expuesto un argumento similar, aunque no idéntico. Los autores señalan la diferencia clave en la apropiabilidad entre cereales y raíces y tubérculos, aunque no ven que en muchos entornos lo que se planta puede ser una elección política y que los estados embrionarios fomentan y a menudo ordenan el cultivo de cereales. Aunque Mayshar et al. asocian correctamente los cereales con las sociedades estatales y jerárquicas y los tubérculos con las sociedades no estatales e igualitarias, consideran erróneamente que las estrategias de subsistencia son un hecho primordial y no el producto de las instituciones políticas y la elección política. Dondequiera que haya agua suficiente y un suelo decente, son posibles muchas opciones. Los autores afirman además –aparentemente basándose únicamente en la teoría de la economía institucional sobre la provisión de bienes públicos– que la creación del Estado es una invención benigna, iniciada por las élites, para defender el grano almacenado por la comunidad contra los «ladrones». Mi opinión, por

Federico el Grande de Prusia, cuando ordenó a sus súbditos plantar patatas, comprendió que, como plantadores de tubérculos, no podían ser dispersados tan fácilmente por ejércitos contrarios¹⁰⁹.

La maduración simultánea «sobre el suelo» de los granos de cereales tiene la inestimable ventaja de ser legible y evaluable por los recaudadores de impuestos estatales. Estas características son las que hacen del trigo, la cebada, el arroz, el mijo y el maíz los principales cultivos políticos. Un asesor fiscal suele clasificar los campos en función de la calidad del suelo y, conociendo el rendimiento medio de un grano concreto de ese suelo, puede estimar un impuesto. Si es necesario un ajuste anual, se pueden inspeccionar los campos y tomar esquejes de una parcela representativa justo antes de la cosecha para obtener un rendimiento estimado para ese año de cultivo en particular.

Como veremos más adelante, los funcionarios del Estado intentaron aumentar el rendimiento de las cosechas y los impuestos en especie imponiendo técnicas de cultivo; en Mesopotamia esto incluía insistir en arar repetidamente

el contrario, es que el Estado se originó como un sistema de protección en el que se impuso una banda de ladrones. Aunque me complace saber que otros han detectado la importante relación entre cultivar y Estado, debo, a riesgo de parecer mezquino, insistir en mi reivindicación de la paternidad de este argumento, en la medida en que los autores parecen desconocer su articulación seis años antes.

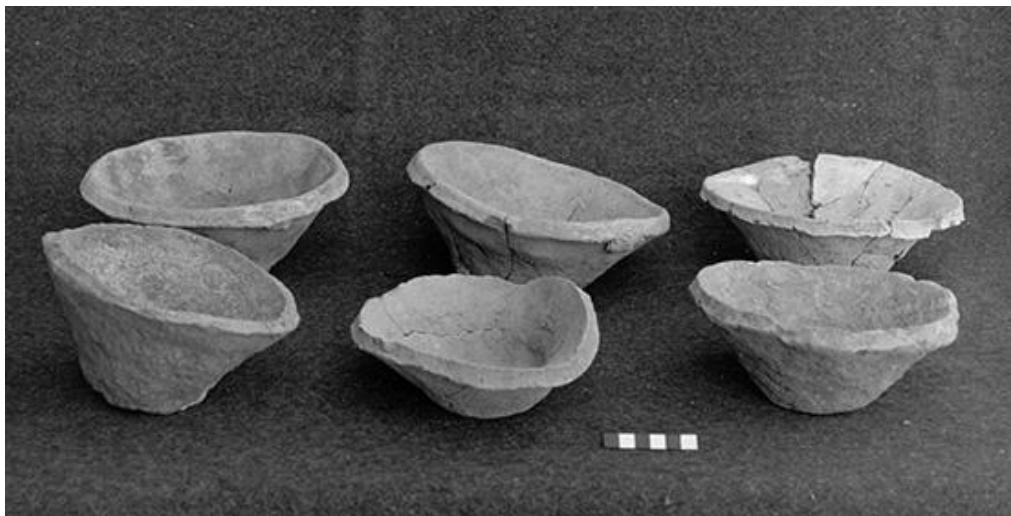
109 McNeill, “Frederick the Great and the Propagation of Potatoes.”

para romper los grandes terrones de tierra y arar repetidamente para mejorar el enraizamiento y la aportación de nutrientes. La cuestión es que con los cereales y la preparación del suelo, la siembra, el estado de la cosecha y el rendimiento final eran más visibles y evaluables. Compárese, por ejemplo, con el intento de evaluar y gravar la actividad comercial de compradores y vendedores en el mercado. Una de las razones de la desconfianza oficial y la estigmatización de la clase mercantil en China era el simple hecho de que su riqueza, a diferencia de la del plantador de arroz, era ilegible, ocultable y fugitiva. Se podía gravar un mercado o cobrar peaje en un cruce de carreteras o ríos, donde las mercancías y las transacciones eran más transparentes, pero gravar a los mercaderes era la pesadilla de un recaudador de impuestos.

A efectos de medición, división y evaluación, el simple hecho de que la cosecha de cereales consista en última instancia en pequeños granos, descascarillados o no, tiene enormes ventajas administrativas. Al igual que los granos de azúcar o de arena, los granos de cereal son divisibles casi infinitamente, hasta fracciones cada vez más pequeñas y medibles con precisión en peso y volumen a efectos contables.

Las unidades de grano servían como patrones de medida y valor para el comercio y el tributo, en función de los cuales se calculaba el valor de otras mercancías, incluida la mano de obra. La ración diaria de alimentos de la clase más baja

de trabajadores de Umma, Mesopotamia, era casi exactamente de dos litros de cebada medidos en los cuencos biselados que se encuentran entre los hallazgos arqueológicos más ubicuos.



Cuencos de borde biselado. Foto cortesía de Susan Pollock

Pero, ¿por qué no hay un Estado del garbanzo o la lenteja? Al fin y al cabo, son cultivos nutritivos que pueden cultivarse de forma intensiva, y su cosecha consiste en pequeñas semillas que pueden secarse, conservarse bien y dividirse y dosificarse en pequeñas cantidades como raciones con la misma facilidad que los granos de cereal. En este caso, la ventaja decisiva de los granos de cereal es su crecimiento determinado y, por tanto, su maduración prácticamente simultánea. El problema de la mayoría de las leguminosas, desde la perspectiva del recaudador de impuestos, es que producen frutos de forma continua durante un largo periodo. Se pueden recoger, y se recogen, justo cuando maduran, como las judías o los guisantes. Si el recaudador llega pronto, gran parte de la cosecha aún no habrá

madurado, y si llega tarde, el contribuyente probablemente se habrá comido, escondido o vendido gran parte de la producción.

La ventanilla única del recaudador de impuestos funciona mejor para los cultivos de maduración determinada. Los cultivos de cereales del Viejo Mundo estaban, en este sentido, preadaptados para la fabricación estatal.

El Nuevo Mundo –salvo en el caso mixto del maíz, que puede recogerse directamente o dejarse madurar y secar en el campo– tiene pocas o ninguna cosecha determinada, en todo el campo de maduración simultánea, por lo que carece de la tradición de las fiestas de la cosecha que tanto domina el calendario agrícola del Viejo Mundo. Esto nos lleva a especular sobre si los primeros cultivadores neolíticos seleccionaron cultivos de maduración determinada y, en caso afirmativo, por qué no se seleccionó la maduración determinada de garbanzos y lentejas.

Aun así, la tributación de los cereales no es infalible. Aunque un determinado cultivo de cereales, una vez plantado, madura simultáneamente, la estacionalidad permite a menudo variar las fechas de plantación, por lo que distintos campos pueden madurar en momentos ligeramente diferentes. Tampoco es infrecuente que un cultivador que eluda el impuesto coseche subrepticiamente algunos de los granos antes de que estén completamente maduros para eludir el impuesto. Los estados arcaicos se

esforzaban, siempre que era posible, por imponer una época de siembra para un distrito determinado. En el caso del arroz húmedo de regadío, todos los campos colindantes se inundan más o menos al mismo tiempo, y esto por sí solo dicta el calendario de (trans)plantación, por no mencionar el hecho de que el arroz es el único cultivo que crecerá en estas condiciones.

Los cereales también se prestan bien al transporte a granel. Incluso en condiciones arcaicas, una carreta cargada de grano podía transportarse con beneficio a distancias mayores que casi cualquier otro producto alimenticio. Y cuando se disponía de transporte fluvial, se podían transportar grandes cantidades de grano a distancias considerables, ampliando así en gran medida la zona agrícola que un Estado primitivo podía aspirar a dominar y de la que podía extraer impuestos. Un relato de la Tercera Dinastía de Ur (Ur III, finales del tercer milenio a.C.) afirma que las barcazas transportaban la mitad de toda la cosecha de cebada de la región de Ur a los depósitos reales¹¹⁰. Una vez más, para el recaudador de impuestos de la Mesopotamia primitiva y, para el caso, hasta el siglo XIX, la combinación de un Estado agrario y un río o costa navegable era un matrimonio hecho en el cielo. A Roma, por ejemplo, le resultaba más barato transportar grano (normalmente

110 Adams, “An Interdisciplinary Overview of a Mesopotamian City.”

desde Egipto) y vino a través del Mediterráneo que transportarlo por tierra en carro más de cien millas¹¹¹.

El grano, al tener mayor valor por unidad de volumen y peso que casi cualquier otro alimento, y al almacenarse comparativamente bien, era un cultivo fiscal y de subsistencia ideal. Podía dejarse sin descascarillar hasta que se necesitara.

Era ideal para distribuirlo entre trabajadores y esclavos, para exigirlo como tributo, para aprovisionar a soldados y guarniciones, para paliar una escasez de alimentos o una hambruna, o para alimentar a una ciudad mientras resistía un asedio. Es difícil imaginar el Estado primitivo sin el grano como base de sus nervios y músculos.

Cuando el grano, y por tanto los impuestos agrarios, cesaban, el poder del Estado también empezaba a degradarse. El poder de los primeros estados chinos se limitaba a las cuencas de drenaje de los ríos Amarillo y Yangzi. Más allá de este centro ecológico y político de cultivo de arroz de regadío y en campos fijos, se encontraban los pastores, cazadores-recolectores y agricultores itinerantes, móviles y difíciles de gravar. Se les definía como bárbaros «brutos», que «aún no habían entrado en el mapa». El territorio del Imperio Romano, a pesar de todas sus ambiciones imperiales, no se extendía mucho más allá de la

111 Lewis, *The Early Chinese Empires*, 6.

línea del grano. El dominio romano al norte de los Alpes se concentraba en lo que los arqueólogos denominan, por el yacimiento suizo en el que se hallaron por primera vez sus artefactos, la zona de La Tène, donde la población era más densa, la producción agrícola más robusta y las ciudades (cultura oppida) más grandes; fuera de esta zona se encontraba la «Europa de Jastorf», escasamente poblada y caracterizada por el pastoreo y los enjambres¹¹².

Este contraste es un recordatorio saludable de que fuera del primer Estado cerealista se encontraba la mayor parte del mundo y también su población. Los estados cerealistas se limitaban a un estrecho nicho ecológico que favorecía la agricultura intensiva. Más allá de su horizonte había una serie de prácticas de subsistencia que podríamos denominar no apropiables, las más importantes de las cuales eran la caza y la recolección, la pesca marítima y la recolección, la horticultura, los cultivos itinerantes y el pastoreo especializado.

Consideradas desde la perspectiva de un recaudador de impuestos estatal, esas formas de subsistencia eran fiscalmente estériles; no podían amortizar el coste de su control. Los cazadores, los recolectores y los forrajeadores marítimos estaban tan dispersos y eran tan móviles, y sus «ganancias» eran tan diversas y perecederas, que era casi imposible seguirles la pista, por no hablar de gravarlas. Los

112 Heather, *The Fall of the Roman Empire*, 56.

horticultores, que posiblemente domesticaron raíces y tubérculos mucho antes de que se plantaran cereales, podían esconder una pequeña parcela en el bosque y dejar gran parte de su cosecha en el suelo hasta que la necesitaran. A menudo plantaban algo de cereal, pero una parcela típica contenía docenas y docenas de variedades de diferente madurez. Además, trasladaban sus campos cada pocos años y, en ocasiones, también sus viviendas.

El pastoreo especializado, considerado una consecuencia de la agricultura, plantea al recaudador de impuestos un problema similar de dispersión y movilidad. Al Imperio Otomano, fundado por pastores, le resultó excepcionalmente difícil cobrar impuestos a los pastores. Intentaron gravarlos en el único momento del año en que paraban para atender a los corderos y esquilarlos, pero incluso esto resultaba logísticamente difícil.

Como concluye Rudi Lindner, estudiioso de la dominación otomana, «el sueño otomano de un paraíso sedentario con sus previsibles ingresos procedentes de los pacíficos agricultores no tenía cabida para los nómadas pastores». «Los nómadas seguían los cambios climáticos a pequeña escala para maximizar su acceso a buenos pastos y agua dulce; en consecuencia, siempre estaban en movimiento»¹¹³.

113 Lindner, Nomads and Ottomans in Medieval Anatolia, 65.

De un modo u otro, los pueblos no ganaderos –es decir, la mayor parte del mundo– encarnaban formas de subsistencia y organización social que vencían a la fiscalidad: movilidad física, dispersión, tamaño variable de grupos y comunidades, bienes de subsistencia diversos e invisibles y pocos recursos de punto fijo. Sin embargo, no se trataba de mundos separados.

Al contrario, como hemos señalado, el intercambio y el comercio fluían vigorosamente entre ellos. El intercambio, sin embargo, no estaba coaccionado y dependía del trueque y el comercio de bienes deseables de una zona ecológica a otra en beneficio mutuo. Aquellos que practicaban una forma particular de subsistencia a menudo llegaban a ser vistos como un tipo diferente de personas, a pesar de las alianzas comerciales.

Para los romanos, por ejemplo, una característica clave que definía a los bárbaros era que comían productos lácteos y carne y no, como los romanos, cereales. Para los mesopotámicos, los «bárbaros» amorreos estaban fuera de lugar porque supuestamente

«no conocían el grano... comían carne cruda y no enterraban a sus muertos»¹¹⁴.

114 Yoffee y Cowgill, *The Collapse of Ancient States*, 49. Seth Richardson (comunicación personal) señala que el texto de esta cita es una pieza literaria dirigida a los dioses y es probable que no sea representativo.

Las diversas formas de subsistencia descritas anteriormente no deben considerarse categorías autónomas e impermeables. Los grupos pueden alternar las prácticas de subsistencia, y de hecho lo hacían, y a menudo inventaban prácticas híbridas que desafiaban una categorización fácil.

Tampoco debemos descartar la posibilidad de que la elección de las prácticas de subsistencia fuera a menudo una elección política, una decisión sobre la posición frente al Estado.

Los muros crean estados: protección y confinamiento

A mediados del tercer milenio a.C., la mayoría de las ciudades del aluvión mesopotámico estaban amuralladas. Por primera vez, el Estado se había dotado de un caparazón defensivo. Aunque los emplazamientos eran por lo general modestos –entre diez y treinta y tres hectáreas de media–, la construcción y el mantenimiento de un perímetro defensivo de este tipo, aunque pudiera erigirse poco a poco, exigía mucho trabajo. Una muralla, en el sentido más burdo, nos dice que hay algo valioso que se protege o se mantiene alejado de los de fuera. La existencia de murallas era un

índicador infalible de la presencia de cultivos permanentes y almacenamiento de alimentos.

Y, como para confirmar aún más la asociación, cuando una ciudad-Estado de este tipo se derrumbaba y sus murallas se rompían definitivamente, también era probable que desaparecieran de la zona los cultivos permanentes. Era práctica común que una ciudad conquistadora derribara las murallas de la ciudad que había derrotado. La existencia de recursos concentrados, valiosos, saqueables y de punto fijo creaba, evidentemente, un poderoso incentivo para defenderlos. Su concentración espacial facilitaba su protección y su valor hacía que el esfuerzo mereciera la pena.

Todo hacía suponer que un campesinado haría todo lo posible por conservar sus campos y huertos, sus casas y graneros, y su ganado como una cuestión de vida o muerte. No es de extrañar, pues, que en la *Epopeya de Gilgamesh*, un rey fundador, erija las murallas de la ciudad para proteger a su pueblo. Partiendo sólo de esta premisa, ¿podría considerarse la creación del Estado como una creación conjunta –un contrato social, tal vez– entre los súbditos cultivadores y su gobernante (y sus guerreros e ingenieros) para defender sus cosechas, familias y ganado de los ataques de otros estados o de incursores no estatales?

Pero el asunto es más complicado. Al igual que un agricultor puede tener que defender sus cosechas de

depredadores humanos y no humanos, las élites estatales tienen un interés abrumador en salvaguardar los tendones de su propio poder: una población cultivadora y sus almacenes de grano, sus privilegios y riqueza, y sus poderes políticos y rituales.

Como Owen Lattimore y otros han observado en el caso de la(s) Gran(des) Muralla(s) China(s): se construyeron tanto para mantener dentro a los cultivadores chinos contribuyentes como para mantener fuera a los bárbaros (nómadas). Así pues, las murallas de las ciudades tenían por objeto mantener en su interior lo esencial para la conservación del Estado¹¹⁵.

Las llamadas murallas antiamorritas entre el Tigris y el Éufrates también pueden haber sido diseñadas más para mantener a los cultivadores en la «zona» estatal que para mantener fuera a los amorreos (que, en cualquier caso, ya estaban asentados en gran número en el aluvión). En opinión de un erudito, las murallas eran el resultado de la creciente centralización de Ur III y se erigieron para contener a las poblaciones móviles que huían del control estatal o para defenderse de las que habían sido expulsadas por la fuerza. El control y confinamiento de las poblaciones como razón y función de las murallas depende en gran medida de

115 Porter, Mobile Pastoralism, 324. El término «muralla» puede inducir a error, ya que bien puede referirse a una cadena de asentamientos – fortificados o no – que marcan el límite del control político y se conceptualizan como una frontera o perímetro estatal.

que se demuestre que la huida de los súbditos era una preocupación real del Estado primitivo, tema del capítulo 5. La escritura crea los estados.

La escritura hace al Estado: Mantenimiento de registros y legibilidad

Ser gobernado es ser en cada operación, en cada transacción, anotado, registrado, contado, gravado, sellado, medido, numerado, evaluado, licenciado, autorizado, amonestado, prevenido, reformado, corregido, castigado.

Pierre-Joseph Proudhon

Los campesinos con una larga experiencia en el ejercicio del poder sobre el terreno siempre han comprendido que el Estado es una máquina de grabar, registrar y medir. Por eso, cuando un topógrafo del gobierno llega con una mesa plana, o los censistas vienen con sus tablillas y cuestionarios para registrar los hogares, los súbditos entienden que los problemas en forma de reclutamiento, trabajo forzado, confiscación de tierras, impuestos por cabeza o nuevos

impuestos sobre las tierras de cultivo no pueden estar muy lejos. Comprenden implícitamente que detrás de la maquinaria coercitiva se esconden montones de papeleo: listas, documentos, listas de impuestos, registros de población, reglamentos, requisiciones, órdenes... papeleo que en su mayor parte es desconcertante y escapa a su comprensión. La firme identificación en sus mentes entre los documentos escritos y la fuente de sus opresiones ha significado que el primer acto de muchas rebeliones campesinas haya sido quemar la oficina de registro local donde se alojan estos documentos. Al comprender que el Estado veía su tierra y sus súbditos a través de los registros, el campesinado asumió implícitamente que cegar al Estado podría poner fin a sus males. Como bien dice un antiguo dicho sumerio:

*«Puedes tener un rey y puedes tener un señor, pero al que hay que temer es al recaudador de impuestos»*¹¹⁶.

Entre el 3.300 y el 2.350 a.C., el sur de Mesopotamia fue el centro no de uno, sino de varios experimentos relacionados con la creación de estados.

Al igual que en el período de los estados Combatientes de China o en las últimas ciudades-Estado griegas, el aluvión meridional fue el emplazamiento de ciudades rivales cuyas

116 Wang Haicheng, Writing and the Ancient State, 98.

fortunas crecieron y decayeron¹¹⁷. Las más conocidas fueron Kish, Ur y, sobre todo, Uruk. Aquí estaba ocurriendo algo totalmente extraordinario y sin parangón histórico. Por un lado, grupos de sacerdotes, hombres fuertes y jefes locales estaban ampliando e institucionalizando estructuras de poder que hasta entonces sólo habían utilizado el lenguaje del parentesco. Estaban creando por primera vez algo parecido a lo que nosotros llamaríamos un Estado, aunque no podían entenderlo en esos términos. Por otra parte, miles de cultivadores, artesanos, comerciantes y obreros estaban siendo, por así decirlo, reconvertidos en súbditos y, para ello, censados, gravados, reclutados, puestos a trabajar y subordinados a una nueva forma de control.

La coincidencia entre el Estado prístino y la escritura prístina nos lleva a la cruda conclusión funcionalista de que los aspirantes a estadistas inventaron las formas de notación esenciales para el arte de gobernar. Pero no sería demasiado aventurado afirmar que es prácticamente imposible concebir incluso los primeros estados sin una tecnología sistemática de registro numérico, aunque adoptara la forma inca de cuerdas de nudos (quipu).

La primera condición de la apropiación estatal (para cualquier fin) debe ser un inventario de los recursos

117 Al parecer, antes de la formación del Estado, existía un protocuneiforme que se utilizaba unos siglos antes en las grandes instituciones urbanas –presumiblemente templos– para registrar transacciones y distribuciones. David Wengrow, comunicación personal, mayo de 2015.

disponibles: población, tierras, cosechas, ganado, existencias en almacenes. Sin embargo, esta información es, como un estudio catastral, una instantánea que pronto queda desfasada. A medida que avanza la apropiación, es necesario llevar un registro continuo de las entregas de grano, el trabajo de corvée realizado, las requisiciones, los recibos, etcétera. Una vez que un sistema de gobierno cuenta con unos cuantos miles de súbditos, se requiere alguna forma de anotación y documentación que vaya más allá de la memoria y la tradición oral.

Un argumento de peso para vincular la administración del Estado con la escritura es que ésta parece haber sido utilizada en Mesopotamia esencialmente con fines contables durante más de medio milenio, antes incluso de que empezara a reflejar las glorias de la civilización que asociamos con la escritura: literatura, mitología, himnos de alabanza, listas de reyes y genealogías, crónicas y textos religiosos¹¹⁸. La magnífica Epopeya de Gilgamesh, por

118 Nissen, «The Emergence of Writing in the Ancient Near East». Nissen añade: «El surgimiento de la escritura, tal y como se elabora aquí, no debe llevar en modo alguno a proclamar la invención de la escritura como uno de los grandes pasos intelectuales dados por la humanidad. Su impacto en la vida intelectual no fue tan repentino como para justificar la diferenciación de una oscura edad ‘prehistórica’ de la brillante historia. Cuando apareció la escritura, ya se habían dado la mayoría de los pasos hacia una forma de vida más elevada y civilizada. La escritura aparece meramente como un subproducto en el curso del rápido desarrollo hacia una vida compleja en ciudades y estados» (360). Véase también Pollock, *Ancient Mesopotamia*, 168, quien también afirma que el cuneiforme no se utilizó para los himnos

ejemplo, data de la Tercera Dinastía de Ur (hacia el 2.100 a.C.), un milenio después de que el cuneiforme se utilizara por primera vez con fines estatales y comerciales.

¿Qué se puede deducir de las tablillas cuneiformes que se han recuperado y traducido sobre el gobierno real de Sumer? Revelan, como mínimo, el enorme esfuerzo realizado mediante un sistema de notación para hacer legible una sociedad, su mano de obra y su producción a sus gobernantes y funcionarios del templo, y para extraer de ella grano y mano de obra.

Sabemos lo suficiente, incluso de las burocracias más modernas, para darnos cuenta de que no existe una relación necesaria entre los registros, por un lado, y los hechos sobre el terreno, por otro. Los documentos se falsifican y manipulan en beneficio propio o para complacer a los superiores. Las normas y reglamentos establecidos meticulosamente en los documentos pueden ser papel mojado sobre el terreno. Los registros de la propiedad pueden ser corruptos, inexistentes o simplemente inexactos. El orden de la oficina de registros, como el orden del patio de armas, enmascara con demasiada frecuencia el desorden desenfrenado en la administración real y en el campo de batalla. Sin embargo, lo que los registros pueden decirnos es algo sobre el orden utópico y linneano en el arte

de los templos, los mitos, los proverbios y las dedicatorias de los templos hasta al menos el año 2. 500 a. C.

de gobernar que está implícito en la lógica del mantenimiento de registros, sus categorías, sus unidades de medida y, sobre todo, en las cosas a las que presta atención. El «brillo en los ojos» de lo que considero el «Estado de intendencia» es muy instructivo. Como muestra de esta aspiración, el símbolo mismo de la realeza en Sumeria era la «vara y la línea», casi con toda seguridad las herramientas del agrimensor¹¹⁹.

Podemos ver esta imaginación estatal en funcionamiento en un breve examen de Mesopotamia y de la práctica administrativa de la China primitiva.

Las primeras tablillas administrativas de Uruk (Nivel IV), hacia 3.300–3.100 a.C., son listas, listas y listas, sobre todo de grano, mano de obra e impuestos. Los temas de las tablillas supervivientes por orden de frecuencia son la cebada (como raciones e impuestos), los cautivos de guerra y los esclavos y esclavas¹²⁰.

Una preocupación en Uruk IV y posteriormente en otros centros es el conteo de la población. Como en todos los reinos antiguos, maximizar la población era una obsesión que normalmente sustituía a la conquista de territorio per se. La población –como productores, soldados y esclavos– representaba la riqueza del Estado. La ciudad de Umma,

119 Crawford, Ur, 88.

120 Algaze, “Initial Social Complexity in Southwestern Asia.”

dependiente de Ur, donde se ha encontrado un enorme tesoro de tablillas que datan de alrededor del año 2.255 a.C., era especialmente precoz: ocupaba cien hectáreas y tenía entre diez mil y veinte mil habitantes, una población numerosa para administrar. En el centro del proyecto de legibilidad de Umma se encontraba un censo de población por localidad, edad y sexo como base para asignar el impuesto de cabeza y el trabajo de corvée, y para el reclutamiento. Era el proyecto «inmanente», nunca realizado en la práctica, salvo quizá para la economía del templo y la mano de obra dependiente. Las tierras, al parecer tanto las del templo como las privadas, se designaban en función de su tamaño, la calidad del suelo y el rendimiento esperado de las cosechas, que servían de base para el cálculo del impuesto. Algunos de los estados sumerios, especialmente Ur III, parecen economías de mando y control, fuertemente centralizadas (sobre el papel, o mejor dicho, sobre una tablilla), militarizadas y regimentadas, parecidas a lo que conocemos de la Esparta militarizada entre las ciudades-Estado griegas.

Una tablilla registra 840 raciones de cebada, repartidas, con toda probabilidad, en los cuencos biselados (¿producidos en serie?) con capacidad para dos litros de cebada. Otras raciones mencionan cerveza, grañones y harina. Las cuadrillas de trabajadores, ya fueran cautivos de guerra, esclavos o trabajadores de la corvée, parecen omnipresentes.



Tablilla cuneiforme que muestra los suministros y las retiradas de los almacenes. Foto cortesía del Museo Británico

Todo el ejercicio de formación de los primeros estados es un ejercicio de estandarización y abstracción necesario para tratar con unidades de trabajo, grano, tierra y raciones. Esencial para esa estandarización es la propia invención de una nomenclatura estándar, a través de la escritura, de todas las categorías esenciales –recibos, órdenes de trabajo, cuotas laborales, etc.–. La creación e imposición de un código escrito en toda la ciudad–Estado sustituyó a los juicios en lengua vernácula y fue en sí misma una tecnología de eliminación de distancias que se impuso en todo el pequeño reino. Se desarrollaron normas de trabajo para tareas como arar, rastrear o sembrar. Se creó algo parecido a los «puntos de trabajo», que mostraban los créditos y débitos en las asignaciones de trabajo. Se especificaron

normas de clasificación y calidad para el pescado, el aceite y los tejidos, que se diferenciaban por el peso y la malla.

El ganado, los esclavos y los trabajadores se clasificaban por sexo y edad. En estado embrionario, las estadísticas vitales de un Estado apropiador que pretende extraer el máximo valor posible de su tierra y su gente ya están a la vista. La formidable apariencia de esta regimentación sobre el terreno es otra cuestión.

La escritura aparece en la China primitiva más de un milenio después, a lo largo del río Amarillo. Es posible que comenzara en el área cultural de Erlitou, aunque no se conservan pruebas. Es más conocida en la dinastía Shang (1.600–1.050 a.C.), a través de los hallazgos de huesos de oráculo utilizados para la adivinación. Desde entonces y hasta el periodo de los estados Combatientes (476–221 a.C.), se utilizó continuamente, sobre todo para la administración del Estado. Sin embargo, sólo con la famosa, reformadora y efímera dinastía Qin (221–206 a.C.) se hace más evidente el nexo entre la escritura y la creación del Estado. El Qin, al igual que Ur III, fue un régimen sistematizador y obsesionado por el orden que expuso una visión bastante completa de la movilización total de sus recursos. Sobre el papel, al menos, era incluso más ambicioso. Ni en China ni en Mesopotamia se concibió originalmente la escritura como un medio para representar el habla.

Una condición previa para la estandarización y simplificación que pretendía Qin era una escritura reformada y unificada que eliminara una cuarta parte de los ideogramas, la hiciera más rectilínea y la aplicara en todo su territorio. Como la escritura no era una transcripción de un dialecto del habla, tenía, inherentemente, una especie de universalidad¹²¹. Al igual que en otros estados precoces, el proceso de estandarización se aplicó a la acuñación de moneda y a las unidades de peso, distancia y volumen para, entre otras cosas, el grano y la tierra. La intención era eliminar toda una serie de prácticas de medición locales, vernáculas e idiosincrásicas para que, por primera vez, el gobernante en el centro pudiera tener una visión clara de la riqueza, la producción y los recursos humanos a su disposición. Su objetivo era crear un Estado centralizado en lugar de una ciudad-Estado fuerte que se contentaba con extraer tributos ocasionales de una constelación de ciudades satélites casi independientes. Sima Qian, historiador de la corte Han, valoró positivamente los logros del emperador Qin Shang Yang al convertir su reino en una austera máquina de guerra: «Para los campos, abrió el qian y el ma (caminos horizontales y verticales), y estableció fronteras». «Igualó las exacciones militares y el impuesto

121 Este relato de la escritura temprana en China se basa en gran medida en Wang Haicheng, *Writing and the Ancient State*, y Lewis, *The Early Chinese Empires*.

sobre la tierra y estandarizó las medidas de capacidad, pesos y longitud»¹²².

Más tarde, también se estandarizaron las normas de trabajo y las herramientas.

En el contexto de la rivalidad militar regional con los estados competidores, era importante eximir al máximo el reino. Esto significaba crear y actualizar un inventario de recursos lo más completo posible, dadas las técnicas disponibles. El meticuloso registro de los hogares para facilitar el impuesto sobre las cabezas y la conscripción era un signo de poder, al igual que una población numerosa y creciente. Los cautivos se asentaban cerca de la corte y las normas restringían los movimientos de población. Una de las señas de identidad de los primeros reinos agrarios era mantener a la población en su lugar e impedir cualquier movimiento no autorizado. La movilidad física y la dispersión son la perdición del recaudador de impuestos.

La tierra, afortunadamente para el recaudador de impuestos, no se mueve. Pero como los Qin reconocían la propiedad privada de la tierra, llevaron a cabo un elaborado catastro que vinculaba cada terreno de cultivo con un propietario/contribuyente. La tierra se clasificaba en función de la calidad del suelo, los cultivos sembrados y la variación de las precipitaciones, lo que permitía a los funcionarios

122 Lewis, *The Early Chinese Empires*, 274.

fiscales calcular el rendimiento esperado y llegar a una tasa impositiva. El sistema fiscal de Qin también preveía estimaciones anuales de los cultivos en pie, lo que permitía, al menos en teoría, ajustar los impuestos en función de las cosechas reales.

Hasta ahora nos hemos centrado en la intención de los funcionarios del Estado, a través de la escritura, las estadísticas, los censos y las mediciones, de ir más allá del mero saqueo y extraer de forma más racional el trabajo y los alimentos de sus súbditos. Este proyecto, aunque quizá sea el más importante, no es la única política mediante la cual un Estado intenta esculpir el paisaje político para hacerlo más rico, legible y susceptible de apropiación. Aunque el Estado primitivo no inventó el riego ni el control del agua, sí extendió el riego y los canales para facilitar el transporte y ampliar las tierras de cultivo. Siempre que podía, aumentaba tanto el número como la legibilidad de su población productiva mediante el reasentamiento forzoso de súbditos y cautivos de guerra. El concepto de «campo igualitario» de los Qin tenía en gran parte como objetivo asegurarse de que todos los súbditos tuvieran tierra suficiente para pagar impuestos y proporcionar una base de población para el servicio militar obligatorio. Como reflejo de la importancia de la población, el Estado Qin no sólo prohibió la huida, sino que instituyó una política favorable a la natalidad, con desgravaciones fiscales para las mujeres y sus familias que dieran a luz a nuevos súbditos. El campamento de

reasentamiento de finales del Neolítico fue el núcleo de los primeros estados, pero gran parte de la actividad estatal primitiva consistió en un ingenioso diseño político para facilitar la apropiación: más tierras de cultivo, una población más numerosa y concentrada, y el software de información posibilitado por los registros escritos que podían hacerlo todo más accesible al Estado. Los esfuerzos por crear un paisaje político de raíz pueden haber sido la perdición de los primeros estados más ambiciosos. La superregimentada Tercera Dinastía de Ur duró apenas un siglo y la Qin sólo quince años.

Si la escritura primitiva está tan inextricablemente ligada a la creación del Estado, ¿qué ocurre cuando éste desaparece? Las escasas pruebas de que disponemos sugieren que, sin la estructura de funcionarios, registros administrativos y comunicación jerárquica, la alfabetización se reduce enormemente, si es que no desaparece por completo. Esto no debería sorprender, ya que en los primeros estados la alfabetización bíblica se limitaba a una capa muy fina de la población, la mayoría de los cuales eran funcionarios. Entre el 1.200 y el 800 a.C. aproximadamente, las ciudades-Estado griegas se desintegraron en una época conocida como la Edad Oscura. Cuando reapareció la alfabetización, ya no adoptaba la antigua forma de la escritura lineal B, sino una escritura totalmente nueva tomada de los fenicios. No es que toda la cultura griega desapareciera entretanto.

Por el contrario, adoptó formas orales, y debemos tanto la Odisea como la Ilíada, transcritas posteriormente, a este periodo. Incluso la fragmentación del Imperio Romano, con su tradición literaria más extensa, en el siglo V d.C. llevó a la práctica desaparición de la alfabetización en latín fuera de unos pocos establecimientos religiosos. Cabe sospechar que, en los primeros estados, la escritura se desarrolló en primer lugar como una técnica estatal y, por tanto, fue un logro tan frágil y evanescente como el propio Estado.

¿Qué pasaría si considerásemos la alfabetización en las primeras sociedades como una tecnología de comunicación, del mismo modo que la siembra de cultivos es una de las muchas técnicas de subsistencia?

Las técnicas de plantación se conocían mucho antes de que se generalizara su uso, y sólo en determinadas circunstancias ecológicas y demográficas.

En el mismo sentido, no es que el mundo fuera «oscuro» hasta que se inventó la escritura, tras lo cual todas las sociedades adoptaron o aspiraron a adoptar la alfabetización.

La primera escritura fue, además, un artefacto de la construcción del Estado, la concentración de población y la escala. Era inaplicable en otros entornos. Un estudioso de la escritura primitiva en Mesopotamia sugirió, de forma ciertamente especulativa, que la escritura se resistió en

otros lugares debido a su asociación indeleble con el Estado y los impuestos, del mismo modo que el arado se resistió durante mucho tiempo debido a su asociación indeleble con el trabajo penoso.

[¿Por qué] todas las comunidades distintivas de la periferia rechazaron el uso de la escritura habiendo tantas culturas arqueológicas expuestas a la complejidad del sur de Mesopotamia? Se podría argumentar que este rechazo de la complejidad fue un acto consciente. ¿Cuál es el motivo?...

Tal vez, lejos de estar menos capacitados intelectualmente para enfrentarse a la complejidad, los pueblos periféricos fueron lo suficientemente inteligentes como para evitar sus opresivas estructuras de mando durante al menos otros 500 años, cuando les fue impuesta mediante la conquista militar....

En todos los casos, la periferia rechazó inicialmente la adopción de la complejidad incluso después de una exposición directa a ella... y, al hacerlo, evitó la jaula del Estado durante otro medio milenio¹²³.

123 Algaze, “Initial Social Complexity in Southwestern Asia,” 220–222, quoting C. C. Lambert–Karlovsky. See also Scott, *The Art of Not Being Governed*, 220–237.

V. CONTROL DE LA POBLACIÓN: LA ESCLAVITUD Y LA GUERRA

En la multitud de gente está el honor del rey, pero en la falta de gente está la destrucción del príncipe.

Proverbios 14:28

Si las multitudes se dispersan y no pueden ser retenidas, la ciudad Estado se convertirá en un montón de ruinas.

Manual de gobierno chino antiguo

Es cierto, lo admito, que [el reino siamés] es de mayor extensión que el mío, pero debes admitir que el rey de Golconda gobierna sobre hombres, mientras que el rey de Siam gobierna sobre bosques y mosquitos.

Rey de Golconda a un visitante siamés, hacia 1680

En una casa grande con muchos sirvientes, las puertas pueden dejarse abiertas; en una casa pequeña con pocos sirvientes, las puertas deben estar cerradas.

Refrán siamés

El exceso de epígrafes anteriores pretende señalar hasta qué punto la preocupación por la adquisición y el control de la población ocupaba un lugar central en el arte de gobernar de los primeros tiempos. El control de un terreno fértil y bien regado no significaba nada a menos que lo hiciera productivo una población de cultivadores que lo trabajaran. Considerar a los primeros estados como «máquinas de población» no está muy lejos de la realidad, siempre y cuando tengamos en cuenta que la «máquina» estaba en mal estado y a menudo se averiaba, y no sólo por fallos en el arte de gobernar. El Estado seguía tan centrado en el

número y la productividad de sus súbditos «domesticados» como un pastor en su rebaño o un agricultor en sus cosechas.

El imperativo de reunir población, asentarla cerca del núcleo de poder, mantenerla allí y hacer que produzca un excedente que supere sus propias necesidades anima gran parte de los primeros estados¹²⁴.

Cuando no existía una población asentada que pudiera servir de núcleo para la formación de un Estado, había que reunir una población con ese fin.

Éste fue el principio rector del colonialismo español en el Nuevo Mundo, Filipinas y otros lugares. Las reducciones o asentamientos concentrados (a menudo forzados) de pueblos nativos en torno a un centro desde el que irradiaba el poder español se consideraban parte de un proyecto civilizador, pero también servían al propósito no trivial de servir y alimentar a los conquistadores. Las estaciones misioneras cristianas –de cualquier denominación– entre poblaciones dispersas empezaron de la misma manera, reuniendo una población productiva en torno a la estación, desde la que irradiaban los esfuerzos de conversión.

En este contexto, los medios por los que se reúne una población y se la hace producir un excedente son menos

124 Steinkeller and Hudson, “Introduction: Labor in the Early States: An Early Mesopotamian Perspective,” *Labor in the Ancient World*, 1–35.

importantes que el hecho de que produzca un excedente disponible para las élites no productoras.

Tal excedente no existe hasta que el Estado embrionario lo crea. Mejor dicho, hasta que el Estado extrae y se apropiá de este excedente, cualquier productividad adicional latente que pudiera existir se «consume» en ocio y elaboración cultural. Antes de la creación de estructuras políticas más centralizadas como el Estado, prevalecía lo que Marshall Sahlins ha descrito como el modo doméstico de producción¹²⁵: el acceso a los recursos –tierra, pastos, caza– estaba abierto a todos en virtud de la pertenencia a un grupo, ya fuera tribu, banda, linaje o familia, que controlaba esos recursos. Si no se le expulsaba, no se le podía negar a un individuo el acceso directo e independiente a cualquier medio de subsistencia del que dispusiera el grupo en cuestión. Y en ausencia de coacción o de la posibilidad de acumulación capitalista, no había ningún incentivo para producir más allá de los niveles de subsistencia y comodidad imperantes a nivel local. Más allá de la suficiencia en este sentido, es decir, no había razón para aumentar la monotonía de la producción agrícola. La lógica de esta variante de la economía campesina fue elaborada con detalles empíricos convincentes por A. V. Chayanov, quien, entre otras cosas, demostró que cuando una familia tenía más miembros que trabajaban que dependientes que no

125 Sahlins, *Stone Age Economics*.

trabajaban, reducía su esfuerzo de trabajo global una vez que se aseguraba la suficiencia¹²⁶.

El punto importante para nuestro propósito es que un campesinado –suponiendo que tenga lo suficiente para satisfacer sus necesidades básicas– no producirá automáticamente un excedente del que las élites puedan apropiarse, sino que debe ser obligado a producirlo. En las condiciones demográficas de la formación de los primeros estados, cuando los medios de producción tradicionales aún eran abundantes y no estaban monopolizados, sólo se producía un excedente a través de una u otra forma de trabajo no libre y coaccionado: el trabajo forzado, la entrega forzosa de grano u otros productos, la servidumbre por deudas, la servidumbre de los siervos, la servidumbre y el tributo comunales y diversas formas de esclavitud. Como veremos más adelante, cada uno de los primeros estados utilizó su propia combinación de trabajo forzado, pero se requería un delicado equilibrio entre la maximización del excedente estatal, por un lado, y el riesgo de provocar la

126 Chayanov, Teoría de la economía campesina, 1–28. Una lógica muy parecida es la que subyace a la frecuentemente observada «curva de oferta de mano de obra curvada hacia atrás», en la que los pueblos precapitalistas se dedican al trabajo asalariado con un objetivo concreto (a veces llamado «ingreso objetivo») en mente (gastos de boda, la compra de una mula) y, contrariamente a la lógica microeconómica estándar, trabajan menos cuando el salario es más alto, ya que alcanzarán su objetivo mucho antes.

huida masiva de los súbditos, por otro, especialmente cuando había una frontera abierta.

Sólo mucho más tarde, cuando el mundo estaba, por así decirlo, totalmente ocupado y los medios de producción eran propiedad privada o estaban controlados por élites estatales, el control de los medios de producción (la tierra) podía bastar por sí solo, sin instituciones de servidumbre, para obtener un excedente. Mientras existan otras opciones de subsistencia, como señaló Ester Boserup en su obra clásica,

«es imposible impedir que los miembros de la clase baja encuentren otros medios de subsistencia a menos que se les haga personalmente no libres».

Cuando la población se vuelve tan densa que la tierra puede controlarse, resulta innecesario mantener a las clases inferiores en la esclavitud; basta con privar a la clase trabajadora del derecho a ser cultivadores independientes» –forrajeadores, cazadores–recolectores, sembradores de colza, pastores¹²⁷.

En el caso de los primeros estados, hacer que las clases inferiores no fueran libres de forma fiable significaba retenerlas en el núcleo del grano e impedir que huyeran

127 Boserup, *The Conditions of Agricultural Growth*, 73.

para evitar el trabajo penoso y/o la propia esclavitud¹²⁸. Por mucho que se hiciera para desalentar y castigar la huida –y los primeros códigos legales están repletos de este tipo de mandatos–, el Estado arcaico carecía de medios para impedir cierto grado de fuga en circunstancias normales. En tiempos difíciles, ocasionados, por ejemplo, por una mala cosecha, unos impuestos inusualmente elevados o una guerra, esta fuga podía convertirse rápidamente en una hemorragia. A falta de detener el flujo, la mayoría de los estados arcaicos trataban de reemplazar sus pérdidas por diversos medios, entre ellos las guerras para capturar esclavos, la compra de esclavos a los esclavistas y el reasentamiento forzoso de comunidades enteras cerca del núcleo cerealista.

La población total de un Estado cerealista, suponiendo que controlara suficiente tierra fértil, era una indicación fiable, si no infalible, de su riqueza relativa y su destreza militar.

Aparte de una posición ventajosa en las rutas comerciales y fluviales o de gobernantes especialmente inteligentes, tanto las técnicas agrícolas como la tecnología bélica eran relativamente estáticas y dependían en gran medida de la mano de obra. El Estado con más población era generalmente más rico y solía prevalecer militarmente sobre

128 En las sociedades agrarias, la familia patriarcal es una especie de microcosmos de esta situación. Aferrarse al trabajo –físico y reproductivo– de las mujeres de la familia, así como al trabajo de los niños, es fundamental para su éxito, especialmente el éxito de su director general, ¡el patriarca!

rivales más pequeños. Un indicio de este hecho fundamental era que el premio de la guerra eran más a menudo los cautivos que el territorio, lo que significaba que se perdonaba la vida a los perdedores, sobre todo a las mujeres y los niños.

Muchos siglos después, Tucídides reconoce la lógica de la mano de obra al elogiar al general espartano Brásidas por negociar rendiciones pacíficas, aumentando así la base tributaria y de mano de obra espartana sin coste alguno en vidas espartanas¹²⁹.

La guerra en el aluvión mesopotámico a partir del período Uruk tardío (3.500–3.100 a.C.) y durante los dos milenios siguientes tampoco consistió en la conquista de territorios, sino en la concentración de poblaciones en el núcleo cerealista del Estado. Gracias al original y meticuloso trabajo de Seth Richardson, sabemos que la inmensa mayoría de las guerras del aluvión no eran las que enfrentaban a las más grandes y conocidas entidades políticas urbanas, sino más bien las pequeñas guerras de cada una de esas entidades para conquistar las comunidades independientes más pequeñas de su propio interior y aumentar así su población trabajadora y, por tanto, su poder¹³⁰. Las entidades políticas

129 Thucydides, *The Peloponnesian War*, 221.

130 Richardson, “Early Mesopotamia”, 9, 20. El verbo “arrear” no es, en mi opinión, casual, ya que los súbditos fugitivos se comparan con “un rebaño disperso de ganado” (29). Incluso las guerras entre los principales estados

pretendían reunir a la gente «no pacificada» y «dispersa» y «arrear a los clientes no estatales hacia las órdenes estatales tanto por la fuerza como por la persuasión». Este proceso, señala Richardson, es un imperativo continuo en la medida en que los estados están perdiendo simultáneamente «sus propias poblaciones constituyentes desde y hacia unidades no estatales». Aunque el Estado pudiera presumir de una administración minuciosa de sus súbditos, en realidad estaba en una lucha constante para compensar las pérdidas por huida y mortalidad mediante una campaña en gran medida coercitiva para acorralar a nuevos súbditos de entre las poblaciones hasta entonces «no gravadas y no reguladas». Los códigos legales de la Antigua Babilonia están preocupados por los fugitivos y por el esfuerzo de devolverlos a su trabajo y residencia designados.

El Estado y la esclavitud

La esclavitud no fue inventada por el Estado. Diversas formas de esclavitud, individual y comunal, se practicaban ampliamente entre los pueblos no estatales. Para la América Latina precolombina, Fernando Santos-Granero ha

tenían como objetivo reducir la fuerza de trabajo del enemigo, clave para el éxito de la política (21-22).

documentado abundantemente las numerosas formas de servidumbre comunal practicadas, muchas de las cuales persistieron junto con la servidumbre colonial tras la conquista¹³¹. La esclavitud, aunque generalmente atenuada con la asimilación y la movilidad ascendente, era común entre los pueblos nativos americanos ávidos de mano de obra. La servidumbre humana era sin duda conocida en el antiguo Oriente Próximo antes de la aparición del primer Estado. Al igual que con el sedentarismo y la domesticación del grano, que también fueron anteriores a la formación del Estado, el Estado primitivo elaboró y amplió la institución de la esclavitud como medio esencial para maximizar su población productiva y el excedente del que podía apropiarse.

Sería casi imposible exagerar la centralidad de la esclavitud, en una forma u otra, en el desarrollo del Estado hasta hace muy poco. Como observó Adam Hochschild, en 1800 aproximadamente tres cuartas partes de la población mundial vivía en condiciones de servidumbre¹³².

En el Sudeste Asiático, todos los primeros estados fueron estados esclavistas; el cargamento más valioso de los comerciantes malayos en el Sudeste Asiático insular fueron, hasta finales del siglo XIX, los esclavos. Los ancianos de los llamados pueblos aborígenes (orang asli) de la península

131 Santos-Granero, *Vital Enemies*.

132 Hochschild, *Bury the Chains*, 2.

malaya y los pueblos de las colinas del norte de Tailandia pueden recordar las historias de sus padres y abuelos sobre las temidas incursiones de esclavos¹³³.

Siempre que tengamos en cuenta las diversas formas que puede adoptar la esclavitud a lo largo del tiempo, uno se siente tentado de afirmar: «Sin esclavitud, no hay Estado». Moses Finley planteó la famosa pregunta: «¿Se basó la civilización griega en el trabajo esclavo?», y respondió con un rotundo y bien documentado sí¹³⁴. Los esclavos representaban una clara mayoría –quizá hasta dos tercios– de la sociedad ateniense, y la institución se daba completamente por sentada; nunca se planteó la cuestión de la abolición. Como sostenía Aristóteles, algunos pueblos, debido a la falta de facultades racionales, son, por naturaleza, esclavos y se utilizan mejor, como los animales de tiro, como herramientas. En Esparta, los esclavos representaban una parte aún mayor de la población. La diferencia, a la que volveremos más adelante, era que mientras la mayoría de los esclavos de Atenas eran cautivos de guerra de pueblos de habla no griega, los esclavos de Esparta eran en su mayoría «helotas», cultivadores indígenas conquistados en el lugar por Esparta y obligados a trabajar y producir comunalmente para los espartanos «libres». En este modelo, la apropiación de un complejo

133 Para la relación entre la construcción del Estado, la esclavitud y las redadas de esclavos, véase mi libro *El arte de no ser gobernado*.

134 Finley, “Was Greek Civilization Based on Slave Labour?”

cerealista sedentario ya existente por parte de los constructores militarizados del Estado es mucho más explícita.

La Roma imperial, un sistema político a una escala sólo comparable a la de su contemporánea más oriental, la China de la dinastía Han, convirtió gran parte de la cuenca mediterránea en un enorme emporio esclavista. En cada campaña militar romana había mercaderes de esclavos y soldados ordinarios que esperaban enriquecerse vendiendo o rescatando a los cautivos que habían capturado personalmente. Según una estimación, las guerras galas produjeron casi un millón de nuevos esclavos, mientras que, en la Roma e Italia agustinianas, los esclavos representaban entre un cuarto y un tercio de la población. La ubicuidad de los esclavos como mercancía se reflejó en el hecho de que en el mundo clásico un esclavo «estandarizado» se convirtió en una unidad de medida: en Atenas en un momento dado –el mercado fluctuaba– un par de mulas de trabajo valía tres esclavos.

Esclavitud y servidumbre en Mesopotamia

La existencia de la esclavitud y otras formas de servidumbre en las primeras ciudades de Mesopotamia,

menos documentadas y de menor tamaño, es incuestionable. Finley nos asegura: «El mundo pregriego –el mundo de los sumerios, babilonios, egipcios y asirios...– era, en gran medida, un mundo de esclavos, –...era, en un sentido muy profundo, un mundo sin hombres libres, en el sentido en que Occidente ha llegado a entender el concepto»¹³⁵.

Sin embargo, lo que está en tela de juicio es el alcance de la esclavitud per se, las formas que adoptó y su importancia para el funcionamiento del sistema político¹³⁶. El consenso general ha sido que, aunque la esclavitud estaba indudablemente presente, era un componente relativamente menor de la economía general¹³⁷.

Basándome en mi lectura de las escasas pruebas disponibles, yo discreparía de este consenso. La esclavitud, aunque no era tan importante como en la Atenas, Esparta o Roma clásicas, era crucial por tres razones: proporcionaba la mano de obra para el producto comercial de exportación más importante, los textiles; proporcionaba un proletariado

135 Ibid. , 164.

136 El relato que sigue a continuación está extraído de Yoffee, *Myths of the Archaic State*; Yoffee y Cowgill, *The Collapse of the Ancient States and Civilizations*; Adams, “An Interdisciplinary Overview of a Mesopotamian City”; Algaze, “Initial Social Complexity in Southwestern Asia”; McCorriston, “The Fiber Revolution”.

137 Pero para una visión más acorde con mi lectura, véase Diakanoff, *Estructura de la sociedad y el Estado en el Sumer dinástico temprano*.

disponible para los trabajos más onerosos (por ejemplo, la excavación de canales, la construcción de murallas); y era tanto una muestra como una recompensa por el estatus de élite. Espero demostrar que los argumentos a favor de la importancia de la esclavitud en los estados mesopotámicos son convincentes. Cuando se tienen en cuenta otras formas de trabajo no libre, como la servidumbre por deudas, el reasentamiento forzoso y el trabajo de corvée, es difícil negar la importancia del trabajo forzado para el mantenimiento y la expansión del módulo de trabajo del grano en el núcleo del Estado.

Parte de la controversia sobre la importancia de la esclavitud en la antigua Sumeria es una cuestión de terminología. Las opiniones difieren en parte porque hay muchos términos que podrían significar «esclavo», pero también «siervo», «subordinado» o «sirviente». Sin embargo, hay casos dispersos de compra y venta de personas –esclavitud mobiliaria– que están bien atestiguados, aunque no sabemos hasta qué punto eran comunes. La categoría más inequívoca de esclavos era la de los prisioneros de guerra capturados. Dada la constante necesidad de mano de obra, la mayoría de las guerras eran guerras de captura, en las que el éxito se medía por el número y la calidad de los cautivos –hombres, mujeres y niños– capturados. De las muchas fuentes de mano de obra dependiente identificadas por I.J. Gelb –esclavos nacidos en el hogar, esclavos por deudas, esclavos comprados en el

mercado a sus secuestradores, pueblos conquistados traídos de vuelta y asentados a la fuerza como grupo, y prisioneros de guerra–, las dos últimas parecen ser las más significativas¹³⁸.

Ambas categorías representan el botín de guerra. En una lista de 167 prisioneros de guerra aparecían muy pocos nombres sumerios o acadios (es decir, indígenas); la gran mayoría habían sido tomados de las montañas y de zonas situadas al este del río Tigris. Un ideograma para «esclavo» en la Mesopotamia del tercer milenio era la combinación del signo para «montaña» con el signo para «mujer», lo que significaba mujeres capturadas en el curso de incursiones militares en las colinas o tal vez intercambiadas por los esclavistas a cambio de bienes comerciales. También se cree que el ideograma «hombre» o «mujer» unido a «tierra extranjera» hace referencia a los esclavos. Si el propósito de la guerra era en gran medida la adquisición de cautivos, entonces tiene más sentido ver estas expediciones militares más a la luz de las incursiones de esclavos que como una guerra convencional. La única institución esclava importante y documentada en Uruk parecen haber sido los talleres de producción textil supervisados por el Estado, en los que trabajaban hasta nueve mil mujeres.

La mayoría de las fuentes las describen como esclavas, pero es posible que también incluyeran a deudoras,

138 Gelb, “Prisoners of War in Early Mesopotamia.”

indigentes, expósitos y viudas, tal vez como en los asilos de la Inglaterra victoriana. Varios historiadores de la época afirman que tanto las mujeres como los menores tomados como prisioneros de guerra, complementados por las esposas e hijos de los deudores, formaban el núcleo de la mano de obra textil. Los analistas de esta gran «industria» textil subrayan lo decisiva que era para la posición de las élites, que dependían para su poder de un flujo constante de metales (cobre en particular) y otras materias primas procedentes de fuera del aluvión de escasos recursos. Esta empresa estatal proporcionaba el bien comercial clave que podía intercambiarse por estas necesidades. Los talleres representaban un «gulag» de mano de obra cautiva que daba sustento a un nuevo estrato de élites religiosas, civiles y militares.

Tampoco era insignificante desde el punto de vista demográfico. Diversas estimaciones sitúan la población de Uruk en torno a los cuarenta mil o cuarenta y cinco mil habitantes en el año 3.000 a.C.. Sólo nueve mil trabajadores textiles representarían al menos el 20% de los habitantes de Uruk, sin contar a los demás prisioneros de guerra y esclavos de otros sectores de la economía. Proporcionar raciones de grano a estos trabajadores y a otros trabajadores

dependientes del Estado requería un formidable aparato de evaluación, recolección y almacenamiento¹³⁹.

Otros documentos de Uruk se refieren con frecuencia a trabajadores no libres y, en particular, a esclavas de origen extranjero. Eran, según Guillermo Algaze, una fuente primaria de trabajadores a disposición de la administración estatal de Uruk¹⁴⁰. Los resúmenes de los escribas sobre los grupos de trabajadores (tanto extranjeros como nativos) emplean las mismas categorías de edad y sexo que las utilizadas para describir los «rebaños de animales domésticos controlados por el Estado». «Parece, por tanto, que en la mente de los escribas de Uruk y a los ojos de las instituciones que los empleaban, tales trabajadores eran conceptualizados como humanos ‘domesticados’, totalmente equivalentes a los animales domésticos en estatus»¹⁴¹.

¿Qué más podemos decir sobre la organización, el trabajo y el trato de prisioneros y esclavos? Un examen minucioso

139 Tate Paulette examina este proceso de evaluación, recolección y almacenamiento en detalle, en particular en el caso del asentamiento aluvional del tercer milenio de Fara, en “Grain, Storage, and State-Making in Mesopotamia”.

140 Algaze, “The End of Prehistory and the Uruk Period,” 81. Algaze is relying here on R. K. Englund, “Texts from the Late Uruk Period,” in Josef Bauer, Robert K. Englund, and Manfred Krebernik, eds. , Mesopotamien: Spätruk-Zeit und fröhdynastische Zeit (Freiburg: Universitätsverlag, 1998), 236.

141 Algaze, “The End of History and the Uruk Period,” 81.

de 469 esclavos y prisioneros de guerra llevados a Uruk y recluidos en una «casa de prisioneros» durante el reinado de Rim-Anum (c. 1.805 a.C.)¹⁴² ofrece una imagen excepcional y bastante detallada, a pesar de la fragmentariedad de las fuentes: «Es muy probable que existieran casas de prisioneros en otros lugares de Mesopotamia y en otras zonas del antiguo Oriente Próximo»¹⁴³.

La «casa» funcionaba como una especie de oficina de suministro de mano de obra. Los cautivos representaban un amplio espectro de habilidades y experiencia, y eran distribuidos a individuos, templos y oficiales militares como barqueros, jardineros, trabajadores de la cosecha, pastores, cocineros, animadores, cuidadores de animales, tejedores, alfareros, artesanos, cerveceros, reparadores de caminos, moledores de grano, etc.

La casa –que aparentemente no era un hospicio– recibía harina a cambio de la mano de obra que proporcionaba. La casa –que aparentemente no era un asilo– recibía harina a cambio de la mano de obra que proporcionaba. Se procuraba organizar pequeñas cuadrillas de trabajadores y

142 The conventional Romanization of the cuneiform term is “[e2 asīrī]. ”

143 Seri, The House of Prisoners, 259. La fecha es dos siglos posterior a Ur III, y las circunstancias son un tanto excepcionales, pero parte de la base de que muchas de las prácticas descritas guardan un parecido familiar con prácticas anteriores; el resto del párrafo está extraído de su relato.

reubicarlas con frecuencia para minimizar el peligro de revuelta o fuga.

Otras evidencias sobre esclavos y prisioneros de guerra indican que no eran bien tratados. Muchos aparecen con grilletes en el cuello o sometidos físicamente.

«*En los sellos cilíndricos encontramos frecuentes variantes de una escena en la que el gobernante supervisa a sus hombres mientras golpean con garrotes a prisioneros encadenados*»¹⁴⁴.

Hay muchos informes de cautivos cegados deliberadamente, pero es imposible saber lo común que era esta práctica. Quizá la prueba más contundente del trato brutal sea la conclusión generalizada por los estudiosos de que la población servil no se reproducía. En las listas de prisioneros, llama la atención el número de muertos, no se sabe si a causa de la marcha forzada o por exceso de trabajo y malnutrición¹⁴⁵.

En mi opinión, la razón de que se destruyera tan descuidadamente mano de obra valiosa se debe menos a un desprecio cultural por los cautivos de guerra que al hecho de

144 Nissen and Heine, *From Mesopotamia to Iraq*, 31.

145 Gelb, “Prisoners of War in Early Mesopotamia,” 90; and, later but perhaps relevant, Tenney, *Life at the Bottom of Babylonian Society*, 114, 133.

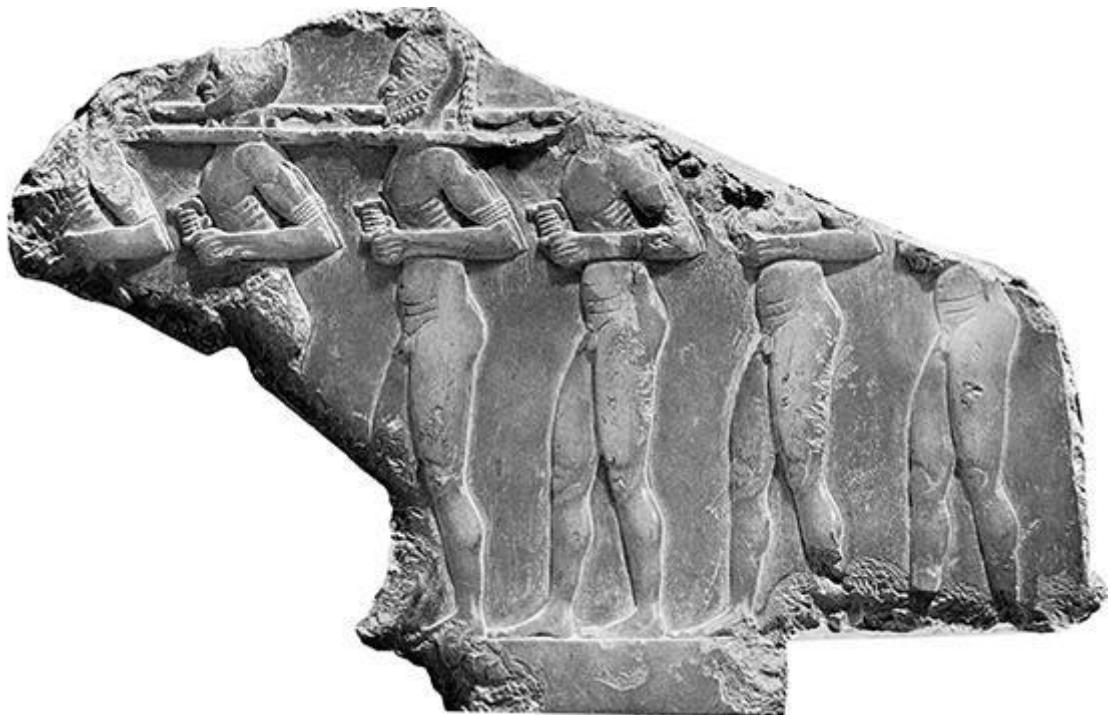
que los nuevos prisioneros de guerra eran abundantes y relativamente fáciles de adquirir.

Las pruebas circunstanciales más sólidas de la existencia de esclavos y prisioneros cautivos proceden, como cabría esperar, de períodos posteriores a Ur III, cuando los textos cuneiformes son más abundantes. Es muy cuestionable que se pueda argumentar a favor de la retrotracción de estas pruebas a Ur III o que se puedan aplicar a nuestra comprensión del periodo Uruk (c. 3.000 a.C.). En estos períodos posteriores, gran parte del aparato de «gestión» de esclavos es evidente. Hay cazarrecompensas cuya especialidad es localizar y devolver a los esclavos fugitivos. Los fugitivos se subdividen en fugitivos «recientes», fugitivos «fallecidos» y fugitivos «devueltos», aunque parece que pocos de los esclavos fugitivos fueron recapturados¹⁴⁶.

A lo largo de estas fuentes hay relatos de poblaciones que huyen de una ciudad por causas tan variadas como el hambre, la opresión, las epidemias y la guerra. Entre ellos se encuentran sin duda muchos prisioneros de guerra cautivos, aunque se desconoce si huyeron a su lugar de origen, a otra ciudad, que seguramente los habría acogido, o al pastoreo. En cualquier caso, la fuga era una preocupación de la política del aluvión; el posteriormente conocido código de

146 Tenney, *Life at the Bottom of Babylonian Society*, 105, 107–118.

Hammurabi está repleto de castigos por ayudar o instigar la fuga de esclavos.



Prisioneros con grilletes en el cuello.

Foto cortesía del Museo de Iraq, Bagdad, Dr. Ahmed Kamel

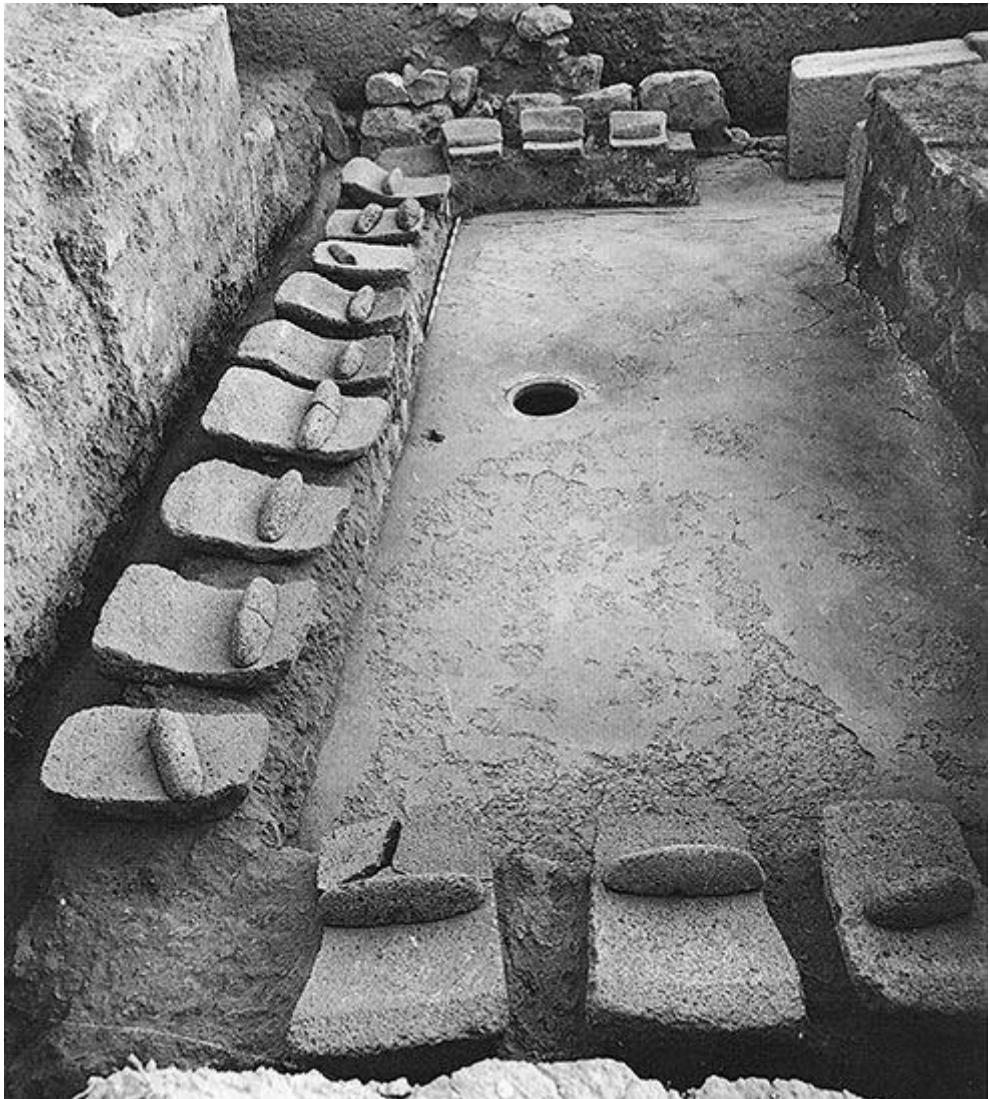
Una curiosa confirmación de las condiciones de los esclavos y deudores esclavizados en Ur III procede de la lectura de un himno utópico «a contrapelo». Antes de la construcción de un templo mayor (Eninnu) se produjo una suspensión ritual de las relaciones sociales «ordinarias» en favor de un momento igualitario radical. Un texto poético describe lo que sucedió en este ritual de excepción:

La esclava era igual a su ama
El esclavo caminaba al lado de su amo
El huérfano no fue entregado al rico

La viuda no era entregada al poderoso
El acreedor no entraba en su casa
Él [el gobernante] soltó la lengua del látigo y del agujón
El amo no golpeó al esclavo en la cabeza
El ama no abofeteaba la cara de la esclava
Canceló las deudas.¹⁴⁷

La representación de un espacio utópico, al negar las penurias ordinarias de los pobres, débiles y esclavizados, proporciona un retrato práctico de las condiciones cotidianas.

147 Piotr Steinkeller, «The Employment of Labor on National Building Projects in the Ur III Period», en Steinkeller y Hudson, *Labor in the Ancient World*, 137–236. Steinkeller y otros tienen una visión optimista de los grandes proyectos de construcción monumental. Steinkeller y otros, hay que añadir, tienen una visión optimista de los grandes proyectos de construcción monumental, tratándolos como interludios festivos durante los cuales la mano de obra estaba bien alimentada y disfrutaba de abundante entretenimiento y bebida, algo así como los rituales cooperativos de la cosecha que se encuentran en la literatura antropológica.



La sala de molienda del palacio de Ebla de principios del segundo milenio. Reimpreso de Postgate, Early Mesopotamia: Society and Economy at the Dawn of History.

Egipto y China

La existencia o no de la esclavitud en el antiguo Egipto, al menos en el Reino Antiguo (2.686–2.181 a.C.), es objeto de acalorados debates. No estoy en condiciones de zanjar la

cuestión, que, en cualquier caso, depende de lo que se considere «esclavitud» y del periodo del antiguo Egipto que estemos describiendo¹⁴⁸.

La cuestión puede ser, como la describe un comentarista reciente, una distinción sin diferencia, en la medida en que la corvée y las cuotas de trabajo para los súbditos eran tan onerosas. Una admonición a hacerse escriba recoge las cargas de los súbditos:

*«Sé escriba. Te ahorra trabajo y te protege de toda clase de trabajos. Te libra de llevar azada y azadón, para que no cargues con un cesto. Te libra de manejar el remo y te ahorra tormentos, pues no estás bajo muchos señores y numerosos amos»*¹⁴⁹.

Las guerras de captura según el modelo mesopotámico se llevaron a cabo durante la Cuarta Dinastía (2.613–2.494 a.C.), y los prisioneros de guerra «extranjeros» eran marcados y readaptados a la fuerza en las «plantaciones» reales o en otras instituciones del templo y del Estado donde las cuotas de mano de obra eran exigentes. Por lo que he podido averiguar, aunque la escala de la esclavitud primitiva es incierta, parece claro que durante el periodo del Reino

148 Ver, por ejemplo, Menu, “Captifs de guerre et dépendance rurale dans l’Égypte du Nouvel Empire”; Lehner, “Labor and the Pyramids”; and Goelet, “Problems of Authority, Compulsion, and Compensation.”

149 Nota en Goelet, “Problems of Authority, Compulsion, and Compensation,” 570.

Medio (2.155–1.650 a.C.) existió a gran escala algo muy parecido a la esclavitud de bienes muebles. Los cautivos eran traídos de las campañas militares y vendidos por los mercaderes de esclavos.

«*La demanda de grilletes era tan grande que los templos encargaban regularmente su fabricación*»¹⁵⁰.

Los esclavos parecen haber sido transmitidos por herencia, ya que en los inventarios de bienes heredados figuraban el ganado y las personas.

También era frecuente la servidumbre por deudas. Más tarde, bajo el Reino Nuevo (siglos XVI–XI a.C.), las campañas militares a gran escala en Oriente y contra los llamados pueblos del mar generaron miles de cautivos, muchos de los cuales fueron llevados de vuelta a Egipto y reasentados en masa como cultivadores o como trabajadores en canteras y minas, a menudo fatales. Algunos de estos cautivos probablemente formaban parte de los constructores de tumbas reales que protagonizaron una de las primeras huelgas de las que se tiene constancia contra los funcionarios de palacio que no les habían entregado sus raciones.

«*Estamos en extrema indigencia... nos faltan todos los alimentos básicos..... Verdaderamente ya estamos*

150 Nemet-Rejat, Daily Life in Ancient Mesopotamia, 188.

*muriendo, ya no estamos vivos», escribió un escriba en su nombre*¹⁵¹.

A otros grupos conquistados se les exigía un tributo anual en metal, vidrio y, al parecer, también esclavos. Lo que está en duda en el caso de los Reinos Antiguo y Medio no es, en mi opinión, la existencia de algo muy parecido a la esclavitud, sino más bien su importancia global para el arte de gobernar egipcio.

Lo que sabemos de la breve dinastía Qin y de los primeros Han que la siguieron refuerza la impresión de que los primeros estados eran máquinas de población que buscaban maximizar su base de mano de obra por todos los medios posibles¹⁵².

La esclavitud era sólo uno de esos medios

La dinastía Qin hizo honor a su reputación de primer intento de dominio total y sistemático. Tenía mercados de

151 El evento tuvo lugar durante el reinado de Ramsés III. Citado en Maria Golia, «After Tahrir», Times Literary Supplement, 12 de febrero de 2016, pág. 14.

152 El relato que sigue a continuación debe mucho a Lewis, *The Early Chinese Empires; Keightley, The Origins of Chinese Civilization*; y Yates, “Slavery in Early China”.

esclavos, al igual que de caballos y ganado. En las zonas fuera del control dinástico, los bandidos capturaban a quienes podían y los vendían en los mercados de esclavos o pedían rescate por ellos. La capital de ambas dinastías se llenó de cautivos de guerra capturados por el Estado, por generales y por soldados individuales.

Como en la mayoría de las guerras primitivas, las campañas militares se mezclaban con el «corsarismo», en el que el botín más valioso era el número de cautivos que se podían vender. Parece que gran parte del cultivo bajo los Qin lo realizaban esclavos cautivos, esclavos por deudas y «criminales» condenados a servidumbre penal¹⁵³.

Sin embargo, la principal técnica para reunir el mayor número posible de súbditos era el reasentamiento forzoso de toda la población –pero especialmente mujeres y niños– de los territorios conquistados.

El centro ritual de los cautivos fue destruido y se reconstruyó una réplica en Xinyang, la capital Qin, lo que significaba un nuevo centro simbólico. Como también era típico en el arte de gobernar de los primeros tiempos en Asia y en otros lugares, la destreza y el carisma de un líder se medían por su capacidad para reunir multitudes en torno a su corte.

153 Ver, por ejemplo, Yates, “Slavery in Early China.”

La esclavitud como estrategia de «recursos humanos»

En la medida en que los cautivos proceden de lugares y entornos dispersos y están separados de sus familias, como solía ocurrir, están socialmente desmovilizados o atomizados y, por tanto, son más fáciles de controlar y absorber. Si los cautivos de guerra procedían de sociedades que se percibían en la mayoría de los aspectos como ajenas a los captores, no se consideraba que tuvieran derecho a la misma consideración social. Al tener, a diferencia de los súbditos locales, pocos o ningún vínculo social local, apenas podían reunir oposición colectiva alguna. El principio de los siervos socialmente desvinculados –janisarios, eunucos, judíos de la corte– se ha considerado durante mucho tiempo una técnica para que los gobernantes se rodearan de personal cualificado pero políticamente neutralizado. Sin embargo, cuando la población esclava es numerosa, está concentrada y tiene vínculos étnicos, esta deseada atomización deja de ser válida. Las numerosas rebeliones de esclavos en Grecia y Roma son sintomáticas, aunque Mesopotamia y Egipto (al menos hasta el Nuevo Reino) no parecían tener esclavitud a esta escala.

Las mujeres y los niños eran especialmente apreciados como esclavos. Las mujeres solían formar parte de los hogares locales como esposas, concubinas o sirvientas, y los niños eran asimilados rápidamente, aunque en un estatus inferior.

Al cabo de una o dos generaciones, tanto ellos como sus descendientes se habrían incorporado a la sociedad local, tal vez con una nueva capa de esclavos recién capturados por debajo de ellos en el orden social. Si los sistemas políticos ávidos de mano de obra como, por ejemplo, las sociedades nativas americanas o la sociedad malaya históricamente son una indicación, es común encontrar una esclavitud generalizada junto con una rápida asimilación cultural y movilidad social. No era infrecuente, por ejemplo, que un hombre cautivo de los malayos tomara una esposa local y, con el tiempo, organizara sus propias expediciones de captura de esclavos.

Siempre que se adquirieran esclavos constantemente, esas sociedades seguirían siendo esclavistas, pero, vistas a lo largo de varias generaciones, los cautivos anteriores se habrían vuelto casi indistinguibles de sus captores.

Las mujeres cautivas eran al menos tan importantes por sus servicios reproductivos como por su trabajo. Dados los problemas de mortalidad infantil y materna en el Estado primitivo y la necesidad tanto de la familia patriarcal como del Estado de mano de obra agraria, las mujeres cautivas

constituían un dividendo demográfico. Su reproducción pudo haber desempeñado un papel importante en el alivio de los efectos, por lo demás malsanos, de la concentración y la domus. Aquí no puedo resistirme al evidente paralelismo con la domesticación del ganado, que requiere tomar el control sobre su reproducción.

El rebaño de ovejas domesticadas tiene muchas ovejas y pocos carneros, ya que así se maximiza su potencial reproductivo. En el mismo sentido, las mujeres esclavas en edad reproductiva eran apreciadas en gran medida como reproductoras por su contribución a la maquinaria de mano de obra del Estado primitivo¹⁵⁴.

La continua absorción de esclavos en la parte inferior del orden social también puede considerarse un factor importante en el proceso de estratificación social, una característica distintiva del Estado primitivo. A medida que los cautivos anteriores y su progenie se incorporaban a la sociedad, los rangos inferiores se reponían constantemente con nuevos cautivos, solidificando aún más la línea que separaba a los súbditos «libres» de los sometidos, a pesar de su permeabilidad a lo largo del tiempo. Cabe imaginar también que la mayoría de los esclavos no sometidos a trabajos forzados fueron acaparados por las élites políticas

154 Los lectores habrán observado quizás que la emigración masiva hacia el norte de Europa y Norteamérica, aunque en gran medida voluntaria, consigue prácticamente lo mismo en cuanto a poner a disposición del país en el que se asientan la vida productiva de personas criadas y formadas en otros lugares.

de los primeros estados. Si los hogares de la élite griega o romana sirven de referencia, gran parte de su distinción residía en el impresionante despliegue de sirvientes, cocineros, artesanos, bailarines, músicos y cortesanas. Sería difícil imaginar la primera estratificación social elaborada en los primeros estados sin esclavos cautivos de guerra en la base y el embellecimiento de la élite, dependiente de esos esclavos, en la cima.

Había, por supuesto, muchos esclavos varones fuera de los hogares. En el mundo grecorromano, los combatientes enemigos cautivos –sobre todo si habían ofrecido una fuerte resistencia– podían ser ejecutados, pero muchos más eran rescatados o devueltos como botín de guerra.

Es poco probable que un Estado que depende de una población de escasos productores despilfarre el premio esencial de la guerra primitiva. Aunque sabemos muy poco sobre la disposición de los cautivos de guerra en Mesopotamia, en los territorios grecorromanos se les utilizaba como una especie de proletariado desecharable en los trabajos más brutales y peligrosos: minas de plata y cobre, canteras de piedra, tala de madera y como remeros en las galeras. Su número era enorme, pero como trabajaban en los lugares donde se encontraban los recursos, su presencia era mucho menos visible –y constituyían una amenaza mucho menor para el orden

público— que si hubieran estado cerca del centro de la corte¹⁵⁵.

No sería exagerado en absoluto considerar este tipo de trabajo como un gulag primitivo, con trabajo en bandas y altas tasas de mortalidad. Dos aspectos de este sector del trabajo esclavo merecen ser destacados. En primer lugar, la minería, la explotación de canteras y la tala de madera eran absolutamente fundamentales para las necesidades militares y monumentales de las élites estatales. En las ciudades-Estado mesopotámicas más pequeñas, estas necesidades eran más modestas, pero no menos vitales. En segundo lugar, el lujo de contar con un proletariado desecharable y reemplazable evitaba a los propios súbditos las tareas más degradantes y, por tanto, prevenía las presiones insurreccionales que ese trabajo podría provocar, al tiempo que satisfacía importantes ambiciones militares y monumentales.

Además de la explotación de canteras, minas y troncos, que sólo los hombres desesperados o muy bien pagados realizarían voluntariamente, podríamos incluir la carretería, el pastoreo, la fabricación de ladrillos, la excavación y el dragado de canales, la alfarería, la fabricación de carbón vegetal y el tiro de remos en barcos o botes. Es posible que los primeros estados mesopotámicos comerciaran con

155 Taylor, «Creer en los antiguos». Para una disidencia con esta postura, véase Scheidel, «Cuantificar las fuentes de los esclavos».

muchos de estos productos, subcontratando así el trabajo pesado y el control de la mano de obra a otros. No obstante, gran parte de la materialidad de la construcción del Estado depende esencialmente de este tipo de trabajo, y lo importante es si quienes lo realizan son esclavos o súbditos. Como se preguntaba Bertolt Brecht en su poema «Preguntas de un obrero que lee»:

¿Quién construyó la Tebas de las siete puertas?
En los libros leerás nombres de reyes.
¿Los reyes levantaron los pedruscos?
Y Babilonia muchas veces demolida,
¿Quién la levantó tantas veces?

La economía del botín y la construcción del Estado

Un signo inequívoco de la obsesión por la mano de obra de los primeros estados, ya sea en el Creciente Fértil, en Grecia o en el Sudeste Asiático, es lo poco que se jactan sus crónicas de haber tomado territorios. En vano se busca algo parecido a la reivindicación alemana del *lebensraum*¹⁵⁶ del siglo XX.

156 La palabra Lebensraum ("espacio vital") sirve para describir la geografía física como un factor que influye en las actividades humanas en el desarrollo de una sociedad. El Lebensraum abarca las políticas y prácticas de

En su lugar, el relato triunfal de una campaña exitosa, después de alabar el valor de los generales y las tropas, probablemente pretenda impresionar al lector con la cantidad y el valor del botín.

La victoria de Egipto sobre los reyes de oriente en Kadesh (1.274 a.C.) no es sólo un elogio de la valentía del faraón, sino también un registro del saqueo y, en particular, del ganado y los prisioneros: tantos caballos, tantas ovejas, tanto ganado y tanta gente¹⁵⁷. Los prisioneros humanos, aquí como en otros lugares, a menudo se distinguen por sus habilidades y oficios, y uno imagina que se hizo algo así como un inventario del talento que los conquistadores habían adquirido. Los conquistadores buscaban mano de obra genérica y, al mismo tiempo, artesanos y artistas que realzaran el esplendor de sus cortes. Por lo general, las ciudades y aldeas de los pueblos vencidos eran destruidas para que no hubiera nada a lo que volver. En teoría, el botín pertenecía al gobernante, pero en la práctica se repartía, y los generales y soldados individuales se llevaban su propio ganado y prisioneros para conservarlos, pedir rescate o venderlos. Tucídides, en su historia de *Las Guerras del Peloponeso*, relata varias conquistas de este tipo y añade

colonización que proliferaron en Alemania desde la década de 1890 hasta la de 1940. Se popularizó por primera vez hacia el 1901. [N. e. d.]

157 Más que una victoria, la batalla parece haber sido en realidad un enfrentamiento, aunque el término “Armagedón” nos viene del enfrentamiento.

que la mayoría de las guerras se libraban cuando el grano estaba maduro, de modo que también podía ser incautado como botín y forraje¹⁵⁸.

El concepto de Max Weber de «capitalismo del botín» parece aplicable a muchas de esas guerras, ya se libraran contra estados competidores o contra pueblos no estatales de su periferia.

«Capitalismo del botín» significa simplemente, en el caso de la guerra, una campaña militar cuyo objetivo es el beneficio. En una forma, un grupo de señores de la guerra podría urdir un plan para invadir otro pequeño reino, con ambos ojos fijos en el botín en, digamos, oro, plata, ganado y prisioneros a incautar. Se trataba de una «sociedad anónima», cuyo negocio era el saqueo. Dependiendo de los soldados, caballos y armas que cada uno de los conspiradores aportara a la empresa, las posibles ganancias podrían dividirse proporcionalmente a la inversión de cada participante. La empresa es, por supuesto, arriesgada, en la medida en que los conspiradores (a menos que sean meros financiadores) arriesgan potencialmente sus vidas. No cabe duda de que estas guerras pueden tener otros objetivos estratégicos, como el control de una ruta comercial o el aplastamiento de un rival, pero para los primeros estados, la obtención de botín, en particular de cautivos humanos, no

158 Thucydides, *The Peloponnesian War*, 173.

era un mero subproducto de la guerra, sino un objetivo clave¹⁵⁹.

Muchos de los primeros estados del Mediterráneo llevaron a cabo sistemáticamente guerras de esclavos como parte de sus necesidades de mano de obra. En muchos casos, tanto en el Sudeste Asiático como en la Roma imperial, la guerra se consideraba una vía hacia la riqueza y el bienestar. Todos, desde los comandantes hasta los soldados, esperaban ser recompensados con su parte del botín. En la medida en que los hombres en edad militar participaban en expediciones de esclavitud, como ocurría en la Roma imperial, ello suponía un problema para la mano de obra dedicada a la producción de grano y ganado en casa.

Con el tiempo, la enorme afluencia de esclavos permitió a los terratenientes –y a los soldados campesinos– sustituir gran parte de la mano de obra agraria por esclavos que, a su vez, no estaban sujetos al servicio militar obligatorio.

A pesar de la relativa ausencia de pruebas fehacientes sobre el alcance de la esclavitud en Mesopotamia y el Egipto primitivo, uno se siente tentado a especular que el sector esclavista erigido sobre el módulo del grano en los primeros estados fue, aunque de tamaño modesto, un componente esencial en la creación de un Estado poderoso. Los pulsos de esclavos cautivos aliviaban muchas de las necesidades de

159 Cameron, “Captives and Culture Change.”

mano de obra de un Estado que, de otro modo, tendría problemas demográficos. Quizá lo más importante era el hecho de que los esclavos, exceptuando unos pocos trabajadores cualificados, se concentraban en las tareas más degradantes y peligrosas, a menudo lejos de la domus, que era fundamental para el sustento material y simbólico de su poder. Si esos estados hubieran tenido que extraer esa mano de obra exclusivamente de sus propios súbditos, habrían corrido un alto riesgo de provocar la huida o la rebelión, o ambas cosas.

La particularidad de la esclavitud y la servidumbre en Mesopotamia

A los historiadores y arqueólogos les gusta decir, como hemos señalado, que «la ausencia de pruebas no es prueba de ausencia». Las pruebas de esclavitud y servidumbre que hemos examinado difícilmente están ausentes, pero son lo bastante escasas como para haber convencido a una serie de estudiosos de que la esclavitud y la servidumbre eran insignificantes. En lo que sigue, espero sugerir las razones por las que la esclavitud debería parecer menos intrusiva y central en la evidencia mesopotámica que en Grecia o Roma.

Estas razones tienen que ver con el modesto tamaño y el alcance geográfico de los estados mesopotámicos, los orígenes de su población esclava, la posible «subcontratación» de mano de obra no libre, la importancia del trabajo corvée de la población súbdita y el papel potencial de las formas comunales de servidumbre. Al examinar los estudios sobre el trabajo en Mesopotamia, he descubierto que, al menos en el caso de algunos proyectos de construcción monumental, el trabajo exigido a la población súbdita (no esclava) puede haber sido menor de lo que a menudo se supone, y que incluso puede haber ido acompañado de banquetes rituales al terminar el monumento¹⁶⁰.

Tres razones obvias por las que la Mesopotamia del Tercer Milenio podría parecer una sociedad menos esclavista que Atenas o Roma son la menor población de los primeros estados, la escasa documentación que dejaron y su

160 Véase, especialmente, Steinkeller, «The Employment of Labor on National Building Projects»; Richardson, «Building Larsa»; Dietler y Herbich, «Feasts and Labor Mobilization». Richardson establece que la cantidad de mano de obra necesaria para construir, por ejemplo, la muralla de una ciudad era mucho menor de lo que comúnmente se supone. Por otra parte, es imposible determinar las condiciones cotidianas del trabajo a partir de las autoinfladas declaraciones oficiales sobre los sumptuosos festines ofrecidos al «pueblo» con motivo de la finalización de un templo. El fundamento social de estos argumentos se basa en la relativa facilidad de huida de los súbditos descontentos. Esta perspectiva pasa por alto las medidas adoptadas contra la huida, así como la posible facilidad para capturar sustitutos mediante la guerra o la compra.

relativamente pequeño alcance geográfico. Atenas y Roma eran formidables potencias navales que importaban esclavos de todo el mundo conocido, y prácticamente toda su población esclava procedía de sociedades de habla no griega ni latina.

Este hecho social y cultural proporcionó gran parte de la base para la asociación estándar de los pueblos estatales con la civilización, por un lado, y los pueblos no estatales con la barbarie, por otro. En cambio, las ciudades-Estado mesopotámicas tomaban a sus cautivos de lugares mucho más cercanos. Por ese motivo, era más probable que los cautivos estuvieran más alineados culturalmente con sus captores. Si se les permitía, podrían haberse asimilado más rápidamente a la cultura y las costumbres de sus amos y amas. En el caso de las mujeres jóvenes y los niños, a menudo los cautivos máspreciados, los matrimonios mixtos o el concubinato bien podrían haber servido para ocultar sus orígenes sociales en un par de generaciones.

El origen de los prisioneros de guerra es otro factor que complica la situación. La mayor parte de la literatura sobre la esclavitud en Mesopotamia se refiere a prisioneros de guerra que no hablaban ni acadio ni sumerio. Sin embargo, es evidente que la guerra entre ciudades en el aluvión era habitual. Si, de hecho, una parte significativa de los cautivos procedían de guerras interurbanas entre súbditos y de comunidades locales hasta entonces independientes, entonces, dada su cultura común, es plausible que los

cautivos se hubieran convertido en súbditos ordinarios de la ciudad–Estado de su captor sin mucho más preámbulo, tal vez incluso sin ser formalmente esclavizados.

Cuanto mayores son las diferencias culturales y lingüísticas entre los esclavos y sus amos, más fácil resulta trazar y hacer cumplir la separación social y jurídica que da lugar a la marcada demarcación típica de las sociedades esclavistas.

En la Atenas del siglo V a.C., por ejemplo, existía una clase considerable, más del 10% de la población, de místicos, traducidos habitualmente como «extranjeros residentes». Eran libres de vivir y comerciar en Atenas y tenían las obligaciones de la ciudadanía (impuestos y servicio militar obligatorio, por ejemplo) sin sus privilegios. Entre ellos había un número considerable de antiguos esclavos. Cabe preguntarse si las ciudades–Estado mesopotámicas satisfacían una parte sustancial de sus insaciables necesidades de mano de obra absorbiendo cautivos o refugiados de poblaciones culturalmente similares. En este caso, dichos cautivos o refugiados probablemente no aparecerían como esclavos, sino como una categoría especial de «súbditos» y quizás serían, con el tiempo, totalmente asimilados.

Del mismo modo que la mayoría de los consumidores occidentales nunca experimentan directamente las condiciones en las que se reproducen los fundamentos materiales de sus vidas, para los griegos de Atenas esa mitad

aproximada de la población esclava que trabajaba en las canteras, las minas, los bosques y las galeras era en gran medida invisible.

A una escala mucho más modesta, los primeros estados mesopotámicos necesitaban mano de obra masculina para extraer piedra, extraer cobre para armamento y proporcionar madera para la construcción, leña y carbón vegetal. Como estas actividades se habrían llevado a cabo a una distancia considerable de la llanura aluvial, habrían sido relativamente invisibles para los súbditos del centro, aunque no para las élites estatales.

El fenómeno conocido como «la expansión de Uruk» –el descubrimiento de artefactos culturales de Uruk en el interior y en los montes Zagros– representa, al parecer, una incursión para crear o proteger rutas comerciales de bienes vitales no disponibles en el aluvión¹⁶¹. Aunque es cierto que se capturaron esclavos en esta zona de expansión, no está claro si Uruk utilizó directamente esclavos y cautivos de guerra en esta extracción primaria o si exigió tributo en estos materiales a las comunidades subyugadas o, para el caso, intercambió grano, telas y artículos de lujo por ellos. En cualquier caso, este tipo de trabajo coaccionado habría tenido lugar a cierta distancia de Uruk –subcontratado

161 Algaze, “The Uruk Expansion.”

quizás a socios comerciales— y, por lo tanto, podría dejar pocos rastros cuneiformes, si es que dejó alguno.

Por último, hay dos formas de servidumbre comunal que se practicaban ampliamente en muchos de los primeros estados y que tienen más de un parecido familiar con la esclavitud, pero es poco probable que aparezcan en el registro textual como lo que pensamos de la esclavitud. La primera de ellas podría denominarse deportación masiva unida a asentamientos forzados comunales.

Nuestras mejores descripciones de esta práctica proceden del Imperio neoasirio (911–609 a.C.), donde se empleaba a gran escala. Aunque el Imperio neoasirio es muy posterior a nuestro enfoque temporal principal, algunos estudiosos afirman que estas formas de esclavitud se utilizaron mucho antes en Mesopotamia, el Reino Medio de Egipto y el Imperio hitita¹⁶².

En el Imperio neoasirio, la deportación masiva y los asentamientos forzados se aplicaban sistemáticamente a las zonas conquistadas. Toda la población y el ganado de la tierra conquistada eran trasladados desde el territorio de la periferia del reino hasta un lugar más cercano al núcleo, donde eran reasentados a la fuerza, normalmente como cultivadores.

162 Oded, *Mass Deportations and Deportees. On the practice in early Mesopotamia*, see Gelb, “*Prisoners of War in Early Mesopotamia*.”

Aunque, como en otras guerras de esclavitud, algunos cautivos eran apropiados «privadamente» y otros formaban cuadrillas de trabajo, lo distintivo de la deportación y el asentamiento forzoso era que el grueso de la comunidad cautiva se mantenía intacto y se trasladaba a un lugar donde su producción podía ser controlada y apropiada más fácilmente. Aquí, la máquina centralizadora de la mano de obra y el grano está en funcionamiento, pero a un nivel mayoritario, tomando comunidades agrarias enteras como módulos y poniéndolas al servicio del Estado. Incluso teniendo en cuenta las exageraciones de los escribas, la escala de las transferencias de población no tenía precedentes.

Más de 200.000 babilonios, por ejemplo, fueron trasladados al núcleo del Imperio neoasirio, y el total de deportaciones parece asombroso¹⁶³.

Había especialistas en deportaciones. Los funcionarios realizaban elaborados inventarios de las poblaciones capturadas –sus posesiones, sus habilidades, su ganado– y se encargaban de aprovisionarlas de camino a su nueva ubicación con un mínimo de pérdidas. En algunos casos, parece que los cautivos fueron reasentados en tierras abandonadas anteriormente por otros súbditos, lo que

163 Oded, *Deportaciones masivas y deportados*, 20. Los escribas informan de 4,5 millones de deportados a lo largo de trescientos años, aunque esas cifras parecen estar enormemente infladas por la fanfarronería imperial.

implica que el reasentamiento masivo forzoso pudo formar parte de un esfuerzo por compensar éxodos masivos o epidemias. A muchos de los cautivos se les llamaba «saknitu», que significa «cautivo hecho para asentar la tierra».

La política neoasiria no es históricamente novedosa. Aunque no tenemos ni idea de si era habitual en Mesopotamia, ha sido una práctica de los regímenes de conquista a lo largo de la historia, en particular en el Sudeste Asiático y el Nuevo Mundo. Sin embargo, para nuestro propósito, lo más importante es que estas poblaciones reasentadas no necesariamente habrían aparecido en el registro histórico como esclavos en absoluto. Una vez reasentados, sobre todo si no presentaban diferencias culturales notables, bien podrían haberse convertido en súbditos ordinarios, apenas distinguibles con el tiempo de otros súbditos agrarios.

Parte de la confusión sobre si los términos sumerios anteriores (por ejemplo, erin) deben traducirse como «súbdito», como «prisionero de guerra», como «colono militar» o simplemente como «campesino» bien puede derivar de las diversas clases de súbditos que reflejan los orígenes de su «condición de súbditos».

Un último género de servidumbre que es históricamente común y que también podría no aparecer en el registro histórico como esclavitud es el modelo del helot espartano.

Los helotas eran comunidades agrícolas de Laconia y Mesenia dominadas por Esparta. Cómo llegaron a estar tan dominadas es una cuestión controvertida. Mesenia parece haber sido conquistada en la guerra, pero algunos afirman que los helotas eran aquellos que decidieron no participar en la guerra o que fueron castigados colectivamente por una revuelta anterior. En cualquier caso, se distinguían de los esclavos. Permanecían *in situ* como comunidades enteras, eran humillados anualmente en los rituales espartanos y, como los súbditos de todos los estados agrarios arcaicos, debían entregar grano, aceite y vino a sus amos. Aparte del hecho de que no habían sido reasentados a la fuerza como deportados de guerra, eran en todos los demás aspectos los siervos agrícolas esclavizados de una sociedad completamente militarizada.

He aquí, pues, otra fórmula arcaica mediante la cual se reunió el complejo necesario de mano de obra y cereales que podría servir como módulo de producción de excedentes para la construcción del Estado.

Es concebible, pero bastante desconocido, que algunas de las ciudades-Estado mesopotámicas se originaran en la conquista o el desplazamiento de una población agraria *in situ* por parte de una élite militar externa. En este contexto, Nissen nos advierte que debemos descartar en gran medida la retórica que estigmatiza a los pueblos no estatales y nos insta a recordar el constante intercambio entre montañas y tierras bajas. Afirma que «incluso el asentamiento masivo de

la llanura mesopotámica de mediados del cuarto milenio puede haber formado parte de este proceso».

«*Tentados por el registro escrito hemos... interiorizado el punto de vista de los habitantes de las tierras bajas*»¹⁶⁴.

El hecho de que los topónimos Ur, Uruk y Eridu no sean de origen sumerio apunta a la posibilidad de una incursión –o la toma del control– por parte de la facción militarizada de una sociedad agraria ya existente.

También es concebible que el núcleo cerealista se ampliara y repoblara mediante el reasentamiento forzoso de cautivos de guerra procedentes del interior y de otras ciudades. En cualquiera de estos casos, estas sociedades primitivas no habrían parecido superficialmente sociedades esclavistas. Y, de hecho, no habrían sido sociedades esclavistas en el sentido ateniense o romano.

Sin embargo, el papel central de la esclavitud y la coerción en la creación y el mantenimiento del nexo entre el grano y la mano de obra del Estado agrario primitivo sería perfectamente evidente.

164 Nissen and Heine, From Mesopotamia to Iraq, 80.

Una nota especulativa sobre la domesticación, el trabajo pesado y la esclavitud

Los estados, lo sabemos, no inventaron la esclavitud ni la servidumbre humana; se podían encontrar en innumerables sociedades preestatales. Sin embargo, lo que sí inventaron los estados fueron las sociedades a gran escala basadas sistemáticamente en el trabajo humano cautivo y coaccionado. Incluso cuando la proporción de esclavos era mucho menor que en Atenas, Esparta, Roma o el Imperio neoasirio, el papel del trabajo cautivo y la esclavitud era tan vital y estratégico para el mantenimiento del poder estatal que resulta difícil imaginar que estos estados persistieran mucho tiempo sin él.

¿Y si, como conjetura fructífera, nos tomáramos en serio la afirmación de Aristóteles de que un esclavo es una herramienta de trabajo y, como tal, debe considerarse un animal doméstico como podría serlo un buey?

Después de todo, Aristóteles hablaba en serio. ¿Qué pasaría si examináramos la esclavitud, los cautivos de la guerra agraria, los desvalidos y similares como proyectos estatales para domesticar a una clase de sirvientes humanos –por la fuerza– como nuestros antepasados neolíticos habían domesticado a las ovejas y al ganado? El proyecto, por supuesto, nunca llegó a realizarse del todo, pero ver las

cosas desde este ángulo no es del todo descabellado. Alexis de Tocqueville recurrió a esta analogía cuando consideró la creciente hegemonía mundial de Europa:

*«Casi deberíamos decir que el europeo es para las demás razas lo que el hombre mismo es para los animales inferiores; los somete a su uso, y cuando no puede someterlos, los destruye»*¹⁶⁵.

Si sustituimos «europeos» por «estados primitivos» y «otras razas» por «cautivos de guerra», creo que no distorsionamos mucho el proyecto. Los cautivos, individual y colectivamente, se convirtieron en parte integrante de los medios de producción y reproducción del Estado, una parte, si se quiere, junto con el ganado y los campos de cereales de la propia *domus* del Estado.

Llevada aún más lejos, creo que la analogía tiene un poder esclarecedor. Tomemos la cuestión de la reproducción. En el centro mismo de la domesticación está la afirmación del control humano sobre la reproducción de la planta o el animal, lo que implica confinamiento y una preocupación

165 Tocqueville, *Democracy in America*, 544; citado en Darwin, *After Tamerlane*, 24. Tocqueville añade: «La opresión ha privado, de un solo golpe, a los descendientes de los africanos de casi todos los privilegios de la humanidad. » Para una analogía similar entre la domesticación animal y la humana, véase también el notable libro de Reviel Netz, *Barbed Wire*, 15. Para un brillante análisis de la analogía entre animales domesticados y esclavos en el Sur de EE. UU. antes de la guerra, véase Jacoby, «*Slaves by Nature*».

por la cría selectiva y las tasas de reproducción. En las guerras por los cautivos, la fuerte preferencia por las mujeres en edad reproductiva refleja un interés al menos tan grande en sus servicios reproductivos como en su mano de obra. Sería instructivo, pero por desgracia imposible, conocer, a la luz de los retos epidemiológicos de los primeros centros estatales, la importancia de la reproducción de las mujeres esclavas para la estabilidad demográfica y el crecimiento del Estado. La domesticación de las mujeres no esclavas en los primeros estados cerealistas también puede verse desde la misma perspectiva. La combinación de la propiedad de la tierra, la familia patriarcal, la división del trabajo dentro de la domus y el interés primordial del Estado por maximizar su población tiene como consecuencia la domesticación de la reproducción de la mujer en general.

El animal de arado domesticado o la bestia de carga liberan al hombre de gran parte del trabajo pesado. Lo mismo puede decirse de los esclavos. Más allá del trabajo pesado de la agricultura de arado, las necesidades militares, ceremoniales y urbanas de los nuevos centros estatales exigían formas de trabajo sin precedentes, tanto en términos de tipo como de escala. Las canteras, las minas, las galeras, la construcción de carreteras, la explotación forestal, la excavación de canales y otras tareas serviles pueden haber sido, incluso en tiempos más contemporáneos, el tipo de trabajo realizado por convictos, trabajadores contratados o un proletariado desesperado. Es

el tipo de trabajo lejos de la domus que los hombres «libres» –incluidos los campesinos– evitan. Sin embargo, este trabajo peligroso y pesado era necesario para la supervivencia de los primeros estados. Si no se podía obligar a la propia población agraria a realizar este trabajo sin arriesgarse a la deserción o a la rebelión, había que obligar a hacerlo a una población cautiva, domesticada y foránea. Esa población sólo podía adquirirse mediante la esclavitud, el antiguo, finalmente fracasado y último intento de hacer realidad la visión de Aristóteles de la herramienta humana.

VI. FRAGILIDAD DEL ESTADO PRIMITIVO: COLAPSO Y DESMEMBRAMIENTO

Cuanto más se lee sobre los estados primitivos, mayor es el asombro ante las proezas del arte de gobernar y la improvisación que les dieron origen.

Su vulnerabilidad y fragilidad eran tan manifiestas que lo que requiere explicación es su rara aparición y su aún más rara persistencia. La imagen que evocan las primeras construcciones estatales es la de la pirámide humana de cuatro o cinco pisos que intentan construir los escolares. Suele derrumbarse antes de completarse. Cuando, contra todo pronóstico, se construye hasta la cúspide, el público contiene la respiración mientras se balancea y tiembla, anticipando su inevitable colapso. Si los volteadores tienen suerte, el último, que representa su cúspide, tiene un momento fugaz para posar triunfante ante los espectadores.

Para ir un poco más lejos en la metáfora, los segmentos individuales de la pirámide son, tomados por separado, bastante estables; podríamos llamarlos unidades elementales o bloques de construcción. Sin embargo, la elaborada estructura que crean es inestable y destrozada. Que pronto se desmorone no es sorprendente; lo que es notable es que se hiciera.

Como estructura política montada sobre una comunidad agrícola asentada, el Estado compartía las vulnerabilidades generales de las comunidades cerealistas sedentarias en general. Como hemos señalado anteriormente, el sedentarismo no fue un logro único.

A lo largo de los aproximadamente cinco milenios de sedentarismo esporádico antes de los estados (siete milenios si incluimos el sedentarismo preagrícola en Japón y Ucrania), los arqueólogos han registrado cientos de lugares que fueron asentados, luego abandonados, quizás reasentados, y luego abandonados de nuevo. Las razones del abandono y la reocupación no suelen estar claras. Entre los posibles factores que contribuyen a ello se encuentran el cambio climático, el agotamiento de los recursos, las enfermedades, las guerras y la migración a zonas de mayor abundancia. La recesión general de los modestos asentamientos fijos que existían antes del 10.500 a.C. se debió casi con toda seguridad a la ola de frío del Younger Dryas, «la gran helada». Otra desaparición repentina y generalizada, en torno al 6.000 a.C., de un complejo cultural

asociado a los asentamientos, documentado para el valle del Jordán y conocido como la Fase B del Neolítico Prepotteriense (PPNB), se ha atribuido de diversas formas al cambio climático, las enfermedades, el agotamiento del suelo, la disminución de las fuentes de agua y la presión demográfica. El punto clave es que, como subespecie de las comunidades sedentarias de cereales, los estados estaban sujetos a los mismos peligros de disolución que las comunidades sedentarias en general, así como a la fragilidad propia de los estados como entidades políticas.

El consenso sobre la fragilidad de los primeros estados arcaicos parece unánime; sobre las causas de esta fragilidad no hay consenso, y las pocas pruebas de que disponemos rara vez son concluyentes.

Robert Adams, cuyo conocimiento de los primeros estados mesopotámicos es insuperable, expresa cierto asombro ante la Tercera Dinastía de Ur (Ur III), en la que se sucedieron cinco reyes a lo largo de un periodo de cien años. Aunque también se derrumbó posteriormente, representó una especie de récord de estabilidad en comparación con las vertiginosas idas y venidas de otros reinos. Adams discierne un ciclo de centralización de recursos seguido de un declive irregular pero irreversible, que asocia a un impulso de descentralización y «autosuficiencia local»¹⁶⁶.

166 Adams, “Strategies of Maximization, Stability, and Resilience. ”

Norman Yoffee, Patricia McAnany y George Cowgill, que han reexaminado, mucho más que otros, el propio concepto de «colapso», creen que «las concentraciones de poder en las primeras civilizaciones fueron típicamente frágiles y efímeras»¹⁶⁷. «Cyprian Broodbank, que ha estudiado los estados mesopotámicos, orientales y mediterráneos en general, llega a la misma conclusión, señalando el «desconcertante patrón de fundación, abandono, expansión y contracción, según dictaban las oportunidades y adversidades locales o más amplias»¹⁶⁸.

¿Qué podría significar «colapso», como en las frases «el colapso de Ur III», alrededor del 2.000 a.C.; «el colapso del Antiguo Reino de Egipto», alrededor del 2.100 a.C.; «el colapso del régimen palaciego minoico» en Creta, alrededor del 1.450 a.C.? Como mínimo, significa el abandono y/o la destrucción del centro monumental de la corte.

Esto suele interpretarse no sólo como una redistribución de la población, sino como una pérdida sustancial, por no decir catastrófica, de complejidad social. Si la población permanece, es probable que se haya dispersado en asentamientos y aldeas más pequeños¹⁶⁹. Desaparecen las

167 Yoffee and Cowgill, *The Collapse of Ancient States and Civilizations*, and McAnany and Yoffee, *Questioning Collapse*.

168 Broodbank, *The Making of the Middle Sea*, 356.

169 Para la Grecia micénica, David Small argumenta que el «colapso» fue en realidad una «involución» hacia las unidades más pequeñas y estables de linajes a pequeña escala que permanecieron intactas y fueron los bloques de

élites de orden superior; cesa la actividad de construcción monumental; es probable que se evapore el uso de la alfabetización con fines administrativos y religiosos; se reducen drásticamente el comercio y la redistribución a mayor escala; y disminuye o desaparece la producción artesanal especializada para el consumo y el comercio de las élites. En su conjunto, estos cambios suelen entenderse como una regresión deplorable de una cultura más civilizada. A este respecto, es igualmente esencial subrayar lo que tales acontecimientos no significan necesariamente. No significan necesariamente un descenso de la población regional. No significan necesariamente un declive de la salud, el bienestar o la nutrición humanas y, como veremos, pueden representar una mejora. Por último, es menos probable que un «colapso» en el centro signifique la disolución de una cultura que su reformulación y descentralización.

Merece la pena reflexionar sobre la historia del término «colapso» y las asociaciones melancólicas que evoca. Nuestro conocimiento inicial del Estado arcaico y nuestro asombro ante él proceden de lo que podría denominarse el periodo heroico de la arqueología, en torno al cambio de siglo XX, cuando se localizaban y excavaban los centros monumentales de las primeras civilizaciones.

construcción de las formaciones políticas más grandes; «Surviving the Collapse».

A parte del asombro justificado ante los logros culturales, estéticos y arquitectónicos de estas primeras civilizaciones, se produjo una especie de lucha imperial competitiva por apropiarse tanto de su linaje de grandeza como de sus artefactos. Finalmente, a través de los libros de texto y los museos, las imágenes estándar predominantes de estos primeros estados se han convertido en iconos: las pirámides y momias de Egipto, el Partenón ateniense, Angkor Wat, las tumbas guerreras de Xian. Así que cuando estas superestrellas arqueológicas se evaporaron, pareció como si fuera el fin de todo un mundo. Lo que de hecho se perdió fueron los objetos predilectos de la arqueología clásica: las ruinas concentradas de los relativamente escasos reinos centralizados, junto con su registro escrito y sus lujos. Para retomar brevemente la metáfora de la pirámide humana, era como si el vértice del conjunto, la parte en la que se centraba toda la atención, se hubiera desvanecido de repente.

Cuando la cúspide desaparece, uno se siente especialmente agradecido por la fracción cada vez mayor de arqueólogos cuya atención no se centraba en la cúspide, sino en la base y sus unidades constituyentes. Su conocimiento acumulado de los cambiantes patrones de asentamiento, las estructuras de comercio e intercambio, las precipitaciones, la estructura del suelo y las cambiantes combinaciones de estrategias de subsistencia nos permite ver mucho más que el vértice que aparentemente desafía a

la gravedad. A partir de sus conclusiones, no sólo podemos discernir algunas de las causas probables del «colapso», sino, lo que es más importante, preguntarnos qué puede significar el colapso en cada caso concreto. Una de sus ideas clave ha sido considerar que mucho de lo que se considera colapso es, más bien, un desmantelamiento de unidades políticas más grandes pero más frágiles en sus componentes más pequeños y a menudo más estables. Aunque el «colapso» representa una reducción de la complejidad social, son estos núcleos de poder más pequeños –un pequeño asentamiento compacto en el aluvión, por ejemplo– los que probablemente persistan durante mucho más tiempo que los breves milagros del arte de gobernar que los unen en un reino o imperio sustancial. Yoffee y Cowgill han tomado prestado del teórico de la administración Herbert Simon el término «modularidad»: una condición en la que las unidades de una agregación mayor son generalmente independientes y separables, en términos de Simon, «casi descomponibles»¹⁷⁰.

En tales casos, la desaparición del centro apical no tiene por qué implicar mucho desorden, por no hablar de trauma, para las unidades elementales más duraderas y autosuficientes. Haciéndose eco de Yoffee y Cowgill, Hans Nissen nos advierte de que no debemos confundir «el final de un periodo de centralización con un ‘colapso’ y

170 Yoffee and Cowgill, *The Collapse of Ancient States and Civilizations*, 30, 60.

considerar la fase durante la cual un área antaño unificada se dividió en partes más pequeñas como un periodo políticamente problemático»¹⁷¹.

Ni el sedentarismo ni la construcción del Estado, que dependía totalmente de él, fueron logros de una vez por todas. Hay periodos, prolongados, en los que desaparecieron grandes grupos de población y en los que el sedentarismo se redujo a una mera sombra de lo que había sido. Desde aproximadamente 1.800 hasta 700 a.C. –más de un milenio– los asentamientos en Mesopotamia cubrieron menos de una cuarta parte de su superficie anterior, y los asentamientos urbanos sólo fueron una dieciseisava parte más frecuentes que durante el milenio anterior. El efecto se produjo en toda la región, por lo que no puede asociarse a contingencias puramente locales, como un gobernante severo, una guerra local o una determinada pérdida de cosechas. Este tipo de dispersión a gran escala requiere causas regionales más amplias, como variaciones climáticas, invasiones y desplazamientos por parte de los pastores, o grandes interrupciones en el comercio, o un deterioro medioambiental de acción más lenta pero igualmente regional, que podría alcanzar repentinamente un umbral crítico. No parece haber consenso sobre cuáles fueron las causas más importantes, pero no cabe duda de que la ruralización, más que la urbanización, dominó Mesopotamia

171 Nissen, *The Early History of the Ancient Near East*, 187.

durante más de mil años tras la caída de Ur III, aparentemente debido a las incursiones de los pastores¹⁷².

A parte de un *deus ex machina* climatológico como el Younger Dryas, la ola de frío de dos a cuatro siglos que comenzó 6.200 a.C., o la Pequeña Edad de Hielo –acontecimientos que limitan enormemente lo que es ecológicamente posible–, es esencial reconocer la vulnerabilidad estructural fundamental del complejo de cereales sobre el que descansaban todos los estados primitivos. El sedentarismo surgió en nichos ecológicos muy especiales y circunscritos, sobre todo en suelos aluviales o de loess. Más tarde –mucho más tarde–, los primeros estados centralizados surgieron en entornos ecológicos aún más circunscritos, donde existía un gran núcleo de suelos ricos y bien regados y vías fluviales navegables, capaces de sustentar a un buen número de súbditos cerealistas. Fuera de estos lugares raros y favorables para la creación de estados, seguían floreciendo los pueblos buscadores de comida, cazadores y pastores.

Los lugares donde se creaba el Estado eran, sobre todo, estructuralmente vulnerables a los fallos de subsistencia, que poco tenían que ver con la habilidad o incompetencia de sus gobernantes. La primera y más importante de estas vulnerabilidades estructurales era el hecho de que dependían abrumadoramente de una única cosecha anual

172 Brinkman, “Settlement Surveys and Documentary Evidence.”

de uno o dos cereales básicos. Si esa cosecha fracasaba a causa de sequías, inundaciones, plagas, tormentas o enfermedades de los cultivos, la población corría un peligro mortal, al igual que sus gobernantes, que dependían de los excedentes que producían.

Estas poblaciones también corrían, como hemos visto, un peligro mucho mayor que los forrajeadores dispersos a causa de las enfermedades infecciosas que les afectaban a ellos y a su ganado debido al hacinamiento. Por último, como veremos, la dependencia de las élites de un excedente, junto con la lógica del transporte, significaba que el Estado dependía mucho más de la población y los recursos situados más cerca del núcleo, una dependencia que podía socavar su estabilidad.

Los primeros estados eran, pues, delicados equilibrios; mucho tenía que ir bien para que tuvieran algo más que una vida breve. En el Sudeste Asiático primitivo, por ejemplo, era raro que un reino durara más de dos o tres reinados, y cualquier problema, no siempre provocado por el propio reino, podía derribarlo fácilmente. La desaparición periódica de la mayoría de los reinos estaba «sobredeterminada» y, como las dificultades a las que se enfrentaban eran tan variadas, un arqueólogo forense se vería en apuros para señalar una causa de muerte concreta.

Morbilidad de los primeros estados: aguda y crónica

Los primeros estados prístinos de Oriente Próximo, China y el Nuevo Mundo operaban en un territorio totalmente desconocido. No había forma de que sus fundadores y súbditos pudieran prever los peligros ecológicos, políticos y epidemiológicos que les esperaban. Como los problemas no tenían precedentes, resultaba difícil comprenderlos.

De vez en cuando, sobre todo cuando existen fuentes escritas, la razón de la desaparición de un Estado es bastante clara: una invasión exitosa por parte de otra cultura que sustituye a su enemigo, por ejemplo, una guerra destructiva entre estados, o una guerra civil o insurrección dentro del Estado. Sin embargo, lo más habitual es que los motivos de la desaparición del Estado sean más oscuros e insidiosos, o que se trate de sucesos catastróficos, como inundaciones, sequías o malas cosechas, que pueden tener causas más profundas y acumulativas. En mi opinión, estas causas son de especial interés para nosotros al menos por tres razones. En primer lugar, a diferencia de acontecimientos más contingentes como una invasión, tienen un carácter sistemático que puede vincularse directamente a procesos estatales. Como tales, nos ofrecen una ventana única a las contradicciones estructurales del Estado antiguo. En segundo lugar, es probable que la mayoría de los análisis

históricos pasen por alto este tipo de causas, ya que no parecen tener detrás a ningún agente humano directo y próximo, y a menudo no dejan tras de sí ninguna firma arqueológica evidente que las identifique. Las pruebas de su papel en la mortalidad del Estado son especulativas y circunstanciales, pero hay razones para creer que su importancia se ha subestimado enormemente.

Enfermedad: hipersedentismo, movimiento y Estado

Hemos analizado con bastante detalle el aumento de las enfermedades infecciosas asociadas al hacinamiento y a la domesticación del ganado.

Hay muchas razones para creer que la creación de estados sobre el complejo neolítico de cereales y animales habría agravado enormemente la exposición de las poblaciones de los primeros estados a epidemias devastadoras. Las razones tienen que ver con la escala, el comercio y la guerra.

Las primeras ciudades que surgieron en los márgenes de los humedales del aluvión antes de los estados tenían, en su apogeo, poblaciones del orden de los cinco mil habitantes. Los primeros estados, en cambio, solían ser cuatro veces más grandes y, en ocasiones, diez veces más. Con el

aumento del orden de magnitud vino un aumento de la magnitud del riesgo. Si el repentino eclipse de la Fase B del Neolítico Prepotterial (PPNB) en torno al 6.000 a.C. se debió, como algunos creen, a una enfermedad epidémica, la mayor escala de los primeros estados más de dos milenios después los habría hecho mucho más propensos a las epidemias. Las mayores poblaciones habrían representado un reservorio humano y animal más importante para las enfermedades infecciosas, y el efecto tanto de la aglomeración como del número, en la lógica geométrica de la transmisión, las habría propagado rápidamente.

Los gérmenes y los parásitos se desplazan con las personas y los animales. Si bien el comercio limitado a cierta distancia precedió a los estados, el volumen y el alcance geográfico del comercio se expandieron exponencialmente con el surgimiento de élites más grandes y expansivas que buscaban maximizar su riqueza y exhibirla. Los propios estados necesitaban recursos a una escala mucho mayor que las primeras comunidades sedentarias, y recursos de un orden diferente.

El resultado fue una explosión del comercio por tierra y, sobre todo, por agua. Los estudiosos del comercio primitivo Guillermo Algaze y David Wengrow llegan a referirse al «sistema mundial de Uruk» en torno al 3.500–3.200 a.C. como un mundo integrado de comercio e intercambio que se extendía desde el Cáucaso en el norte hasta el Golfo

Pérsico en el sur y desde la meseta iraní en el este hasta el Mediterráneo oriental en el oeste¹⁷³.

Uruk y sus competidores necesitaban recursos lejanos que no estaban disponibles en el aluvión: cobre y estaño para herramientas, armas, armaduras y objetos decorativos y utilitarios; madera y carbón vegetal; piedra caliza y roca de cantera para la construcción; plata, oro y gemas para la ostentación suntuaria. A cambio de estos bienes, los estados del aluvión enviaban textiles, grano, cerámica y productos artesanales a sus socios comerciales. Para nosotros, el efecto de esta gran ampliación de la esfera comercial es que también amplió la esfera de las enfermedades transmitidas, poniendo en contacto por primera vez grupos de enfermedades hasta entonces separados.

En este sentido, el «sistema mundial de Uruk», a pesar de la grandiosidad del término, bien podría haber prefigurado, a menor escala, la integración de los focos de enfermedades chinos, indios y mediterráneos en torno al año 1 a.C., que se considera que desencadenó las primeras pandemias devastadoras del mundo, como la peste de Justiniano del siglo VI d.C., que mató entre treinta y cincuenta millones de personas. El comercio, responsable de gran parte del esplendor monumental de los estados del aluvión, puede,

173 Algaze, “The Uruk Expansion,” and Wengrow, *What Makes Civilization*, 75–82.

irónicamente, haber desempeñado un papel tan importante en su desaparición.

Los estados son notorios por otra actividad: la guerra, que tiene enormes consecuencias epidemiológicas. Desde el punto de vista demográfico, no hay nada como la guerra para el desplazamiento masivo y la reubicación de poblaciones. Un ejército o, para el caso, una masa de refugiados o cautivos que huyen representa un módulo móvil de infección, que contrae y transmite muchas de las enfermedades tradicionalmente asociadas con la guerra: cólera, tifus, disentería, neumonía, fiebre tifoidea y similares. Se sabe desde hace tiempo que la línea de marcha de los ejércitos o de los refugiados marca una línea de infección de la que los civiles tratan, si pueden, de huir. Cuando, como en el caso de las guerras antiguas, el mayor botín consiste en cautivos que son devueltos al reino del vencedor, las consecuencias para las enfermedades infecciosas son muy parecidas a las del comercio, pero quizá a mayor escala.

Entre los cautivos, por supuesto, estaba el ganado cuadrúpedo del enemigo, que habría traído sus propias enfermedades y parásitos a la capital del vencedor.

¿Qué importancia tuvieron el comercio y las enfermedades transmitidas por la guerra en el eclipse de los primeros estados? Es imposible saberlo con certeza, ya que el registro arqueológico aporta pocas pruebas. Mi

corazonada es que pueden haber sido responsables de muchos de los inexplicables abandonos repentinos de centros de población en el mundo antiguo. Trabajar a partir de lo que sabemos sobre las epidemias en el mundo romano y medieval puede ayudar a hacer más plausible esta corazonada. Como las enfermedades de aglomeración eran novedosas, no había forma de que las poblaciones primitivas conocieran los mecanismos por los que se propagaban. Pero el conocimiento de que los brotes de epidemias letales estaban asociados al comercio marítimo, las caravanas terrestres, los ejércitos y sus cautivos debió de arraigar muy pronto¹⁷⁴.

El primer instinto de una población amenazada habría sido aislar los primeros casos y aislar la ciudad de cualquier contacto posterior con las presuntas fuentes de contaminación.

La cuarentena y el aislamiento de los viajeros marítimos (más tarde institucionalizados como lazaretti) debieron de surgir de una forma u otra junto con las nuevas y temidas epidemias. Al mismo tiempo, incluso los primeros habitantes de las ciudades debieron de comprender que la huida y la dispersión del foco de una epidemia letal representaban la mejor esperanza para evitar el contagio. Su instinto era dispersarse lo más rápidamente posible hacia el

174 Ver Harrison, *Contagion, for a history of quarantine*.

campo (donde sin duda eran temidos), y los primeros estados se habrían visto en apuros para detenerlos.

Si esta interpretación de la respuesta a las primeras epidemias es correcta en líneas generales, entonces proporciona un escenario plausible para la desaparición de los principales asentamientos a causa de la enfermedad. Una vez establecida la epidemia, y suponiendo por el momento que el grueso de la población permaneciera en el centro urbano, bien podría matar a una parte suficiente de la población como para destruir la viabilidad de la ciudad como centro estatal. En el supuesto más realista de que la mayoría de la población hubiera logrado huir, el resultado, aunque menos letal, habría vaciado no obstante el centro urbano del que dependía el Estado. Cualquiera de los dos escenarios podría, en poco tiempo, extinguir el centro estatal como nodo de poder.

El segundo escenario, sin embargo, no tiene por qué implicar un descenso significativo de la población total, sino más bien su dispersión a lugares más seguros y rurales. En un ejemplo documentado, una devastadora plaga que llegó a Egipto procedente de los hititas en la década de 1320 a.C. desencadenó una hambruna, ya que los agricultores supervivientes se resistieron a pagar impuestos y a menudo

abandonaron sus campos, mientras que los soldados sin sueldo se dedicaron al bandolerismo¹⁷⁵.

No hay forma de saber con certeza con qué frecuencia las epidemias acabaron con los primeros estados, pero, amplificadas por las guerras, las invasiones y el comercio, las enfermedades fueron una causa importante de desurbanización en la Roma imperial tardía y en la Europa medieval. En el año 166 d.C., las tropas romanas que regresaban de una campaña en Mesopotamia trajeron a casa una enfermedad infecciosa que pudo haber matado entre un cuarto y un tercio de la población de Roma¹⁷⁶.

Ecocidio: Deforestación y salinización

El hecho de que los primeros estados fueran creaciones prístinas merece ser destacado en cualquier análisis de su surgimiento y desaparición. Como ya se ha señalado, no había forma de que sus súbditos o élites pudieran prever que el conjunto único de cereales, personas y animales que

175 Morris, *Why the West Rules—for Now*, 217.

176 Mejor conocida como la peste Antonina. Cunliffe, *Europa entre los océanos*, 393.

presidían pudiera tener las consecuencias epidemiológicas que experimentaron.

Del mismo modo, nadie podría haber previsto que la carga sin precedentes de este conjunto también generaría demandas únicas e insostenibles sobre el medio ambiente circundante. De los límites medioambientales que más podían amenazar la existencia del Estado, examino dos de los más importantes: la deforestación y la salinización¹⁷⁷. Cada uno de ellos está bien documentado en el mundo antiguo desde los tiempos más remotos.

Se diferencian, en su mayor parte, de las enfermedades epidémicas en que actúan a más largo plazo; son más graduales o, mejor dicho, más insidiosas que repentinias. Una epidemia, imaginemos, era capaz de devastar una ciudad en cuestión de semanas. La escasez de leña o la sedimentación gradual de canales y ríos como consecuencia de la deforestación eran más bien una cuestión de asfixia económica gradual, igual de letal pero mucho menos espectacular.

El aluvión del sur de Mesopotamia era a su vez el producto erosivo natural del Tigris y el Éufrates, que desplazaba el suelo de la cuenca superior y lo depositaba en la llanura aluvial. Las primeras sociedades agrarias dependían, en este

177 Véase a este respecto la importante obra de Radkau, *Naturaleza y poder*; Meiggs, *Árboles y madera en el antiguo mundo mediterráneo*; y Hughes, *El Mediterráneo*.

sentido, del dividendo de nutrientes transportados aguas abajo durante milenios por los ríos. Sin embargo, con el crecimiento de los grandes asentamientos, este proceso entró en una nueva fase, al aumentar la necesidad de madera y leña no disponibles en los humedales del aluvión.

Existen abundantes pruebas de la deforestación del Éufrates aguas arriba de Mari a principios del tercer milenio a.C., debido a una combinación de deforestación para obtener madera y combustible con sobrepastoreo¹⁷⁸.

El apetito de madera de los primeros estados era casi insaciable y superaba con creces las necesidades de una comunidad sedentaria de tamaño considerable. Además de la roturación de tierras para la agricultura y el pastoreo, y de la necesidad de madera para la cocina y la calefacción, la construcción de viviendas y los hornos de alfarería, el Estado primitivo requería enormes cantidades de madera para la metalurgia, la fundición de hierro, la fabricación de ladrillos, el curado de la sal, los soportes mineros, la construcción naval, la arquitectura monumental y el enlucido de cal –este último requería enormes cantidades de leña para su preparación. Dadas las dificultades para transportar madera a una distancia apreciable, un centro estatal habría agotado muy rápidamente los modestos suministros cercanos a su

178 McMahon, “North Mesopotamia in the Third Millennium BC. ” para una descripción del conjunto boscoso del Alto Éufrates, ver Moore, Hillman, and Legge, *Village on the Euphrates*, 51–63.

núcleo de asentamiento. Situado, como lo estaban prácticamente todos los primeros estados, en una vía navegable, normalmente un río, podía aprovechar la flotabilidad de la madera y la corriente del río para cortar madera en las orillas río arriba del centro.

Los aspectos prácticos de la tala y el transporte obligaban de nuevo a talar los árboles lo más cerca posible del río para minimizar la mano de obra.

A medida que se deforestaban las orillas cercanas río arriba, la madera tenía que proceder de lugares cada vez más alejados río arriba y/o de árboles más pequeños que pudieran llegar más fácilmente a la orilla, donde podían ser llevados flotando río abajo.

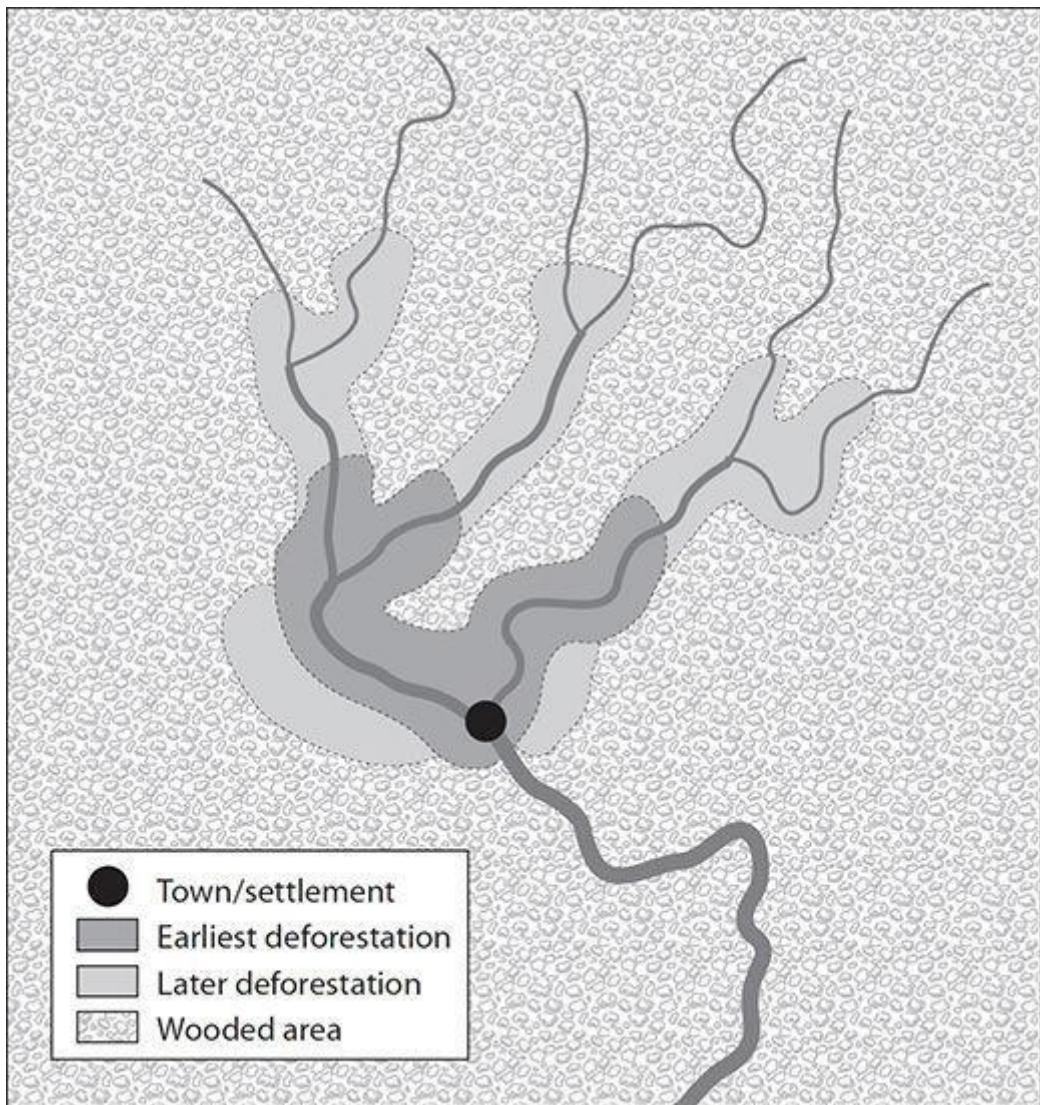
Existen abundantes pruebas de la deforestación en el mundo clásico, desde la búsqueda ateniense de madera para la construcción naval en Macedonia hasta la escasez de madera en la República Romana¹⁷⁹.

Mucho antes, hacia el 6.300 a.C., en la ciudad neolítica de Ain Ghazal, ya no había árboles a poca distancia del asentamiento y la leña escaseaba.

Como consecuencia, la comunidad se dispersó en aldeas, al igual que muchos otros asentamientos neolíticos del valle

179 Deacon, “Deforestation and Ownership.”

del Jordán cuando superaron la capacidad de carga de sus bosques¹⁸⁰.



Patrón de deforestación río arriba desde un hipotético centro estatal

Una señal casi infalible de que una ciudad-Estado se enfrenta a una escasez de leña fácilmente disponible y cercana es la proporción de sus necesidades que se suple con carbón vegetal. Aunque el carbón vegetal es esencial

180 Mithen, *After the Ice*, 87.

para aplicaciones a altas temperaturas como la cocción de cerámica, el apagado de cal y la fundición, es poco probable que se utilice para fines domésticos a menos que se haya agotado la leña cercana. La ventaja singular del carbón vegetal es que contiene mucho más valor calorífico por unidad de peso y volumen que la madera en bruto y, por tanto, puede transportarse a mayores distancias de forma económica. Su desventaja, por supuesto, es que hay que quemarlo dos veces y supone un desperdicio mucho mayor de madera. Cuanta menos leña local haya a una distancia fácil de recoger, más probable será que se sustituya por carbón vegetal procedente de lejos.

La escasez de leña puede limitar el crecimiento de una ciudad-Estado, pero la deforestación de la cuenca aguas arriba de la ciudad plantea otros problemas más graves. El primero de ellos es la erosión y la sedimentación.

Aunque los primeros estados eran criaturas del aluvión y su limo, el ritmo de sedimentación de una cuenca despojada de vegetación o simplemente despejada para los cultivos conllevaba sus propios peligros de aumento de la erosión que no podían preverse fácilmente. Dado que los primeros estados se asentaban en aluviones de pendiente muy baja, sus cursos de agua se movían lentamente la mayor parte del año, lo que significaba que el limo tendía a sedimentarse a medida que disminuía la corriente. Si la ciudad-Estado dependía en gran medida de la irrigación, sus canales tendían a atascarse de limo, lo que ralentizaba aún más el

caudal y requería, como mínimo, mano de obra de la corvée para dragarlos, no fuera que los campos a los que servían quedaran fuera de producción.

Otra amenaza que planteaba la deforestación era más catastrófica que insidiosa. Los bosques –en la antigua Mesopotamia, sobre todo robles, hayas y pinos– retenían las lluvias de finales de invierno y liberaban lentamente su humedad por percolación a partir de mayo. El efecto de la deforestación o la tala agrícola era que la cuenca hidrográfica liberaba las lluvias y el limo que transportaban mucho más rápidamente, lo que provocaba un pulso de inundaciones más rápido y violento¹⁸¹. Esto podía tener varios efectos que amenazaran la viabilidad de una ciudad–Estado.

Si, como ocurre a menudo, el proceso de sedimentación ha elevado el lecho del río hasta un nivel cercano al de las tierras circundantes, el río se vuelve excepcionalmente errático, saltando de un canal a otro a medida que cada uno se sedimenta. La sedimentación gradual, unida a una inundación y a la crecida de las aguas, puede desencadenar una inundación catastrófica de grandes proporciones. Históricamente, el río Amarillo de China es el ejemplo de libro de texto de inundaciones masivas y trayectorias

181 Véanse las cifras comparativas de la pérdida relativa de suelo y la escorrentía de las precipitaciones para «suelo desnudo», «sembrado de maíz», «pradera» y «matorral sin pastar» en Redman, *Human Impact on Ancient Environments*, 101.

radicalmente fluctuantes hacia el mar, responsables de millones de muertes. Incluso Jericó, uno de los mayores asentamientos neolíticos del Pre-Estado, parece haber sucumbido a los daños causados por las cuencas hidrográficas a mediados del noveno milenio antes de Cristo: «El enemigo eran las inundaciones y las corrientes de lodo», escribe Steven Mithen. «Jericó corría un peligro perpetuo, ya que el aumento de las precipitaciones y el desbroce de la vegetación desestabilizaban los sedimentos de las colinas palestinas, que podían ser arrastrados hasta los límites de la aldea por los uadis¹⁸² cercanos»¹⁸³.

Sin llegar a una inundación catastrófica que pudiera destruir gran parte de una ciudad-Estado y sus cultivos, el río también podía cambiar de curso con la marea alta, dejando a una ciudad en seco, aislada de su principal arteria de transporte y comercio.

Una última y más especulativa consecuencia de la deforestación y la sedimentación es su papel en la

182 Un uadi o wadi (del árabe clásico وادي, wādi, pl. 'āwdiya), wad o ued (en francés, oued), es un término árabe para referirse a un valle o río seco que se encuentran generalmente en zonas desérticas o semidesérticas, con pendientes suaves y casi planas, por el cual solo discurre agua en la temporada de lluvias. Así pues, un uadi equivale a lo que en España se conoce como rambla y en Argentina cañada o zanjón, pero por extensión, en los países árabes también se aplica esa misma denominación a los barrancos y torrentes de montaña que ya en el fondo del valle forman el curso principal. En árabe moderno, wad (واد) significa «valle». [N.e.d.]

183 Mithen, *After the Ice*, 50.

propagación de la malaria. Se ha sugerido que la malaria es una «enfermedad de la civilización», en el sentido de que surgió con la roturación de tierras para la agricultura.

J.R. McNeill sugiere intrigantemente que esto puede estar relacionado con la deforestación y la morfología de los ríos. Un río limoso que atraviesa una llanura costera de baja pendiente, a medida que disminuye su velocidad, deposita más limo. A medida que el limo se acumula, crea su propio dique o barrera, bloqueando su paso hacia el mar y haciendo que retroceda y se extienda lateralmente, creando humedales palúdicos antropogénicos y tal vez inhabitables¹⁸⁴.

La salinización y el agotamiento del suelo son otros dos resultados antropogénicos del Estado de cereales y regadío que pueden llegar a amenazar su existencia. Toda el agua de riego contiene sales disueltas. Como las plantas no las absorben, con el tiempo se acumulan en el suelo y, a menos que se eliminen por lavado, las matarán. El lavado es una solución a corto plazo, ya que eleva el nivel freático y, como la sal persiste, acaba por acercarla a la superficie, donde penetra en las raíces de las plantas. La cebada es más tolerante a la sal que el trigo, por lo que una adaptación al aumento de la salinización es plantar cebada en lugar del trigo, generalmente más deseable. Sin embargo, incluso con la cebada, si el nivel freático y, por tanto, las sales están más

184 McNeill, *Mountains of the Mediterranean World*, 73–75.

cerca de la superficie, los rendimientos disminuyen drásticamente¹⁸⁵. El escaso gradiente y la baja pluviosidad del sur de Mesopotamia agravan el problema, y Adams, experto en estas cuestiones, está convencido de que la salinidad progresiva fue un factor importante en el declive ecológico de la región después del 2.400 a.C.¹⁸⁶.

Los agricultores mesopotámicos tenían que dejar en barbecho sus campos de cereales cada dos o tres años para mantener un rendimiento viable. Los textos agrícolas del periodo Ur III se refieren a los campos cercanos como «situados en aguas salobres», en «un lugar salado», en «suelo salado» y con «montones de sal» para explicar el bajo rendimiento de los cereales¹⁸⁷.

Es muy probable que incluso en el aluvión rico, donde la salinización inducida por el riego no era el principal problema, el rendimiento de los cereales disminuyera con el tiempo. Al fin y al cabo, hasta entonces había poca experiencia con el cultivo anual continuo de la misma parcela de tierra. Ain Ghazal experimentó un descenso de los rendimientos incluso antes de los primeros estados y, dada la intensidad del cultivo de cereales en el núcleo de los estados cerealistas, cabe sospechar que los rendimientos

185 Artzy and Hillel, “A Defense of the Theory of Progressive Salinization.”

186 Adams, “Strategies of Maximization, Stability, and Resilience.”

187 Nissen and Heine, *From Mesopotamia to Iraq*, 71.

medios habrían disminuido de forma muy parecida. Las tierras de pastoreo también podrían haber sufrido un pastoreo excesivo, reduciendo su capacidad de carga ganadera.

Para comprender la fragilidad de los primeros estados y la causa de su desaparición, es útil distinguir los casos de «muerte súbita» (por ejemplo, la desaparición de Larsa en 1.720 a.C.) de los de debilitamiento y desaparición final. Las epidemias y las grandes inundaciones, aunque pueden surgir de efectos acumulativos subyacentes, son ejemplos de los primeros. Los estados arrasados de este modo se apagan como una luz, aunque gran parte de la población puede sobrevivir mediante la huida y la dispersión.

Los casos de entarquinamiento, disminución de los rendimientos y salinización pueden aparecer en los registros históricos como una disminución constante o irregular –un alejamiento de la población– o pérdidas de cosechas más frecuentes. En estos casos no habría necesariamente ningún punto de inflexión dramático, sino más bien un desvanecimiento casi imperceptible. «Colapso» es un término demasiado histriónico para aplicarlo a estos procesos. Pueden ser tan comunes que representen, para los sujetos estatales implicados, una rutina familiar de dispersión y reorganización de las rutinas de asentamiento y subsistencia. Sólo para las élites estatales podría haberse experimentado como una tragedia de «colapso».

Politicidio: Guerras y explotación del núcleo

Que la cuestión del «colapso» se plantee es esencialmente un artefacto del auge de los asentamientos amurallados con centros monumentales, y de la errónea suposición común de que tales lugares centrales son la propia «civilización». Como hemos señalado, existen numerosas ocasiones en las que las comunidades sedentarias anteriores al Estado son, por una razón u otra, abandonadas temporal o permanentemente. Tales sucesos, señalados por los arqueólogos, pueden implicar a un número considerable de personas, pero es improbable que sean «noticias históricas» mientras la comunidad no sea un centro estatal amurallado. Las piedras y los escombros importan; proporcionan un impresionante lugar de excavación, artefactos de museo y, a menudo, un linaje icónico del glorioso pasado de una nación.

Las civilizaciones que, como Srivijaya en Sumatra, construyeron con materiales perecederos y ahora casi han desaparecido apenas aparecen en los libros de historia, mientras que Angkor Wat y Borobudur perviven como centros luminosos.

El Estado no inventó la guerra como tampoco la esclavitud. Sin embargo, volvió a convertir estas instituciones en importantes actividades estatales. Esto transformó lo que habían sido modestas pero constantes incursiones preestatales en busca de cautivos en algo parecido a una guerra con otros estados con los mismos fines. En una guerra por cautivos entre dos estados, el Estado perdedor quedaba, prácticamente por definición, borrado. ¡Voilà! ¡«Colapso»! La práctica habitual era matar o llevarse a la mayor parte de la población, destruir los santuarios, quemar casas y cosechas: en resumen, borrar por completo al Estado perdedor. La excepción era la capitulación pacífica de una de las partes, a menudo seguida de tributos y, en ocasiones, de la ocupación de las tierras derrotadas por colonos traídos por el vencedor, una alternativa más suave que eliminaba al Estado original. Cuando los estados en guerra eran numerosos, de tamaño comparable y se encontraban en la misma vecindad, como en el caso del aluvión mesopotámico, los «estados Combatientes» de la China anterior a Qin, las ciudades-Estado griegas y los estados mayas –los llamados «estados pares»–, los estados surgían y desaparecían en rápida sucesión. El colapso era habitual.

La guerra constante y la pugna por la mano de obra contribuyeron a la fragilidad de los primeros estados.

En primer lugar, y lo más obvio, desviaba recursos humanos hacia la construcción de murallas, obras defensivas y operaciones ofensivas que, de otro modo,

podrían haberse empleado en producir alimentos para una población no muy por encima del nivel de subsistencia. En segundo lugar, obligaba a los fundadores y constructores de una ciudad-Estado a elegir un emplazamiento y un trazado en los que las consideraciones de defensa militar pudieran prevalecer sobre la abundancia material. Esto pudo haber dado lugar a estados que, aunque más fáciles de defender, eran económicamente más precarios.

A pesar de las posibles recompensas mercenarias de la guerra para los vencedores, había que tener en cuenta el peligro de muerte y cautiverio. Es de suponer que muchos súbditos de los estados pares hicieran todo lo posible para evitar el reclutamiento, incluso huir del Estado. Un Estado que pareciera estar perdiendo la guerra se encontraría con que su mano de obra se escapaba. (Uno piensa en las deserciones masivas de blancos pobres de la Confederación en las últimas etapas de la Guerra Civil estadounidense en 1864). Tucídides escribe que la coalición ateniense se desmoronó cuando la campaña contra Siracusa estaba fracasando: «Con el enemigo en igualdad de condiciones que nosotros, nuestros esclavos empezaban a desertar. En cuanto a los extranjeros a nuestro servicio, los que fueron

reclutados regresan a sus ciudades tan pronto como pueden»¹⁸⁸.

Como la mano de obra era la savia de estos estados, una derrota decisiva bien podría presagiar el colapso del propio Estado¹⁸⁹.

Por último, la ciudad-Estado podría haber sido destruida fácilmente por conflictos internos: luchas por la sucesión, guerras civiles e insurrecciones.

Lo que quizá distingue a las luchas internas es que existía un nuevo y valioso premio que merecía la pena dominar: un núcleo amurallado productor de excedentes de grano, con su población, su ganado y sus almacenes. Las luchas por controlar una ubicación ventajosa nunca fueron triviales, ni siquiera entre las sociedades preestatales, pero la llegada de los primeros estados elevó las apuestas en gran medida porque representaban una reserva de capital fijo: canales, obras defensivas, registros, almacenes y, a menudo, una ubicación valiosa con respecto al suelo, el agua y las rutas comerciales. Estos activos eran nodos de poder que no se

188 Tucídides, *La guerra del Peloponeso*, 485. Tucídides también se refiere a la deserción de soldados desilusionados que habían pensado que ganarían dinero con la campaña sin tener que luchar.

189 Se podría argumentar que la confederación ateniense fue puesta en peligro por medidas desesperadas más de una década antes. En el 425 a. C. , los atenienses triplicaron las contribuciones de material y hombres de sus tributarios, lo que aumentó las probabilidades de deserción.

entregaban a la ligera y que, cabe imaginar, provocaban luchas más feroces y sin cuartel por el poder local.

Ya fuera como premio de una guerra interestatal o de un conflicto civil, el complejo granero–poblado seguía siendo el núcleo del poder político. En la guerra interestatal y en las incursiones de pueblos no estatales, el vencedor intentaba destruir este complejo y transferir sus bienes muebles a su propio núcleo o, en su defecto, convertirlo en un núcleo tributario. En el caso de la guerra interna, la batalla era por los derechos de monopolio para apropiarse de los recursos que representaba el núcleo.

Para entender por qué el Estado primitivo a menudo se cavaba su propia tumba sobreexplotando la región central alrededor de la corte, es útil volver a las limitaciones básicas del transporte y la apropiación. Como ilustra el acusado aumento de los costes de la leña y, por tanto, el creciente uso doméstico del carbón vegetal, la apropiación por tierra de productos básicos a granel es exponencialmente más cara y pronto se convierte en prohibitiva a medida que aumenta la distancia. Esta lógica delimita esencialmente el alcance práctico del Estado mientras la tecnología del transporte permanezca estática. Suponiendo animales de tiro y carros en una llanura aluvial, es poco probable que el alcance de los primeros estados para requisar grano se extendiera mucho más allá de un radio de unos cuarenta y ocho kilómetros. La excepción crucial, por supuesto, es el transporte por agua, que, gracias a la reducción radical de la

fricción, amplía enormemente la zona de captación del Estado para productos a granel como el grano. Un núcleo agrario podría definirse entonces como la zona desde la que se pueden llevar al centro productos básicos a granel sin que los costes de transporte resulten prohibitivos. El hecho clave, sin embargo, es que la zona de control más lucrativa es la más cercana a la capital o de fácil acceso por vías navegables. Por tanto, es en esta zona donde se encuentran los símbolos y recursos del poder: los almacenes de grano, los santuarios principales, el personal administrativo, la guardia pretoriana, los mercados centrales, las tierras agrícolas más productivas y mejor regadas y, no menos importante, la morada de las élites de palacio y de los templos.

Esta zona central era la clave del poder y la cohesión del Estado. También era el talón de Aquiles del Estado, ya que era la zona que probablemente se vería más presionada en cualquier crisis¹⁹⁰.

Precisamente porque era la zona más cercana, la más valiosa y la más repleta de recursos, en caso de apuro sería la que proporcionaría más mano de obra y grano. Un gobernante audaz, con ambiciones militares o monumentales, amenazado por una invasión o por enemigos internos, se vería tentado, como línea de menor resistencia, a extraer recursos de este núcleo. Dos hechos

190 Debo esta idea a Victor Lieberman; véase su *Strange Parallels*, 1: 1–40.

hacían de ello una apuesta muy peligrosa, que podía acabar con los estados. En primer lugar, para un reino agrario siempre sujeto a los caprichos de la lluvia, el clima, las plagas y las enfermedades humanas y de los cultivos, el rendimiento anual, incluso en la más fiable de las ecologías agrarias, era extremadamente variable. En circunstancias normales, el «rendimiento» que las élites podrían extraer de esta zona variaría enormemente. Si las élites insistían en una extracción constante, por no hablar de creciente, de esta zona en términos de grano y mano de obra –aislándose de las fluctuaciones normales de la producción–, entonces el núcleo de la población agraria soportaría el peso potencialmente ruinoso de las fluctuaciones de la cosecha a pesar de su propia tenue subsistencia. Como en todas las economías agrarias, la cuestión clave en las relaciones de clase es qué clase absorbe los impactos inevitables de un mal año o, en otras palabras, qué clase garantiza su seguridad económica a expensas de quién.

Un segundo factor a recordar en el caso de los estados prístinos era el conocimiento bastante rudimentario que tenía el Estado de la superficie real plantada y de los rendimientos probables y reales, distrito por distrito, del trigo y la cebada. Aunque el Estado sabía mucho más sobre el núcleo vital que sobre las zonas periféricas, era bastante probable que confiscara demasiado grano en un mal año, dejando a sus súbditos al borde de la inanición. Es decir, aparte de la rapacidad, los primeros estados carecían del

conocimiento detallado que habría facilitado la modificación de sus apropiaciones en función de la capacidad de pago de sus súbditos. Como dijo un colega mío en una ocasión, eran

*«todo pulgares y ningún dedo para el ajuste fino»*¹⁹¹.

Los resultados de su error de apreciación también se vieron agravados por la incapacidad de controlar la rapacidad de sus propios recaudadores de impuestos sobre el terreno, empeñados en apropiarse para sí mismos.

En una situación de emergencia, cuando la maximización de los ingresos fiscales era una cuestión de supervivencia, la presión sobre la región central era casi irresistible, a pesar de que podría correr el riesgo de provocar la huida y / o rebelión. Las zonas periféricas no eran una alternativa realista.

Era probable que fueran más marginales desde el punto de vista agrícola, con rendimientos más bajos y variables; los ingresos que podían apropiarse de ellos quedaban en parte anulados por los costes de transporte; y el conocimiento de estos recursos y el control sobre el aparato administrativo que podía apropiárselos disminuían radicalmente con la distancia al centro. Una élite, creyéndose en peligro de muerte o embargada por ambiciones celestiales, habría tenido pocos reparos en adoptar estrategias de

191 Una conocida metáfora de mi ex colega Ed Lindblom.

supervivencia que corrían el riesgo de matar a la gallina de los huevos de oro: el núcleo cerealista. Lo que se lee retrospectivamente como «colapso» puede a menudo, especulamos, haber sido desencadenado por la resistencia y la huida de sujetos desesperados en el núcleo en situaciones como ésta.

Los estudiosos de lo que el «colapso» podría haber significado realmente para los estados mesopotámicos en el tercer milenio a.C. apuntan a la misma cuestión de quién asume la carga del riesgo:

«Dado que es improbable que la autoridad central reduzca sus gastos en proporción a la reducción de los ingresos obtenidos de algunos elementos de la sociedad, es muy probable que la carga fiscal aumente para el resto»¹⁹².

Las evidencias de las últimas etapas de la dinastía acadia (hacia el 2.200 a.C.) indican que el núcleo del reino era exprimido periódicamente, ya que era a la vez la fuente de ingresos más jugosa y cercana.

Los funcionarios del núcleo podían exigir, y de hecho exigían, que se sembrara más grano y que se acortaran los barbechos para maximizar los beneficios inmediatos a costa de la productividad a largo plazo. Dos siglos más tarde,

192 Yoffee and Cowgill, *The Collapse of Ancient States and Civilizations*, 260.

cuando Ur se vio amenazada, al parecer, por las incursiones amorreas, los generales defensores presionaron tanto a los cultivadores de Ur para obtener grano que éstos se resistieron o huyeron. El colapso del Estado granero-manual se capta en este pasaje de la famosa Lamentación sobre Ur:

«*El hambre llenó la ciudad como el agua... su rey respira pesadamente en su palacio, completamente solo, su gente dejó caer sus armas*»¹⁹³.

El Egipto de finales del tercer milenio a.C., un reino mucho más grande y consolidado que la veintena de estados homólogos de Mesopotamia, también era aparentemente un Estado que presionaba sin descanso a su población agraria para obtener grano y mano de obra, lo que deprimía el nivel de vida¹⁹⁴. El hecho de que la fértil franja a lo largo del Nilo estuviera rodeada de desiertos a ambos lados permitía presionar a la población más de lo que habría sido factible con un campesinado con más espacio para correr. Algunos comentaristas hacen hincapié en el escaso «kit» de los súbditos cultivadores y en las leyes suntuarias que excluían al 90% de la población de vestir determinadas

193 Citado en Morris, *Why the West Rules—for Now*, 194

194 David O'Connor, “Society and Individual in Early Egypt,” in Richards and van Buren, *Order, Legitimacy, and Wealth in Ancient States*, 21–35.

prendas, poseer bienes de prestigio o celebrar ciertos rituales reservados a la élite¹⁹⁵.

Al carecer del tipo de datos demográficos que nos permitirían rastrear los movimientos de la población, es, por desgracia, imposible descubrir si el volumen de huida del núcleo aumentaba a medida que se extraía más y más grano y mano de obra de su población. Suponiendo que la huida fuera posible y común, ¿podía un Estado, mediante la adquisición de cautivos de guerra y su reasentamiento forzoso en el núcleo, compensar cualquier fuga –lenta o rápida– de los sujetos en apuros que huían de ese núcleo?

Elogio del colapso

¿Por qué deplorar el «colapso», cuando la situación que describe suele ser la desagregación de un Estado complejo, frágil y típicamente opresor en fragmentos más pequeños y descentralizados?¹⁹⁶

195 Ibid. , and Broodbank, *The Making of the Middle Sea*, 277.

196 Aquí desarrollo la línea general de escepticismo desarrollada originalmente en Yoffee y Cowgill, *The Collapse of Ancient States and Civilizations*, y McAnany y Yoffee, *Questioning Collapse*.

Una razón sencilla y no del todo superficial por la que se deplora el colapso es que priva de la materia prima necesaria a todos aquellos estudiosos y profesionales cuya misión ha sido documentar las civilizaciones antiguas.

Hay menos excavaciones importantes para los arqueólogos, menos registros y textos para los historiadores y menos baratijas –grandes y pequeñas– para llenar las exposiciones de los museos. Hay espléndidos e instructivos documentales sobre la Grecia arcaica, el Antiguo Reino de Egipto y la Uruk de mediados del tercer milenio, pero se buscará en vano un retrato de los oscuros períodos que les siguieron: la «Edad Oscura» de Grecia, el «Primer Período Intermedio» de Egipto y el declive de Uruk bajo el Imperio Acadio.

Sin embargo, hay razones de peso para afirmar que esos períodos «vacantes» representaron una apuesta por la libertad de muchos súbditos del Estado y una mejora del bienestar humano.

Lo que deseo cuestionar aquí es un prejuicio raramente examinado que ve la agregación de población en la cúspide de los centros estatales como triunfos de la civilización, por un lado, y la descentralización en unidades políticas más pequeñas, por otro, como una ruptura o fracaso del orden político. En mi opinión, deberíamos tratar de «normalizar» el colapso y verlo más bien como algo que a menudo inaugura una reformulación periódica y posiblemente

incluso saludable del orden político. En el caso de las economías más centralizadas de mando y racionamiento, como Ur III, Creta y la China de Qin, los problemas se agravaron aún más, y los ciclos de centralización, descentralización y reagregación parecen haber sido habituales¹⁹⁷.

El «colapso» de un centro estatal antiguo se asocia implícitamente, pero a menudo falsamente, con una serie de tragedias humanas, como un elevado número de muertos. Sin duda, una invasión, una guerra o una epidemia pueden causar muertes a gran escala, pero es igual de común que el abandono de un centro estatal conlleve poca o ninguna pérdida de vidas.

Estos casos se consideran más bien una redistribución de la población y, en el caso de una guerra o una epidemia, suele ocurrir que el abandono de la ciudad por el campo ahorra muchas vidas que de otro modo se perderían.

Gran parte de la fascinación por el «colapso» nos viene de la obra de Edward Gibbon *Decadencia y caída del Imperio Romano*. Pero incluso en este caso clásico, se ha argumentado que no hubo pérdida de población, sino más bien una redistribución, ya que varios pueblos no latinos, como los godos, fueron absorbidos¹⁹⁸. Desde un punto de

197 Tainter, *The Collapse of Complex Societies*.

198 Véase G. W. Bowersock, “La disolución del Imperio romano”, en Yoffee y Cowgill, *El colapso de los estados y civilizaciones antiguas*, 165-175.

vista más amplio, la «caída» del Imperio restauró el «antiguo mosaico regional» que había prevalecido antes de que el Imperio fuera improvisado a partir de sus unidades constituyentes¹⁹⁹.

Lo que se pierde culturalmente cuando se abandona o destruye un gran centro estatal es, por tanto, una cuestión empírica. Sin duda, es probable que afecte a la división del trabajo, a la escala del comercio y a la arquitectura monumental. Por otro lado, es igualmente probable que la cultura sobreviva –y se desarrolle– en múltiples centros más pequeños que ya no estén sometidos al centro. Nunca hay que confundir la cultura con los centros estatales ni la cúspide de una cultura cortesana con sus cimientos más amplios. Sobre todo, el bienestar de una población nunca debe confundirse con el poder de una corte o de un centro estatal. No es infrecuente que los súbditos de los primeros estados abandonaran tanto los centros agrícolas como los urbanos para eludir los impuestos, el servicio militar obligatorio, las epidemias y la opresión. Desde una perspectiva, puede considerarse que han retrocedido a formas más rudimentarias de subsistencia, como la búsqueda de alimentos o el pastoreo.

Bowersock afirma que el Imperio desapareció únicamente con la posterior invasión árabe.

199 Cunliffe, *Europe Between the Oceans*, 364.

Pero desde otra perspectiva, y creo que más amplia, es muy posible que hayan evitado los impuestos sobre el trabajo y el grano, que hayan escapado a una epidemia, que hayan cambiado una servidumbre opresiva por una mayor libertad y movilidad física, y quizá hayan evitado la muerte en combate. El abandono del Estado puede, en tales casos, experimentarse como una emancipación. Esto no significa negar que la vida fuera del Estado pueda caracterizarse a menudo por la depredación y la violencia de otros tipos, sino más bien afirmar que no tenemos motivos para suponer que el abandono de un centro urbano sea, *ipso facto*, un descenso a la brutalidad y la violencia.

Los ciclos irregulares de agregación y dispersión se remontan a patrones de subsistencia anteriores a la aparición de los estados. Por ejemplo, se dice que las condiciones más frías y secas del Younger Dryas empujaron a poblaciones previamente dispersas hacia tierras bajas más cálidas y húmedas, donde se agruparon para aprovechar un mayor suministro de alimentos. En Mesopotamia, hacia el 7.000 a.C. (al final de la Fase A del Neolítico Prepotérico), el descenso de las cosechas y quizá las enfermedades parecen haber provocado, por el contrario, una dispersión general de la población. Dada la gran variabilidad estacional en el momento y el volumen de las precipitaciones, hay muchas razones para creer que los pueblos agrarios habrían desarrollado un repertorio en épocas de hambre persistente

que exigía la dispersión de los grandes asentamientos hasta que mejoraran las condiciones²⁰⁰.

Un estudioso de los estudios mesopotámicos ha sugerido que la noción de un campesinado anfibio se extienda a través de la frontera, normalmente sagrada e impermeable, entre agricultores y pastores. Al igual que la sugerencia igualmente radical de Owen Lattimore para la frontera entre los han y los mongoles en China, Adams cree que

*«la conexión entre nómadas y sedentarios era una vía de doble sentido, con individuos y grupos que iban y venían a lo largo de este continuo como respuesta a la presión medioambiental y social»*²⁰¹.

Lo que a muchos les parecería un retroceso y una herejía civilizacional puede que, si se examina más de cerca, no sea más que una adaptación prudente y practicada durante mucho tiempo a la variabilidad medioambiental.

Los tipos de ajuste diseñados para hacer frente a, por ejemplo, la sequía, habrían caracterizado a cualquier comunidad agraria asentada en esta época. Podríamos llamarlas oscilaciones no estatales para distinguirlas de los efectos estatales. En la época de los primeros estados, creo que el abandono del centro era con mayor frecuencia un

200 Riehl, “Variability in Ancient Near Eastern Environmental and Agricultural Development.”

201 Adams, “Strategies of Maximization, Stability, and Resilience,” 334.

efecto directo o indirecto de la formación del Estado. Dada la concentración sin precedentes de cultivos, personas, ganado y actividad económica urbana fomentada por los estados, toda una serie de efectos –agotamiento del suelo, sedimentación, inundaciones, salinización, epidemias, incendios, malaria, ninguno de los cuales existía a niveles parecidos antes del Estado y cualquiera de los cuales podía vaciar gradual o repentinamente una ciudad y destruir un Estado– eran más comunes.

Por último, y quizás la más importante para nuestros propósitos, fue la causa política directa de la extinción del Estado: ¡el politicidio! Los impuestos aplastantes sobre el grano y la mano de obra, las guerras civiles y las guerras de sucesión dentro de la capital, las guerras entre ciudades, las medidas opresivas de castigo corporal y el abuso arbitrario pueden denominarse efectos estatales, y pueden, por sí solos o combinados, provocar el colapso de un Estado. La fuga de población del núcleo cerealista y un patrón persistente de «dirigirse a las colinas» y el pastoreo en tiempos de problemas podrían haber servido, en un Estado con una preocupación primordial por la mano de obra, como un dispositivo homeostático. Presumiblemente, informado de que muchos de sus súbditos se estaban fugando, el Estado podría haber tomado medidas positivas para reducir sus cargas y frenar la fuga. Sin embargo, la frecuencia de los colapsos sugiere que las señales no se recibieron o se ignoraron.

Los episodios de colapso suelen ir seguidos de lo que se conoce como una «edad oscura». De la misma manera que el significado de colapso merece una inspección minuciosa y crítica, el término «edad oscura» necesita ser cuestionado: ¿«Oscura» para quién y en qué sentido? Las épocas oscuras son tan omnipresentes como las épocas de consolidación dinástica. El término es a menudo una forma de propaganda mediante la cual una dinastía centralizadora contrasta sus logros con lo que considera la desunión y la descentralización que la precedieron.

Como mínimo, parece injustificado que la mera despoblación de un centro estatal y la ausencia de edificios monumentales y registros judiciales se califique de edad oscura y se entienda como el equivalente a que se apaguen las luces de la civilización. Sin duda, hay periodos en los que invasiones, epidemias, sequías e inundaciones matan a miles de personas y dispersan (o esclavizan) a los supervivientes. En tales casos, el término «edad oscura» parece apropiado como punto de partida. La «oscuridad» de la época, en cualquier caso, es una cuestión de investigación empírica, no una etiqueta que pueda darse por sentada. El problema para el historiador o arqueólogo que trata de iluminar una época oscura es que nuestros conocimientos son muy limitados; al fin y al cabo, por eso se llama «época oscura». Al menos dos obstáculos oscurecen nuestra visión. El primero es que se ha eliminado el vértice autoinflable de una formación política urbana. Si queremos saber qué está pasando, tendremos

que explorar la periferia, en las ciudades más pequeñas, las aldeas y los campamentos de pastores. En segundo lugar, el acervo de registros escritos y bajorrelieves ha disminuido, si no desaparecido, y nos hemos quedado, si no exactamente «a oscuras», en el mejor de los casos en el reino de la cultura oral, difícil de rastrear y datar. El centro cortesano autodocumentado que ofrecía a los historiadores y arqueólogos una ventanilla única ha sido sustituido por una «edad oscura» fragmentada, dispersa y en gran medida indocumentada.

Tras el «colapso» de Ur III a finales del tercer milenio a.C., el consenso sostiene que el aluvión sumerio entró en una «edad oscura», cuya duración se discute. Muchas comunidades asentadas quedaron desiertas.

*«A medida que la vida sedentaria estuvo a punto de desaparecer, los anales y archivos locales que podrían haber registrado este proceso parecen haber desaparecido por completo»*²⁰².

De la magnitud de la despoblación hay pocas dudas: «Según una estimación, la población del sur de Oriente se redujo a una décima o vigésima parte de su nivel anterior», escribió Broodbank.

202 Adams, *The Land Behind Bagdad*, 55.

«*La mayoría de los grandes asentamientos se vaciaron para ser reemplazados por una dispersión de emplazamientos diminutos y efímeros*»²⁰³.

La razón habitual aducida para el colapso fue una «invasión» de amorreos, un pueblo pastoril tal vez expulsado de su tierra natal por una sequía. Sin embargo, no parece que se produjera un gran derramamiento de sangre –en consonancia con nuestra comprensión de la importancia de la mano de obra– y la hegemonía amorrea parece haber sido un proceso gradual. Lo que ocurrió con la población es un misterio. Tal vez se dispersó por todas partes, pero no hay pruebas de que fuera masacrada. Otra posibilidad es que la sequía y/o una epidemia acabaran con muchas vidas y dispersaran a los supervivientes. Al parecer, el gobierno amorreo fue más benigno que el de Ur III.

Los gobernantes amorreos parecen haber abolido la mayoría de los impuestos y los trabajos forzados –quizá para frenar la hemorragia de población– y fomentado una sociedad de grandes agricultores, comerciantes y súbditos libres. En cualquier caso, no fue una historia de saqueos y atrocidades bárbaras.

La mayor parte de la historia de Mesopotamia que hemos heredado procede del periodo más ampliamente documentado del «alto Estado» de tres siglos de Ur III, Acad

203 Broodbank, *The Making of the Middle Sea*, 349.

y la breve hegemonía de Babilonia. Sin embargo, Seth Richardson nos recuerda que este periodo fue anómalo y que siete de los nueve siglos que van del 2.500 al 1.600 a.C. fueron periodos de división y descentralización²⁰⁴.

No hay indicios de que este periodo, aunque «oscuro» en el sentido de carecer de un Estado luminoso y autocrónico, lo fuera en ningún sentido en términos de hambruna o violencia.

La primera «edad oscura» de Egipto, denominada Primer Periodo Intermedio, duró algo más de un siglo (2.160–2.030 a.C.), entre el Reino Antiguo y el Reino Medio. No parece que se produjera un desplome de la población, ni siquiera una dispersión radical de los patrones de asentamiento. Más bien parece haber sido un paréntesis en la continuidad del gobierno central. El resultado aparente fue el auge de los gobernantes provinciales locales –nomarcas–, que ahora sólo rendían lealtad nominal a la corte central. Es posible que se redujeran los impuestos y que las élites provinciales se beneficiaran del derecho a imitar los rituales que antes estaban reservados exclusivamente a la élite central. Representó una pequeña democratización de la cultura. En resumen, el Primer Periodo Intermedio parece menos una edad oscura que un breve episodio de descentralización provocado, casi con toda seguridad, por un periodo de estiaje en el Nilo que provocó malas cosechas y la pérdida

204 Richardson, “Early Mesopotamia,” 16.

de control del Estado central sobre sus súbditos. Las inscripciones de la época hablan tanto de una revolución en las relaciones sociales –el pillaje, el saqueo de los graneros, el ascenso de los pobres y la indigencia de los ricos– como de la privación en general²⁰⁵.

La Edad Oscura de Grecia duró aproximadamente de 1.100 a 700 a.C.. Muchos de los centros palaciegos fueron abandonados y a menudo destruidos físicamente e incendiados; el comercio disminuyó enormemente y la escritura en el alfabeto Lineal B desapareció. Las causas sugeridas son múltiples y no están verificadas: una invasión doria, la invasión de misteriosos «pueblos del mar» del Mediterráneo, la sequía y quizá una enfermedad. Desde el punto de vista cultural, se considera una época oscura que precedió a la posterior gloria de la Grecia clásica. Pero las epopeyas orales de la Odisea y la Ilíada, como hemos señalado, datan precisamente de esta época oscura de Grecia y sólo se transcribieron más tarde en la forma en que hemos llegado a conocerlas. De hecho, se podría argumentar que las epopeyas orales que sobreviven gracias a la repetida representación y memorización constituyen una forma de cultura mucho más democrática que los textos que dependen menos de la representación que de una pequeña clase de élites alfabetizadas que puedan leerlos.

205 En efecto, la tierra gira como el torno de un alfarero. El ladrón posee riquezas. . . ; Bell, “La Edad Oscura en la Historia Antigua”, 75.

Aunque la edad oscura de Grecia representó un largo y completo eclipse de las primeras ciudades-Estado, no sabemos casi nada de la vida en los centros autónomos, fragmentados y más pequeños que sobrevivieron, ni del papel que pueden haber desempeñado a la hora de sentar las bases para el posterior florecimiento de la Grecia clásica. Puede haber, pues, mucho que decir a favor de las edades oscuras clásicas en términos de bienestar humano. Es probable que gran parte de la dispersión que las caracteriza sea una huida de la guerra, los impuestos, las epidemias, las malas cosechas y el servicio militar obligatorio. Como tal, puede amortiguar las peores pérdidas que surgen del sedentarismo concentrado bajo el dominio del Estado. La descentralización que se produce no sólo puede reducir las cargas impuestas por el Estado, sino que incluso puede dar paso a un modesto grado de igualitarismo. Por último, siempre que no equiparemos necesariamente la creación de cultura exclusivamente con los centros estatales apicales, la descentralización y la dispersión pueden impulsar tanto una reformulación como una diversidad de la producción cultural.

También deseo al menos hacer un gesto en dirección a otra verdadera edad oscura no reconocida ni documentada, lejos de los centros estatales. La mayor parte de la población mundial en la época de los primeros estados estaba formada por cazadores y recolectores no estatales. William McNeill conjectura que habrían sido devastados demográficamente al

entrar en contacto con las nuevas enfermedades generadas por las concentraciones en el núcleo cerealista, enfermedades que para las poblaciones urbanas se estaban volviendo más endémicas y, por tanto, menos letales²⁰⁶. De ser así, gran parte de esta población no estatal podría haber perecido al margen de cualquier documentación y notificación –y, por tanto, al margen de la historia registrada–, como fue el caso de la devastación epidemiológica de las poblaciones del Nuevo Mundo al sucumbir a enfermedades que se propagaron tierra adentro, a menudo mucho antes de que los ojos europeos se fijaran en ellas. Si a los estragos de esas enfermedades añadimos la captura de poblaciones no estatales como esclavos, práctica que continuó hasta el siglo XIX, tenemos una «edad oscura» de proporciones épicas entre pueblos «sin historia» que pasó desapercibida para la propia historia.

206 McNeill, *Plagues and People*, 58–71. David Wengrow (comunicación personal) cree que el contacto a través del comercio y el intercambio en toda la zona habría actuado en contra del aislamiento de las poblaciones que hace posible las epidemias entre poblaciones inmunológicamente «ingenuas». Si bien esto es seguramente cierto para los principales centros de población y las rutas comerciales entre ellos, puede ser menos cierto para los pueblos no estatales fuera de las principales rutas comerciales y que viven en poblaciones lo suficientemente pequeñas como para que muchas de las enfermedades infecciosas comunes no se hubieran vuelto endémicas. La conjectura de McNeill sigue siendo sólo eso y espera una investigación más profunda.

VII. LA EDAD DE ORO DE LOS BÁRBAROS

La historia de los campesinos la escriben los colonos.

La historia de los nómadas la escriben los sedentarios.

La historia de los cazadores–recolectores la escriben los agricultores.

La historia de los pueblos no estatales la escriben los escribas de la corte.

Todo se puede encontrar en los archivos catalogados como «Historias Bárbaras».

Mirados desde el espacio exterior en el año 2.500 a.C., los primeros estados de Mesopotamia, Egipto y el valle del Indo (por ejemplo, Harrapan) habrían sido apenas visibles. En el

1.500 a.C., por ejemplo, habría algunos centros más (mayas y del río Amarillo), pero su presencia geográfica global podría haberse reducido. Incluso en el apogeo de los «superestados» romano y de los primeros Han, el área de su control efectivo habría sido asombrosamente modesta. En lo que respecta a la población, la inmensa mayoría de la población de este periodo (y posiblemente hasta al menos 1600 d.C.) seguía siendo no estatal: cazadores y recolectores, recolectores marinos, horticultores, sembradores, pastores y un buen número de agricultores que no eran gobernados ni gravados por ningún Estado²⁰⁷. La frontera, incluso en el Viejo Mundo, seguía siendo lo suficientemente amplia como para atraer a quienes deseaban mantener al Estado a distancia²⁰⁸.

Los estados, al ser en gran medida fenómenos agrarios, habrían parecido, con la excepción de algunos valles intermontanos, pequeños archipiélagos aluviales, situados en las llanuras aluviales de un puñado de ríos importantes.

207 Por «impuestos» entiendo cualquier gravamen más o menos regular sobre la producción, el trabajo o los ingresos de los súbditos. En los primeros estados, los «impuestos» adoptaban probablemente la forma de gravámenes en especie (por ejemplo, de la cosecha de los cultivadores) o la forma de trabajo (corvée).

208 Mi colega Peter Perdue, experto en las tierras fronterizas de China y en los pueblos no estatales en general, situaría la fecha límite más tarde, a finales del siglo XVIII, cuando, observa, «casi todas las fronteras del globo habían sido ocupadas por colonos y comerciantes, y los mercaderes de mercancías globales extraían recursos de todos los grandes continentes»; comunicación personal.

Por muy poderosos que llegaran a ser, su dominio se limitaba ecológicamente a los suelos ricos y bien regados que podían soportar la concentración de mano de obra y grano que constituía la base de su poder.

Fuera de este «punto dulce» ecológico, en las tierras áridas, en los pantanos y marismas, en las montañas, no podían gobernar. Podían montar expediciones punitivas y ganar uno o dos combates, pero gobernar era otra cosa. La mayoría de los estados primitivos de cierta duración consistían probablemente en una región central gobernada directamente, una penumbra de pueblos cuya incorporación dependía del poder y la riqueza variables del Estado, y una zona bastante fuera de su alcance. En la mayoría de los casos, los estados no trataban de gobernar zonas fiscalmente estériles más allá del núcleo que normalmente no amortizarían el coste de gobernarlas. En su lugar, los estados buscaban aliados militares y representantes en el interior y comerciaban para obtener las escasas materias primas que necesitaban.

El interior no era simplemente una zona sin gobierno –o, mejor dicho, sin dominación–, sino una zona gobernada, desde la perspectiva del centro estatal, por «bárbaros» y «salvajes». Aunque no eran categorías linneanas precisas, los «bárbaros» solían designar a un pueblo pastoril hostil que suponía una amenaza militar para los estados pero que, en determinadas circunstancias, podía ser incorporado; los «salvajes», por su parte, eran vistos como bandas de

forrajeadores y cazadores no aptos como materia prima para la civilización, que podían ser ignorados, asesinados o esclavizados. Cuando Aristóteles escribió sobre los esclavos como herramientas, uno imagina que tenía en mente a los «salvajes» y no a todos los bárbaros (por ejemplo, los persas).

La lente de la «domesticación» en general es útil para dar sentido a los «bárbaros» desde la perspectiva de los centros estatales. Los cultivadores de grano y los fiadores del núcleo estatal son sujetos domesticados, mientras que los buscadores de comida, los cazadores y los nómadas son pueblos salvajes, no domesticados: los bárbaros. Los bárbaros son para los súbditos domesticados lo que la fauna salvaje, las alimañas son para el ganado domesticado. Como mínimo son incontrolables y, en el peor de los casos, representan una molestia y una amenaza que hay que exterminar. A su vez, las malas hierbas en el campo cultivado son para los cultivos domesticados lo que los bárbaros son para la vida civilizada. Son una molestia, y ellas y los pájaros, ratones y ratas que aparecen sin invitación en la cena de la cosecha en los campos son un peligro para el Estado y la civilización.

Las malas hierbas, las alimañas, los bichos y los bárbaros – los «no domesticados»– amenazan la civilización en Estado de grano. Hay que dominarlos y domesticarlos o, en su defecto, exterminarlos o excluirlos rigurosamente de la *domus*.

Debo dejar claro, una vez más, que utilizo el término «bárbaro» en un sentido satírico e irónico. «Bárbaro» y sus muchos primos –«salvaje», «bruto», «gente del bosque», «gente de las colinas»– son términos inventados en los centros estatales para describir y estigmatizar a quienes aún no se habían convertido en súbditos del Estado. En la dinastía Ming, el término «cocido», referido a los bárbaros asimilados, significaba, en la práctica, los que se habían asentado, habían sido inscritos en las listas de impuestos y que, en principio, eran gobernados por magistrados han; en resumen, los que se decía que habían «entrado en el mapa». Un grupo idéntico en lengua y cultura se dividía a menudo en fracciones «crudas» y «cocinadas» en función de si estaban fuera o dentro de la administración estatal. Para los chinos como para los romanos, los bárbaros y las tribus empezaban precisamente donde terminaban los impuestos y la soberanía. Entendamos, pues, que en adelante, cuando utilice el término «bárbaro», no es más que una abreviatura irónica de «pueblos no estatales».

Las civilizaciones y su penumbra bárbara

Hemos visto con gran detalle cómo el Estado primitivo era radicalmente inestable por razones estructurales,

epidemiológicas y políticas internas. También era vulnerable a la depredación de otros estados.

Pero quiero argumentar aquí que la amenaza de los bárbaros fue quizá el factor más importante que limitó el crecimiento de los estados durante un periodo que se mide más en milenios que en siglos. Desde las incursiones amorreas en Mesopotamia, pasando por la «edad oscura» griega, la fragmentación del Imperio Romano y la dinastía Yuan (mongola) en China, y quizá más allá, la presencia bárbara fue el mayor peligro para la existencia del Estado y, como mínimo, la limitación crucial para su crecimiento²⁰⁹. Me refiero menos a las «estrellas» bárbaras –los mongoles, los manchúes, los hunos, los mogoles, Osman– que a las innumerables bandas de pueblos no estatales que roían sin descanso con incursiones a las comunidades sedentarias dedicadas al cultivo de cereales. Muchos de los pueblos no estatales que realizaban incursiones eran al menos semisedentarios: por ejemplo, los patanes, los kurdos y los bereberes.

Creo que la mejor manera de conceptualizar esta actividad es considerarla una forma avanzada y lucrativa de caza y recolección de alimentos. Las comunidades sedentarias

209 J. N. Postgate distingue, en el caso de Mesopotamia, las incursiones «de montaña» de las incursiones «de pastores», a las que denomina estas últimas como más propenso a destruir el estado. ; *Early Mesopotamia*, 9.

representaban, para los forrajeadores móviles, un lugar irresistible para la recolección concentrada.

Para hacerse una idea del botín que ofrecían, se puede consultar este inventario de una gran incursión (ifracasada en última instancia!) en un asentamiento de las tierras bajas del oeste de la India a finales de la época colonial: 72 bueyes, 106 vacas, 55 terneros, 11 búfalos, 54 vasijas de latón y cobre, 50 prendas de vestir, 9 mantas, 19 arados de hierro, 65 hachas, adornos y grano²¹⁰.

El período comprendido entre la primera aparición de los estados y su hegemonía sobre los pueblos no estatales representó, en mi opinión, algo así como una «edad de oro de los bárbaros». Lo que quiero decir es que en muchos sentidos era «mejor» ser bárbaro porque había estados, siempre que esos estados no fueran demasiado fuertes. Los estados eran jugosos lugares para el saqueo y el tributo. Al igual que el Estado necesitaba una población sedentaria dedicada al cultivo de cereales para sus actividades depredadoras, esta concentración de población sedentaria, con sus cereales, ganado, mano de obra y bienes, servía como lugar de extracción para los depredadores más móviles. Cuando la movilidad de los depredadores se veía reforzada por camellos, caballos, estribos o embarcaciones

210 Skaria, *Hybrid Histories*, 132.

rápidas de poco calado, el alcance y la eficacia de sus incursiones se ampliaban enormemente.

Los beneficios de la vida bárbara habrían sido mucho menos atractivos en ausencia de estos lugares concentrados de forrajeo. Si pensamos en la capacidad de carga de la ecología bárbara, mi argumento es que se vio reforzada por la existencia de pequeños estados de forma muy parecida a como se habría visto reforzada por un rodal propicio de cereales silvestres o una migración de animales de caza. Sería difícil decir si los microparásitos de las comunidades sedentarias o los brotes de incursores macroparásitos contribuyeron más a limitar el crecimiento de los estados y sus poblaciones.

Fijar fechas precisas a la «edad de oro de los bárbaros» es sin duda una tontería. Es probable que la historia y la geografía de una zona concreta den lugar a una configuración muy diferente de las relaciones entre el Estado y los bárbaros, y que ésta cambie con el tiempo. Las «incursiones» amorreas en Mesopotamia alrededor del año 2.100 a.C. pueden haber representado un pico notable de «problemas» bárbaros, pero seguramente no fue la única ocasión en la que las ciudades-Estado mesopotámicas se enfrentaron a problemas procedentes de sus tierras interiores. Y aquí debemos recordar que prácticamente todos nuestros conocimientos sobre las «amenazas» bárbaras proceden de fuentes estatales, fuentes que bien podrían tener razones interesadas para restar importancia a

la amenaza o, lo que es más probable, para dramatizarla en exceso y definir el término «bárbaro» de forma restrictiva o amplia.

Consciente de las complejidades, Barry Cunliffe se aventura valientemente a proponer que, al menos en el Mediterráneo, la desorganización bárbara del mundo estatal antiguo duró más de un milenio, hasta el año 200 a.C. Dentro de este periodo, identifica especialmente el siglo entre 1.250 y 1.150 a.C. como el momento en que «todo el edificio del intercambio centralizado, burocrático y basado en palacios se vino abajo»²¹¹.

El abandono virtual de muchos centros estatales en esta época se atribuye a menudo a los llamados invasores de los pueblos del mar, quizá de origen micénico y filisteo, de los que se sabe muy poco²¹². Atacaron Egipto en 1.224 a.C. y de nuevo en 1.186 a.C., junto con nómadas del desierto al oeste del Nilo. Casi al mismo tiempo, proliferan las fortificaciones y torres en el norte del Mediterráneo, presumiblemente para defenderse de los asaltantes que se desplazaban por tierra y por mar. En el transcurso de este largo milenio, una gran parte de la población mediterránea había sido desplazada no una, sino varias veces. En el siglo II a.C., según

211 Cunliffe, *Europe Between the Oceans*, 229.

212 Para un resumen útil de lo que sabemos sobre la «gente del mar» y lo que está en disputa, véase Gitin, Mazar, and Stern, *Mediterranean Peoples in Transition*.

Cunliffe, «el espíritu de rapiña que lo dominaba todo había remitido en gran medida», pero no antes de que los celtas hubieran hecho incursiones hasta Delfos²¹³.

Al final de este periodo, al otro lado del continente euroasiático, las dinastías Qin y Han tenían sus propios problemas con la confederación tribal Xiongnu por el control de las tierras dentro del gran «bucle de Ordos» del río Amarillo.

En el centro del continente, Bennett Bronson afirma que la relativa ausencia de estados fuertes en el subcontinente indio se debió en gran medida a los numerosos y poderosos grupos nómadas de incursión que impidieron la consolidación de los estados. Desde el siglo IV a.C. hasta 1600 d.C.,

*«los dos tercios septentrionales del subcontinente produjeron exactamente dos estados moderadamente duraderos que abarcaban toda la región: el [Chandra] Gupta y el Mughal», escribe Bronson. «Ninguno de ellos ni ninguno de los estados norteños más pequeños duró más de dos siglos y la interregna anárquica fue en todas partes prolongada y severa»*²¹⁴.

213 Cunliffe, *Europe Between the Oceans*, 331.

214 Bronson, “The Role of Barbarians in the Fall of States,” 208.

Owen Lattimore, pionero de los estudios fronterizos en el contexto de la relación de China con su poderosa, militarizada y nómada franja del norte, ve un patrón más general y continental. Señala que las murallas y fortificaciones estatales contra pueblos no estatales surgieron desde Europa occidental hasta China, pasando por Asia central, y perduraron hasta las invasiones mongolas de Europa en el siglo XIII. Parece una afirmación bastante extravagante, pero, viniendo de Lattimore, merece la pena reflexionar sobre ella.

«Existía una cadena enlazada de fronteras septentrionales fortificadas del antiguo mundo civilizado desde el Pacífico hasta el Atlántico. Las primeras murallas fronterizas parecen haber estado en el sector iranio. Las fronteras amuralladas del Imperio Romano de Occidente en Britania y en el Rin y el Danubio se enfrentaban a tribus de bosques, tierras altas y praderas, ahora nómadas pastores»²¹⁵.

Sin embargo, la mayor ventaja que la aparición de los estados supuso para los bárbaros no fue tanto su papel como lugares de depredación, sino más bien como puntos de comercio. Dado que los estados representaban agroecologías tan estrechas, dependían de una gran cantidad de productos de fuera del aluvión para sobrevivir. Los pueblos estatales y no estatales eran socios comerciales

215 Lattimore, “The Frontier in History,” 486.

naturales. A medida que un Estado crecía en población y riqueza, también lo hacían sus intercambios comerciales con los bárbaros cercanos. En el primer milenio a.C. se produjo una auténtica explosión del comercio marítimo en el Mediterráneo que incrementó exponencialmente el volumen y el valor de los intercambios. La mayor parte de la «economía bárbara» en este contexto se dedicaba a abastecer a los mercados de las tierras bajas de las materias primas y bienes que necesitaban, gran parte de los cuales se destinaban a su vez a la reexportación a otros puertos. Buena parte de lo que suministraban los bárbaros era ganado en el sentido más amplio del término: vacas, ovejas y, sobre todo, esclavos. A cambio recibían textiles, grano, artículos de hierro y cobre, cerámica y artículos de lujo artesanales, en gran parte también procedentes del comercio «internacional».

Los grupos bárbaros que controlaban una o más de las principales rutas comerciales (normalmente un río navegable) hacia un centro importante de las tierras bajas podían cosechar grandes recompensas y se convertían, a su vez, en lugares conspicuos de lujo, talento y, si se quiere, «civilización».

Así pues, el saqueo y el comercio con el Estado hicieron que la vida económica en los márgenes del Estado fuera más viable y lucrativa de lo que podría haber sido de otro modo. Pero el saqueo y el comercio no eran simplemente modos alternativos de apropiación; como veremos, se combinaban

muy eficazmente de manera que imitaban ciertas formas de estatalismo.

Geografía bárbara, ecología bárbara

Los «bárbaros» no son, desde luego, una cultura o una carencia de ella. Tampoco son un «estadio» del progreso histórico o evolutivo en el que el estadio superior es la vida en el Estado como contribuyente, en línea con el discurso histórico de la incorporación compartido por romanos y chinos.

Para el César, la incorporación significaba pasar de la tribu (amistosa u hostil) a la «provincia» y quizá finalmente a la romanidad. Para los Han significaba pasar de «cruda» (hostil) a «cocida» (amistosa) y quizá finalmente a Han. Los pasos intermedios «provincial» y «cocido» eran categorías específicas de incorporación administrativa y política a las que seguiría, en circunstancias ideales, la asimilación cultural. Dicho clínica y estructuralmente, «bárbaro» se entiende mejor como una posición frente a un Estado o imperio.

Los bárbaros son un pueblo adyacente a un Estado, pero no dentro de él. Los bárbaros no pagaban impuestos; si

tenían alguna relación fiscal con el Estado, se esperaba de ellos que ofrecieran tributo como colectividad.

Describir la geografía y la ecología del Estado en el mundo antiguo es relativamente fácil debido a los requisitos agrarios y demográficos de la creación de estados. Los estados sólo podían surgir en tierras ricas, bien regadas y bajas. Hasta la última mitad del primer milenio a.C., cuando los barcos de vela, más grandes, podían transportar cargamentos más voluminosos a distancias más largas, los estados tenían que ceñirse al núcleo cerealista. La geografía y ecología bárbaras son, por otra parte, mucho más difíciles de describir concisamente porque constituyen una categoría amplia y residual; básicamente comprenden todas aquellas geografías que no son aptas para la formación de estados. Las zonas bárbaras a las que más a menudo se hace referencia son las montañas y las estepas. De hecho, casi cualquier zona de difícil acceso, ilegible y sin caminos, e inadecuada para la agricultura intensiva podría calificarse de zona bárbara.

Así, el discurso estatal ha incluido en esta categoría bosques densos sin limpiar, pantanos, marismas, deltas fluviales, turberas, páramos, desiertos, brezales, yermos áridos e incluso el propio mar. Muchos nombres aparentemente étnicos resultan ser, cuando se traducen literalmente, una descripción de la geografía de un pueblo, aplicada a ellos por el discurso estatal: «gente de las colinas», «habitantes de los pantanos», «gente de los

bosques», «gente de las estepas». La única razón por la que los pastores nómadas de la estepa, los montañeses y los pueblos del mar ocupan un lugar tan destacado en el discurso estatal sobre los bárbaros es que estos pueblos no sólo estaban fuera de su alcance, sino que además eran los que tenían más probabilidades de suponer una amenaza militar para el propio Estado.

El límite figurativo, y a menudo literal, del alcance de un Estado solía estar demarcado por una frontera física erigida por el Estado entre las zonas «civilizadas» y las «bárbaras». El primer gran muro de este tipo fue el «muro de la tierra», de 250 kilómetros de longitud, construido hacia el año 2.000 a.C. entre el Tigris y el Éufrates por orden del rey sumerio Sulgi. Aunque normalmente se describe como un muro para mantener alejados a los bárbaros amorreos (tarea en la que fracasó), Anne Porter y otros creen que tenía el propósito adicional de mantener dentro a los cultivadores contribuyentes del sur de Mesopotamia²¹⁶. Para el Imperio Romano temprano, los bárbaros «comenzaban» en la orilla oriental del Rin, más allá de la cual las legiones romanas nunca se aventuraron tras su catastrófica derrota en la batalla del Bosque de Teutoburgo (9 E.C.).

216 Porter, *Mobile Pastoralism*, 324. Como también ha demostrado Porter, los amorreos eran más una rama de la sociedad mesopotámica que «bárbaros». Eran, sin duda, desafiantes y usurpadores, pero no eran «forasteros».

Los Balcanes, «una tierra de montañas y valles cortados por innumerables arroyos y con pocas grandes extensiones de terreno llano», estaban igualmente marcados por una frontera (limes) de fortificaciones²¹⁷.

La geografía bárbara se correspondía con lo que es distintivo de la ecología y la demografía bárbaras. Como categoría residual, describe modos de subsistencia y asentamiento que no son los del núcleo estatal cerealista. En un mito sumerio, se amonesta a la diosa Adnigkidu para que no se case con un dios nómada, Martu, de la siguiente manera: «El que habita en las montañas... habiendo llevado a cabo muchas luchas... no conoce la sumisión, come alimentos sin cocinar, no tiene casa donde vivir, no es enterrado cuando muere...». El Registro de Ritos (Liji) de la dinastía Zhou contrasta las tribus bárbaras que comían carne (cruda o cocinada) en lugar de la «comida de grano» de los civilizados. Entre los romanos, el contraste entre su dieta de cereales y la dieta gala de carne y productos lácteos era un marcador clave de su pretensión de ser civilizados. Los bárbaros eran dispersos y muy móviles, y vivían en pequeños asentamientos. Podían ser agricultores itinerantes, pastores, pescadores, cazadores-recolectores, recolectores o pequeños comerciantes.

Podían incluso plantar algo de grano y comerlo, pero era poco probable que el grano fuera su alimento básico

217 Burns, *Rome and the Barbarians*, 150.

dominante, como lo era para los súbditos del Estado. Eran, en virtud de su movilidad, sus diversos medios de vida y su dispersión, materia prima inadecuada para la apropiación y la construcción del Estado, y precisamente por estas razones se les llamaba bárbaros. Tales distinciones admitían diferencias de grado, y esto, a su vez, servía para demarcar, para el Estado, a aquellos bárbaros que eran candidatos plausibles para la civilización de aquellos que estaban más allá de los límites. A ojos romanos, los celtas, que roturaban la tierra, cultivaban algo de grano y construían ciudades comerciales (*oppida*), eran bárbaros de «alto nivel», mientras que las bandas de cazadores acéfalos y móviles eran irredimibles. Las sociedades bárbaras, al igual que las celtas *oppida*, pueden ser bastante jerárquicas, pero su jerarquía no suele basarse en la propiedad heredada y suele ser más plana que la de los reinos agrarios.

Los caprichos de la geografía significaban a menudo que el territorio central del núcleo cerealista estaba fragmentado por, digamos, colinas y pantanos, en cuyo caso el núcleo del Estado podía incluir varias zonas bárbaras «no incorporadas». A menudo, un Estado eludía o saltaba por encima de las zonas recalcitrantes en el proceso de unir las zonas cultivables cercanas. Los chinos, por ejemplo, distingúian entre los «bárbaros del interior», que se encontraban en esas zonas en cuarentena, y los «bárbaros del exterior», en las fronteras del Estado.

Los relatos civilizatorios de los primeros estados insinúan, si no lo dicen directamente, que algunos primitivos, por suerte o por astucia, domesticaron cultivos y animales, fundaron comunidades sedentarias y pasaron a fundar ciudades y estados. Dejaron atrás el primitivismo por el Estado y la civilización. Los bárbaros, según este relato, son los que no hicieron la transición, los que se quedaron fuera. Tras esta gran divergencia existían dos esferas: la civilizada, de asentamientos, ciudades y estados, por un lado, y la primitiva, de cazadores, recolectores y pastores móviles y dispersos, por otro. La membrana entre las dos esferas era permeable, pero sólo en una dirección. Los primitivos podían entrar en la esfera de la civilización –ésa era, después de todo, la gran narrativa–, pero era inconcebible que los «civilizados» pudieran volver al primitivismo.

Ahora sabemos que, a juzgar por los datos históricos, este punto de vista es fundamentalmente erróneo. Es erróneo al menos por tres razones. En primer lugar, ignora los milenios de cambios y movimientos entre modos de subsistencia sedentarios y no sedentarios, así como las numerosas opciones intermedias. Los asentamientos fijos y la agricultura de arado eran necesarios para la formación del Estado, pero sólo formaban parte de un amplio abanico de opciones de subsistencia que se adoptaban o abandonaban a medida que cambiaban las condiciones.

En segundo lugar, el propio acto de establecer un Estado y su posterior ampliación fue en sí mismo típicamente un acto

de desplazamiento. Una parte de la población preexistente puede haber sido absorbida, pero otra, quizá la mayoría, puede haberse desplazado fuera de su radio de acción.

Muchas de las poblaciones bárbaras adyacentes a un Estado pueden haber sido, de hecho, refugiados del propio proceso de creación del Estado. En tercer lugar, una vez creados los estados, como hemos visto, a menudo había tantas razones para huir de ellos como para entrar en ellos. Si, como sugiere la narrativa estándar, la gente se siente atraída por el Estado por las oportunidades y la seguridad que ofrece, también es cierto que las altas tasas de mortalidad unidas a la huida de la esfera estatal eran lo suficientemente compensatorias como para que la esclavitud, las guerras por la captura y el reasentamiento forzoso parecieran parte integrante de las necesidades de mano de obra del Estado primitivo.

El punto clave para nuestros propósitos es que, una vez establecido, el Estado expulsaba súbditos a la vez que los incorporaba. Las causas de la huida variaban enormemente –epidemias, malas cosechas, inundaciones, salinización, impuestos, guerra y reclutamiento–, provocando tanto una fuga constante como ocasionalmente un éxodo masivo. Algunos de los fugitivos se dirigieron a los estados vecinos, pero un buen número de ellos –quizá especialmente cautivos y esclavos– se marcharon a la periferia y a otros modos de subsistencia.

Se convirtieron, en efecto, en bárbaros a propósito. Con el tiempo, una proporción cada vez mayor de pueblos no estatales no eran «primitivos prístinos» que rechazaban obstinadamente la *domus*, sino ex súbditos estatales que habían elegido, aunque a menudo en circunstancias desesperadas, mantener al Estado a distancia. Este proceso, detallado por muchos antropólogos, entre los que Pierre Clastres es quizá el más famoso, se ha denominado «primitivismo secundario»²¹⁸. Cuanto más tiempo existían los estados, más refugiados expulsaban a la periferia. Los lugares de refugio donde se acumulaban con el tiempo se convirtieron en «zonas de fragmentación», ya que su complejidad lingüística y cultural reflejaba que habían sido pobladas por diversos pulsos de refugiados durante un largo periodo.

El proceso de primitivismo secundario, o lo que podría llamarse «pasarse a los bárbaros», es mucho más común de lo que permite cualquiera de las narrativas civilizatorias estándar. Es especialmente pronunciado en épocas de desintegración estatal o interregna marcadas por la guerra, las epidemias y el deterioro medioambiental. En tales circunstancias, lejos de ser visto como un lamentable retroceso y privación, puede muy bien haber sido experimentado como una notable mejora en la seguridad, la

218 Clastres, *La Société contre l'État*.

nutrición y el orden social. Convertirse en bárbaro era a menudo un intento de mejorar la propia suerte.

Los nómadas, Christopher Beckwith ha señalado, estaban en general mucho mejor alimentados y llevaban una vida más fácil y larga que los habitantes de los grandes estados agrícolas.

Había un flujo constante de pueblos que escapaban de China hacia los reinos de la estepa oriental, donde no dudaban en proclamar la superioridad del estilo de vida nómada. Del mismo modo, muchos griegos y romanos se unieron a los hunos y a otros pueblos de Eurasia central, donde vivían mejor y eran mejor tratados que en su país²¹⁹.

Esta autonomadización voluntaria no fue rara ni aislada. Por lo que respecta a la frontera mongola de China, Owen Lattimore, como ya se ha señalado, ha defendido con mayor contundencia que el propósito de la Gran Muralla era tanto mantener a los contribuyentes chinos en el interior como bloquear las incursiones bárbaras y que, no obstante, un gran número de cultivadores Han contribuyentes se habían «distanciado» del espacio estatal –especialmente en épocas de desorden político y económico– y «se habían unido con bastante facilidad a los gobernantes bárbaros»²²⁰. Lattimore, como estudioso de las fronteras en general, cita

219 Beckwith, *Empires of the Silk Road*, 76.

220 Lattimore, “The Frontier in History,” 476–481.

a un estudioso del Imperio Romano de Occidente tardío que observó el mismo patrón también allí, ya que «la despiadada recaudación de impuestos y la impotencia de los ciudadanos ante los ricos infractores de la ley» llevaron a los ciudadanos romanos a buscar la protección de los hunos de Atila²²¹. «En otras palabras», añade Lattimore, «hubo momentos en que la ley y el orden de los bárbaros eran superiores a los de la civilización»²²².

Precisamente porque esta práctica de pasarse a los bárbaros va directamente en contra de la historia «justa» de la civilización, no es una historia que se encuentre en las crónicas de la corte y en las historias oficiales. Es subversivo en el sentido más profundo. La atracción que ejercían los godos en el siglo VI de nuestra era, era al menos tan grande como la que habían ejercido antes los hunos. Totila (rey de los ostrogodos, 541–552 d.C.) no sólo aceptó esclavos y colonos en el ejército godo, sino que incluso los puso en contra de sus amos senatoriales prometiéndoles la libertad y la propiedad de la tierra.

«Al hacerlo, permitió y proporcionó una excusa para algo que las clases bajas romanas habían estado dispuestas a hacer desde el siglo III»: «convertirse en

221 Ibid. , citado en E. A. Thompson, *A History of Attila and the Huns* (Oxford: Oxford University Press, 1948), 185–186.

222 Lattimore, “The Frontier in History,” 481.

godos por desesperación ante su situación económica»²²³.

Un gran número de bárbaros, por tanto, no eran primitivos que se habían quedado o habían sido abandonados, sino refugiados políticos y económicos que habían huido a la periferia para escapar de la pobreza, los impuestos, la servidumbre y la guerra inducidos por el Estado. A medida que los estados proliferaban y crecían con el tiempo, expulsaban a un número cada vez mayor de personas que votaban con los pies. La existencia de una gran frontera –al igual que la emigración al Nuevo Mundo de los europeos pobres en el siglo XIX y principios del XX– ofrecía una vía de escape menos peligrosa que la rebelión²²⁴.

Las tribus son, en primer lugar, una ficción administrativa del Estado; las tribus empiezan donde acaban los estados. El antónimo de «tribu» es «campesino», es decir, súbdito del Estado. El hecho de que la tribalidad sea ante todo una relación con el Estado queda bien reflejado en la práctica romana de volver a utilizar los antiguos nombres tribales para describir a las poblaciones provinciales que se habían

223 Herwig Wolfram, *History of the Goths*, trans. Thomas J. Dunlap (Berkeley: University of California Press, 1988), 8, quoted in Beckwith, *Empires of the Silk Road*, 333.

224 Cabe señalar que Espartaco y sus rebeldes intentaban abandonar Italia, pero fueron detenidos por traiciones y, finalmente, por el ejército de Sula. Para una historia de las prácticas de huida del Estado en las tierras altas del sudeste asiático, véase mi libro *El arte de no ser gobernado*.

separado y rebelado contra Roma. El hecho de que los bárbaros que amenazaron a estados e imperios y, por tanto, pasaron a los libros de historia, lleven nombres distintos – amoritas, escitas, xiongnu, mongoles, alamanni, hunos, godos, jungaros– transmite una impresión de cohesión e identidad cultural que suele ser totalmente contraria a los hechos. Todos estos grupos eran confederaciones de pueblos dispares reunidos brevemente con fines militares y luego caracterizados por el Estado amenazado como un «pueblo». Los pastores, en particular, tienen estructuras de parentesco extraordinariamente flexibles, que les permiten incorporar y desprenderse de miembros del grupo en función de factores como los pastos disponibles, el número de cabezas de ganado y las tareas a realizar, incluidas las militares. Al igual que los estados, también suelen estar hambrientos de mano de obra y, por tanto, incorporan rápidamente refugiados o cautivos a la estructura de parentesco del linaje.

Para los romanos y la dinastía Tang, las tribus eran unidades territoriales de administración, que poco o nada tenían que ver con las características de las personas así designadas.

Muchos de los llamados nombres tribales eran simplemente topónimos: un valle concreto, una cadena de colinas, un tramo de río, un bosque. En algunos casos, el término podía designar el carácter del presunto grupo; por ejemplo, un grupo al que los romanos llamaban Cimbri, que

significa «ladrones» o «bandidos». El objetivo tanto de los romanos como de los chinos era encontrar o, en su defecto, simplemente designar a un líder o jefe que posteriormente sería responsable del buen comportamiento de su pueblo. Según el sistema chino (tusi) de «utilizar a los bárbaros para gobernar a los bárbaros», se designaba a un jefe tributario, se le otorgaban títulos y privilegios, y los funcionarios Han le hacían responsable de «su pueblo.»

Con el tiempo, por supuesto, tal ficción administrativa podía adquirir una existencia autónoma propia. Una vez establecidas, las ficciones se institucionalizaban mediante tribunales, pagos de tributos, funcionarios nativos inferiores, registros de tierras y obras públicas, estructurando la parte de la vida nativa que implicaba contacto con el Estado.

Un «pueblo» creado originalmente de la nada por decreto administrativo podía llegar a adoptar esa ficción como una identidad consciente, incluso desafiante. En el esquema evolutivo de César, descrito anteriormente, las tribus precedieron a los estados. Dado lo que sabemos ahora, sería más exacto decir que los estados precedieron a las tribus y, de hecho, las inventaron en gran medida como instrumento de gobierno.

Incursiones

Tras una incursión de gentes de más allá del aluvión, un acomodado residente de Ur escribió el siguiente lamento:

*El que vino de las tierras altas ha llevado mis posesiones a las tierras altas.... El pantano se ha tragado mis posesiones.... Hombres ignorantes de la plata han llenado sus manos con mi plata. Hombres ignorantes de las gemas se han atado mis gemas al cuello*²²⁵.

Aunque la densidad de grano, población y ganado en un espacio concentrado es la fuente del poder de un Estado, también es la fuente de su vulnerabilidad potencialmente fatal ante los asaltantes móviles²²⁶.

Sin duda, el Estado no suele ser más rico que su periferia, pero como hemos visto, la diferencia decisiva es que la riqueza del Estado, o de cualquier comunidad sedentaria, está convenientemente amontonada en un espacio confinado, mientras que la riqueza de la periferia está muy dispersa. Los asaltantes móviles, especialmente si van a caballo, tienen la iniciativa militar. Pueden llegar en el momento y lugar que deseen y en número suficiente para

225 Cunliffe, *Europe Between the Oceans*, 238.

226 Beckwith, *Empires of the Silk Road*, 333–334.

abrumar el punto más débil de una comunidad asentada o para interceptar una caravana comercial. Si son lo suficientemente numerosos, pueden tomar una comunidad fortificada. Su ventaja reside en las incursiones relámpago; es poco probable, por ejemplo, que asedien una ciudad fortificada, ya que cuanto más tiempo permanezcan en el lugar, más tiempo tendrá un Estado para movilizarse contra ellos, anulando así su ventaja táctica. En condiciones premodernas y quizá incluso hasta la era de los cañones, los ejércitos móviles de pastores han sido generalmente superiores a los ejércitos aristocráticos y campesinos de los estados²²⁷.

Incluso en las regiones sin pastores ni caballos, el patrón general parece ser que los pueblos más móviles –los cazadores–recolectores, los swiddeners y los barqueros– tienden a dominar y a extraer tributos de los horticultores y agricultores sedentarios²²⁸.

El conocido dicho bereber «La incursión es nuestra agricultura», citado en mi introducción, es significativo. Creo que apunta en la dirección de una verdad importante sobre el carácter parasitario de las incursiones. Los graneros de una comunidad sedentaria pueden representar dos o más años de trabajo agrario que los asaltantes pueden apropiarse en un instante. El ganado enjaulado o acorralado

227 Wengrow, *What Makes Civilization*, 99.

228 Santos–Granero, *Vital Enemies*.

es, en el mismo sentido, un granero vivo que puede ser confiscado. Y puesto que el botín de una incursión también incluía normalmente esclavos para rescatar, conservar o vender, éstos también representaban un depósito concentrado de valor y productividad –criados con un gasto considerable– que podía ser arrebatado en un día. Desde una perspectiva aún más amplia, sin embargo, se podría decir que un parásito estaba desplazando a otro, en la medida en que los asaltantes estaban confiscando y dispersando los activos acumulados de lo que había sido, hasta entonces, un lugar concentrado de apropiación reservado exclusivamente para el Estado²²⁹.

Por su parte, los incursores bárbaros estaban relativamente a salvo de las represalias del Estado. Al ser móviles y dispersos, por lo general podían simplemente desaparecer, a menudo en las colinas, pantanos y praderas sin caminos, donde los ejércitos estatales los seguían por su cuenta y riesgo.

Los ejércitos estatales podían ser eficaces contra objetivos fijos y comunidades sedentarias, pero eran en gran medida impotentes en campañas contra bandas acéfalas sin una

229 Perdue me recuerda que la relación entre incursores móviles y criaturas sedentarias también puede encontrarse en los reinos animal y de los insectos. Se trata de estrategias de subsistencia diferentes y, hasta cierto punto, competitivas.

autoridad central con la que negociar o a la que derrotar en batalla.

Otra forma de expresar la relativa inmunidad de, digamos, los incursores mongoles frente al contraataque chino es señalar la ausencia, como hace Lattimore, de centros neurálgicos en las praderas²³⁰. Si hemos de creer las palabras que Heródoto pone en boca de un interlocutor escita, los incursores nómadas eran bastante conscientes de las ventajas militares de no tener propiedades fijas.

*«Porque nosotros, los escitas, no tenemos ciudades ni tierras plantadas, para poder encontrarnos con vosotros cuanto antes en la batalla, [de lo contrario] temiendo que una [ciudad] sea tomada o las otras [cosechas] sean malgastadas»*²³¹.

En el Mediterráneo de finales del segundo milenio a.C., el peligro para los estados procedía menos de las praderas y los desiertos que del mar. Al igual que la estepa o el desierto, el mar navegable ofrece oportunidades únicas para que los asaltantes marítimos sorprendan a las comunidades costeras y las saqueen o, en algunos casos, se apoderen de ellas como gobernantes. Los nómadas marinos también se aprovecharon del enorme crecimiento del comercio

230 Owen Lattimore, “On the Wickedness of Being Nomads.”

231 Citado en Beckwith, *Empires of the Silk Road*, 69.

mediterráneo mediante la piratería, el equivalente de los pastores que se aprovechan de las caravanas terrestres.

El rey de Ugarit, cerca de la actual Latakia en Siria, describe un ataque a su reino cuando sus propios carros y barcos estaban ausentes: «He aquí que las naves enemigas llegaron aquí; mis ciudades fueron incendiadas e hicieron maldades en mi país».

«Además de sus conocidos ataques a Egipto y Oriente, los asaltantes navales fueron probablemente responsables de la destrucción de la Creta palaciega y del corazón imperial hitita²³². Fueron los precursores de otros famosos asaltantes marítimos, como los vikingos y los «gitanos del mar» (orang laut) del sudeste asiático. La piratería contemporánea en el Mar Arábigo sugiere que, incluso hoy, la velocidad, la movilidad y la sorpresa pueden, al menos durante un tiempo, prevalecer tácticamente sobre los portacontenedores «cuasi sedentarios».

Poco se sabe de los «piratas del mar». Es muy posible que hayan operado a menudo desde Chipre y que hayan sido responsables de varias oleadas de ataques a lo largo de más de un siglo. Al igual que los pastores, eran muy heterogéneos desde el punto de vista cultural y lingüístico.

232 Paul Astrom, «Continuity and Discontinuity: Indigenous and Foreign Elements in Cyprus Around 1200 BC», en Gitin, Mazar y Stern, Mediterranean Peoples in Transition, 80–86, cita en el 83.

En los documentos y crónicas estatales aparecen como fuente de terror y espanto. Sin embargo, la investigación moderna los ha rehabilitado no sólo como asaltantes, sino como constructores de ciudades en muchos de los reinos que capturaron.

Existe una contradicción profunda y fundamental en la incursión que, una vez comprendida, sugiere por qué es un modo de subsistencia radicalmente inestable, que en la mayoría de las circunstancias es probable que evolucione hacia algo muy diferente.

Llevado a su conclusión lógica, el saqueo se liquida por sí mismo. Si, por ejemplo, los asaltantes atacan una comunidad sedentaria, llevándose su ganado, grano, personas y objetos de valor, el asentamiento queda destruido. Al conocer su destino, otros serán reacios a establecerse allí. Si los asaltantes practicaran este tipo de ataques, habrían matado a toda la «caza» de los alrededores o, mejor dicho, «habrían matado a la gallina de los huevos de oro». Lo mismo ocurre con los piratas que atacan caravanas o rutas marítimas. Si se lo llevan todo, o bien el comercio se extingue o, lo que es más probable, encuentra otra ruta más segura.

Sabiendo esto, lo más probable es que los asaltantes ajusten su estrategia a algo que se parezca más a un «chanchullo de protección». A cambio de una parte de los bienes comerciales, la cosecha, el ganado y otros objetos de

valor, los incursores «protegen» a los comerciantes y las comunidades contra otros incursores y, por supuesto, contra sí mismos. La relación es análoga al endemismo en las enfermedades, en las que el agente patógeno vive de forma estable del huésped en lugar de acabar con él. Como es probable que haya una pluralidad de grupos de incursión, es probable que cada grupo tenga comunidades particulares a las que «grava» y vigila. Las incursiones, a menudo devastadoras, siguen produciéndose, pero lo más probable es que se trate de un ataque de los incursores a una comunidad protegida por otra comunidad incursora.

Tales ataques representaban una forma de guerra indirecta entre grupos de asalto rivales. Los chanchullos de protección que son rutinarios y que persisten son una estrategia a más largo plazo que los saqueos puntuales y, por tanto, dependen de un entorno político y militar razonablemente estable. Al extraer un excedente sostenible de las comunidades sedentarias y defenderse de los ataques externos para proteger su base, es difícil distinguir un chanchullo de protección estable como éste del propio Estado arcaico²³³.

Los estados antiguos en su conjunto, además de construir murallas y formar ejércitos propios, a menudo recurrián a pagar a poderosos bárbaros para que no realizaran

233 Esta lógica está muy bien elaborada por Charles Tilly en «War Making and State Making as Organized Crime».

incursiones. Los pagos podían adoptar muchas formas. Para guardar las apariencias, podían describirse como «regalos» a cambio de sumisión formal y tributo. Podían consistir en conceder a un grupo de asaltantes el monopolio sobre el control del comercio en un lugar determinado o sobre una mercancía concreta.

Pueden disfrazarse de pago a una milicia que garantice la paz en la frontera. A cambio del pago, los incursores se comprometían a saquear únicamente a los enemigos de su Estado aliado, y éste, por su parte, solía reconocer la independencia del incursor en un territorio concreto. Con el tiempo, si el acuerdo perduraba, la zona protegida del incursor podía llegar a parecerse a un gobierno provincial casi autónomo²³⁴.

Las relaciones entre la dinastía Han (oriental) en torno al año 200 de la era cristiana y sus vecinos nómadas, los xiongnu, constituyen un claro ejemplo de adaptación política.

Los xiongnu realizaban incursiones relámpago y se retiraban a las estepas antes de que las fuerzas estatales pudieran tomar represalias. Poco después, los xiongnu enviaban emisarios a la corte prometiendo la paz a cambio de condiciones favorables para el comercio fronterizo o subsidios directos. El acuerdo se sellaba con un tratado en el

234 William Irons, “Cultural Capital, Livestock Raiding”

que los nómadas aparecían como tributarios y realizaban el correspondiente acto de lealtad a cambio de cuantiosos subsidios. El tributo «inverso» era enorme: un tercio de la nómina anual del gobierno se destinaba a comprar a los nómadas. Siete siglos más tarde, bajo los Tang, los funcionarios entregaban anualmente medio millón de rollos de seda a los uigures en condiciones similares. Sobre el papel podía parecer que los nómadas eran tributarios inferiores al emperador Tang, pero el flujo real de ingresos y bienes sugiere lo contrario en la práctica. En efecto, los nómadas cobraban sobornos a los Tang a cambio de no atacar²³⁵.

Cabe imaginar que estos chanchullos de protección eran más habituales de lo que permiten ver los documentos, ya que era probable que se tratara de secretos de Estado que, de revelarse en su totalidad, correrían el riesgo de contradecir la fachada pública de un Estado todopoderoso. Heródoto señala que los reyes persas pagaban tributos anuales a los cisios (residentes en Susa, en las estribaciones de los montes Zagros, al borde del aluvión mesopotámico) para que no asaltaran el corazón de Persia y pusieran en peligro su comercio de caravanas por tierra.

Los romanos, tras varias derrotas en el siglo IV a.C., pagaron a los celtas mil libras de oro para evitar incursiones, una práctica que repetirían con los hunos y los godos.

235 Barfield, “Tribe and State Relations,” 169–170.

Si damos un paso atrás y ampliamos la lente, las relaciones bárbaro–Estado pueden verse como una pugna entre ambas partes por el derecho a apropiarse del excedente del módulo sedentario de grano y mano de obra. Es este módulo el que constituye la base para la formación del Estado y es igualmente esencial para la acumulación bárbara. Es el premio. Un saqueo puntual puede acabar con el anfitrión, mientras que un sistema de protección estable imita el proceso de apropiación estatal y es compatible con la productividad a largo plazo del núcleo de grano.

Rutas comerciales y núcleos cerealistas imponibles

Las primeras comunidades importantes ya dependían del comercio y el intercambio con otras zonas ecológicas. La consolidación de estados más grandes no hizo sino aumentar esta dependencia. Dadas las primeras limitaciones del transporte, la yuxtaposición en Mesopotamia y la Media Luna Fértil de altiplano, valles intermontanos, estepa pedemontana y aluvión, junto con el agua navegable, hizo posible una «economía vertical» de intercambio beneficioso²³⁶.

236 Flannery, “Origins and Ecological Effect of Early Domestication.”

Ur y Uruk sólo fueron posibles gracias a los productos de las alturas: piedra, minerales, aceites, madera, piedra caliza, piedra de jabón, plata, plomo, cobre, piedras de moler, gemas, oro y, no menos importante, esclavos y cautivos. La mayoría de estos productos se transportaban flotando por los cursos de agua.

Cuanto más largo y navegable era el río, más grande era el sistema político potencial. Los pequeños estados mediterráneos eran réplicas en miniatura de este modelo. Por lo general, estaban situadas en el aluvión de un río cerca de la costa y en las tierras altas adyacentes, por lo que podían controlar el comercio y el intercambio en toda la cuenca.

*«Esta combinación se vio favorecida con el tiempo, gracias a su capacidad sin igual para aprovechar e integrar las aperturas de movilización de alimentos y adquisición de riqueza tanto de la tierra como del mar»*²³⁷.

Las «estrellas» bárbaras más conocidas por la historia no diferían en nada de pueblos no estatales anteriores y más pequeños –cazadores y recolectores, sembradores, recolectores costeros, pastores– que asaltaban pequeños

237 Broodbank, The Making of the Middle Sea, 358. Véase también la elegante aplicación esquemática de esta lógica a los tradicionales statelets fluviales del mundo malayo en Bronson, «Exchange at the Upstream and Downstream Ends».

estados y comerciaban con ellos. Lo que era único era el aumento sin precedentes de la escala: de las confederaciones de guerreros a caballo, de la riqueza de los estados de las tierras bajas y del volumen y alcance del comercio. En la mayoría de las historias se hace hincapié en las incursiones, lo cual es comprensible por el terror que provocaban entre las élites de los estados amenazados, que, al fin y al cabo, son las que nos proporcionan las fuentes escritas. Esta perspectiva pasa por alto la centralidad del comercio y el grado en que las incursiones eran a menudo un medio más que un fin en sí mismo. El énfasis que pone Christopher Beckwith en las rutas comerciales es esclarecedor:

Las fuentes históricas chinas, griegas y árabes coinciden en que los pueblos esteparios estaban sobre todo interesados en el comercio. La cautela con la que los euroasiáticos centrales emprendían sus conquistas es reveladora.

Intentaron evitar el conflicto y procuraron que las ciudades se sometieran pacíficamente. Sólo cuando se resistían, o se rebelaban, era necesaria la represalia.... Las conquistas de los euroasiáticos centrales tenían por objeto adquirir rutas comerciales o ciudades comerciales. Pero la razón de la adquisición era asegurar un territorio ocupado que pudiera ser gravado para pagar la infraestructura sociopolítica de los gobernantes. Si todo esto suena exactamente igual a lo que hacían los

estados sedentarios periféricos, es porque efectivamente era lo mismo²³⁸.

Los primeros estados agrarios y los estados bárbaros tenían objetivos muy similares; ambos buscaban dominar el núcleo de grano y mano de obra con sus excedentes. Los mongoles, entre otros nómadas saqueadores, comparaban a la población agraria con *ra'aya*, (rebaños).²³⁹

Ambos pretendían dominar el comercio que estaba a su alcance. Ambos eran estados esclavistas y asaltantes en los que el principal botín de guerra y la principal mercancía en el comercio eran los seres humanos. En este sentido, competían en el mercado de la protección.

La relación entre el saqueo y el comercio se refleja en la franja celta del Imperio Romano, sobre todo en la Galia. En la Roma republicana, los celtas, como ya se ha dicho, a menudo recibían una compensación en oro por no hacer incursiones.

Con el tiempo, las ciudades celtas (*oppida*) se convirtieron, de hecho, en puestos comerciales multiétnicos a lo largo de las rutas fluviales hacia el Imperio, dominando el comercio en ese sector. A cambio de grano, aceite, vino, telas finas y bienes de prestigio, podían enviar a los romanos materias

238 Beckwith, *Empires of the Silk Road*, 328–329. See also Di Cosmo, *Ancient China and Its Enemies*.

239 Fletcher, “The Mongols,” 42.

primas, lana, cuero, carne de cerdo salada, perros adiestrados y quesos²⁴⁰.

Las recompensas potenciales por dominar el comercio terrestre y fluvial aumentaron exponencialmente a medida que el propio comercio se expandía de la misma manera. Esa expansión tuvo que ver en parte con factores técnicos como la mejora en la construcción de barcos, el aparejo de las velas y la navegación fuera de la costa. Pero, sobre todo, dependía del importante crecimiento demográfico y político en torno al Mediterráneo, el Mar Negro y los principales ríos que desembocaban en ellos. La datación de la expansión del comercio es relativamente arbitraria, pero Barry Cunliffe señala que en torno al 1.500 a.C. los principales núcleos de población de Egipto, Mesopotamia y Anatolia eran grandes consumidores de productos procedentes de mercados lejanos, y Creta se había convertido en una gran potencia naval en el Mediterráneo gracias a ese comercio²⁴¹.

Trescientos años después, la famosa «gente del mar» parecía dominar los centros urbanos costeros de Chipre y haber eclipsado a los antiguos estados agrarios en el control del comercio.

Originalmente, el comercio de productos tanpreciados como el oro, la plata, el cobre, el estaño, las piedras

240 Cunliffe, *Europe Between the Oceans*, 378.

241 Ibid. , especially Chapter 7.

preciosas, los tejidos finos, la madera de cedro y el marfil había sido monopolizado, en la medida de lo posible, por las élites de los estados agrarios. Pero en el año 1.500 a.C. ese monopolio se había roto y, en cualquier caso, el volumen y la variedad de los productos habían crecido hasta hacerse irreconocibles.

El comercio a larga distancia no era algo nuevo. Ya antes del Neolítico se intercambiaban a grandes distancias mercancías valiosas, siempre que fueran pequeñas y ligeras: obsidiana, piedras preciosas y semipreciosas, oro, cuentas de cornalina. Lo nuevo no era tanto la amplitud del comercio como el hecho de que cada vez incluía más productos a granel que se desplazaban largas distancias por todo el Mediterráneo. Egipto se convirtió en el «granero» del Mediterráneo oriental, enviando grano a Grecia y más tarde a Roma. Lo que también es crucial es que el mercado para los productos que se criaban, cultivaban, recolectaban y buscaban fuera del núcleo agrario tenía un mercado potencial exponencialmente mayor. Los productos de las montañas, las altas mesetas, las franjas marinas y las marismas, que antes circulaban localmente, ahora se comercializaban «en todo el mundo». La cera de abejas y el betún, utilizados para calafatear los barcos, tenían una gran demanda.

Las maderas aromáticas, como el alcanfor y el sándalo, y las resinas aromáticas, como el incienso y la mirra, eran muy apreciadas. Sería difícil sobreestimar la importancia de esta

transformación. De repente, la periferia y la semiperiferia de los primeros estados se convirtieron en lugares de producción de valiosos productos para los que ahora existía un mercado apreciable. La búsqueda de alimentos, la caza y la recolección marina se convirtieron en lucrativas actividades comerciales.

Unas breves analogías pueden ayudar a aclarar el significado de este cambio. En el siglo IX d.C., con el crecimiento de los vínculos comerciales entre China y el sudeste asiático, la caza y el forrajeo en los bosques de Borneo se dispararon. Algunos afirman que la isla, hasta entonces prácticamente despoblada, se pobló de recolectores forestales que esperaban aprovechar las oportunidades comerciales de madera de alcanfor, oro, marfil de cálao, cuerno de rinoceronte, cera de abejas, especias raras, plumas, nidos de pájaros comestibles, caparazones de tortuga, etcétera. Una segunda analogía, muy posterior, podría ser la demanda mundial de marfil –en el Atlántico Norte principalmente para teclas de piano y bolas de billar– que desencadenó una miríada de guerras intertribales por el control del comercio y, no por casualidad, destruyó gran parte de la población de elefantes. El comercio de pieles de castor en Norteamérica es otro caso. En la actualidad, la demanda en el mercado chino y japonés de raíz de ginseng, hongos oruga y setas matsutake ha convertido la búsqueda de comida en una actividad

comercial que en ocasiones se asemeja a la fiebre del oro de Klondike²⁴².

A menor escala, pero no por ello menos revolucionarias para su época, las diversas periferias de los estados agrarios se convirtieron en valiosos paisajes comerciales –en algunos aspectos más valiosos que el propio aluvión–, totalmente imbricados en las redes comerciales de todo el Mediterráneo. Las posibilidades para cazadores, recolectores y recolectores marinos nunca habían sido tan prometedoras.

Eurasia Central tenía una gran riqueza de productos para intercambiar por bienes de los estados agrarios, especialmente una vez que el transporte marítimo abrió mercados lejanos. Beckwith ofrece una extensa lista de productos de este tipo registrados por los primeros viajeros. La lista es enorme, pero una versión abreviada ilustrará su variedad: cobre, hierro, caballos, mulas, pieles, cueros, cera, ámbar, espadas, armaduras, tejidos, algodón, lana, alfombras, telas para mantas, fieltro, tiendas, estribos, arcos, maderas nobles, semillas de lino, frutos secos y, nunca ausentes de la lista, esclavos²⁴³.

Las incursiones de los grupos nómadas, que se asemejaban a las guerras de los estados agrarios, se entienden mejor

242 Tsing, *The Mushroom at the End of the World*.

243 Beckwith, *Empires of the Silk Road*, 327–328.

como un medio de adquirir comunidades tributarias y de dominar el comercio que circulaba a través de ellas. No era el resultado de la pobreza nómada, ni mucho menos del deseo de objetos brillantes. Todas las sociedades nómadas eran complejas en el sentido de que practicaban cierta agricultura además del pastoreo y contaban con una importante clase artesana, por lo que normalmente no necesitaban cereales básicos ni conocimientos técnicos de los estados agrarios.

Los bárbaros, en sentido amplio, estaban quizá en una posición única para aprovechar –y en muchos casos dirigir– la explosión del comercio. Al fin y al cabo, en virtud de su movilidad y dispersión por varias zonas ecológicas, eran el tejido conectivo entre los diversos estados sedentarios intensivos en cereales.

A medida que crecía el comercio, los pueblos móviles no estatales podían dominar las arterias y capilares de ese comercio y exigir tributos por ello.

La movilidad fue, en todo caso, aún más crítica en el comercio marítimo a través del Mediterráneo. Estos nómadas del mar eran, según explica un arqueólogo, con toda probabilidad marineros que originalmente contrataban sus servicios a los reinos agrarios establecidos en el «comercio oficial».

A medida que aumentaba la escala del comercio y sus oportunidades, se convirtieron en una fuerza cada vez más independiente, capaz de imponerse como estados costeros, asaltando, comerciando y exigiendo tributos siguiendo el modelo de sus homólogos terrestres²⁴⁴.

Los gemelos oscuros

Los pueblos estatales y no estatales, los agricultores y los recolectores, los «bárbaros» y los «civilizados» son gemelos, tanto en la realidad como semióticamente. Cada miembro de la pareja conjura a su compañero. Y a pesar de las abundantes pruebas históricas de lo contrario, los pueblos que históricamente se han identificado a sí mismos como pertenecientes al miembro ostensiblemente más «evolucionado» de cada par –los pueblos estatales, los agricultores, los «civilizados»– han asumido su identidad como esencial, permanente y superior.

La más tendenciosa de estas parejas, la de civilizados–bárbaros, nacen juntas como gemelas. Lattimore ha articulado esta tesis del «gemelo oscuro» con la mayor claridad:

244 Artzy, “Routes, Trade, Boats and ‘Nomads of the Sea,’” 439–448.

No sólo la frontera entre civilización y barbarie, sino las propias sociedades bárbaras, fueron creadas en gran medida por el crecimiento y la expansión geográfica de las grandes civilizaciones antiguas. Sólo cabe hablar de los bárbaros como «primitivos» en aquella época remota en la que aún no existía civilización alguna y en la que los antepasados de los pueblos civilizados también eran primitivos. Desde el momento en que la civilización empezó a evolucionar... reclutó para la civilización a algunos de los pueblos que tenían tierras y desplazó a otros, y el efecto sobre los que fueron desplazados [fue] que... modificaron sus propias prácticas económicas y experimentaron con nuevos tipos de especialización y también desarrollaron nuevas formas de cohesión social y organización política, y nuevas formas de lucha. La propia civilización creó su propia plaga bárbara²⁴⁵.

Aunque Lattimore ignora a los millones de forrajeadores no estatales, cultivadores itinerantes y recolectores marinos que no eran pastores, sí capta la evolución paralela del nomadismo y los estados. Estos nómadas, sobre todo los que iban a caballo y «asolaban» los centros estatales, se ven mejor simplemente como los competidores más fuertes del Estado por el control del excedente agrario²⁴⁶.

245 Lattimore, “The Frontier in History,” 504.

246 Fletcher distingue entre, por un lado, los nómadas de la «estepa», que interactúan mucho menos con los pueblos asentados y los estados agrarios y para los que las incursiones son tan importantes como el comercio, y, por

Los cazadores y recolectores o los swiddeners podían mordisquear al Estado, pero las grandes confederaciones políticamente movilizadas de pastores a caballo estaban diseñadas para extraer riqueza de los estados sedentarios; eran un «Estado en espera» o, como dice Barfield, un «imperio en la sombra»²⁴⁷. «En los casos más sólidos, como el Estado itinerante fundado por Gengis Kan, el mayor imperio terrestre contiguo de la historia mundial, y el «Imperio comanche» en el Nuevo Mundo, sería mejor pensar en ellos como «estados a caballo»²⁴⁸.

La relación entre una periferia nómada y un Estado adyacente podía adoptar cualquier forma y era, en cualquier caso, muy volátil. En el extremo depredador, podía consistir simplemente en incursiones ocasionales puntuadas por expediciones de represalia de los ejércitos estatales. Las brutales campañas de César en la Galia podrían considerarse un raro ejemplo de expedición exitosa que, a pesar de muchos levantamientos posteriores, extendió el dominio romano. En otros casos, como el de los xiongnu, uigures y hunos, la relación puede implicar sobornos, subsidios y una especie de tributo inverso. Tales acuerdos, en virtud de los

otro, los nómadas del «desierto», más propensos a mantener relaciones comerciales rutinarias con las comunidades sedentarias y la sociedad urbana; Fletcher, «The Mongols», 41.

247 Barfield, “The Shadow Empires.”

248 Véase, a este respecto, Ratchnevsky, *Genghis Khan* y Hääläinen, *Comanche Empire*.

cuales los bárbaros recibían parte de los beneficios del complejo cerealista sedentario a cambio de no realizar incursiones, podrían considerarse una soberanía conjunta de facto entre el Estado y los bárbaros. En condiciones relativamente estables, un equilibrio de este tipo podría aproximarse al modelo de protección fronteriza descrito anteriormente.

Sin embargo, las condiciones rara vez eran tan estables, ni en lo que respecta a la política estatal ni a la política nómada, a menudo fragmentada y díscola.

Eran posibles otras dos «soluciones», cada una de las cuales, de hecho, disolvía la propia dicotomía. La primera era que los bárbaros nómadas conquistaran el Estado o el imperio y se convirtieran en una nueva clase dirigente. Así ocurrió al menos dos veces en la historia de China –las dinastías Yuan y Manchú/Qing– y con Osman, fundador del Imperio Otomano. Los bárbaros se convirtieron en la nueva élite del Estado sedentario, vivían en la capital y dirigían el aparato estatal. Como dice el proverbio chino: «Se puede conquistar un reino a caballo, pero para gobernarlo hay que desmontar». La segunda alternativa es mucho más común pero menos comentada, y consiste en que los nómadas se conviertan en la caballería/mercenarios del Estado, patrullando las marchas y manteniendo a raya a los demás bárbaros. De hecho, es raro el Estado o imperio que no ha reclutado unidades entre los bárbaros, a menudo a cambio de privilegios comerciales y autonomía local. La pacificación

de la Galia por César se llevó a cabo en gran parte con tropas galas. En este caso, en lugar de conquistar el Estado, los bárbaros pasaron a formar parte del brazo militar de un Estado ya existente, al estilo, por ejemplo, de los cosacos o los gurkhas. Este modelo, en el contexto colonial, se ha denominado «subimperialismo indígena»²⁴⁹.

Kradin y otros incluyen entre las parejas que surgen y caen juntas a los xiongnu y los han, los khaghanat turcos y los tang, los hunos y los romanos, los «pueblos del mar» y los egipcios, y quizá los amorreos y las ciudades-Estado mesopotámicas. Es de suponer que las dinastías Yuan y Manchú no cuentan en esta serie, ya que se tragan el reino sedentario en lugar de desaparecer.

Es demasiado característico, aunque no menos deplorable, que se dedique tanta tinta a los estados bárbaros y a los imperios que atormentaron.

Como una capital que domina las noticias, dominan la cobertura histórica.

Una historia más ecuánime relataría la relación de cientos de estados más pequeños con miles de pueblos no estatales cercanos, por no mencionar la relación de depredación y alianza entre esos pueblos no estatales. En su relato sobre Atenas en las Guerras del Peloponeso, por ejemplo,

249 Ferguson and Whitehead, “The Violent Edge of Empire,” 23.

Tucídides habla de docenas de diferentes pueblos de las colinas y los valles: aquellos con reyes y sin reyes, aquellos con los que Atenas mantiene relaciones de alianza, tributo o enemistad. Si se conociera la historia de cada una de estas parejas, contribuiría enormemente a nuestra comprensión de las relaciones entre los estados y sus vecinos no estatales.

¿Una edad de oro?

En mi opinión, existe un largo periodo, medido no en siglos sino en milenios –entre la aparición más temprana de los estados y que duró hasta hace quizá sólo cuatro siglos– que podría denominarse «edad de oro para los bárbaros» y para los pueblos no estatales en general. Durante gran parte de esta larga época, el movimiento de cercamiento político representado por el Estado–nación moderno aún no existía. El movimiento físico, el flujo, la frontera abierta y las estrategias de subsistencia mixtas fueron el sello distintivo de todo este periodo. Ni siquiera los imperios excepcionales y a menudo efímeros de esta larga época (el romano, el Han, el Ming y, en el Nuevo Mundo, los estados pares mayas y el Inca) pudieron impedir los movimientos de población a gran escala dentro y fuera de su órbita política. Se formaron cientos y cientos de pequeños estados, que prosperaron brevemente y se descompusieron en sus unidades sociales

elementales de aldeas, linajes o bandas. Las poblaciones eran expertas en modificar sus estrategias de subsistencia cuando las circunstancias lo requerían, abandonando el arado por el bosque, el bosque por el pastoreo, etc. Aunque el aumento de la población habría fomentado por sí mismo estrategias de subsistencia más intensivas, la fragilidad del Estado, su exposición a las epidemias y una amplia periferia no estatal no habrían permitido discernir nada parecido a una hegemonía estatal hasta, digamos, 1600 d.C. como muy pronto.

Hasta entonces, una gran parte de la población mundial nunca había visto a un recaudador de impuestos (rutinario) o, si lo había visto, aún tenía la opción de hacerse fiscalmente invisible.

No es necesario insistir en la fecha casi arbitraria de 1600 de nuestra era. A grandes rasgos, marca el final de las grandes oleadas bárbaras euroasiáticas: los vikingos marítimos de los siglos VIII al XI, el gran reino de Tamerlán de finales del siglo XIV y las conquistas de Osman y sus sucesores inmediatos. Entre todas destruyeron, saquearon y conquistaron cientos de estados, grandes y pequeños, y desplazaron a millones de personas. También fueron grandes expediciones de esclavitud; entre los principales premios de tales campañas se encontraban metales preciosos y seres humanos en venta. No es tanto que estas incursiones combinadas con el comercio desaparecieran después de 1600 d.C., sino que se hicieron más

fragmentarias. Edward Gibbon, una voz relativamente rara con algo que decir en nombre de los paganos, se preguntaba si quedaban «bárbaros» en Europa a finales del siglo XVIII. (Podría haber pensado en los piratas de Berbería, Macedonia o los escoceses de las tierras altas, o haberse dado cuenta de que los europeos se habían unido a los árabes en la búsqueda de esclavos en los puertos esclavistas del continente africano). Fuera de Europa y del Mediterráneo, las incursiones, el comercio y la esclavitud siguieron siendo una actividad importante en el mundo malayo y en las tierras altas del sudeste asiático entre los pueblos de las colinas.

A medida que crecían los estados y los imperios de pólvora duraderos, la capacidad de los pueblos no estatales para asaltar y dominar pequeños estados se reducía a un ritmo que dependía en gran medida de la región y su geografía.

Los primeros estados, debido a las oportunidades que ofrecían para el comercio, complementadas por las incursiones y los chanchullos de protección, representaban un entorno cualitativamente nuevo para los pueblos no estatales. Ahora buena parte del mundo que les rodeaba era valioso; podían participar plenamente en las nuevas oportunidades de comercio sin convertirse en súbditos del Estado. Hubo períodos en los que dejar atrás el arado de un súbdito estatal para dedicarse a la búsqueda de comida, al pastoreo y a la recolección marina representó un cálculo económico racional, así como una apuesta por la libertad. En

esos momentos, es probable que la proporción de bárbaros con respecto a los súbditos del Estado hubiera crecido porque la vida en la periferia se había vuelto más atractiva, no menos.

La vida de los «bárbaros tardíos» habría sido, en conjunto, bastante buena. Su subsistencia seguía estando repartida en varias redes alimentarias; al estar dispersos, habrían sido menos vulnerables al fracaso de una única fuente de alimentos. Era más probable que estuvieran más sanos y vivieran más, sobre todo si eran mujeres. Un comercio más ventajoso les permitía disponer de más tiempo libre, lo que ampliaba aún más la relación ocio-trabajo entre los recolectores y los agricultores.

Por último, y en absoluto trivial, los bárbaros no estaban subordinados ni domesticados al orden social jerárquico de la agricultura sedentaria y el Estado. Eran en casi todos los aspectos más libres que el célebre campesino. No es un mal balance para una clase de bárbaros desprestigiados hace mucho tiempo por las olas de la historia.

Hay, sin embargo, dos aspectos profundamente melancólicos de la edad de oro de los bárbaros. Cada uno tiene que ver directamente con la fragmentación política de la vida bárbara, dada por la ecología. Por supuesto, muchos de los bienes comerciales que llegaban a los estados comerciantes eran otros pueblos no estatales que podían ser vendidos como esclavos en el núcleo del Estado. Esta

práctica estaba tan extendida en el sudeste asiático continental que se puede identificar algo así como una cadena de depredación en la que los grupos más poderosos y estratégicamente situados asaltaban a sus vecinos más débiles y dispersos. Al hacerlo, reforzaban el núcleo estatal a expensas de sus compañeros bárbaros.

El segundo aspecto melancólico de los nuevos medios de vida en la periferia que ofrecían los estados era, como ya se ha señalado, la venta de sus habilidades marciales a los estados como mercenarios. Sería difícil encontrar un Estado primitivo que no reclutara a gentes no estatales –a veces al por mayor– en sus ejércitos, para capturar esclavos fugitivos y reprimir revueltas entre sus propias poblaciones inquietas. Las levas bárbaras tenían tanto que ver con la construcción de los estados como con su saqueo. Al reponer sistemáticamente la base de mano de obra del Estado mediante la esclavitud y al proteger y ampliar el Estado con sus servicios militares, los bárbaros cavaron voluntariamente su propia tumba.

BIBLIOGRAFÍA

Adams, Robert McC. “Agriculture and Urban Life in Early Southwestern Iran.” *Science* 136, no. 3511 (1962): 109–122.

----. *The Land Behind Bagdad: A History of Settlement on the Diyala Plains*. Chicago: University of Chicago Press, 1965.

----. “Anthropological Perspectives on Ancient Trade.” *Current Anthropology* 15, no. 3 (1974): 141–160.

----. *Heartland of Cities: Surveys of Ancient Settlements and Land Use on the Central Floodplain of the Euphrates*. Chicago: University of Chicago Press, 1974.

----. “Strategies of Maximization, Stability, and Resilience in Mesopotamian Society, Settlement, and Agriculture.” *Proceedings of the American Philosophical Society* 122, no. 5 (1978): 329–335.

----. "The Limits of State Power on the Mesopotamian Plain." *Cuneiform Digital Library Bulletin* 1 (2007).

----. "An Interdisciplinary Overview of a Mesopotamian City and Its Hinterland." *Cuneiform Digital Library Journal* 1 (2008): 1–23.

Algaze, Guillermo. "The Uruk Expansion: Cross Cultural Exchange in Early Mesopotamian Civilization." *Current Anthropology* 30, no. 5 (1989): 571–608.

----. "Initial Social Complexity in Southwestern Asia: The Mesopotamian Advantage." *Current Anthropology* 42, no. 2 (2001): 199–233.

----. "The End of Prehistory and the Uruk Period." In *Crawford, The Sumerian World*, 68–94.

Appuhn, Karl. "Inventing Nature: Forests, Forestry, and State Power in Renaissance Venice." *Journal of Modern History* 72, no. 4 (2000): 861–889.

Armelagos, George J., and Alan McArdle. "Population, Disease, and Evolution." *Memoirs of the Society of American Archaeology*, no. 30 (1975), *Population Studies in Archaeology and Biological Anthropology: A Symposium*, 1–10.

Armelagos, George J., et al. "The Origins of Agriculture: Population Growth During a Period of Declining Health." *Population and Environment: A Journal of Interdisciplinary Studies* 13, no. 1 (1981): 9–22.

Artzy, Michal. “Routes, Trade, Boats and ‘Nomads of the Sea.’” In Gitin et al., *Mediterranean Peoples in Transition*, 439–448.

Artzy, Michal, and Daniel Hillel. “A Defense of the Theory of Progressive Salinization in Ancient Southern Mesopotamia.” *Geo-archaeology* 3, no. 3 (1988): 235–238.

Asher-Greve, Julia M. “Women and Agency: A Survey from Late Uruk to the End of Ur III.” In Crawford, *The Sumerian World*, 345–358.

Asouti, Eleni, and Dorian Q. Fuller. “A Contextual Approach to the Emergence of Agriculture in Southwest Asia: Reconstructing Early Neolithic Plant-food Production.” *Current Anthropology* 54, no. 3 (2013): 299–345.

Axtell, James. “The White Indians of Colonial America.” *William and Mary Quarterly* 3rd ser. 32 (1975): 55–88.

Bairoch, Paul. *Cities and Economic Development: From the Dawn of History to the Present*. Trans. Christopher Braider. Chicago: University of Chicago Press, 1988.

Baker, Paul T., and William T. Sanders. “Demographic Studies in Anthropology.” *Annual Review of Anthropology* 1 (1972): 151–178.

Barfield, Thomas J. “Tribe and State Relations: The Inner Asian Perspective.” In Philip S. Khoury and Joseph Kostiner, eds., *Tribes and State Formation in the Middle East*, 153–182. Berkeley: University of California Press, 1990.

----. “The Shadow Empires: Imperial State Formation Along the Chinese Nomad Frontier.” In Susan E. Alcock, Terrance N. D’Altroy, et al., eds. *Empires: Perspectives from Archaeology and History*, 11–41. Cambridge: Cambridge University Press, 2001.

Beckwith, Christopher. *Empires of the Silk Road: A History of Central Eurasia from the Bronze Age to the Present*. Princeton: Princeton University Press, 2009.

Bell, Barbara. “The Dark Ages in Ancient History: 1. The First Dark Age in Egypt.” *American Journal of Archaeology* 75, no. 1 (1971): 1–26.

Bellwood, Peter. *First Farmers: The Origins of Agricultural Societies*. Oxford: Blackwell, 2005.

Bennet, John. “The Aegean Bronze Age.” In Scheidel et al., *Cambridge Economic History*, 175–210.

Berelov, Ilya. “Signs of Sedentism and Mobility in Agro–Pastoral Community During the Levantine Middle Bronze Age: Interpreting Site Function and Occupation Strategy at Zahrat adh–Dhra 1.” *Journal of Anthropological Archaeology* 25 (2006): 117–143.

Bernbeck, Reinhart. “Lasting Alliances and Emerging Competition: Economics Developments in Early Mesopotamia.” *Journal of Anthropological Archaeology* 14 (1995): 1–25.

Blanton, Richard, and Lane Fargher. *Collective Action in the Formation of Pre-Modern States*. New York: Springer, 2008.

Blinman, Eric. "2000 Years of Cultural Adaptation to Climate Change in the Southwestern United States." *AMBO: A Journal of the Human Environment* 37, sp. 14 (2000): 489–497.

Bocquet-Appel, Jean-Pierre. "Paleoanthropological Traces of a Neolithic Demographic Transition." *Current Anthropology* 43, no. 4 (2002): 637–650.

---. "The Agricultural Demographic Transition (ADT) During and After the Agricultural Inventions." *Current Anthropology* 52, no. S4 (2011): 497–510.

Boone, James L. "Subsistence Strategies and Early Human Population History: An Evolutionary Perspective." *World Archaeology* 34, no. 1 (2002): 6–25.

Boserup, Ester. *The Conditions of Agricultural Growth: The Economics of Agrarian Change Under Population Pressure*. Chicago: Aldine, 1965.

Boyden, S. V. *The Impact of Civilisation on the Biology of Man*. Toronto: University of Toronto Press, 1970.

Braund, D. C., and G. R. Tsetkhladze. "The Export of Slaves from Colchis." *Classical Quarterly* new ser. 39, no. 1 (1988): 114–125.

Brinkman, John Anthony. "Settlement Surveys and Documentary Evidence: Regional Variation and Secular Trends in Mesopotamian Demography." *Journal of Near Eastern Studies* 43, no. 3 (1984): 169–180.

Brody, Hugh. *The Other Side of Eden: Hunters, Farmers, and the Shaping of the World*. Vancouver: Douglas and McIntyre, 2002.

Bronson, Bennett. "Exchange at the Upstream and Downstream Ends: Notes Toward a Functional Model of the Coastal State in Southeast Asia." In Karl Hutterer, ed., *Economic Exchange and Social Interaction in Southeast Asia: Perspectives from Prehistory, History, and Ethnography*, 39–52. Ann Arbor: Center for South and Southeast Asian Studies, University of Michigan, 1977.

---. "The Role of Barbarians in the Fall of States." In Yoffee and Cowgill, *Collapse of Ancient States*, 196–218.

Broodbank, Cyprian. *The Making of the Middle Sea: A History of the Mediterranean from the Beginning to the Emergence of the Classical World*. London: Thames and Hudson, 2013.

Burke, Edmund, and Kenneth Pomeranz, eds. *The Environment and World History*. Berkeley: University of California Press, 2009.

Burnet, Sir MacFarlane, and David O. White. *The Natural History of Infectious Disease*, 4th ed. Cambridge: Cambridge University Press, 1972.

Burns, Thomas S. *Rome and the Barbarians, 100 BC–AD 400*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2003.

Cameron, Catherine M. “Captives and Culture Change.” *Current Anthropology* 52, no. 2 (2011): 169–209.

Cameron, Catherine M., and Steve A. Tomka. *Abandonment of Settlements and Regions: Ethnoarchaeological and Archaeological Approaches. New Directions in Archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996.

Carmichael, G. “Infection, Hidden Hunger, and History.” In “Hunger and History: The Impact of Changing Food Production and Consumption Patterns on Society,” *Journal of Interdisciplinary History* 14, no. 2 (1983): 249–264.

Carmona, Salvador, and Mahmoud Ezzamel. “Accounting and Forms of Accountability in Ancient Civilizations: Mesopotamia and Ancient Egypt.” Working Paper, Annual Conference of the European Accounting Association, Goteborg, Sweden, 2005.

Carneiro, R. “A Theory of the Origin of the State.” *Science* 169 (1970): 733–739.

Chakrabarty, Dipesh. “The Climate of History: Four Theses.” *Critical Inquiry* 35 (2009): 197–222.

Chang, Kwang-chih. “Ancient Trade as Economics or as Ecology.” In Jeremy Sabloff and C. C. Lamberg-Karlovsky, eds., *Ancient Civilization and Trade*, 211–224. Albuquerque:

School of American Research, University of New Mexico Press, 1975.

Chapman, Robert. *Archaeology of Complexity*. London: Routledge, 2003.

Chayanov, A. V. *The Theory of Peasant Economy*. Ed. Daniel Thorner, Basile Kerblay, and R. E. F. Smith. Homewood, Ill.: Richard D. Irwin for the American Economic Association, 1966.

Christensen, Peter. *The Decline of Iranshahr: Irrigation and Environments in the History of the Middle East, 500 BC to AD 1500*. Copenhagen: Museum Tusculanum, 1993.

Christian, David. *Maps of Time: An Introduction to Big History*. Berkeley: University of California Press, 2004.

Clarke, Joanne, ed. *Archaeological Perspectives on the Transmission and Transformation of Culture in the Eastern Mediterranean*. Levant Supplementary Series 2. Oxford: Oxbow, 2005.

Clastres, Pierre. *La Société contre l'État*. Paris: Editions de Minuit, 1974.

Coatsworth, John, Juan Cole, et al. *Global Connections: Politics, Exchange, and Social Life in World History*, vol. 1, To 1500. Cambridge: Cambridge University Press, 2015.

Cockburn, I. Aiden. "Infectious Diseases in Ancient Populations." *Current Anthropology* 12, no. 1 (1971): 45–62.

Conklin, Harold C. *Hanunoo Agriculture: A Report on an Integral System of Shifting-Agriculture in the Philippines*. Rome: Food and Agriculture Organization of the United Nations, 1957.

Cowgill, George L. "On Causes and Consequences of Ancient and Modern Population Changes." *American Anthropologist* 77, no. 3 (1975): 505–525.

Crawford, Harriet, ed. *The Sumerian World*. London: Routledge, 2013.

---. *Ur: The City of the Moon God*. London: Bloomsbury, 2015.

Cronon, William. *Changes in the Land: Indians, Colonists, and the Ecology of New England*, rev. ed. New York: Hill and Wang, 2003.

Crossley, Pamela Kyle, Helen Siu, and Donald Sutton, eds., *Empire at the Margins: Culture and Frontier in Early Modern China*. Berkeley: University of California Press, 2006.

Crouch, Barry A. "Booty Capitalism and Capitalism's Booty: Slaves and Slavery in Ancient Rome and the American South." *Slavery and Abolition: A Journal of Slave and Post-Slave Studies* 6, no. 1 (1985): 3–24.

Crumley, Carol L. "The Ecology of Conquest: Contrasting Agropastoral and Agricultural Societies' Adaptation to Climatic Change." In Carol L. Crumley, ed., *Historical Ecology: Cultural Knowledge and Changing Landscapes*, 183–201. School of American Research Advanced Seminar

Series. Santa Fe, N.M.: School of American Research Press, 1994.

Cunliffe, Barry. *Europe Between the Oceans: Themes and Variations: 9000 BC–AD 1000*. New Haven: Yale University Press, 2008.

Dalfes, H. Nüzhett, George Kukla, and Harvey Weiss. *Third Millennium BC Climate Change and Old World Collapse*. NATO Advanced Science Institutes Series, Series I, Global Environmental Change 49 (2013).

Dark, Petra, and Henry Gent. “Pests and Diseases of Prehistoric Crops: A Yield ‘Honeymoon’ for Early Grain Crops in Europe?” *Oxford Journal of Archaeology* 20, no. 1 (2001): 59–78.

Darwin, John. *After Tamerlane: The Rise and Fall of Global Empires, 1400–2000*. London: Penguin, 2007.

Deacon, Robert T. “Deforestation and Ownership: Evidence from Historical Accounts and Contemporary Data.” *Land Economics* 75, no. 3 (1999): 341–359.

Diakanoff, M. *Structure of Society and State in Early Dynastic Sumer*. Malibu, Calif.: Monographs of the Ancient Near East, 1, no. 3 (1974).

Diamond, Jared. *Guns, Germs, and Steel: The Fates of Human Societies*. New York: Norton, 1977.

Dickson, D. Bruce. “Circumscription by Anthropogenic Environmental Destruction: An Expansion of Carneiro’s

(1970) *Theory of the Origin of the State.*" American Antiquity 52, no. 4 (1987): 709–716.

Di Cosmo, Nicola. "State Formation and Periodization in Inner Asian History." *Journal of World History* 10, no. 1 (1999): 1–40.

-----. *Ancient China and Its Enemies: The Rise of Nomadic Power in East Asian History*. Cambridge: Cambridge University Press, 2011.

Dietler, Michael. "The Iron Age in the Western Mediterranean." In Scheidel et al., *Cambridge Economic History*, 242–276.

Dietler, Michael, and Ingrid Herbich. "Feasts and Labor Mobilization: Dissecting a Fundamental Economic Practice." In M. Dietler and Brian Hayden, eds., *Feasts: Archaeological and Ethnographic Perspectives on Food, Politics, and Power*, 240–264. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press, 2001.

Donaldson, Adam. "Peasant and Slave Rebellions in the Roman Republic." Ph.D. diss., University of Arizona, 2012.

D'Souza, Rohan. *Drowned and Dammed: Colonial Capitalism and Flood Control in Eastern India*. New Delhi: Oxford University Press, 2006.

Dyson-Hudson, Rada, and Eric Alden Smith. "Human Territoriality: An Ecological Reassessment." *American Anthropologist* new ser. 890, no. 1 (1973): 21–41.

Eaton, S. Boyd, and Melvin Konner. "Paleolithic Nutrition." *New England Journal of Medicine* 312, no. 5 (1985): 283–290.

Ebrey, Patricia Buckley. *The Cambridge Illustrated History of China*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996.

Elias, Norbert. *The Civilizing Process: Sociogenic and Psychogenic Investigations*, rev. ed. Oxford: Blackwell, 1994.

Ellis, Maria de J. "Taxation in Ancient Mesopotamia: The History of the Term Miksu." *Journal of Cuneiform Studies* 26, no. 4 (1974): 211–250.

Elvin, Mark. *Retreat of the Elephants: An Environmental History of China*. New Haven: Yale University Press, 2004.

Endicott, Kirk. "Introduction: Southeast Asia." In Richard B. Lee and Richard Daly, eds., *The Cambridge Encyclopedia of Hunters and Gatherers*, 275–283. Cambridge: Cambridge University Press, 1999.

Eshed, Vered, et al. "Has the Transition to Agriculture Reshaped the Demographic Structure of Prehistoric Populations? New Evidence from the Levant." *American Journal of Physical Anthropology* 124 (2004): 315–329.

Evans-Pritchard, E. E. *The Nuer: A Description of the Modes of Livelihood and Political Institutions of a Nilotic People*. Oxford: Clarendon, 1940.

Evin, Allowen, et al. "The Long and Winding Road: Identifying Pig Domestication Through Molar Size and Shape." *Journal of Archaeological Science* 40 (2013): 735–742.

Farber, Walter. "Health Care and Epidemics in Antiquity: The Example of Ancient Mesopotamia." Lecture, Oriental

Institute, June 26, 2006,
CHIASMOS, https://www.youtube.com/watch?v=Yw_4Cghic_w.

Febvre, Lucien. *A Geographical Introduction to History*. Trans. E. G. Mountford and J. H. Paxton. London: Routledge Kegan Paul, 1923.

Feinman, Gary M., and Joyce Marcus. *Archaic States*. Santa Fe, N.M.: School of American Research, 1998.

Fenner, Frank. "The Effects of Changing Social Organization on the Infectious Diseases of Man." In Boyden, *Impact of Civilisation*, 48–68.

Ferguson, R. Brian, and Neil L. Whitehead. "The Violent Edge of Empire." In R. Brian Ferguson and Neil L. Whitehead, eds., *War in the Tribal Zone: Expanding States and Indigenous Warfare*, 1–30. Santa Fe, N.M.: School of American Research, 1992.

Fiennes, R. N. *Zoonoses and the Origins and Ecology of Human Disease*. London: Academic Press, 1978.

Finley, M. I. "Was Greek Civilization Based on Slave Labour?" *Historia: Zeitschrift fur alte geschichte* 8, no. 2 (1959): 145–164.

Fiskesjo, Magnus. "The Barbarian Borderland and the Chinese Imagination: Travelers in Wa Country." *Inner Asia* 5, no. 1 (2002): 81–99.

Flannery, Kent V. "Origins and Ecological Effect of Early Domestication in Iran and the Middle East." In Ucko and Dimbleby, *Domestication and Exploitation*, 73–100.

Fletcher, Joseph. "The Mongols: Ecological and Social Perspectives." *Harvard Journal of Asiatic Studies* 46, no. 1 (1986): 11–50.

French, E. B., and K. A. Wardle, eds. *Problems in Greek Prehistory: Papers Presented at the Centenary Conference of the British School of Archaeology at Athens*. Manchester: Bristol Classical Press, 1986.

Friedman, Jonathan. "Tribes, States, and Transformations: An Association for Social Anthropology Study." In Maurice Bloch, ed., *Marxist Analyses and Social Anthropology*, 161–200. New York: Wiley, 1975.

Fukuyama, Francis. *The Origins of Political Order: From Prehuman Times to the French Revolution*. New York: Farrar, Straus and Giroux, 2011.

Fuller, Dorian Q., et al. "Cultivation and Domestication Has Multiple Origins: Arguments Against the Core Area Hypothesis for the Origins of Agriculture in the Near East." *World Archaeology* 43, no. 4, special issue, *Debates in World Archaeology* (2011): 628–652.

Gelb, J. J. "Prisoners of War in Early Mesopotamia." *Journal of Near Eastern Studies* 32, no. 12 (1973): 70–98.

Gibson, McGuire, and Robert D. Briggs. "The Organization of Power: Aspects of Bureaucracy in the Ancient Near East." *Studies in Ancient Oriental Civilization*, no. 46. Chicago: Oriental Institute of the University of Chicago, 1987.

Gilbert, Allan S. "Modern Nomads and Prehistoric Pastoralists: The Limits of Analogy." *Journal of the Ancient Near Eastern Society* 7 (1975): 53–71.

Gilman, A. "The Development of Social Stratification in Bronze Age Europe." *Current Anthropology* 22 (1981): 1–23.

Gitin, Seymour, Amihai Mazar, and Ephraim Stern, eds. *Mediterranean Peoples in Transition: Thirteenth to Early Tenth Centuries BCE. In Honor of Professor Trude Dothan*. Jerusalem: Israel Exploration Society, 1998.

Goelet, Ogden. "Problems of Authority, Compulsion, and Compensation in Ancient Egyptian Labor Practices." In Steinkeller and Hudson, *Labor in the Ancient World*, 523–582.

Goring-Morris, A. Nigel, and Anna Belfer-Cohen. "Neolithization Processes in the Levant: The Outer Envelope." *Current Anthropology* 52, no. S4, *The Origins of Agriculture: New Data, New Ideas* (2011): S195–S208.

Goudsblom, Johan. *Fire and Civilization*. London: Penguin, 1992.

Graeber, David. *Debt: The First 5,000 Years*. London: Melville House, 2011.

Greger, Michael. “The Human/Animal Interface: Emergence and Resurgence of Zoonotic Infectious Diseases.” *Critical Reviews in Microbiology* 33 (2007): 243–299.

Grinin, Leonid E., et al., eds. *The Early State, Its Alternatives and Analogues*. Volgograd: “Uchitel,” 2004.

Groenen, Martien A. M., et al. “Analysis of Pig Genome Provides Insight into Porcine Domestication and Evolution.” *Nature* 491 (2012): 391–398.

Groube, Les. “The Impact of Diseases upon the Emergence of Agriculture.” In D. R. Harris, ed., *The Origins and Spread of Agriculture and Pastoralism in Eurasia*, 101–129. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press, 1996.

Halstead, Paul, and John O’Shea, eds. *Bad Year Economics: Cultural Responses to Risk and Uncertainty*. Cambridge: Cambridge University Press, 1989.

Hämäläinen, Pekka. *Comanche Empire*. New Haven: Yale University Press, 2009.

Harari, Yuval Noah. *Sapiens: A Brief History of Humankind*. London: Harvill Secker, 2011.

Harlan, Jack R. *Crops and Man*, 2nd ed. Madison, Wis.: American Society of Agronomy, Crop Science Society of America, 1992.

Harris, David R. *Settling Down and Breaking Ground: Rethinking the Neolithic Revolution*. Amsterdam: Kroon–Voordrachte 12, 1990.

Harris, David R., and Gordon C. Hillman, eds. *Foraging and Farming: The Evolution of Plant Exploitation*. London: Unwin Hyman, 1989.

Harrison, Mark. *Contagion: How Commerce Has Spread Disease*. New Haven: Yale University Press, 2012.

Headland, T. N., "Revisionism in Ecological Anthropology." *Current Anthropology* 38, no. 4 (1997): 43–66.

Headland, T. N. and L. A. Reid. "Hunter–Gatherers and Their Neighbors from Prehistory to the Present." *Current Anthropology* 30, no. 1 (1989): 43–66.

Heather, Peter. *The Fall of the Roman Empire: A New History of Rome and the Barbarians*. Oxford: Oxford University Press, 2006.

Hendrickson, Elizabeth, and Ingolf Thuesen, eds. *Upon This Foundation: The Ubaid Reconsidered*. Copenhagen: Museum Tusculanum Press, Carsten Niebuhr Institute of Ancient Near Eastern Studies.

Hillman, Gordon. "Traditional Husbandry and Processing of Archaic Cereals in Recent Time: The Operations, Products, and Equipment Which Might Feature in Sumerian Texts." *Bulletin of Sumerian Agriculture* 1 (1984): 114–172.

Hochschild, Adam. *Bury the Chains: Prophets and Rebels in the Fight to Free an Empire's Slaves*. New York: Houghton Mifflin, 2015.

Hodder, Ian. *The Domestication of Europe: Structure and Contingency in Neolithic Societies*. Oxford: Blackwell, 1990.

Hole, Frank. "A Monumental Failure: The Collapse of Susa." In Robin A. Carter and Graham Philip, eds., *Beyond the Ubaid: Transformation and Integration of Late Prehistoric Societies of the Middle East*, 221–226. *Studies in Oriental Civilization*, no. 653. Chicago: Oriental Institute of the University of Chicago, 2010.

Houston, Stephen. *The First Writing: Script Invention as History and Process*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004.

Hritz, Carrie, and Jennifer Pournelle. "Feeding History: Deltaic Resiliency Inherited Practice and Millennia-scale Sustainability." In H. Thomas Foster II, David John Goldstein, and Lisa M. Paciulli, eds., *The Future in the Past: Historical Ecology Applied to Environmental Issues*, 59–85. Columbia: University of South Carolina Press, 2015.

Hughes, J. Donald. *The Mediterranean: An Environmental History*. Santa Barbara: ABC-CLIO, 2005.

Ingold, T. "Foraging for Data, Camping with Theories: Hunter-Gatherers and Nomadic Pastoralists in Archaeology and Anthropology." *Antiquity* 66 (1992): 790–803.

Irons, William G. "Livestock Raiding Among Pastoralists: An Adaptive Interpretation." In *Papers of the Michigan Academy of Science, Arts, and Letters* 383–414. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1965.

----. “Cultural Capital, Livestock Raiding, and the Military Advantage of Traditional Pastoralists.” In Grinin et al., *The Early State*, 466–475.

Jacobs, Jane. *The Economy of Cities*. New York: Vintage, 1969.

Jacoby, Karl. “Slaves by Nature? Domestic Animals and Human Slaves.” *Slavery and Abolition* 18, no. 1 (1994): 89–98.

Jameson, Michael H. “Agriculture and Slavery in Classical Athens.” *Classical Journal* 73, no. 2 (1977): 122–145.

Jones, David S. “Virgin Soils Revisited.” *William and Mary Quarterly* 3rd ser. 60, no. 4 (2003): 703–742.

Jones, Martin. *Feast: Why Humans Share Food*. Oxford: Oxford University Press, 2007.

Kealhofer, Lisa. “Changing Perceptions of Risk: The Development of Agro-Ecosystems in Southeast Asia.” *American Anthropologist* new ser. 104, no. 1 (2002): 178–194.

Keightley, David N., ed. *The Origins of Chinese Civilization*. Berkeley: University of California Press, 1983.

Kennett, Douglas J., and James P. Kennett. “Early State-Formation in Southern Mesopotamia: Sea Levels, Shorelines, and Climate Change.” *Journal of Island and Coastal Archaeology* 1 (2006): 67–99.

Khazanov, Anatoly M. “Nomads of the Eurasian Steppes in Historical Retrospective.” In Grinin et al., *The Early State*, 476–499.

Kleinman, Arthur M., et al. “Introduction: Avian and Pandemic Influenza: A Bio–Social Approach.” *Journal of Infectious Diseases* 197, supplement 1 (2008): S1–S3.

Kovacs, Maureen Gallery, trans. *The Epic of Gilgamesh*. Stanford: Stanford University Press, 1985.

Kradin, Nikolay N. “Nomadic Empires in Evolutionary Perspective.” In Grinin et al., *The Early State*, 501–523.

Larson, Gregor. “Ancient DNA, Pig Domestication, and the Spread of the Neolithic into Europe.” *Proceedings of the National Academy of Sciences* 104, no. 39 (2007): 15276–15281.

----. “Patterns of East Asian Pig Domestication, Migration, and Turnover Revealed by Modern and Ancient DNA.” *Proceedings of the National Academy of Sciences* 107, no. 17 (2010): 7686–7691.

Larson, Gregor, and Dorian Q. Fuller. “The Evolution of Animal Domestication.” *Annual Review of Ecology, Evolution, and Systematics* 45 (2014): 115–136.

Lattimore, Owen. “The Frontier in History” and “On the Wickedness of Being Nomads.” In *Studies in Frontier History: Collected Papers, 1928–1958*, 469–491 and 415–426, respectively. London: Oxford University Press, 1962.

Leach, Helen M. “Human Domestication Reconsidered.” *Current Anthropology* 44, no. 3 (2003): 349–368.

Lee, Richard B. “Population Growth and the Beginnings of Sedentary Life Among the !Kung Bushmen.” In Brian

Spooner, ed., Population Growth: Anthropological Implications, 301–324. Cambridge: MIT Press, 1972. <http://www.popline.org/node/517639>.

Lee, Richard B., and Richard Daly. The Cambridge Encyclopedia of Hunters and Gatherers. Cambridge: Cambridge University Press, 1999.

Lefebvre, Henri. The Production of Space. New York: Wiley–Blackwell, 1992.

Lehner, Mark. “Labor and the Pyramids: The Hiet el–Ghurab ‘Workers Town’ at Giza.” In Steinkeller and Hudson, Labor in the Ancient World, 396–522.

Lévi–Strauss, Claude. *La Pensée sauvage*. Paris: Plon, 1962.

Lewis, Mark Edward. The Early Chinese Empires: Qin and Han. Cambridge: Belknap Press of Harvard University Press, 2007.

Lieberman, Victor. Strange Parallels: Southeast Asia in Global Context, c. 800–1830, vol. 1, Integration on the Mainland. Cambridge: Cambridge University Press, 2003; vol. 2, Mainland Mirrors: Europe, Japan, China, Southeast Asia and the Islands. Cambridge: Cambridge University Press, 2009.

Lindner, Rudi Paul. Nomads and Ottomans in Medieval Anatolia. Indiana University Uralic and Altaic Series 144, Stephen Halkovic, ed. Bloomington: Research Institute for Inner Asian Studies, Indiana University, 1983.

Mann, Charles C. 1491: New Revelations of the Americas Before Columbus. New York: Knopf, 2005.

Manning, Richard. Against the Grain: How Agriculture Has Hijacked Civilization. New York: Northpoint, 2004.

Marston, John M. "Archaeological Markers of Agricultural Risk Management." *Journal of Archaeological Anthropology* 30 (2011): 190–205.

Matthews, Roger. The Archaeology of Mesopotamia: Theories and Approaches. Oxford: Routledge, 2003.

Mayshar, Joram, Omer Moav, Zvika Neeman, and Luigi Pascali. "Cereals, Appropriability, and Hierarchy." CEPR Discussion Paper 10742 (2015). www.cepr.org/active/publications/discussion_papers/dp.php?dpno=10742.

McAnany, Patricia, and Norman Yoffee, eds. Questioning Collapse: Human Resilience, Ecological Vulnerability, and the Aftermath of Empire. Cambridge: Cambridge University Press, 2009.

McCorriston, Joy. "The Fiber Revolution: Textile Extensification, Alienation, and Social Stratification in Ancient Mesopotamia." *Current Anthropology* 38, no. 4 (1997): 517–535.

McKeown, Thomas. The Origins of Human Disease. Oxford: Blackwell, 1988.

McLean, Rose B. "Cultural Exchange in Roman Society: Freed Slaves and Social Value." Ph.D. thesis, Princeton University, 2012.

McMahon, Augusta. "North Mesopotamia in the Third Millennium BC." In Crawford, *The Sumerian World*, 462–475.

McNeill, J. R. *Mountains of the Mediterranean World: An Environmental History*. Cambridge: Cambridge University Press, 1992.

----. "The Anthropocene Debates: What, When, Who, and Why?" Paper Presented to the Program in Agrarian Studies Colloquium, Yale University, September 11, 2015.

McNeill, W. H. *Plagues and People*. New York: Monticello Editions, History Book Club, 1976.

----. *The Human Condition: An Ideological and Historical View*. Princeton: Princeton University Press, 1980.

----. "Frederick the Great and the Propagation of Potatoes." In Byron Hollinshead and Theodore K. Rabb, eds., *I Wish I'd Have Been There: Twenty Historians Revisit Key Moments in History, 176–189*. New York: Vintage, 2007.

Meek, R. *Social Science and the Ignoble Savage*. Cambridge: Cambridge University Press, 1976.

Meiggs, Russell. *Trees and Timber in the Ancient Mediterranean World*. Oxford: Oxford University Press, 1982.

Menu, Bernadette. "Captifs de guerre et dépendance rurale dans l'Égypte du Nouvel Empire." In Bernadette Menu, ed., *La*

Dépendance rurale dans l’Antiquité égyptienne et proche-orientale. Cairo: Institut Français d’archéologie orientale, 2004.

Mitchell, Peter. *Horse Nations: The Worldwide Impact of the Horse on Indigenous Societies Post 1492*. Oxford: Oxford University Press, 2015.

Mithen, Steven. *After the Ice: A Global Human History, 20,000–5000 BC*. Cambridge: Harvard University Press, 2003.

Moore, A. M. T., G. C. Hillman, and A. J. Legge. *Village on the Euphrates*. Oxford: Oxford University Press, 2000.

Morris, Ian. “Early Iron Age Greece.” In Scheidel et al., *Cambridge Economic History*, 211–241.

-----. *Why the West Rules—for Now: The Patterns of History and What They Reveal About the Future*. New York: Farrar, Straus and Giroux, 2010.

Mumford, Jeremy Ravi. *Vertical Empire: The General Resettlement of the Andes*. Durham, N.C.: Duke University Press, 2012.

Nemet-Rejat, Karen Rhea. *Daily Life in Ancient Mesopotamia*. Peabody, Mass.: Hendrickson, 2002.

Netz, Reviel. *Barbed Wire: An Ecology of Modernity*. Middletown, Conn.: Wesleyan University Press, 2004.

Nissen, Hans J. “The Emergence of Writing in the Ancient Near East.” *Interdisciplinary Science Reviews* 10, no. 4 (1985): 349–361.

----. *The Early History of the Ancient Near East, 9000–2000 BC.* Chicago: University of Chicago Press, 1988.

Nissen, Hans J., Peter Damerow, and Robert S. Englund. *Ancient Bookkeeping: Early Writing and Techniques of Administration in the Ancient Near East.* Chicago: University of Chicago Press, 1993.

Nissen, Hans J., and Peter Heine. *From Mesopotamia to Iraq: A Concise History.* Trans. Hans J. Nissen. Chicago: University of Chicago Press, 2009.

O'Connor, Richard A. "Agricultural Change and Ethnic Succession in Southeast Asian States: A Case for Regional Anthropology." *Journal of Asian Studies* 54, no. 4 (1995): 968–996.

Oded, Bustenay. *Mass Deportations and Deportees in the Neo-Assyrian Empire.* Weisbaden: Reichert, 1979.

Ottoni, Claudio, et al. "Pig Domestication and Human–Mediated Dispersal in Western Eurasia Revealed Through Ancient DNA and Geometric Morphometrics." *Molecular Biology and Evolution* 30, no. 4 (2012): 824–832.

Padgug, Robert A. "Problems in the Theory of Slavery and Slave Society." *Science and Society* 49, no. 1 (1976): 3–27.

Panter–Brick, Catherina, Robert H. Layton, and Peter Rowley–Conwy, eds. *Hunter–Gatherers: An Interdisciplinary Perspective.* Cambridge: Cambridge University Press, 2001.

Park, Thomas. "Early Trends Toward Class Stratification: Chaos, Common Property, and Flood Recession Agriculture." *American Anthropologist* 94 (1992): 90–117.

Paulette, Tate. "Grain, Storage, and State-Making in Mesopotamia, 3200–2000 BC." In Linda R. Manzanilla and Mitchel S. Rothman, eds., *Storage in Complex Societies: Administration, Organization, and Control*, 85–109. London: Routledge, 2016.

Perdue, Peter C. *Exhausting the Earth: State and Peasant in Hunan, 1500–1850 AD*. Cambridge: Harvard University Press, 1987.

---. *China Marches West: The Ching Conquest of Central Eurasia*. Cambridge: Harvard University Press, 2005.

Pinker, Steven. *The Better Angels of Our Nature: Why Violence Has Declined*. New York: Penguin, 2011.

Pollan, Michael. *The Botany of Desire: A Plant's-Eye View of the World*. New York: Random House, 2001.

Pollock, Susan. "Bureaucrats and Managers, Peasants and Pastoralists, Imperialists and Traders: Research on the Uruk and Jemdet Nasr Periods in Mesopotamia." *Journal of World Prehistory* 6, no. 3 (1992): 297–336.

---. *Ancient Mesopotamia: The Eden That Never Was*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999.

Ponting, Clive. *A Green History of the World: The Environment and the Collapse of Great Civilizations*. New York: Penguin, 1993.

Porter, Anne. *Mobile Pastoralism and the Formation of Near Eastern Civilization: Weaving Together Societies*. Cambridge: Cambridge University Press, 2012.

Possehl, Gregory L. "The Mohenjo-Daro Floods: A Reply." *American Anthropologist* 69, no. 1 (1967): 32–40.

Postgate, J. N. *Early Mesopotamia: Society and Economy at the Dawn of History*. London: Routledge, 1992.

----. "A Sumerian City: Town and Country in the 3rd Millennium B.C." *Scienza dell'Antichità Storia Archaeologia* 6–7 (1996): 409–435.

Pournelle, Jennifer. "Marshland of Cities: Deltaic Landscapes and the Evolution of Early Mesopotamian Civilization." Ph.D. thesis, University of California at San Diego, 2003.

----. "Physical Geography." In Crawford, *The Sumerian World*, 13–32.

Pournelle, Jennifer, and Guillermo Algaze. "Travels in Edin: Deltaic Resilience and Early Urbanism in Greater Mesopotamia." In H. Crawford et al., eds., *Preludes to Urbanism: Studies in the Late Chalcolithic of Mesopotamia in Honour of Joan Oates*, 7–34. Oxford: Archaeopress, 2010.

Pournelle, Jennifer, Nagham Darweesh, and Carrie Hritz. "Resilient Landscapes: Riparian Evolution in the Wetlands of Southern Iraq." In Dan Lawrence, Mark Altaweel, and Graham Philip, eds., *New Agendas in Remote Sensing and*

Landscape Archaeology in the Near East. Chicago: Oriental Institute of the University of Chicago, forthcoming.

Price, Richard. Maroon Societies: Rebel Slave Communities in the Americas, 2nd ed. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1979.

Pyne, Stephen. World Fire: The Culture of Fire on Earth. Seattle: University of Washington Press, 1977.

Radkau, Joachim. Nature and Power: A Global History of the Environment. Cambridge: Cambridge University Press, 2008.

Radner, Karen. "Fressen und gefressen werden: Heuschrecken als Katastrophe und Delikatesse im altern Vorderen Orient." *Welt des Orients* 34 (2004): 7–22.

Ratchnevsky, Paul. Genghis Khan: His Life and Legacy. Trans. T. N. Haining. London: Wiley–Blackwell, 1993.

Redman, Charles. Human Impact on Ancient Environments. Tucson: University of Arizona Press, 1999.

Reid, Anthony. Southeast Asia in the Age of Commerce, vol. 1, The Lands Below the Winds. New Haven: Yale University Press, 1988.

Renfrew, Colin, and John F. Cherry, eds. Peer Polity Interaction and Socio–Political Change. New Directions in Archaeology. Cambridge: Cambridge University Press, 1986.

Richards, Janet, and Mary van Buren. *Order, Legitimacy, and Wealth in Ancient States*. Cambridge: Cambridge University Press, 2000.

Richardson, Seth, ed. *Rebellions and Peripheries in the Cuneiform World*. American Oriental Series 91. New Haven: American Oriental Society, 2010.

---. “Early Mesopotamia: The Presumptive State.” *Past and Present*, no. 215 (2012): 3–48.

---. “Building Larsa: Labor–Value, Scale, and Scope–of–Economy in Ancient Mesopotamia.” In Steinkeller and Hudson, *Labor in the Ancient World*, 237–328.

Riehl, S. “Variability in Ancient Near Eastern Environmental and Agricultural Development.” *Journal of Arid Environments* 86 (2011): 1–9.

Rigg, Jonathan. *The Gift of Water: Water Management, Cosmology, and the State in Southeast Asia*. London: School of Oriental and African Studies, 1992.

Rindos, David. *The Origins of Agriculture: An Evolutionary Perspective*. San Diego: Academic Press, 1984.

Roosevelt, Anna Curtenius. “Population, Health, and the Evolution of Subsistence: Conclusions from the Conference.” In M. N. Cohen and G. J. Armelagos, eds., *Paleopathology and the Origins of Agriculture*, 259–283. Orlando: Academic Press, 1984.

Rose, Jeffrey I. “New Light on Human Prehistory in the Arabo-Persian Gulf Oasis.” *Current Anthropology* 51, no. 6 (2010): 849–883.

Roth, Eric A. “A Note on the Demographic Concomitants of Sedentism.” *American Anthropologist* 87, no. 2 (1985): 380–382.

Rowe, J. H., and John V. Murra. “An Interview with John V. Murra.” *Hispanic American Historical Review* 64, no. 4 (1984): 633–653.

Rowley-Conwy, Peter, and Mark Zvebil. “Saving It for Later: Storage by Prehistoric Hunter-Gatherers in Europe.” In Halstead and O’Shea, *Bad Year Economics*, 40–56.

Runnels, Curtis, et al. “Warfare in Neolithic Thessaly: A Case Study.” *Hesperia* 78 (2009): 165–194.

Sahlins, Marshall. *Stone Age Economics*. Chicago: Aldine, 1974.

Saller, Richard P. “Household and Gender.” In Scheidel et al., *Cambridge Economic History*, 87–112.

Sallers, Robert. “Ecology.” In Scheidel et al., *Cambridge Economic History*, 15–37.

Santos-Granero, Fernando. *Vital Enemies: Slavery, Predation, and the Amerindian Political-Economy of Life*. Austin: University of Texas Press, 2009.

Sawyer, Peter. “The Viking Perspective.” *Journal of Baltic Studies* 13, no. 3 (1982): 177–184.

Scheidel, Walter. "Quantifying the Sources of Slaves in the Early Roman Empire." *Journal of Roman Studies* 87, no. 19 (1997): 156–169.

----. "Demography." In Scheidel et al., *Cambridge Economic History*, 38–86.

Scheidel, Walter, Ian Morris, and Richard Saller, eds. *The Cambridge Economic History of the Greco–Roman World*. Cambridge: Cambridge University Press, 2007.

Schwartz, Glenn M., and John J. Nichols, eds. *After Collapse: The Regeneration of Complex Societies*. Tucson: University of Arizona Press, 2006.

Scott, James C. *The Art of Not Being Governed: An Anarchist History of Upland Southeast Asia*. New Haven: Yale University Press, 2009.

Seri, Andrea. *The House of Prisoners: Slaves and State in Uruk During the Revolt Against Samsu–iluna*. Boston: de Gruyter, 2013.

Sherratt, Andrew. "Reviving the Grand Narrative: Archaeology and Long–term Change," *Journal of European Archaeology* (1995): 1–32.

----. *Economy and Society in Prehistoric Europe: Changing Perspectives*. Edinburgh: Edinburgh University Press, 1997.

----. "The Origins of Farming in South–West Asia." *Archatlas* 4.1 (2005), <http://www.archatlas.dept.shef.ac.uk/OriginsFarming/Farming.php>.

Shipman, Pat. *The Invaders: How Humans and Their Dogs Drove Neanderthals to Extinction*. Cambridge: Belknap Press of Harvard University Press, 2015.

Skaria, Ajay. *Hybrid Histories: Forests, Frontiers, and Wildness in Western India*. Oxford: Oxford University Press, 1999.

Skrynnikova, Tatanya D. "Mongolian Nomadic Society of the Empire Period." In Grinin et al., *The Early State*, 525–535.

Small, David. "Surviving the Collapse: The Oikos and Structural Continuity Between Late Bronze Age and Later Greece." In Gitin et al., *Mediterranean Peoples in Transition*, 283–291.

Smith, Adam T. "Barbarians, Backwaters, and the Civilization Machine: Integration and Interruption Across Asia's Early Bronze Age Landscapes." Keynote Presentation at Asian Dynamics Conference, University of Copenhagen, October 22–24, 2014.

Smith, Bruce D. *The Emergence of Agriculture*. New York: Scientific American Library, 1995.

—. "Low Level Food Production." *Journal of Archaeological Research* 9, no. 1 (2001): 1–43.

Smith, Monica L. "How Ancient Agriculturalists Managed Yield Fluctuations Through Crop Selection and Reliance on Wild Plants: An Example from Central India." *Economic Botany* 60, no. 1 (2006): 39–48.

Starr, Harry. "Subsistence Models and Metaphors for the Transition to Agriculture in Northwestern Europe." *Michigan Discussions in Anthropology* 15, no. 1 (2005).

Steinkeller, Piotr, and Michael Hudson, eds. *Labor in the Ancient World*, vol. 5, International Scholars Conference on Ancient Near Eastern Economies. Dresden: LISLET Verlag, 2015.

Tainter, Joseph A. *The Collapse of Complex Societies*. Cambridge: Cambridge University Press, 1988.

---. "Archaeology of Overshoot and Collapse." *Annual Review of Anthropology* 35 (2006): 59–74.

Taylor, Timothy. "Believing the Ancients: Quantitative and Qualitative Dimensions of Slavery and the Slave Trade in Later Premodern Eurasia." *World Archaeology* 33, no. 1 (2001): 27–43.

Tenney, Jonathan S. *Life at the Bottom of Babylonian Society: Servile Laborers at Nippur in the 14th and 13th Centuries BC*. Leiden: Brill, 2011.

Thucydides. *The Peloponnesian War*. Trans. Rex Warner. New York: Penguin, 1972.

Tilly, Charles. "War Making and State Making as Organized Crime." In Peter Evans, Dietrich Rueschmeyer, and Theda Skocpol, eds., *Bringing the State Back In*, 169–191. Cambridge: Cambridge University Press, 1985.

Tocqueville, Alexis de. *Democracy in America*, vol. 2. New York: Vintage, 1945.

Trigger, Bruce G. *Understanding Early Civilizations: A Comparative Study*. Cambridge: Cambridge University Press, 2003.

Trut, Lyudmilla. "Early Canine Domestication: The Farm Fox Experiments." *Scientific American* 280, no. 2 (1999): 160–169.

Tsing, Anna Lowenhaupt. *The Mushroom at the End of the World: On the Possibility of Life in Capitalist Ruins*. Princeton: Princeton University Press, 2015.

Ucko, Peter J., and G. W. Dimbleby, eds. *The Domestication and Exploitation of Plants and Animals. Proceedings of a Meeting of the Research Seminar in Archaeology and Related Subjects held at the Institute of Archaeology, London University*. Chicago: Aldine, 1969.

Vansina, Jan. *How Societies Are Born: Governance in West Central Africa before 1600*. Charlottesville: University of Virginia Press, 2004.

Walker, Phillip L. "The Causes of Porotic Hyperostosis and Cribra Orbitalia: A Reappraisal of the Iron–Deficiency–Anemia Hypothesis." *American Journal of Physical Anthropology* 139 (2009): 109–125.

Wang Haicheng. *Writing and the Ancient State: Early China in Comparative Perspective*. Cambridge: Cambridge University Press, 2014.

Weber, David. *Barbaros: Spaniards and Their Savages in the Age of Enlightenment*. New Haven: Yale University Press, 2005.

Weiss, H., et. al. “The Genesis and Collapse of Third Millennium North Mesopotamian Civilization,” *Science* 261 (1993): 995–1004.

Wengrow, David. *The Archaeology of Early Egypt: Social Transformation in North–East Africa, 10,000 to 2,650 BC*. Cambridge: Cambridge University Press, 2006.

---. *What Makes Civilization: The Ancient Near East and the Future of the West*. Oxford: Oxford University Press, 2010.

Wilkinson, Toby C., Susan Sherratt, and John Bennet, eds. *Interweaving Worlds: Systemic Interactions in Eurasia, 7th to 1st Millennia BC*. Oxford: Oxbow, 2011.

Wilkinson, Tony J. “Hydraulic Landscapes and Irrigation Systems of Sumer.” In Crawford, *The Sumerian World*, 33–54.

Wilson, Peter J. *The Domestication of the Human Species*. New Haven: Yale University Press, 1988.

Woods, Christopher. *Visible Writing: The Invention of Writing in the Ancient Middle–East and Beyond*. Chicago: University of Chicago Press, 2010.

Wrangham, Richard. *Catching Fire: How Cooking Made Us Human*. New York: Basic, 2009.

Yates, Robin D. S. “Slavery in Early China: A Socio–Cultural Approach.” *Journal of East Asian Archaeology* 5, nos. 1–2 (2001): 283–331.

Yoffee, Norman. *Myths of the Archaic State: Evolution of the Earliest Cities, States, and Civilizations*. Cambridge: Cambridge University Press, 2005.

Yoffee, Norman, and George L. Cowgill, eds. *The Collapse of Ancient States and Civilizations*. Tucson: University of Arizona Press, 1988.

Yoffee, Norman, and Brad Crowell, eds., *Excavating Asian History: Interdisciplinary Studies in History and Archaeology*. Tucson: University of Arizona Press, 2006.

Yoffee, Norman, and Andrew Sherratt, eds. *Archaeological Theory: Who Sets the Agenda*. Cambridge: Cambridge University Press, 1993.

Zeder, Melinda A. *Feeding Cities' Specialized Animal Economy in the Ancient Middle East*. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press, 1991.

----. "After the Revolution: Post Neolithic Subsistence in Northern Mesopotamia." *American Anthropologist* new ser. 96, no. 1 (1994): 97–126.

----. "The Origins of Agriculture in the Near East." *Current Anthropology* 52, no. S4 (2011): S221–S235.

----. "The Broad Spectrum Revolution at 40: Resource Diversity, Intensification, and an Alternative to Optimum Foraging Explanations." *Journal of Anthropological Archaeology* 321 (2012): 241–264.

----. "Pathways to Animal Domestication." In P. Gepts, T. R. Famula, R. L. Bettinger, et al., eds., *Biodiversity in Agriculture: Domestication, Evolution, and Sustainability*, 227–259. Cambridge: Cambridge University Press, 2012.

Zeder, Melinda A., Eve Emshwiller, Bruce D. Smith, and Daniel Bradley. "Documenting Domestication: The Intersection of Genetics and Archaeology." *Trends in Genetics* 22, no. 3 (2016): 139–155.



ACERCA DEL AUTOR

JAMES CAMPBELL SCOTT (2 de diciembre de 1936 - 19 de julio de 2024) fue un politólogo y antropólogo estadounidense especializado en política comparada. Fue un estudioso comparativo de sociedades agrarias y no estatales.

Formado como politólogo, la investigación de Scott abordó las sociedades campesinas, el poder estatal y la resistencia política. De 1968 a 1985, Scott escribió de forma influyente sobre la política agraria en la Malasia peninsular. Si bien

mantuvo un interés permanente por el Sudeste Asiático y el campesinado, sus obras posteriores abarcaron diversos temas: formas discretas de resistencia política, los fracasos de la transformación social liderada por el Estado, las técnicas empleadas por sociedades no estatales para eludir el control estatal, el uso común de los principios anarquistas y el auge de los primeros estados agrícolas.

Scott se licenció en Williams College y obtuvo su maestría y doctorado en ciencias políticas en Yale. Impartió docencia en la Universidad de Wisconsin-Madison hasta 1976 y posteriormente en Yale, donde ocupó la Cátedra Sterling de Ciencias Políticas. En 1991, se convirtió en director del Programa de Estudios Agrarios de Yale. Al momento de su fallecimiento, *The New York Times* lo describió como uno de los científicos sociales más leídos.

Biografía

Scott nació en Mount Holly, Nueva Jersey, el 2 de diciembre de 1936. Creció en Beverly, Nueva Jersey. Asistió a la Moorestown Friends School, una escuela diurna cuáquera, y en 1953 se matriculó en el Williams College de Massachusetts. Por consejo del académico indonesio William Hollinger, escribió una tesis de honor sobre el

desarrollo económico de Birmania. Scott recibió su licenciatura en el Williams College en 1958 y su doctorado en ciencias políticas en la Universidad de Yale en 1967.

Carrera

Como profesor especialista en el Sudeste Asiático durante la Guerra de Vietnam, impartió cursos populares sobre la guerra y las revoluciones campesinas. En 1976, tras obtener la titularidad en Madison, Scott regresó a Yale y se instaló en una granja en Durham, Connecticut, con su esposa. Empezaron con una pequeña granja y, a principios de los años ochenta, compraron una más grande en las cercanías, donde esquilaban ovejas y pastoreaban ganado de las Tierras Altas.

Aunque los libros tempranos y tardíos de Scott se basaron en entrevistas e investigaciones de archivo, su uso de métodos etnográficos e interpretativos ha sido influyente. Es inusual que realice su trabajo de campo etnográfico principal solo después de obtener la titularidad. Para investigar su tercer libro, *Armas de los Débiles*, Scott pasó catorce meses en una aldea de Kedah, Malasia, entre 1978 y 1980. Cuando terminó un borrador, regresó durante dos meses para recabar las impresiones de los aldeanos sobre su descripción y revisó significativamente el libro basándose en sus críticas y perspectivas.

En 2011, Scott, junto con otros académicos birmanos y occidentales, se reunió en Yale con el objetivo de restablecer la Revista de la Sociedad de Investigación de Birmania para académicos.

Scott se jubiló de la docencia en 2022.

En 1999, comenzó una relación con la antropóloga Anna Tsing, que duró hasta su muerte.

Obras

El trabajo de Scott se centra en las formas en que las personas subalternas resisten la dominación.

La economía moral del campesino

Durante la Guerra de Vietnam, Scott se interesó en Vietnam y escribió "La Economía Moral del Campesino: Rebelión y Subsistencia en el Sudeste Asiático" (1976), sobre las formas en que los campesinos se resistían a la autoridad. Scott afirmó que la máxima prioridad para la mayoría de los campesinos es asegurar que sus ingresos no caigan por debajo del nivel mínimo de subsistencia. Desean mayores ingresos y los perseguirán con vehemencia en determinadas circunstancias, pero si su única vía para alcanzarlos es una apuesta que, si no funciona, podría dejarlos por debajo del nivel de subsistencia, casi siempre la rechazarán.

Scott afirmó que, en las sociedades tradicionales, muchos campesinos (aunque no todos) mantienen relaciones con la élite que les brindan cierta seguridad de que no caerán por debajo del nivel de subsistencia. Los campesinos creen que las élites tienen una fuerte obligación moral de comportarse de forma que respete sus necesidades (de ahí la frase "economía moral" en su título), y utilizan la influencia que tienen para persuadirlas a hacerlo. Naturalmente, las élites se muestran menos entusiastas al respecto que los campesinos. Los procesos de modernización suelen reducir la influencia de los campesinos. Cuando esta se vuelve insuficiente, las élites suelen abandonar sus obligaciones morales tradicionales. Los campesinos reaccionan con conmoción e indignación, a veces con disturbios o rebeliones.

Armas de los débiles

En *Armas de los Débiles: Formas Cotidianas de Resistencia Campesina* (1985), Scott amplió sus teorías a los campesinos de otras partes del mundo. Sus teorías se contrastan a menudo con las ideas de Gramsci sobre la hegemonía. Contra Gramsci, Scott argumenta que la resistencia cotidiana de los subalternos demuestra que no han consentido la dominación.

La dominación y el arte de la resistencia

En Dominación y las Artes de la Resistencia (1990), Scott argumenta que los grupos subordinados emplean estrategias de resistencia que pasan desapercibidas. A esto lo denomina "infrapolítica". Scott describe las interacciones públicas entre dominadores y oprimidos como un "discurso público" y la crítica al poder que se desarrolla entre bastidores como un "discurso oculto". Por lo tanto, los grupos sometidos a dominación —desde el trabajo forzado hasta la violencia sexual— no pueden comprenderse únicamente por su apariencia externa. Para estudiar los sistemas de dominación, se presta especial atención a lo que subyace a la superficie del comportamiento público evidente. En público, quienes sufren opresión aceptan su dominación, pero siempre la cuestionan entre bastidores. Al hacerse público este "discurso oculto", las clases oprimidas asumen abiertamente su discurso y toman conciencia de su carácter común.

Ver como un Estado

El libro de Scott, "Ver como un Estado: Cómo han fracasado ciertos planes para mejorar la condición humana" (1998), representó su primera incursión importante en la ciencia política. En él, mostró cómo los gobiernos centrales intentan imponer la legibilidad a sus súbditos y no logran ver las

complejas y valiosas formas de orden social y conocimiento local. Scott argumenta que, para que los planes para mejorar la condición humana tengan éxito, deben tener en cuenta las condiciones locales, y que las ideologías modernistas del siglo XX lo han impedido. Destaca las granjas colectivas en la Unión Soviética, la construcción de Brasilia y las técnicas forestales prusianas como ejemplos de planes fallidos.

El arte de no ser gobernado

El arte de no ser gobernado: Una historia anarquista de las tierras altas del sudeste asiático

Aquí, Scott aborda la cuestión de cómo ciertos grupos de las selvas montañosas del sudeste asiático lograron evitar un conjunto de prácticas de explotación centradas en el Estado, los impuestos y el cultivo de cereales. Ciertos aspectos de su sociedad, considerados atrasados por los extranjeros (por ejemplo, la alfabetización limitada y el uso de la lengua escrita), formaban parte, de hecho, de las "Artes" a las que se hace referencia en el título: limitar la alfabetización implicaba una menor visibilidad ante el Estado. El argumento principal de Scott es que estos pueblos son "bárbaros por diseño": su organización social, ubicación geográfica, prácticas de subsistencia y cultura han sido forjadas para disuadir a los estados de anexarlos a sus territorios. En la introducción, al abordar la identidad, escribió:

... Todas las identidades, sin excepción, han sido construidas socialmente: la han, la birmana, la estadounidense, la danesa, todas... En la medida en que la identidad es estigmatizada por el Estado o la sociedad en general, es probable que se convierta para muchos en una identidad resistente y desafiante. Aquí, las identidades inventadas se combinan con una autoconstrucción de tipo heroico, en la que tales identificaciones se convierten en una insignia de honor...

Against the grain

A contracorriente: Una historia profunda de los primeros estados

Publicado en agosto de 2017, "A Contracorriente: Una Historia Profunda de los estados Más Antiguos" presenta nuevas evidencias sobre los orígenes de las civilizaciones más antiguas que contradicen la narrativa tradicional. Scott explora por qué evitamos el sedentarismo y la agricultura de arado; las ventajas de la subsistencia móvil; las epidemias imprevisibles derivadas del hacinamiento de plantas, animales y cereales; y por qué todos los estados primitivos se basan en el maíz, los cereales y la mano de obra no libre. También analiza a los "bárbaros" que eludieron durante

mucho tiempo el control estatal, como una forma de comprender la tensión continua entre los estados y los pueblos no sometidos.

Otras obras

En "Dos hurras por el anarquismo: Seis piezas sencillas sobre autonomía, dignidad y trabajo y ocio significativos" (2012), Scott afirma: "A falta de una cosmovisión y filosofía anarquistas integrales, y en cualquier caso receloso de las perspectivas nomotéticas, defiendo una especie de estrabismo anarquista. Mi objetivo es mostrar que, si uno se pone gafas anarquistas y observa la historia de los movimientos populares, las revoluciones, la política cotidiana y el Estado desde esa perspectiva, surgirán ciertas perspectivas que quedan ocultas desde casi cualquier otro ángulo. También se hará evidente que los principios anarquistas están presentes en las aspiraciones y la acción política de quienes nunca han oído hablar del anarquismo ni de la filosofía anarquista".